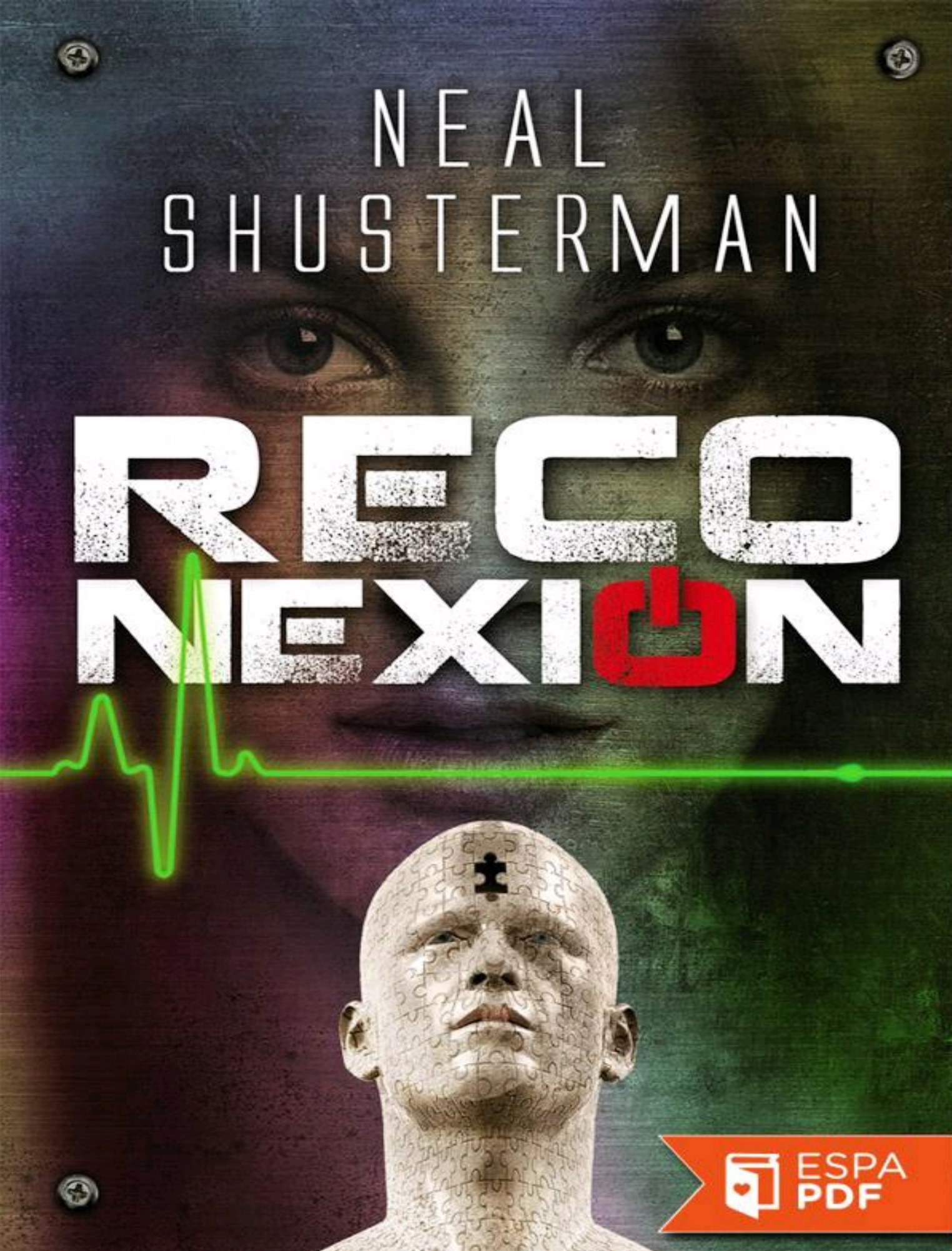
NEAL SHUSTERMAN

RECONNEXION



ESPA PDF

Gracias a Connor, Lev y Risa, y a las repercusiones de su revuelta en la Cosechadora de Happy Jack, la población ya no puede seguir mirando para otro lado. Tal vez la desconexión sirva para librar a la sociedad de jóvenes problemáticos y, al mismo tiempo, para surtirla de órganos muy necesarios para los trasplantes, pero su inmoralidad ha saltado por fin a la palestra.

Connor no da abasto dirigiendo el Cementerio, un refugio para los ASP, chicos que, como él, han huido

de la desconexión. Risa, paralizada de cintura para abajo como consecuencia del atentado en la Cosechadora, teme resultar más una carga que una ayuda para él. Y Lev se ve envuelto en un movimiento clandestino que pretende rescatar diezmos, y en el cual se le venera como si fuera un dios.

Uno de ellos será traicionado. Otro se escapará. Y el tercero se encontrará con el misterioso Cam, alguien que no existe, y hará un sorprendente descubrimiento sobre lo que se esconde detrás de la desconexión.

Neal Shusterman

Reconexión

Unwind II

ePub r1.0

sleepwithghosts 09.03.14

Título original: *Unwholly*
Neal Shusterman, 2012
Traducción: Adolfo Muñoz García

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.0

más libros en espaebook.com

Para Charlotte Ruth Shusterman
Te quiero, madre

¿Y la respuesta es…?

Como *Desconexión* y *Reconexión* representan un mundo puesto patas arriba, no se me ocurre una manera mejor de ponerte al tanto que darte la respuesta antes de la pregunta, como hacen en no sé qué concurso de la tele. Lee las respuestas, y a ver cuántas preguntas eres capaz de acertar. ¡Si aciertas las suficientes, podrás salvarte de tu propia desconexión! (Advertencia: saltarte este juego puede provocar la sensación de estar un poco desconectado durante la lectura…).

Es el proceso por el que una persona es desmontada en múltiples trozos. Por ley, debe reemplearse el 99,44 por ciento de su cuerpo, y esa persona debe mantenerse con vida durante el transplante.

¿Qué es la desconexión?

La Segunda Guerra Civil de Estados Unidos (también conocida como «Guerra Interna») terminó con el acuerdo al que llegaron los ejércitos pro vida y pro libre elección, que declaraba que la vida era inviolable desde la

concepción hasta la edad de trece años, pero permitía el «aborto retroactivo» de los adolescentes problemáticos.

¿Qué es el Acuerdo de Desconexión?

Cuando una madre no desea conservar un niño recién nacido, tiene la opción legal de dejar al niño en el umbral de la puerta de otra casa. El bebé entonces pasa a ser responsabilidad legal de las personas que viven en esa casa. Este es el término que se utiliza comúnmente para desprenderse del bebé.

¿Qué es «colar la cigüeña»?

Cuando una persona es desconectada, como virtualmente cada una de sus partes conserva la vida, esa persona no es considerada muerta, sino viva en un estado diferente.

¿Qué es el estado diviso?

Son instalaciones especialmente autorizadas en las que se prepara a los desconectables para el estado diviso. Aunque cada Cosechadora tiene su

propio carácter particular, todas ellas están diseñadas para ofrecer una experiencia positiva a los jóvenes elegidos para la desconexión.

¿Qué son las Cosechadoras?

Es una Cosechadora que se encuentra en el norte de Arizona, en una ciudad llamada así por los alegres leñadores que la fundaron, y que ha sido cerrada recientemente debido a acciones terroristas.

¿Qué es la Cosechadora de Happy Jack?

Es un término coloquial para designar el quirófano dentro de la Cosechadora en el que se lleva a cabo la desconexión.

¿Qué es una chatarrería?

Son jóvenes terroristas que han introducido en su sistema circulatorio un componente químico indetectable que convierte su sangre en una sustancia explosiva. Reciben su nombre del hecho de que se hacen detonar juntando las manos en una fuerte palmada.

¿Qué son los aplaudidores?

Es el término que se utiliza para designar a los agentes encargados de hacer cumplir la ley que trabajan para la Autoridad Nacional Juvenil y son responsables del control de los desconectables.

¿Qué es la brigada juvenil?

Es el acto de provocar la inconsciencia por medios químicos mediante el uso de balas o dardos aletargantes. Es el

método preferido por los agentes de las brigadas juveniles, pues disparar balas normales a los desconectables es ilegal, y además dañaría sus órganos vitales, reduciendo por consiguiente su valor.

¿Qué es aletargar?

Empleado en referencia al tamaño de esos mamíferos proboscídeos extinguidos en el Holoceno, este término se utiliza frecuentemente para designar a un soldado, o a un adolescente musculoso que lleva camino de seguir la carrera militar.

¿Qué es un mastodonte?

Era originalmente un término militar que significaba «ausente sin permiso», aunque actualmente se emplea para designar a los desconectables fugados.

¿Qué quiere decir ASP?

Es una organización que lucha contra la desconexión ayudando a los desconectables ASP. Lamentablemente, no está tan bien organizada como podría pensarse.

¿Qué es la Resistencia Anti División o RAD?

Este secreto (o no tan secreto) santuario para los desconectables ASP es un enorme cementerio de aviones que se halla en el desierto de Arizona.

¿Qué es el Cementerio?

También conocido como Connor Lassiter, se cree que este desconectable fugado de Ohio es el responsable de la revuelta de la Cosechadora de Happy

Jack. Se le da por muerto.

¿Quién es el ASP de Akron?

Derivado de un término que significa «diez por ciento», es un niño destinado desde el nacimiento a ser desconectado, normalmente por motivos religiosos.

¿Qué es un diezmo?

Es un diezmo que se convirtió en un aplaudidor que no aplaudió. Al hacer tal cosa, le puso rostro al movimiento de resistencia.

¿Quién es Lev Calder?

Es el apellido que reciben los niños sin padres en las casas del Estado en que se les tutela.

¿Qué quiere decir «Expósito»?

Es una superviviente de la Cosechadora de Happy Jack. Esta antigua tutelada del Estado se quedó parapléjica por negarse a que su espina vertebral fuera reemplazada por la de un desconectado.

¿Quién es Risa Expósito?

¡Espero que este libro te resulte apasionante, que te quite el sueño y te invite a pensar!

Neal SHUSTERMAN

PRIMERA PARTE

VIOLACIONES

El único modo de tratar con un mundo en el que no hay libertad es llegar a ser tan absolutamente libre que la propia existencia se convierta en un acto de rebeldía.

Albert CAMUS

1. Starkey

—Starkey se enfrenta a una pesadilla cuando llegan a buscarlo.

El agua se está engullendo el mundo y, en mitad de la inundación, a él lo ataca un oso, cosa que le resulta más molesta que aterradora. ¡Como si la inundación no fuera suficiente, las oscuras profundidades de la mente tenían que enviarle un furioso oso pardo para que arremetiera contra él!

Entonces le tiran de los pies, arrancándolo de las fauces mortales del oso y de aquella inundación

apocalíptica.

—¡Arriba! ¡Ya! ¡Vamos!

Al abrir los ojos ve que su dormitorio, que debería de estar a oscuras, se encuentra en realidad bien iluminado. Dos policías de la brigada juvenil lo mueven antes de que despierte del todo, agarrándolo por los brazos para impedir que se resista.

—¡No, alto! ¿Qué es esto?

Son unas esposas, que le colocan primero en la muñeca derecha, después en la izquierda.

—¡De pie!

Tiran de él para incorporarlo, como si se estuviera resistiendo. Que es

justamente lo que haría si estuviera más despierto.

—¡Dejadme en paz! ¿Qué está pasando?

Un instante después, se encuentra ya lo bastante despierto para saber qué es lo que está pasando: es un secuestro. Aunque no se le puede llamar secuestro cuando la orden ha sido firmada por triplicado.

—Confirma verbalmente que eres Mason Michael Starkey.

Son dos agentes. Uno es bajo y musculoso, y el otro alto pero también musculoso. Seguramente fueron mastodontes del ejército antes de

convertirse en patrulleros de la brigada juvenil. Para meterse en la brigada juvenil hay que carecer de corazón, pero para especializarse como patrullero uno necesita carecer también de alma. La idea de que vengan a buscarlo para desconectarlo aterroriza a Starkey, pero no quiere dar muestras de ello porque sabe que a los patrulleros les encanta ver que asustan a todo el mundo.

El más bajo, que evidentemente es el portavoz de aquel dúo, le acerca la cara a la suya y repite:

—¡Confirma verbalmente que tú eres Mason Michael Starkey!

—¿Y por qué tendría que hacer eso?

—Escúchame, chiquillo —le dice el otro patrullero—: esto lo podemos hacer por las buenas o por las malas, pero de lo que puedes estar seguro es de que lo vamos a hacer. —Este segundo policía es más suave hablando, con aquellos dos labios que claramente no son suyos. De hecho, se diría que provienen de una chica—. No es tan difícil hacer las cosas bien, así que vamos a ello.

Habla como si Starkey tuviera que haber sabido que iban a llegar, pero ¿qué desconectable sabe eso? Todo desconectable espera, en el fondo de su alma, que eso no le suceda a él; que sus padres, no importa lo mal que vayan las

cosas entre ellos, serán lo bastante buenos para no creer en los anuncios de la televisión, propaganda de Internet y vallas publicitarias que les dicen cosas como: «La desconexión: la solución más sensata». Pero ¿a quién quiere engañar? Incluso sin aquel constante bombardeo mediático, Starkey ha sido un candidato potencial a la desconexión desde el momento en que apareció en el umbral de aquella casa. Tal vez, lo que tendría que sorprenderle es que sus padres hayan esperado tanto tiempo.

Ahora el *Portavoz* entra muy dentro de su espacio personal:

—Por última vez, confirma

verbalmente que eres…

—Sí, sí, soy Mason Michael Starkey… Ahora apártame la boca de las narices, que te apesta el aliento.

Con su identidad verbalmente confirmada, *Labios de Doncella* saca un impreso por triplicado: en papeles blanco, amarillo y rosa.

—Entonces ¿es así como lo hacéis? —pregunta Starkey, con la voz empezando a temblarle—. ¿Me arrestáis? ¿Cuál es mi crimen? ¿Tener dieciséis años? O tal vez sea simplemente estar aquí, al fin y al cabo…

—Tranquilízate-o-te-tranquilizamos-

nosotros —dice el *Portavoz*, pronunciándolo todo como si fuera una sola palabra.

Por una parte, Starkey quisiera ser aletargado, caer simplemente dormido y, con un poco de suerte, no despertar nunca más. De ese modo no tendría que afrontar la humillación de ser arrancado de su vida en medio de la noche. Pero, por otra parte, Starkey quiere verles la cara a sus padres. O, más exactamente, quiere que ellos le vean la cara a él; y si estuviera aletargado, la cosa les resultaría demasiado fácil, pues no tendrían que mirarlo a los ojos.

Labios de Doncella le coloca

delante la orden de desconexión, y empieza a leer el punto nueve, de infausta memoria: la «cláusula de negación».

—«Mason Michael Starkey: Mediante la firma de esta orden, tus padres o tutores legales dan por concluida con carácter retroactivo su paternidad, iniciada seis días después de la concepción, por lo que te encuentras en violación del Código Existencial 390. A la luz de lo cual, eres remitido a la Autoridad Juvenil de California para división sumaria, también llamada desconexión».

—Bla, bla, bla…

—«Cualesquiera derechos que previamente te hayan sido otorgados como ciudadano por la Provincia, el Estado o el Gobierno Federal son por consiguiente oficial y permanentemente revocados». —El policía pliega la orden de desconexión, y se la mete en el bolsillo.

—Enhorabuena, señor Starkey —dice el *Portavoz*—: ya no existes.

—Entonces, ¿por qué me están hablando?

—No seguiremos haciéndolo mucho tiempo —le dicen, y tiran de él hacia la puerta.

—¿Al menos me puedo poner los

zapatos?

Se lo permiten, pero permanecen a su lado.

Starkey se demora atándose los zapatos. Después, ellos lo sacan de la habitación y le hacen bajar al piso inferior de la casa. Los policías de la brigada juvenil llevan fuertes botas que asustan la madera de los escalones. Al bajar los tres, suenan como una manada de reses.

Sus padres los esperan en el vestíbulo. Son las tres de la mañana, pero todavía están completamente vestidos. Llevan toda la noche despiertos aguardando este momento.

Starkey ve la angustia en sus rostros. O tal vez sea alivio, no es fácil decirlo. Trata de templar sus propias emociones, escondiéndolas detrás de una sonrisa irónica.

—¡Hola, mamá! ¡Hola, papá! —dice muy contento—. ¿A que no adiviná is lo que me ha pasado? ¡Os dejo veinte intentos para acertar!

Su padre respira hondo, preparándose para lanzar el Gran Discurso de Desconexión que prepara todo padre de un hijo díscolo con la idea de pronunciarlo algún día. Y aunque no lleguen a pronunciarlo nunca, a muchos les gusta prepararlo y repasar

en la mente las palabras durante la pausa del almuerzo, o mientras están parados en un atasco, o mientras escuchan a su estúpido jefe parloteando sobre distribución y optimización de precios, o sobre cualquier otra mierda que merezca la convocatoria de una reunión de los trabajadores de la empresa.

¿Qué decían las estadísticas? Starkey lo oyó una vez en las noticias: cada año, la idea de la desconexión pasa por la mente de uno de cada diez padres; de estos, uno de cada diez la considera con seriedad; y, de estos, uno de cada veinte llega a dar realmente el paso. Pero la proporción se dobla con cada

niño adicional que tiene la familia. No hay más que hacer cuentas para ver que cada año es desconectado uno de cada dos mil muchachos que se encuentran entre los trece y los diecisiete años. Esa es una probabilidad mayor que la de ganar a la lotería. Y ni siquiera incluye a los muchachos de casas estatales.

Guardando las distancias, su padre da comienzo al discurso:

—Mason, ¿no te das cuentas de que no nos has dejado elección?

Los policías de la brigada juvenil lo mantienen sujeto al pie de la escalera, pero no hacen ademán de sacarlo fuera. Saben que tienen que permitir el rito

parental, la patada verbal en la puerta.

—Las peleas, las drogas, el coche robado… Y ahora, expulsado de otro colegio más. ¿Qué sería lo siguiente, Mason?

—No lo sé, papi. Hay muchas cosas malas entre las que podría elegir.

—Ya no. Nos hemos asegurado de acabar con tus malas elecciones antes de que ellas acaben contigo.

Eso solo le hace soltar una carcajada. Y entonces llega una voz de lo alto de la escalera:

—¡No, no podéis hacer eso!

Su hermana Jenna (la hija biológica de sus padres) está en lo alto de la

escalera, vestida con un pijama de ositos de peluche que parece ya inapropiado para sus trece años.

—¡Vuelve a la cama, Jenna! —dice la madre.

—¡Lo queréis desconectar solo porque os colaron la cigüeña, no hay derecho! ¡Y justo antes de Navidad, además! ¿Y si a mí también me hubieran dejado en la puerta? ¿Me desconectaríais a mí también?

—¡No vamos a entrar en esa discusión! —le grita el padre, mientras la madre empieza a llorar—. ¡Vuelve a la cama!

Pero ella no obedece. Cruza los

brazos y se sienta en lo alto de la escalera, desafiante, presenciándolo todo. Bien hecho.

Las lágrimas de su madre son auténticas, pero Starkey no está seguro de si llora por él o por el resto de la familia.

—Todas esas cosas que haces… todo el mundo nos decía que eran un grito pidiendo ayuda —explica—. Entonces ¿por qué no nos dejaste ayudarte?

Starkey quiere gritar. ¿Cómo puede explicarse ante ellos, si están ciegos? No se imaginan lo que es tener dieciséis años sabiendo que no lo quieren a uno:

sabiendo que uno es un bebé misterioso, de raza incierta, colado en el umbral de la puerta de dos personas tan sienas que podrían ser vampiros; recordando aquel día, cuando tenía tres años y su madre, toda aturdida por los analgésicos que había tomado para soportar la cesárea con la que ha venido al mundo su hermana, lo había llevado a un parque de bomberos y les había rogado a estos que se lo llevaran para dejarlo como tutelado del Estado; consciente de que cada mañana de Navidad el regalo de uno no es un juguete, sino un compromiso; y de que el cumpleaños de uno no es ni siquiera el auténtico,

porque nadie sabe cuándo nació, y solo se conoce el día en que fue abandonado sobre un felpudo cuyo mensaje de «bienvenidos» una madre reciente se había tomado de manera demasiado literal.

¿Y las burlas de los otros muchachos en el colegio?

Cuando estaba en cuarto, llamaron desde el colegio a los padres de Mason para que fueran a hablar con el director: Starkey había tirado a otro niño de la plataforma del juego de barras al suelo; el niño se había roto el brazo y había sufrido una conmoción cerebral.

—¿Por qué, Mason? —le

preguntaron sus padres allí, delante del director—. ¿Por qué lo has hecho?

Les explicó que los otros niños habían empezado a llamarlo «Storky» (por *stork,* cigüeña) en vez de Starkey, y que el primero en hacerlo había sido el herido. Ingenuamente, pensó que sus padres lo defenderían, pero no dieron la menor consideración a su excusa.

—¡Podrías haberlo matado! —le había regañado su padre—. ¿Y por qué? ¿Por unas palabras? Las palabras no hacen daño. —Y esta es una de las mentiras más enormes y criminales perpetradas por los adultos contra los niños en este mundo. Porque en realidad

las palabras hacen más daño que el daño físico. Él habría aceptado de buena gana una conmoción cerebral y un brazo roto a cambio de no volver a ser distinguido nunca más como un niño al que ha colado la cigüeña.

Al final, lo enviaron a otro colegio y se le obligó a recibir clases de recuperación psicopedagógica.

—Tienes que meditar sobre lo que has hecho —le había dicho el director.

Y él hizo lo que se le mandaba como un niño bueno. Meditó muchísimo en ello, y llegó a la conclusión de que debería haber buscado una plataforma más elevada.

Pero ¿cómo puede empezar uno a explicar todo esto? ¿Cómo se puede explicar una vida de trato injusto en el tiempo que tardan los policías de la brigada juvenil en sacarlo a uno por la puerta? La respuesta es sencilla: ni siquiera se intenta.

—Lo siento, Mason —dice su padre, también con lágrimas en los ojos—. Pero es mejor para todos que sea así. También para ti.

Starkey sabe que no conseguirá que sus padres comprendan. Pero si no está en su mano hacer nada más, por lo menos puede decir la última palabra:

—Por cierto, mamá… esas noches

que papá pasa en la oficina… no las pasa realmente en la oficina. Las pasa con tu amiga Nancy.

Antes de que empiece a disfrutar de la expresión de sorpresa de sus padres, se da cuenta de que aquel secreto podría haber sido una buena pieza de negociación. Si le hubiera dicho a su padre que lo sabía, eso podría haberle librado de la desconexión. ¡Qué tonto había sido en no pensarlo antes!

Ni siquiera puede disfrutar de su pequeña y amarga venganza, porque los policías lo empujan a través de la puerta a la fría calle de una noche de diciembre.

ANUNCIO

¿Tenéis en casa a un adolescente problemático, que no encaja? ¿Un adolescente apático y malhumorado, que se muestra proclive a las acciones impulsivas y hace gala de un comportamiento peligroso? ¿Parece vuestro adolescente incómodo en su propia piel, incapaz de vivir en ella? Todo esto podrían ser síntomas de algo más que una simple rebeldía adolescente. Es probable que vuestro hijo esté sufriendo de un Trastorno de Desunificación Biosistémica, o TDB.

Pero ahora ¡hay esperanza!

La Cosechadora El Remanso cuenta con cinco campos juveniles de máximo confort a lo largo de la

nación que se harán cargo de los adolescentes más airados, de los más violentos y de los que padecen TDB, y con el máximo cuidado les ayudarán a llegar a un tranquilizador estado diviso.

Llame ahora para obtener información sin compromiso. Nuestro personal está para atenderlo.

Cosechadora El Remanso. Porque a veces quieres a alguien tanto que prefieres dejarle que se vaya.

El coche de la brigada juvenil deja la casa de Starkey con él encerrado en el asiento de atrás, protegido por un cristal

a prueba de balas. El *Portavoz* conduce el coche mientras, a su lado, *Labios de Doncella* hojea una gruesa carpeta. Starkey no podía imaginarse que se pudiera escribir tanto sobre él.

—Aquí dice que cuando eras niño estabas entre el diez por ciento mejor en los exámenes.

El *Portavoz* niega con la cabeza, en señal de disgusto:

—¡Qué desperdicio!

—No realmente —dice *Labios de Doncella*—. Un montón de gente recibirá el don de sus cualidades, señor Starkey.

Aquella idea le produce un

escalofrío muy desagradable, pero intenta que no se note.

—Mola el injerto de labios, tío —responde Starkey—. ¿A qué se debe? ¿Te dijo tu mujer que prefería ser besada por otra tía?

El *Portavoz* se sonríe, y *Labios de Doncella* no dice nada.

—Pero basta de darle a la sin hueso —dice Starkey—. ¿Tenéis hambre, troncos? Porque yo me zamparía ahora mismo un buen resopón. ¿Un burguer? ¿Qué me decís?

No llegó respuesta del asiento de delante. No es que tuviera esperanzas de obtenerla, pero siempre resulta

divertido burlarse de las fuerzas del orden y ver cuánto tardan en ponerse furiosos. Si se cabrean, gana él. ¿Cómo era aquella historia sobre el ASP de Akron? ¿Cómo era lo que él decía siempre? Ah, sí: «Bonitos calcetines». Eso resultaba sencillo y elegante, y siempre debilitaba la confianza de cualquier falsa autoridad.

El ASP de Akron… ¡eso sí que era un desconectable! Había muerto hacía casi un año en el ataque de la Cosechadora de Happy Jack, pero su leyenda estaba viva. Starkey envidia el tipo de fama que envolvió a aquel Connor Lassiter. De hecho, Starkey se

imagina que el fantasma de Connor Lassiter está a su lado, apreciando sus pensamientos y cada una de sus acciones. No solo aprobándolas, sino guiando las manos de Starkey mientras él retuerce las esposas y las baja hasta la zapatilla izquierda, colocándolas lo bastante abajo para extraer la navaja del forro. Es la navaja que guarda para ocasiones especiales como aquella.

—Pensándolo bien, lo del burguer suena muy bien justamente ahora —dice *Labios de Doncella*.

—Estupendo —responde Starkey—. Hay uno aquí delante, a la izquierda. Pídanme un doble-doble, ración

«Bestia», y ración de patatas fritas «Bestia» también, porque eh… yo soy un bestia.

Le sorprende que de verdad lleguen a meterse por la calzada que lleva al burguer. Starkey se siente como el maestro de la propaganda subliminal, pese a que su sugerencia no tenía nada de subliminal. Aun así, parece capaz de manipular a los polis de la brigada juvenil… o al menos eso se piensa hasta que les oye pedir raciones para ellos, y nada para él.

—¡Eh!, ¿cuál era el trato? —Aporrea con el hombro contra el cristal que separa su mundo del de ellos.

—A ti ya te darán de comer en la Cosechadora —dice *Labios de Doncella*.

Solo entonces se da cuenta de que el cristal antibalas no solo lo separa de los policías, sino que constituye una barrera entre él y cualquier parte del mundo exterior. No volverá a probar nunca sus platos favoritos, ni visitará nunca sus lugares favoritos. Al menos no como Mason Starkey. De repente siente ganas de vomitar todo lo que ha ingerido desde el sexto día después de la concepción.

La cajera del turno de noche que atiende en la ventanilla para los coches

es una chica a la que Starkey conoce de su colegio anterior. Cuando la ve, todo un barullo de emociones se le revuelve en el cerebro. Podría esconderse en la oscuridad del asiento trasero y tratar de que no lo viera, pero eso resultaría patético. Si lo mandan al infierno, entonces que todo el mundo vea las llamas.

—Eh, Amanda, ¿quieres ser mi pareja en el baile del colegio? —grita lo bastante fuerte para que se le oiga a través del grueso cristal.

Amanda lo mira entrecerrando los ojos, y cuando se da cuenta de quién es, levanta la nariz como si oliera algo

rancio en la parrilla.

—No en esta vida, Starkey.

—¿Por qué no?

—A, porque eres de segundo curso; y B, porque eres un perdedor que va en el asiento trasero de un coche de policía. De todas formas, ¿no tienen su propio baile en el colegio especial?

¿Podía ser más torpe la chica?

—Eh… Como puedes ver, me he graduado.

—Calla la boca —dice el *Portavoz* —, o te desconecto yo mismo y te meto en las hamburguesas.

Por fin Amanda comprende lo que ocurre, y se avergüenza de pronto.

—¡Ah! Ah, lo siento, Starkey. Lo siento mucho…

La piedad es algo que Mason Starkey no puede soportar.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Tú y tus amigas no me dabais ni la hora, pero ahora sientes pena por mí? Guárdatela.

—Perdona. Quiero decir… perdona por sentirlo, bueno, quiero decir… — Lanza un suspiro de exasperación, y se da por vencida. Le entrega a *Labios de Doncella* la bolsa de comida—. ¿Quieren ketchup?

—No, no nos metemos drogas.

—¡Eh, Amanda! —le grita Starkey mientras se alejan—. Si de verdad

quieres hacer algo por mí, dile a todo el mundo que me resistí, ¿lo harás? ¡Diles que soy como el ASP de Akron!

—Lo haré, Starkey —responde ella —. Lo prometo.

Pero sospecha que por la mañana se le habrá olvidado.

Veinte minutos después, penetran en el callejón trasero del calabozo local. Nadie entra por la puerta de delante, y mucho menos los desconectables. Los calabozos locales tienen un ala juvenil, y en la parte de atrás de esa ala hay una celda dentro de otra celda donde ponen a los desconectables que aguardan el traslado. Starkey ha estado en los

calabozos normales el tiempo suficiente para saber que cuando a uno lo meten en esa celda, ya está. Fin de la historia. Ni siquiera los presos del corredor de la muerte tienen tanta seguridad sobre su final.

Pero él aún no está allí. Todavía está en el coche, esperando a que lo metan dentro. Justo allí es donde es más débil el casco de aquel pequeño barco de locos y, si quiere hundir sus planes, tendrá que hacerlo entre el coche y la puerta de atrás de la prisión local. Mientras ellos se preparan para darle el «paseíto hasta la puerta», él piensa en sus posibilidades de liberarse, pues se

ha estado imaginando una situación como aquella tanto como lo han hecho sus padres, y ha elaborado una docena de valerosos planes de fuga. El caso es que incluso sus ensoñaciones son fatalistas, y en todas sus fantasías repletas de ansiedad, él pierde siempre, lo aletargan y despierta en la mesa de operaciones. Por supuesto, dicen que no te desconectan de inmediato, pero Starkey no lo cree. Nadie sabe realmente qué pasa en las Cosechadoras, y aquellos que lo averiguan no están en condiciones de compartir la experiencia.

Lo sacan del coche y se coloca cada uno a un lado, agarrándolo con firmeza

por los brazos. Tienen experiencia en ese paseo. Con la otra mano, *Labios de Doncella* agarra la gruesa carpeta con el expediente de Starkey.

—¿O sea —comenta Starkey—, que esa carpeta habla de mis aficiones?

—Seguramente —dice *Labios de Doncella* sin mostrar ningún interés.

—Deberías haberlo leído bien, porque así tendríamos un tema de conversación. —Sonríe burlonamente—. Ya sabes que soy muy bueno con la magia.

—¿Ah, sí? —dice el *Portavoz* adoptando un aire despectivo—. ¡Qué pena que no puedas hacerte desaparecer

a ti mismo!

—¿Quién dice que no puedo?

Entonces, al mejor estilo Houdini, levanta la mano derecha, mostrando que la esposa ya no está en ella. Por el contrario, cuelga suelta de su mano izquierda. Antes de que puedan reaccionar, Starkey se saca de la manga la navaja que usó para abrir la esposa, la agarra con la mano, y le cruza la cara con ella a *Labios de Doncella*.

El hombre lanza un chillido. La sangre mana de una herida de diez centímetros de longitud. El *Portavoz*, por una vez en su miserable vida de perjuicio público, se queda sin habla.

Echa la mano a su pistola, pero Starkey ya ha emprendido la fuga, y zigzaguea por el oscuro callejón.

—¡Eh! —grita el *Portavoz*—. No haces más que empeorar las cosas.

Pero ¿en qué puede empeorarlas?, ¿qué más pueden hacerle? ¿Echarle una bronca antes de desconectarlo? El *Portavoz* puede decir todo lo que quiera, pero no tiene con qué amenazarlo.

El callejón gira a la izquierda y después a la derecha, como un laberinto, y todo el tiempo, a su lado, prosigue el alto e imponente muro de ladrillo de la prisión local.

Al final, él gira otra esquina y encuentra una calle por delante. Corre hacia ella, pero justo cuando sale a la calle, lo agarra el *Portavoz*.

De algún modo ha conseguido llegar allí antes que Starkey. Está sorprendido, pero no debería, pues ¿acaso no intentan la fuga todos los desconectables? Y ¿no puede ser que aquel callejón esté específicamente diseñado para hacerle perder el tiempo con sus recovecos y dar a los policías de la brigada juvenil la ventaja que necesitan para volver a atraparlo?

—¡Hasta aquí has llegado, Starkey! —Aprieta la muñeca de Starkey lo

bastante para que suelte la navaja, y empuña su pistola aletargante con una furia que le vuelve muy propenso a apretar el gatillo—. ¡Al suelo, o te la meto por un ojo!

Pero Starkey no se agacha. No se arrodillará ante aquel matón de la ley.

—¡Hazlo! —le dice Starkey—. Méteme el aletargante en un ojo y después explícale a la Cosechadora por qué entregas bienes en estado defectuoso.

El *Portavoz* le da la vuelta y lo empuja contra el muro de ladrillo lo bastante fuerte para rasparle y magullarle el rostro.

—Ya estoy harto de ti, Starkey. O tal vez debería llamarte Storky. —Entonces el *Portavoz* se echa a reír, creyéndose un genio de la burla. Como si eso no se lo hubiera llamado ya hasta el último imbécil del planeta—. ¡Storky! —le gruñe—. Ese nombre te va mejor, ¿verdad? ¿Te gusta, Storky?

A Starkey le hierve la sangre. Es bien consciente de ello, pues con una furia rebosante de adrenalina, le pega un codazo en la barriga al *Portavoz* y se gira para cogerle la pistola.

—¡No, tú no…!

El *Portavoz* es más fuerte, pero tal vez el genuino estilo bestia venza a la

fuerza.

La pistola está entre ellos, apuntando a la mejilla de Starkey, después a su pecho, después al oído del *Portavoz*, y después debajo de su barbilla. Ambos forcejean para apoderarse del gatillo y… ¡pan!

La sacudida del disparo lanza a Starkey contra el muro. ¡Sangre! ¡Sangre por todas partes! El sabor de hierro en su boca, y el acre olor del humo de la pistola, y…

«¡No era una bala aletargante! ¡Era una bala de verdad!».

Y piensa que se encuentra a décimas de segundo de la muerte, pero de repente

comprende que la sangre no es suya. Delante de él, el rostro del *Portavoz* se ha convertido en algo rojo y carnoso. El hombre cae, muerto ya antes de llegar al suelo.

«¡Dios mío, era una bala de verdad! ¿Pero por qué lleva balas de verdad un tipo de la brigada juvenil? ¡Eso es ilegal!».

Oye pasos que provienen de cerca de la curva de la calle. El policía está muerto, y Starkey comprende que el mundo entero ha debido de oír el disparo, así que ahora todo depende de lo que haga a continuación.

Se ha convertido en compañero del

ASP de Akron. El santo patrón de los desconectables fugados lo está mirando por encima del hombro, esperando que Starkey se decida a hacer algo, y entonces piensa: «¿Qué haría Connor en mi lugar?».

Justo entonces, otro policía de la brigada juvenil dobla la curva. Es un policía al que no ha visto nunca, y está decidido a no volverlo a ver. Starkey levanta la pistola del *Portavoz* y dispara, pasando de algo que había sido un simple accidente al asesinato.

Mientras escapa (realmente escapa), lo único que puede pensar es en el sabor sangriento de la victoria, y en lo

satisfecho que se sentiría el fantasma de Connor Lassiter.

ANUNCIO

¿Pasa apuros su hijo en el colegio? ¿Estudia durante horas pero no consigue mejorar sus notas? ¿Ha intentado usted pagarle clases particulares, incluso cambiarlo de colegio, y sigue sin obtener resultados? ¿Hasta cuándo tendrá que seguir torturando a su hijo?

La respuesta es: ¡todo eso se acabó, porque tenemos la solución! La mejora cognitiva natural por medio de NeuroWeave®.

La memoria específica NeuroWeaving no es ninguna

cuestionable droga para mejorar la mente, ni ningún peligroso microchip reblandecedor del cerebro. Se trata de auténtico tejido cerebral vivo preprogramado con el tema que usted elija: álgebra, trigonometría, biología, física… ¡y muchos más temas disponibles!

Nosotros se lo financiamos, así que no tiene necesidad de esperar a las malas noticias del siguiente boletín de notas. ¡Tome ahora la decisión! Llame al Instituto NeuroWeave hoy mismo para solicitar un presupuesto gratuito. Nuestros resultados están cien por cien garantizados. Y si no queda satisfecho, le devolvemos el dinero.

Instituto NeuroWeave: ¡cuando la educación falla, ponemos al alcance

de su mano los sobresalientes!

Ser un desconectable ASP es una cosa, y ser un asesino de policías es otra. La persecución de Starkey se convierte en algo más importante que la típica cacería de un desconectable. Parece como si el mundo entero se pusiera en alerta. Primero Starkey cambia su aspecto, tiñendo de rojo su desgreñado pelo castaño, cortándoselo corto, al estilo empollón, y afeitándose la pequeña perilla estilo guerra mundial que lleva dejándose desde la pubertad. Ahora, cuando la gente lo ve, puede

tener la sensación de haberlo visto antes pero no saber dónde, pues ya no tiene aspecto de aparecer en un cartel de la policía, sino más bien en una caja de cereales. El pelo rojo no acaba de ir con su piel aceitunada, pero, al fin y al cabo, toda su vida ha sido una mezcolanza genética. Siempre ha sido un camaleón que podía pasar por miembro de cualquier etnia. El pelo rojo solo aumenta un poco más lo confuso de su aspecto.

Va de una ciudad a otra, y no permanece más de un día o dos en ningún sitio. Dicen que la costa noroeste es más comprensiva con los

desconectables ASP que la sureña California, así que se encamina hacia allí.

Starkey está preparado para llevar una vida de fugitivo porque siempre ha vivido en una especie de paranoia protectora. No confía en nadie, ni en su propia sombra, y solo mira por él mismo. Sus amigos apreciaban su claro y rotundo enfoque de la vida, pues siempre sabían a qué atenerse con él: era un tipo que lucharía hasta el final por sus amigos… siempre y cuando conviniera a su propio interés.

—Tú tienes alma de corporación —le había dicho una vez una profesora.

Pretendía ser un insulto, pero él se lo tomó como un cumplido. Las corporaciones tienen mucho poder, y hacen cosas buenas en este mundo cuando deciden hacerlas. Ella era una profesora de matemáticas, ecologista y defensora de los glaciares, que fue despedida al año siguiente, pues ¿quién necesita profesores de matemáticas si puede comprarse un NeuroWeave? ¡Eso demuestra que defender los glaciares no sirve más que para quedarse helado!

Ahora, sin embargo, Starkey está de parte de los defensores de la naturaleza y los glaciares, pues ese es el tipo de personas que dirige la Resistencia Anti

División, y protege a los desconectables que se han dado a la fuga. Sabe que estará a salvo en cuanto llegue a manos de la RAD, pero lo difícil es dar con ellos.

—Llevo ya casi cuatro meses como ASP, y no he encontrado señal de la Resistencia —dice un niño con cara de perro.

Starkey lo encontró en Nochebuena detrás de un restaurante de pollo Kentucky, esperando a que tiraran los restos de pollo que no se habían consumido. No era el tipo de muchacho con el que Starkey perdería el tiempo en su vida normal, pero ahora que su vida

normal se ha convertido en un tiempo prestado, sus prioridades han cambiado.

—Yo he sobrevivido porque no caigo en trampas —le explica *Caraperro*.

Starkey lo sabe todo sobre las trampas. Si un escondite parece demasiado bueno para ser real, seguramente será una trampa. Una casa abandonada con un colchón cómodo; un camión abierto que resulta que está lleno de latas de comida… todo eso son trampas que ponen los de la brigada juvenil para cazar desconectables ASP. Incluso hay policías de la brigada que se hacen pasar por miembros de la

Resistencia Anti División.

—Los de la brigada juvenil ahora ofrecen recompensas a la gente que delate a los ASP —le dice *Caraperro* mientras se atiborran de pollo—. Y hay cazadores de recompensas, además. «Piratas de partes» los llaman. No se molestan en cobrar las recompensas, sino que venden en el mercado negro a los ASP que atrapan. Y si piensas que las Cosechadoras normales son malas, no quieras enterarte de cómo funcionan las ilegales. —El muchacho traga un bocado tan grande que Starkey puede ver cómo le baja por la garganta, como un ratón engullido por una serpiente—.

Antes no había piratas de partes —explica—, pero desde que los chicos de diecisiete años ya no pueden ser desconectados, los órganos escasean, y los ASP alcanzamos precios elevadísimos en el mercado negro.

Starkey mueve la cabeza hacia los lados en señal de negación. La ilegalización de la desconexión de los muchachos de diecisiete años se suponía que iba a salvar a una quinta parte de los chicos marcados para la desconexión, pero en vez de eso había obligado a un montón de padres a adelantar su decisión. Starkey se pregunta si sus padres habrían cambiado de idea de

haber contado con un año más para decidir.

—Los piratas de partes son lo peor —le explica *Caraperro*—. Sus trampas no son tan agradables como las que ponen los de la brigada juvenil. He oído la historia de un trampero que dejó el trabajo cuando declararon ilegales las pieles de animales. Así que cogió sus cepos para animales más grandes y las adaptó para los desconectables. Cuando tu pierna queda atrapada en uno de esos cepos, ya le puedes decir adiós. —Para dar mayor énfasis a sus palabras, parte por la mitad un hueso de pollo, y Starkey no puede evitar sentir un escalofrío—.

Hay otras historias —añade *Caraperro*, lamiéndose la grasa de pollo de los dedos—, como la de ese niño de donde yo vivía antes. Sus padres eran unos completos fracasados, unos drogatas que seguro que habrían sido desconectados si hubiera habido desconexión en sus tiempos. De cualquier modo, el día que cumplió trece años firmaron la orden de desconexión, y se lo dijeron.

—¿Y por qué tuvieron que decírselo?

—Para que escapara —explica *Caraperro*—. Pero, ya ves, conocían todos sus escondites secretos, y le dijeron a un pirata de partes dónde

encontrarlo. Él atrapó al niño, lo vendió, y repartió las ganancias con los padres.

—¡Qué hijos de perra!

Caraperro se encoge de hombros, y tira lejos un hueso de pollo.

—Al chaval lo había colado la cigüeña, así que no sería una gran pérdida, al fin y al cabo.

Starkey deja de masticar, pero solo por un instante. Luego sonríe, guardándose para sí sus pensamientos.

—¡Claro! No fue una gran pérdida.

Esa noche, el muchacho de cara de perro lleva a Starkey a un túnel de desagüe en el que suele esconderse, y en cuanto el muchacho se duerme, Starkey

pone manos a la obra. Sale al vecindario cercano, y deja una gran tarrina de pollo en la puerta de la calle de la casa de unos extraños, toca el timbre, y echa a correr.

Sin embargo, no hay pollo en la tarrina. Lo que hay es un mapa dibujado a mano, junto con la nota siguiente:

> ¿Necesitan dinero? Si es así, envíen a este lugar a los policías de la brigada juvenil, y obtendrán una suculenta recompensa. *¡Que pasen unas buenas vacaciones!*

Hacia el alba, Starkey observa desde un tejado cercano cómo entran en

el túnel de desagüe los de la brigada juvenil, y sacan de él al chico de cara de perro, como si fuera un tapón del oído.

—Enhorabuena, gilipollas —dice para sí—. A ti también te ha dejado la cigüeña.

ANUNCIO

Cuando mis padres firmaron la orden de desconexión, me asusté. No sabía lo que me iba a ocurrir. Pensé: «¿Por qué yo? ¿Por qué me castigan?». Pero en cuanto llegué a la Cosechadora BigSky todo cambió. Encontré a otros chicos que eran como yo, y por fin me sentí aceptado tal como soy. Comprendí que cada

trozo de mí era valioso y apreciado. Gracias a las personas de la Cosechadora BigSky, he dejado de tenerle miedo a mi desconexión.

¿El estado diviso? ¡Guauuu, menuda aventura!

Todos los desconectables ASP roban. Ese es un argumento que les gusta utilizar a las autoridades para convencer a la gente de que los desconectables son manzanas podridas por dentro y por fuera, de que el delito es parte de su naturaleza, y de que el único modo de separarlos de él es separarlos de sí mismos.

El robo, sin embargo, no es una predisposición de los desconectables: es, sencillamente, una necesidad. Muchachos que no le robarían un céntimo a nadie descubren que sus dedos se pegan a las propiedades ajenas y se llenan de toda clase de cosas robadas, de comida a ropa y medicinas, todo aquello que necesitan para sobrevivir. Y aquellos que ya eran aficionados al delito, sencillamente lo son de repente un poco más.

Starkey no desconoce las actividades delictivas, aunque hasta hace muy poco la mayoría de los delitos que cometía eran gamberradas

motivadas por la rebeldía: robaba en una tienda si el tendero lo miraba con recelo; etiquetaba con pedazos de su filosofía personal, normalmente cuajada de palabras malsonantes, los edificios que representaban las cosas que más le fastidiaban; y hasta le robó el coche a un vecino que siempre hacía meterse a sus hijos en casa cuando salía Starkey: después se llevó el coche de aquel tipo para dar una vuelta con un par de amigos; disfrutaron muchísimo, y por el camino rozaron contra una fila de coches aparcados y perdieron dos tapacubos y el parachoques. El viajecito terminó cuando el coche optó por subirse a un

bordillo y se empotró contra un irresponsable buzón de correos. El daño fue suficiente para que declararan el coche siniestro total, que era exactamente lo que Starkey pretendía.

No pudieron demostrar que hubiera sido él, pero todo el mundo lo sabía. Tenía que admitirlo, no había sido uno de sus momentos estelares, pero tenía que hacer algo contra un hombre que no pensaba que Starkey fuera lo bastante bueno como para respirar el mismo aire que sus hijos. Sencillamente, aquel tipo debía ser castigado por sus prejuicios.

Todo aquello parecían tonterías ahora que se había convertido en un

asesino. Pero no, no le haría ningún bien pensar de aquella manera. Era mejor pensar en sí mismo como un guerrero, como un soldado de infantería en guerra contra la desconexión. Los soldados recibían medallas por matar al enemigo, ¿no? Así que, aunque esa noche en el callejón todavía se ve acosado por momentos de duda, la mayor parte del tiempo tiene la conciencia despejada. Igual de despejada que cuando empieza a privar a los transeúntes de sus carteras.

Starkey, que se imagina a sí mismo como el prestidigitador estrella de Las Vegas que podría llegar a ser un día,

solía sorprender a los amigos y aterrorizar a los adultos haciéndoles desaparecer el reloj de la muñeca y dejándolo en el bolsillo de otra persona. No era más que un truco de salón, pero le había costado muchísimo tiempo perfeccionarlo. Hacer desaparecer bolsos y carteras era algo que seguía las mismas reglas: una combinación de distracción, habilidad manual y confianza en uno mismo.

Esa noche, el objetivo de Starkey es un hombre que sale de un bar tambaleándose de puro borracho, y desliza en el bolsillo de su abrigo una cartera rebosante de billetes. De camino

hacia el coche, el borracho juega con las llaves. Starkey lo adelanta, y se choca con él lo bastante fuerte para que las llaves se le caigan al suelo.

—Eh, pero hombre, lo siento —dice Starkey, recogiendo las llaves y entregándoselas. El hombre no llega a notar los dedos de la otra mano de Starkey en su bolsillo, dedos que le levantan la cartera al mismo tiempo que Starkey le entrega las llaves. Starkey se aleja paseando y silbando para sí, sabiendo que el hombre estará ya cerca de su casa para cuando comprenda que le ha desaparecido la cartera, e incluso entonces pensará que, sencillamente, se

la ha dejado en el bar.

Starkey dobla una esquina, asegurándose de que ha desaparecido de la vista antes de abrir la cartera, pero en el instante en que lo hace, una sacudida eléctrica pasa por él con tal fuerza que los pies dejan de sostenerlo y cae al suelo medio inconsciente, temblando.

Una cartera aturdidora. Había oído hablar de tal cosa, pero nunca había visto ninguna en funcionamiento hasta aquel día.

En cuestión de segundos, el borracho se presenta allí, no tan borracho después de todo, y va acompañado por otros tres cuyo rostro ni siquiera consigue

distinguir. Lo levantan y lo meten a empujones por la puerta trasera de una furgoneta que les está esperando.

Cuando la puerta se cierra y la furgoneta acelera, Starkey, solo levemente consciente, ve el rostro del borracho no borracho que, a través de una nube cargada de electricidad, lo observa a él.

—¿Eres un desconectable, un fugado o solo un ladronzuelo? —le pregunta.

A Starkey los labios se le han quedado como goma:

—Solo un ladronzuelo.

—Estupendo —dice el no borracho —. Eso elimina una posibilidad, así que

ahora responde: ¿eres un desconectable o un fugado?

—Un fugado —murmura Starkey.

—Perfecto —dice el hombre—. Ahora que ha quedado claro que eres un desconectable, ya sabemos qué hacer contigo.

Starkey profiere un gemido. Oye reírse a una mujer, que está fuera de su limitado campo de visión.

—No me sorprende. Todos los desconectables tienen esa mirada en los ojos que no tienen los ladronzuelos ni los fugados. Sabíamos la verdad antes de que nos la dijeras.

Starkey intenta moverse, pero apenas

puede levantar ni los brazos ni las piernas.

—No lo hagas —dice desde detrás de él una chica a la que no puede ver—. No te muevas, o te haré más daño que la cartera.

Starkey comprende que ha caído en la trampa de un pirata de partes. Pensaba que era demasiado listo para eso, y en silencio maldice su suerte… hasta que el hombre que fingía estar borracho comenta:

—Te gustará nuestro piso franco. Se come bien, aunque es verdad que huele un poco.

—¿Q… qué?

Todo el mundo se ríe a su alrededor. En la furgoneta debe de haber cuatro o cinco personas. Pero su visión aún no está lo bastante clara para contar con precisión.

—Me encanta esa mirada que ponen —dice la mujer. Entonces ella aparece dentro de su campo de visión, y le sonríe—. ¿No sabes cómo aletargan a los leones escapados para poder dejarlos a salvo antes de que creen un montón de problemas? —le pregunta—. Bueno, pues hoy el león has sido tú.

ANUNCIO DE UTILIDAD PÚBLICA

¡Hola, chicos! Yo soy Walter, el sagaz sabueso con los ojos bien abiertos y la nariz al suelo para rastrear. No todo el mundo puede ser un sabueso como yo, ¡pero ahora puedes apuntarte a mi Club de Jóvenes Rastreadores! Recibirás tu propio equipo de rastreador, y un boletín mensual con juegos y consejos para perseguir el delito en tu propio vecindario, desde forasteros sospechosos a esos desconectables que suponen un verdadero peligro para las casas.

Con tu ayuda, no les daremos ni una oportunidad a los tipos malvados ni a los ASP. Así que ¡únete a nosotros hoy mismo!

Y recordad, rastreadores: ¡los

ojos bien abiertos, y la nariz al suelo!

Patrocinado por la Sociedad de Vigilancia Vecinal

El piso franco está en una estación de bombeo de la red de alcantarillado. Está automatizada, de modo que los trabajadores solo aparecen por allí si se estropea algo.

—Te acostumbrarás al olor —le dicen a Starkey al hacerle entrar, y eso es algo que a él le parece difícil de creer y sin embargo resulta ser cierto. Aparentemente, su sentido del olfato comprende desde el primer momento

que la batalla está perdida, y simplemente se resigna. Y, como le dijeron en la furgoneta, la comida compensa lo otro.

El lugar entero es como un recipiente químico ideado para el cultivo de la angustia que generan los muchachos abandonados por sus padres. Y ese es el peor tipo de angustia que puede haber. Todos los días hay peleas y tipos que adoptan actitudes ridículas.

Starkey siempre ha sido un líder nato entre los marginados y las personalidades que están al límite, y el piso franco no es una excepción. No tarda en escalar en la jerarquía social.

Los rumores sobre su huida ya echan humo en el molino de los cotilleos, y le proporcionan un estatus desde el primer instante.

—¿Es verdad que disparaste a dos polis de la brigada juvenil?

—Ajá.

—¿Es verdad que saliste del calabozo disparando con una ametralladora?

—Claro, ¿cómo no?

Y lo mejor de todo es que los chicos a los que ha dejado la cigüeña (que incluso entre los desconectables son tratados como ciudadanos de segunda clase) de pronto se convierten en la

élite, gracias a él.

¿Starkey dice que hay que servir primero a los de la cigüeña? Pues se les sirve primero. ¿Starkey dice que se merecen las mejores camas, las más separadas de aquellos miasmas apestosos? Pues reciben las mejores camas. Su palabra es la ley. Incluso los que dirigen el lugar saben que Starkey es su mayor activo y procuran tenerlo contento, porque si se convirtiera en enemigo, entonces todos los desconectables lo serían también.

Empieza a acomodarse, suponiendo que seguirá en aquel piso hasta que cumpla los diecisiete; pero entonces, un

día, en mitad de la noche, la RAD los reúne a todos y se los lleva de allí, barajándolos como una baraja de cartas y repartiéndolos por diferentes pisos francos.

—Así es como funciona la cosa —les explican. La razón, según llega a comprender Starkey, es doble: por una parte, acercan a los chicos a su destino, sea cual sea este; por otra, los separan para evitar que se formen alianzas permanentes. Algo así como desconectar al grupo en vez de desconectar a los individuos para mantenerlos a raya.

El plan, sin embargo, les sale mal con Starkey, pues en cada piso franco él

se granjea el respeto, aumentando su crédito entre más y más muchachos. En cada nuevo piso se cruza con desconectables que se imaginan que son machos alfa e intentan dominar, pero en realidad no son más que betas que esperan un verdadero alfa que los someta.

En cada caso, Starkey encuentra ocasión de desafiar a otros, derrotarlos y quedar por encima. Después hay otro desplazamiento en la noche, otro reparto diferente, y un nuevo piso franco. Cada vez que eso ocurre, Starkey adquiere una nueva habilidad social, algo que le sirve, algo que lo hace aún más eficaz

para agrupar y despertar a aquellos muchachos asustados y airados. No podía haber mejor curso de liderazgo que los pisos francos de la Resistencia Anti División.

Y luego vienen los ataúdes.

Aparecen en el último piso franco: son un cargamento de féretros en madera lacada con suntuoso interior de satén. La mayoría de los chicos están aterrados; pero a Starkey, simplemente, le hacen gracia.

—¡Entrad! —les dicen unos tipos armados de la resistencia, que parecen soldados de un grupo de élite—. Nada de preguntas, limitaos a entrar. ¡Dos en

cada caja! ¡Vamos!

Algunos dudan, pero los más avispados se apresuran a encontrar el compañero adecuado, como si fuera un baile, pues nadie quiere quedar atrapado en un ataúd con alguien que sea demasiado alto, demasiado gordo, demasiado guarro o demasiado cachondo, ya que ninguna de esas características resultaría agradable en el interior de un ataúd. Pero nadie da un paso hasta que Starkey lo indica con un gesto de la cabeza:

—Si quisieran enterrarnos, ya lo habrían hecho —les dice, y resulta más persuasivo que los tipos de las pistolas.

Starkey decide meterse en la pequeña caja con una chica pequeñita a la que le dan mareos de pensar que él la ha elegido. No es que la chica le guste especialmente, pero es tan poquita cosa que apenas ocupará sitio. Cuando se han colocado en posición de cuchara, bastante apretados, se les entrega una bombona de oxígeno y se les cierra juntos en la oscuridad del ataúd.

—Siempre me has gustado, Mason —le dice la chica, cuyo nombre él no consigue recordar. Le sorprende que ella conozca su nombre de pila, ya que él no lo usa nunca—. De todos los chicos de los pisos francos, tú eres el único que

me hace sentir segura.

Él no responde. Solo la besa en la parte de atrás de la cabeza, para mantener su imagen como el puerto más seguro de su tormenta. Es una gran cosa eso de saber que uno hace sentirse más seguros a otros.

—Nosotros… podríamos, ya sabes… —le dice ella con timidez.

Él recuerda que los trabajadores de la RAD fueron muy claros: «Nada de actividades extracurriculares», les habían dicho, «o de lo contrario acabaréis con el oxígeno y moriréis». Starkey no sabe si será cierto, pero sin duda es un buen motivo para negarse.

Además, aunque alguien fuera lo bastante imbécil como para tentar al destino, no hay allí espacio suficiente para moverse, mucho menos para generar ningún tipo de fricción, así que la cosa parece muy difícil. Se pregunta si será algún tipo de broma retorcida de los adultos eso de meter a dos adolescentes cargados de hormonas en un espacio tan estrecho pero sin dejarles hacer otra cosa más que respirar.

—No me importaría ahogarme si lo hago contigo —le dice la chica, lo cual resulta halagador, pero hace que él se interese aún menos por ella.

—Habrá otra ocasión mejor —

responde él, sabiendo que esa ocasión no llegará nunca, al menos para ella. Pero la esperanza es un gran motivador.

Al final la respiración de ambos se asienta en una especie de ritmo simbiótico: él inspira cuando ella espira, y de ese modo sus pulmones no tienen que reñir por el espacio.

Al cabo de un rato, empieza un movimiento irregular. Pasando el brazo alrededor de la chica, la aprieta un poco más fuerte, sabiendo que al calmar su angustia calma también la suya propia. Enseguida hay un extraño tipo de aceleración, como si fueran en un coche que adquiere gran velocidad, pero el

ángulo cambia, y ellos se encuentran inclinados.

—¿Un avión? —pregunta la chica.

—Me parece que sí.

—¿Y ahora qué?

Starkey no responde porque no tiene respuesta. Empieza a sentirse mareado y, recordando la bombona de oxígeno, gira la válvula. La bombona empieza a emitir un silbido lento. El ataúd no es completamente hermético, pero está lo bastante cerrado para asfixiarse si no logran abrir aquella bombona de oxígeno, incluso en el casco presurizado de un avión. Al cabo de unos minutos, el cansancio producido por la tensión hace

que la chica se quede dormida, pero a Starkey no le ocurre lo mismo. Al final, una hora después, las repentinas sacudidas del aterrizaje despiertan a la muchacha.

—¿Dónde crees que estaremos? —pregunta la chica.

A Starkey la falta de espacio le pone enfermo, pero intenta que no se note:

—No tardaremos en averiguarlo.

Tras veinte minutos de insoportable impaciencia, descorren el pestillo y abren la tapa, y los dos resucitan del mundo de los muertos.

Encima de ellos se encuentra un sonriente chico que lleva aparato en los

dientes.

—Hola, me llamo Hayden y hoy seré vuestro salvador personal —dice muy animado—. ¡Vaya, no hay vómitos ni ningún otro fluido corporal desagradable! ¡Sois gente con suerte!

Sin apenas sangre en las piernas, Starkey se suma a una procesión de cojos que sale de la bodega del avión al sol cegador. Lo que ve mientras los ojos se van adaptando a la luz parece más un milagro que algo real.

Es un desierto cuajado de miles de aviones.

Starkey ha oído hablar de lugares como aquel, osarios de aviones donde

las naves retiradas del servicio van a terminan sus días. Alrededor de ellas hay adolescentes con trajes militares de camuflaje, que llevan armas. No son muy distintos de los adultos que había en el último piso franco, solo un poco más jóvenes. Conducen a los muchachos recién llegados para que se coloquen más o menos juntos en la parte de abajo de la rampa.

Llega un todoterreno. Es evidente que en él se aproxima alguien importante, alguien que les explicará por qué los han llevado allí.

El todoterreno se detiene, y sale de él un adolescente de aspecto corriente,

vestido con un traje de camuflaje azul. Es de la edad de Starkey, o tal vez un poquito mayor, y tiene la parte derecha de la cara llena de cicatrices.

Mientras la multitud lo observa, empieza a murmurar emocionada. El muchacho levanta la mano para calmarlos, y Starkey ve el tatuaje en forma de tiburón que aparece en su brazo.

—¡No es posible! —dice un chico gordo que se encuentra junto a Starkey —. ¿Sabéis quién es ese? ¡Es el ASP de Akron! ¡Es Connor Lassiter!

Starkey se burla:

—No seas ridículo, el ASP de

Akron murió.

—¡No, no murió! ¡Lo tienes delante!

La sola idea provoca en Starkey una descarga de adrenalina que le recorre todo el cuerpo y termina por devolver la circulación a sus piernas. Pero no, mientras mira a aquel muchacho que trata de hacerse con las riendas del caos, comprende que aquel no puede ser Connor Lassiter. No tiene ninguna pinta de serlo. Tiene el pelo alborotado, no fríamente alisado hacia atrás, que es como siempre lo imaginó Starkey. Aquel muchacho parece demasiado abierto y honesto. No completamente inocente, es cierto, pero tampoco ofrece en absoluto

el nivel de rabia que debería presentar el ASP de Akron. Lo único que tiene que puede recordar un poco a la imagen que Starkey se ha hecho de Connor Lassiter es esa sonrisita que siempre aparece en su rostro. No, aquel muchacho que tienen delante de ellos, intentando imponer respeto, no puede ser nadie especial. En absoluto.

—Permitidme que sea el primero en daros la bienvenida al Cementerio —dice, ofreciendo el mismo discurso que pronuncia ante cada nueva tanda de recién llegados—. Oficialmente mi nombre es Elvis Robert Mullard… pero los amigos me llaman Connor.

Los desconectables empiezan a lanzar vítores.

—¡Os lo dije! —exclama el chico gordo.

—Eso no demuestra nada —dice Starkey con la mandíbula tensa y los dientes apretados mientras prosigue el discurso.

—¡Todos vosotros estáis aquí porque decidieron desconectaros pero escapasteis, y gracias a los esfuerzos de un montón de personas de la Resistencia Anti División, habéis llegado aquí! ¡Este será vuestro hogar hasta que cumpláis los diecisiete años y ya no podáis ser desconectados! Esta es la buena

noticia…

Cuanto más habla más se le hunde el alma a Starkey, y llega a comprender la verdad de todo: aquel es el ASP de Akron, y no es ningún superhombre que se encuentre por encima de la realidad. De hecho, apenas llega a la altura de la realidad.

—¡La mala noticia es que la Autoridad Juvenil está al corriente de nuestra existencia! ¡Saben dónde estamos y qué es lo que estamos haciendo! ¡Pero hasta ahora nos han dejado en paz!

Starkey se maravilla de lo injusto que resulta todo. ¿Cómo puede ser?

¿Cómo es posible que el gran adalid de los desconectables huidos sea tan solo un chico normal y corriente?

—¡Algunos de vosotros lo único que queréis es llegar a los diecisiete años, y no os culpo! —dice Connor—. ¡Pero yo sé que muchos de vosotros lo arriesgaríais todo por terminar para siempre con la desconexión!

—¡Sí! —grita en voz alta Starkey, asegurándose de que su grito es lo bastante potente para que la gente deje de prestarle atención a Connor, y agita su puño en el aire—: ¡Happy Jack! ¡Happy Jack! ¡Happy Jack! —Toda la multitud empieza a salmodiar con él—.

¡Volaremos hasta la última Cosechadora! —grita Starkey. Y sin embargo, aunque ha encendido a la multitud, una sola mirada de Connor arroja un húmedo manto sobre todos ellos, haciendo que se callen.

—En cada grupo que llega hay uno —comenta Hayden, negando con la cabeza.

—¡Lamento decepcionarte, pero no vamos a ponernos a volar chatarrerías! —dice Connor mirando a Starkey a los ojos—. ¡Ya nos ven como violentos, y los de la brigada juvenil utilizan el miedo de la gente para justificar la desconexión! ¡No podemos alimentar

ese miedo! ¡No somos aplaudidores! ¡Nosotros no cometeremos actos de violencia al azar! ¡Pensaremos antes de actuar…!

Starkey no se toma a bien la corrección. ¿Quién es ese tipo para hacerle callar? Connor sigue hablando, pero Starkey ya no lo escucha, porque Connor no tiene nada que decirle a él. Sin embargo, los demás sí que lo escuchan, y eso le hace hervir la sangre.

En aquel momento, mientras se encuentra allí de pie, esperando a que se calle el llamado ASP de Akron, una semilla empieza a germinar en la mente de Starkey. Él ha matado a dos policías,

su leyenda ya se ha extendido y, a diferencia de Connor, él no ha tenido que fingir su muerte para llegar a ser legendario. Starkey tiene que sonreír. Aquel salvaje cementerio de aviones está lleno de cientos de desconectables, pero en realidad no se diferencia de los pisos francos. Y como en aquellos pisos francos, aquí solo hay un macho beta que espera que llegue un alfa como Starkey para ponerlo en su sitio.

2. Miracolina

Hasta donde alcanzan sus recuerdos, esta niña ha sabido siempre que su cuerpo había sido consagrado a Dios.

Siempre ha sido consciente de que en su decimotercer cumpleaños se convertiría en un diezmo, y experimentaría el glorioso misterio de tener un cuerpo diviso y un alma en red. No en red en el sentido de la informática, pues el vertido del alma de una persona en el hardware es algo que solo sucede en las películas, y nunca para bien. No: aquello será una

verdadera red hecha de carne viva. Una extensión de su espíritu entre las docenas de personas tocadas por su cuerpo dividido. Hay personas que dicen que eso es la muerte, pero ella cree que es algo más, algo místico. Y lo cree con cada hálito de su alma.

—Supongo que uno no puede saber cómo es esa división hasta que la experimenta —le dijo una vez el sacerdote. A ella le chocaba que el sacerdote, que tenía siempre tanta confianza en los dogmas de la Iglesia, se mostrara inseguro cada vez que comentaba la costumbre del diezmo.

—El Vaticano todavía tiene que

tomar posición sobre la desconexión —se había justificado—, y por eso, hasta que esta sea aprobada o condenada, yo puedo albergar todas las dudas que quiera.

Se le ponían los pelos de punta cada vez que él llamaba desconexión al diezmo, como si fueran la misma cosa. No lo eran. Tal como ella lo ve, los malditos e indeseados son desconectados, pero los benditos y amados constituyen el diezmo. El proceso puede ser el mismo, pero el propósito es distinto y, en este mundo, el propósito lo es todo.

Su nombre es Miracolina, que viene

de la palabra italiana que significa «milagro». Le pusieron ese nombre porque la concibieron para salvar la vida de su hermanito. A su hermano Matteo le diagnosticaron leucemia cuando tenía diez años. La familia se había trasladado de Roma a Chicago para su tratamiento pero, pese a los bancos de órganos que había por toda la nación, no se pudo encontrar una médula compatible para aquel raro tipo sanguíneo. La única manera de conseguir esa médula era creándola, y eso fue exactamente lo que hicieron sus padres. Nueve meses después de que naciera Miracolina, los médicos le extrajeron

médula de la cadera y se la pusieron a Matteo. De ese modo, su hermano se salvó. Así de fácil. Ahora él tiene veinticuatro años y está haciendo un curso de posgrado, gracias a Miracolina.

Aun antes de que comprendiera lo que significaba ser un diezmo, Miracolina sabía que era el diez por ciento de un todo mayor.

—Tuvimos diez embriones in vitro —le dijo una vez su madre—. Solo uno de ellos era adecuado para Matteo, y ese fuiste tú. No fuiste ningún accidente, *carina mia*. Te elegimos.

La ley era muy clara en lo que se

refería a los otros nueve embriones. Su familia tuvo que pagar a nueve mujeres para que los llevaran a término. Después de eso, ellas podían hacer lo que quisieran: o criar a los niños o colar la cigüeña en una buena casa.

—Pero, costara lo que costara, valía la pena teneros a Matteo y a ti —le habían dicho sus padres.

Ahora, cuando se aproxima el momento del sacrificio del diezmo, a Miracolina le consuela saber que tiene nueve hermanos mellizos por ahí, y… ¿quién sabe?, tal vez una parte de su yo diviso vaya a ayudar a alguno de sus mellizos.

En cuanto a por qué va a ser sacrificada en el diezmo, es algo que no tiene nada que ver con porcentajes.

—Hicimos un trato con Dios —le dijeron sus padres cuando era joven—: que si tú nacías y Matteo se salvaba, le mostraríamos nuestra gratitud devolviéndote a Dios a través del diezmo. —Miracolina había comprendido, incluso a una edad tan temprana, que un pacto tan trascendental no era fácil de romper.

Últimamente, sin embargo, sus padres se estaban poniendo más y cada vez más sentimentales al pensar en ello.

—Perdónanos —le ruegan una y otra

vez, a menudo llorando—. Por favor, perdónanos por lo que hemos hecho. —Y ella les perdona siempre, aunque ese ruego la deje desconcertada. Miracolina siempre sintió que ser un diezmo era una bendición, la bendición de conocer, sin ninguna duda, su destino y su propósito. ¿Por qué tenían que sentir pena sus padres por haberle dado un objetivo?

Quizá la culpa que sienten es por no ofrecerle una gran fiesta, pero eso había sido elección de ella.

—En primer lugar —les dijo a sus padres—, el diezmo debe ser algo solemne, no llamativo. Y, en segundo lugar, ¿quién iba a venir?

No podían discutir su lógica. Mientras que la mayoría de los diezmos proceden de comunidades ricas, y pertenecen a las iglesias que observan el diezmo, ellos vivían entre gente de clase trabajadora, que no tiende a ver el diezmo con buenos ojos precisamente. Cuando se es como esas familias ricas y se rodea de personas que piensan de forma parecida, uno tiene montones de amigos que acuden a la fiesta del diezmo a ofrecerle apoyo, los suficientes para compensar a los invitados que se encuentran incómodos. Pero si Miracolina hiciera una fiesta, todo el mundo se sentiría fatal en ella. Y no era

así como ella quería pasar su última noche en familia.

Así que no hay fiesta. Por el contrario, Miracolina se pasa la noche delante de la chimenea, sentada entre sus padres y repasando escenas de sus películas favoritas. Su madre le prepara incluso su plato preferido: *rigatoni all'amatriciana.*

—Fuertes y sabrosos —le dice su madre—, igual que tú.

Duerme toda la noche, y no tiene sueños desagradables, o al menos ninguno que recuerde después. Por la mañana se levanta temprano, se viste con su sencilla ropa blanca de diario, y

les dice a sus padres que se va al colegio.

—La furgoneta no viene por mí hasta las cuatro de la tarde, así que ¿por qué voy a perder el día?

Aunque sus padres preferirían que se quedara en casa con ellos, aquel día ella es la que manda.

En el colegio acude a todas las clases, pero sintiéndose ya distraída, como lejos de todo. Al final de cada clase, el profesor, incómodo, le entrega todos sus trabajos y calificaciones, algo que habían acordado de antemano.

«Bueno, entonces… creo que esto es todo», le viene a decir cada profesor,

con esas u otras palabras. La mayoría de ellos no ven el momento de que Miracolina salga del aula. Su profesor de ciencias es el más amable, y se toma con ella algún tiempo extra:

—Mi sobrino fue sacrificado en el diezmo hace unos años —le dice—. Un muchacho maravilloso. Lo echo muchísimo de menos. —Se queda callado, aparentemente alejándose de allí en sus pensamientos—. Me dijeron que su corazón fue a un bombero que le salvó la vida a una docena de personas en un edificio que se quemaba. No sé si es verdad, pero me gustaría creerlo.

A Miracolina también le gustaría

creerlo.

Durante el día, sus compañeros de clase se muestran tan incómodos como los profesores. Algunos se preocupan de despedirse. Otros hasta la abrazan, pero el resto le lanza su adiós desde una distancia prudencial, como si el diezmo fuera contagioso.

Y luego están los otros: los crueles.

—Ya nos veremos por aquí —le dice un chico a su espalda, durante el almuerzo, y los que están a su alrededor se ríen. Miracolina se vuelve, y el chico intenta esconderse detrás de su pandilla de amigos, pensando que está a salvo en medio de esa nube de apestoso sudor

infantil. Pero ella ha reconocido la voz y sabe quién es exactamente, así que se abre paso entre sus amigos para mirarlo fríamente a la cara.

—Uy, me parece que tú a mí no me vas a ver, Zach Rasmussen… pero si alguna parte de mí te ve a ti, me aseguraré de que te enteres.

El rostro de Zach se queda lívido.

—Piérdete —le dice—. Ve al sacrificio. —Pero por debajo de su estúpida fanfarronería hay una expresión de miedo y preocupación.

«Bueno», piensa Miracolina, «me parece que le he proporcionado unas cuantas pesadillas».

Su colegio es enorme, así que, aunque los diezmos no son frecuentes en su barrio, allí hay otros cuatro, todos vestidos de blanco como ella. Antes eran seis, pero los dos más mayores ya se han ido. Los diezmos que quedan son sus amigos de verdad, y es a ellos a los que siente necesidad de darles el último adiós. Cosa curiosa: todos pertenecen a entornos y fes diferentes. Cada uno es miembro de una secta escindida de su particular religión: sectas que se toman muy en serio su compromiso con el autosacrificio. Es curioso, según piensa Miracolina, que esas religiones hayan luchado a causa de sus diferencias

durante miles de años, y sin embargo todas coincidan respecto al diezmo.

—Nos piden a todos que nos demos, que seamos caritativos y desprendidos —dice Nestor, que es el amigo diezmo que se encuentra más próximo a ella en edad, y solo le falta un mes para su propio sacrificio. Le agarra la mano, dándole a Miracolina un cálido adiós—. Si la tecnología pone a nuestra disposición un nuevo medio de darnos a los demás, ¿cómo va a ser malo?

Pero hay gente que dice que lo es. Cada día más gente lo piensa. Hasta está el caso de aquel ex diezmo, aquel que se convirtió en aplaudidor, y al que la gente

pone como ejemplo. Pero bueno, ¿estaba en sus cabales ese tipo? Al fin y al cabo, se convirtió en aplaudidor, por el amor de Dios. Según lo ve Miracolina, si alguien prefiere saltar por los aires a ser diezmado, bueno, eso es como robar del platillo de las limosnas, ¿no? No puede caber duda de que está mal.

Cuando terminan las clases, Miracolina regresa a casa exactamente igual que cualquier otro día. Cuando llega a su calle, ve el coche de su hermano a la entrada de la casa. Al principio se sorprende (él va a clase en un lugar que se encuentra a cinco horas de allí), pero está contenta de que

Matteo haya venido a decirle adiós.

Son las tres en punto, falta una hora para que llegue la furgoneta, y sus padres ya están llorando. Quisiera que no lo hicieran, que pudieran tomarse aquello tan estoicamente como ella o como Matteo, que se pasa el tiempo charlando sobre los buenos recuerdos.

—¿Recuerdas aquella vez que fuimos a Roma, y tú querías jugar al escondite en los Museos Vaticanos?

Miracolina sonríe al recordarlo. Había intentado esconderse en la bañera de Nerón, aquel enorme recipiente de piedra granate en el que hubiera cabido un elefante.

—¡A los guardias de seguridad casi les da un ataque! Creí que me llevarían ante el Papa, y que este me daría unos azotes… ¡Por eso eché a correr!

Matteo se ríe.

Estuviste desaparecida una hora más o menos. Papá y mamá se tiraban de los pelos.

Sin embargo, «desaparecida» no es la palabra adecuada. Uno no desaparece en un museo, solo es temporalmente absorbido por las paredes. Recuerda cómo se desplazaba por entre las multitudes del Vaticano, hasta que se encontró en medio de la Capilla Sixtina y levantó la vista hacia la obra maestra

de Miguel Ángel, que cubría techo y paredes. Y allí, en el centro, estaba la divina conexión entre el cielo y la tierra. La mano de Adán casi tocaba la mano de Dios, las dos alargadas para alcanzarse la una a la otra, aunque el imposible peso de la gravedad le impidiera a Adán llegar a tocar los cielos.

Miracolina estaba allí, de pie, alzando los ojos, sin acordarse de que tenía que esconderse, pues ¿quién podría esconderse en un lugar que trataba sobre la revelación del misterio? Y allí fue donde su familia la encontró: entre cientos de turistas, contemplando la obra de arte más grande jamás producida por

la mano del hombre, el mayor intento de la humanidad por alcanzar la perfección.

Solo tenía seis años, pero incluso entonces las imágenes de la capilla le hablaban, aunque no tenía ni idea de lo que decían. Lo único que sabía era que ella misma era como aquel hermoso lugar, y si alguien pudiera entrar en su interior, vería frescos grandiosos pintados en las paredes de su alma.

La furgoneta llega diez minutos antes, y espera delante de la casa. Hay un logo de colores brillantes pintado en uno de sus lados que dice «COSECHADORA DE WOOD HOLLOW: ¡UN LUGAR PARA LOS

ADOLESCENTES!».

Miracolina se va a su habitación para coger la maleta: una maleta pequeña, llena con varios juegos de ropa blanca del diezmo y otras cosas imprescindibles. En aquel momento sus padres lloran y lloran y vuelven a pedirle perdón. Esta vez, sin embargo, eso solo consigue irritarla:

—Si el diezmo os hace sentiros culpables, no es problema mío —les dice—, porque yo lo acepto muy a gusto. Por favor, tened conmigo el respeto suficiente para aceptarlo vosotros también.

Eso no ayuda, solo consigue que las

lágrimas les caigan más copiosas.

—El único motivo de que tú lo aceptes muy a gusto —le dice su padre—, es que nosotros te lo hemos inculcado. Es culpa nuestra. ¡Todo es culpa nuestra!

Miracolina los mira y se encoge de hombros.

—Entonces cambiad vuestra decisión —les propone—. Romped vuestro pacto con Dios, y no me mandéis al sacrificio.

Ellos la miran como si ella les estuviera ofreciendo un regalo maravilloso, un indulto del infierno. Hasta Matteo concibe esperanzas.

—¡Sí, eso es lo que vamos a hacer! —dice su madre—. Aún no hemos firmado los últimos papeles. ¡Podemos cambiar de opinión!

—Bien —dice Miracolina—. ¿Estáis seguros de que es eso lo que queréis?

—Sí —dice su padre con intenso alivio—. Sí, no nos cabe ninguna duda.

—¿Seguro?

—Sí.

—Muy bien, ahora podéis sentiros libres de culpa. —Miracolina coge su maleta—. Pero da igual lo que vosotros penséis, porque yo me voy. Porque yo quiero.

Entonces abraza a su madre, a su padre y a su hermano, y se marcha sin volver la vista atrás, sin siquiera decir adiós, porque los adioses implican un final, y más que ninguna otra cosa en la vida, Miracolina Roselli quiere creer que su diezmo es un principio.

ANUNCIO

Cuando el comportamiento de Billy se convirtió en algo superior a nuestras fuerzas, y empezamos a temer por nuestra propia seguridad, hicimos lo único humano que podíamos hacer. Lo enviamos a la Cosechadora para que pudiera encontrar la plenitud en el estado

diviso. Pero ahora, con la restricción de edad que prohíbe desconectar a los muchachos de diecisiete años, no habríamos tenido esa oportunidad. Justo la semana pasada, en nuestro vecindario, una chica de diecisiete años se emborrachó, se estrelló con el coche y mató a dos personas inocentes. ¿Habría sucedido eso si sus padres hubieran tomado la decisión de enviarla a una Cosechadora? ¿A que no?

¡VOTA SÍ A LA PROPUESTA 46! Fin del Tope-17. ¡Levantemos la prohibición de desconexión de final de la adolescencia!

Sufragado por: Ciudadanos para un Mañana Sano.

Tienen tres horas de viaje hasta la Cosechadora de Wood Hollow. La furgoneta tiene asientos de cuero y una música pop sale de los caros altavoces. El conductor es un hombre de barba cenicienta, sonrisa amplia y barriga suficiente para estar contento: un proyecto de Santa Claus.

—¿Emocionada por tu gran día? —le pregunta Santa Claus mientras se alejan de la casa y de la familia de Miracolina—. ¿Te han hecho una buena fiesta del diezmo?

—Sí y no —responde ella—. Sí que estoy emocionada, pero no ha habido

fiesta.

—Oooh… eso es una pena. ¿Por qué no?

—Porque el diezmo no debería ser sobre mí.

—¡Ah…! —es todo lo que consigue responder el Santa Claus. La respuesta de Miracolina es la respuesta perfecta para dar por concluida una conversación, y eso está bien. Lo último que le apetece es resumirle su vida a aquel hombre, por muy agradable que sea.

—Hay bebidas en la nevera —le dice—. Puedes coger lo que quieras. —Y entonces la deja en paz.

Tras veinte minutos en la carretera, en lugar de tomar la autovía entran en una comunidad cerrada con verja.

—Tengo que recoger a alguien más esta tarde —le dice Santa Claus—. Los martes hay poca cosa, así que no tengo que hacer más que esta parada. Espero que no te importe.

—En absoluto.

Se detienen ante una casa que es al menos tres veces mayor que la suya, delante de la cual espera con su familia un chico vestido de blanco. Ella no mira mientras él se despide de ellos. Mira por la otra ventanilla, para no robarles la intimidad de aquel momento. Al final,

Santa Claus abre la puerta y entra un chico de pelo oscuro y liso, muy bien cortado, luminosos ojos azules, y una piel tan pálida como la porcelana, que parece haber permanecido toda la vida sin exponerse al sol para conservar su piel tan pura como el culito de un niño.

—Hola —dice con timidez. Sus ropas blancas son de satén brillante, y están ribeteadas con finos brocados de oro. Los padres de este niño no han reparado en gastos. Las blancas ropas de Miracolina, por otro lado, son simple seda cruda, sin blanquear, para que su color no sea tan cegador que atraiga la atención. Comparadas con las de ella,

las telas blancas que lleva el niño son como anuncios de neón.

Los asientos de la furgoneta no están dispuestos en filas, sino que miran todos al centro para fomentar la camaradería. El chico se sienta enfrente de Miracolina, piensa por un momento, y a continuación vence la distancia y le ofrece la mano.

—Me llamo Timothy —le dice. Ella estrecha la mano del niño, que está húmeda y fría, como suelen estar las manos antes de una representación escolar.

—Yo me llamo Miracolina.

—¡Jo, eso sí que es un nombre! —

comenta, y después se ríe, seguramente muy satisfecho consigo mismo por haberlo dicho—. ¿La gente te llama Mira, o Lina, o algo así para acortarlo?

—Es Miracolina —le responde ella —, y nadie me lo acorta.

—Vale. Encantado de conocerte, Miracolina.

Entonces arranca la furgoneta, y Timothy dice adiós con la mano a su numerosa familia, que sigue allí fuera. Ellos le dicen adiós a su vez, aunque es evidente que no pueden verlo a través del cristal oscurecido. La furgoneta arranca y empieza a serpentear para salir del vecindario. Aun antes de que

pasen la cancela, Timothy empieza a mostrarse incómodo, como si tuviera dolor de estómago, pero Miracolina sabe que si el estómago le molesta, es síntoma de otra cosa. Este niño no ha aceptado con gusto el diezmo, todavía. O, si lo ha aceptado, ha dejado de hacerlo en el momento en que la puerta de la furgoneta se cerró cortando el cordón umbilical con su antigua vida. Pese a que se siente insultada por sus magníficas ropas blancas y la zona exclusiva en que vive, Miracolina empieza a sentir pena por él. Su miedo cuelga en el aire, alrededor de ellos, como una telaraña llena de viudas

negras. Nadie debería acudir a su sacrificio aterrorizado.

—Entonces, ¿el viaje dura tres horas más o menos? —pregunta Timothy con voz temblorosa.

—Sí —responde muy contento Santa Claus—. Disponemos de un sistema de entretenimiento con cientos de películas preprogramadas para que se os haga más corto. ¡Podéis poner la que queráis!

—Sí, claro, por supuesto —dice Timothy—. Tal vez más tarde.

Durante unos minutos, parece perdido en sus pensamientos. Entonces se vuelve hacia Miracolina, otra vez.

—Dicen que tratan muy bien a los

diezmos en la Cosechadora. ¿Crees que será verdad? Dicen que se pasa muy divertido, y que hay un montón de chicos como nosotros. —Se aclara la garganta —. Dicen que hasta elegimos el día en que… en que… bueno, ya sabes…

Miracolina le sonríe con calidez. Normalmente los diezmos como Timothy van a la Cosechadora en una limusina, pero ella comprende, sin necesidad de preguntárselo, por qué va Timothy en aquella furgoneta: porque no quería hacer el viaje solo. Bueno, si el destino los ha juntado en aquel día tan importante, ella será la amiga que él necesita.

—Estoy segura de que la Cosechadora será tal como tú la deseas —le dice—, y cuando elijas la fecha, la elegirás porque estarás listo. Por eso nos dejan elegir. Así que será nuestra decisión, no la de otra persona.

Timothy la mira con sus ojos perfectos y penetrantes:

—Tú no tienes miedo, ¿verdad?

Miracolina decide responder a su pregunta con otra pregunta:

—¿Has montado alguna vez en un avión?

—¿Eeeh? —Timothy se queda desconcertado por el cambio de tema—. Sí: un montón de veces.

—¿Tenías miedo la primera vez que volaste?

—Sí, claro, supongo que sí.

—Pero volaste, a pesar de todo. ¿Por qué?

Timothy se encoge de hombros:

—Porque quería llegar adonde iba. Y porque mis padres iban conmigo y me decían que no pasaría nada.

—Bueno —dice Miracolina—, pues ahí lo tienes.

Timothy la mira, parpadeando con una inocencia que Miracolina piensa que ella no ha tenido nunca:

—Entonces, ¿no estás asustada?

Miracolina lanza un suspiro:

—Sí, estoy asustada —admite—. Muy asustada. Pero cuando uno confía en que todo irá bien, puede hasta disfrutar del miedo. Puedes servirte de él en vez de dejar que te haga daño.

—Ya entiendo lo que quieres decir —dice Timothy—. Es como una película de terror, ¿a que sí? Puedes pasártelo bien con ella porque sabes que no es de verdad, no importa lo mucho que te asuste. —A continuación piensa un poco más—: Pero lo de la desconexión es de verdad. Nosotros no vamos a levantarnos del cine y volver a casa. No es como cuando yo salía del avión y veía que había llegado a Disneylandia.

—Te propongo una cosa —responde Miracolina antes de que Timothy pueda volver a hundirse en su pozo de desesperación, lleno de arañas—. Vamos a ver una de esas películas de terror, y a quitarnos todo el miedo de encima antes de llegar a la Cosechadora.

Timothy asiente, obediente:

—Bueno, vale.

Pero al repasar todas las películas preprogramadas, no encuentran ninguna de terror. No hay más que películas familiares y comedias.

—No pasa nada —le dice Timothy —. Te digo la verdad: a mí no me gustan las películas de miedo.

Al cabo de unos minutos entran en la autovía, incluso un poco antes de tiempo. Timothy se entretiene con videojuegos que impiden que la mente se le ensombrezca, y Miracolina se pone los auriculares y escucha su propia y ecléctica mezcla de música, que prefiere a las insulsas melodías pop de la furgoneta. Tiene dos mil ciento veintinueve canciones en su iChip, y está decidida a escuchar todas las que pueda antes del día en que entre en el estado diviso.

Unas dos horas y treinta canciones después, la furgoneta sale de la autovía y se mete por una carretera pintoresca

que serpentea por un denso bosque:

—Ya solo falta media hora —les dice Santa Claus—. ¡Nos hemos dado bastante prisa!

Entonces, al doblar una curva, pisa el freno a fondo y la furgoneta se detiene con un chirrido.

Miracolina se quita los auriculares:

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—Quedaos aquí —les ordena Santa Claus, que ya no está contento y salta de la furgoneta.

Timothy ya ha pegado la nariz contra el cristal de la ventanilla, y mira:

—Esto no tiene buena pinta.

—No —corrobora Miracolina—.

No la tiene.

Justo al salir de la carretera, en la cuneta, hay otra furgoneta de la Cosechadora de Wood Hollow, pero esta está volcada, con las ruedas mirando al cielo. No se puede saber cuánto tiempo lleva así.

—Habrá pinchado una rueda o algo así, y por eso se ha salido de la carretera —conjetura Timothy. Pero no se ve ninguna rueda pinchada.

—Deberíamos pedir ayuda —dice Miracolina. Pero nadie se lleva el móvil a la Cosechadora, así que ni ella ni Timothy tienen con qué llamar.

Entonces se produce un gran

alboroto. Saltando del bosque desde todos lados, aparece media docena de personas vestidas de negro y con la cara oculta por un pasamontañas. El conductor recibe el impacto de una bala aletargante en el cuello, y cae como una muñeca de trapo demasiado rellena.

—¡Cierra la puerta! —grita Miracolina, aunque no espera a que el otro lo haga, sino que aparta a Timothy hacia un lado para cerrar la puerta del conductor. Pero no es lo bastante rápida. Al mismo tiempo que alcanza el cierre, la puerta se abre y el asaltante aprieta el seguro general. Todas las puertas de la furgoneta quedan franqueadas a la vez

para los atacantes enmascarados. Es evidente que aquellos asaltantes ya han hecho aquello antes, y que tienen práctica. Timothy chilla cuando lo agarran unas manos que lo sacan del vehículo. Intenta zafarse de ellos, pero es inútil. Si su miedo es una telaraña, entonces puede decirse que las arañas lo han atrapado.

Otros dos cogen a Miracolina, y ella se echa al suelo y empieza a darles patadas:

—¡No me toquéis! ¡No me toquéis!

Su miedo, que había tenido tan bien controlado, estalla en aquel momento, porque aquel asalto e interrupción del

viaje es algo mucho más desconocido que la Cosechadora. Da patadas y mordiscos, y clava las uñas llena de terror e indignación, pero no le sirve de nada, porque al final oye el elocuente silbido de una pistola aletargante. Siente el pinchazo de la bala que se le incrusta en el brazo, y el mundo se vuelve oscuro mientras ella cae dando vueltas en aquel lugar intemporal al que van todas las almas sedadas.

ANUNCIO

Usted no me conoce, pero seguro que conoce a alguien que está en mi situación. Me diagnosticaron cáncer

de hígado la misma semana en que recibí la carta de aceptación en la Universidad de Harvard. Mis padres y yo no pensamos que eso fuera un problema, pero cuando hablamos con nuestro médico, nos enteramos de que había gran escasez de órganos, y que los hígados eran especialmente difíciles de obtener. Me dijeron que tendría que apuntarme a una lista de espera. Ahora, tres meses más tarde, mi nombre sigue sin llegar al comienzo de la lista. ¿Y la carta de Harvard? Bueno, me temo que mi educación tendrá que esperar.

Y ahora, los mismos que redujeron la edad máxima de desconexión, quieren establecer un período de espera de seis meses

después de que los padres firman una orden de desconexión, por si acaso cambian de idea. ¿Seis meses? ¡Yo ya no estaré aquí dentro de seis meses!

¡LA PALABRERÍA MATA! ¡VOTA NO A LA PROPUESTA 53!

Sufragado por: Padres para un Futuro Positivo.

Después de ser aletargado, el despertar no es una experiencia agradable. Junto con la conciencia, se presenta un dolor de cabeza insoportable, un sabor horrible en la boca y la inquietante sensación de que te han robado algo.

Miracolina despierta al oír que alguien llora a su lado, implorando compasión. Reconoce esa voz: es la de Timothy. Decididamente, no es el tipo de chico preparado para manejar una situación como aquella. Miracolina no puede verlo, sin embargo, porque tiene los ojos tapados por una gruesa venda.

—No ocurre nada, Timothy —le dice—. Pase lo que pase, no te preocupes. —Al oír su voz, las súplicas y sollozos se transforman en un simple lloriqueo.

Miracolina se mueve un poco solo para comprender en qué posición se halla su cuerpo. Está sentada, bien

erguida, y el cuello le duele por la postura adoptada durante el sueño. Tiene las manos a la espalda, atadas una a la otra, y las piernas sujetas a la silla. No la han atado tan fuerte que le duela, pero sí lo bastante para asegurarse de que no se desata.

—Vale —dice la voz de un chico delante de ellos—. Podéis quitarles la venda.

Le retiran la venda a Miracolina, y aunque la luz de la sala no es muy fuerte, le cuesta abrir los ojos. Los cierra casi del todo, para dejar que se acostumbren poco a poco a la claridad.

Se encuentran en una especie de

salón de baile magnífico, de altos techos. Hay arañas de cristal que cuelgan del techo, pinturas en las paredes… Parece el tipo de lugar en que la monarquía francesa habría entretenido a la alta sociedad antes de que les cortaran a todos la cabeza. Salvo que este lugar se cae a pedazos. Hay agujeros en el techo, a través de los cuales entran y salen las palomas volando libremente. Las pinturas se desmenuzan y caen al suelo a causa del deterioro provocado por los agentes climatológicos, y el olor apestoso del moho llena el aire. Pero no hay modo de saber si los han llevado muy lejos de su

destino.

—Siento mucho que hayamos tenido que hacerlo de esta manera —dice el chico que está sentado delante de ellos.

No va vestido como un rey de ninguna clase, ni siquiera como un rey mohoso, sino que lleva unos simples vaqueros y una camiseta azul claro. Tiene el pelo castaño claro, casi rubio y lo lleva demasiado largo. Da la impresión de que ni se acordaría de cuándo le han cortado el pelo por última vez. Quizá tenga la misma edad que ella, pero el aspecto cansado que muestra el entorno de sus ojos le hace parecer mayor, como si hubiera visto muchas

cosas que nadie debería ver a su edad. También, en cierto sentido, parece frágil.

—No podíamos arriesgarnos a que os hicierais daño, ni a que averiguarais dónde os traíamos. Este era el único modo de rescataros de modo seguro.

—¿Rescatarnos? —pregunta Miracolina abriendo la boca por primera vez—. ¿Llamas rescatar a esto?

—Bueno, puede que ahora mismo no dé esa impresión, pero eso es exactamente lo que hemos hecho.

E, inmediatamente, Miracolina comprende quién es aquel chico. La acomete un acceso de rabia y náuseas.

De todas las cosas feas que podrían ocurrirle, ¿por qué tiene que ser precisamente esto? ¿Por qué tenía que ser capturada por él? Siente rabia, y esa especie de odio que sabe que no es bueno para el alma, y menos estando tan próximo su sacrificio… Pero, por mucho que lo intente, no puede dejar de sentir lo que siente.

Entonces Timothy se queda con la boca abierta, y sus ojos empañados en lágrimas se abren completamente.

—¡Eres tú! —dice con esa especie de entusiasmo que los chicos como Timothy normalmente reservan a los encuentros con estrellas deportivas—.

¡Tú eres el diezmo ese que se hizo aplaudidor! ¡Tú eres Levi Calder!

El chico que tienen delante asiente con la cabeza y sonríe:

—Sí, pero mis amigos me llaman simplemente Lev.

3. Cam

«Muñecas, tobillos, cuello… Atado y bien atado. Me pica, me pica por todas partes. No me puedo mover».

Flexiona las manos y los pies aprisionados por las ataduras. De un lado al otro, de arriba abajo. Se rasca donde le pica, pero eso no hace más que empeorar las cosas.

—¡Has despertado! —dice una voz que suena familiar—. Bien. Muy bien.

Gira el cuello. Nadie. Solo blancas paredes a su alrededor.

Se oye cómo mueven una silla.

Cerca, más cerca. La persona que hablaba aparece ante los ojos, borrosa, acercando una silla hacia donde él ve. Se sienta, cruza las piernas. Sonríe, pero no sonríe. No realmente.

—Me preguntaba cuándo despertarías.

Lleva pantalones oscuros y una blusa. El dibujo de la blusa resulta demasiado borroso para distinguirlo. Y el color. El color. No puede identificar el color.

—Arcoíris —dice él, buscando en la mente—. Amarillo, azul… No. —Lanza un gruñido. Le escuece la garganta al hablar, las palabras salen raspando—.

Hierba, árboles… Vómito del demonio.

—«Verde» —dice la mujer—. Esa es la palabra que estás buscando, ¿no? Mi blusa es verde.

¿Puede leerle la mente aquella mujer? Tal vez no. Tal vez solo es inteligente. Su voz es amable y refinada. Tiene acento. Un poco británico, quizá. Ese acento le hace querer enseguida confiar en ella.

—¿Me reconoces? —pregunta ella.

—No. Sí —responde él, sintiendo que las ataduras de sus pensamientos son más fuertes que las que lo sujetan a la cama.

—Eso está bastante bien —dice la

mujer—. Todo esto es completamente nuevo para ti. Supongo que estarás aterrorizado.

Hasta ese momento no se le ha ocurrido pensar que debiera estar aterrorizado. Pero dado que la mujer de piernas cruzadas y blusa verde dice que debe de estarlo, seguramente lo está. Asustado, tira de las sujeciones. Los picores se hacen más fuertes, y eso le trae fragmentos de recuerdos que debe contar en voz alta.

—Mano en la estufa… Hebilla del cinturón. ¡No, mamá, no! Me caigo de la bici, brazo roto, cuchillo. ¡Me pinchó con un cuchillo!

—«Dolor» —dice tranquilamente la mujer de las piernas cruzadas—. Me parece que «dolor» es la palabra que estás buscando.

Debe de ser una palabra mágica, porque le calma.

—Dolor… —repite él, oyendo la palabra cuando surge por sus extrañas cuerdas vocales y por unos labios que no conoce. Deja de hacer esfuerzos. El dolor se convierte en quemazón, y la quemazón vuelve a convertirse en picor. Pero los pensamientos que acompañan al dolor siguen allí. La mano que arde, la madre enfadada, el brazo roto, y una pelea a cuchillo que nunca entabló, y

que, sin embargo, sí entabló. De algún modo, todas esas cosas le sucedieron a él.

Mira de nuevo a la mujer, que lo examina con frialdad. Ahora que ve más claro, logra distinguir el dibujo de la blusa.

—Cacho… Chema… Mora…

—Sigue intentándolo —dice la mujer—. Lo tienes en la punta de la lengua. Mejor dicho, en algún rincón de la cabeza.

El cerebro le va y le viene. Se esfuerza. Pensar es algo semejante a una carrera, una larga y agotadora carrera olímpica. ¿Cómo se llama esa carrera?

Empieza por eme.

—¡Cachemira! —dice exultante—. ¡Maratón! ¡Cachemira!

—Sí, me imagino que esto es un maratón agotador para ti —dice la mujer —, pero el esfuerzo vale la pena. —Se toca el cuello de la blusa—. Tienes razón, ¡es un estampado de cachemira! —Ella sonríe, esta vez de verdad, y le toca la frente con la yema del dedo. Él siente la punta de la uña—. Te dije que estaba ahí.

Ahora que sus pensamientos empiezan a asentarse, se da cuenta de que reconoce a la mujer, pero no tiene ni idea de dónde la ha visto antes.

—¿Quién? —pregunta—. ¿Quién? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Cómo, qué y por qué —añade ella con una sonrisita—. Ya tienes las seis preguntas clásicas.

—¿Quién? —vuelve a preguntar, sin comprender el chiste que ha hecho ella a su costa.

Ella lanza un suspiro:

—¿Quién soy yo? Puedes decir que soy tu piedra de toque, tu conexión con el mundo. Y en cierto sentido tu traductora, porque yo te comprendo cuando muy pocos lo hacen. Soy experta en metáforas.

—Meta… meta…

—Es la naturaleza del lenguaje que hablas tú: asociaciones metafóricas. Pero ya me doy cuenta de que te estoy confundiendo. No tienes que preocuparte. Mi nombre es Roberta. Pero tú eso no lo podías saber, porque no te he dicho nunca mi nombre en todas las veces que me has visto.

—¿Todas las veces?

Roberta asiente con la cabeza.

—Podrías decir que solo me has visto una vez, y sin embargo, en cierto modo, me has visto muchas, muchas veces. ¿Qué te parece eso?

Vuelve a ser un maratón el buscar a través de la mente la palabra que quiere

decir:

—Gollum en las cavernas. Responde, o no cruzarás el puente. ¿Qué es blanco y negro y rojo por todas partes?[1]

—Un poco más —dice Roberta—. Sé que tú puedes.

—¡Acertijo! —dice él—. ¡Sí, es un maratón, pero merece la pena! La palabra… ¡acertijo!

—Muy bien. —Roberta le toca la mano con suavidad. Él le dirige una larga mirada. Es mayor que él. Eso lo sabe, aunque en realidad no tiene ni idea de lo mayor que es él. Ella es bonita al modo en que es bonita una madre. Pelo

rubio con una insinuación de raíces castañas, y muy poco maquillaje. Sus ojos parecen más jóvenes que el resto de su rostro. Pero esa blusa…

—Medusa —dice él—. Vieja bruja, arpía, dientes torcidos, podridos.

Ella se queda un poco tensa:

—¿Crees que soy fea?

—¡Feeeeea! —dice él, saboreando la palabra—. ¡No, tú no! ¡Fea la cachemira verde!

Roberta se ríe, aliviada, y baja la mirada a la blusa.

—Bueno, supongo que sobre gustos no hay nada escrito, ¿verdad?

«¡Escrito, escrito! ¡Mi padre era

escritor! No: policía. No: trabajador en una fábrica. No… abogado, albañil, farmacéutico, dentista, parado, muerto». Sus pensamientos son todos ciertos y todos falsos. Su propia mente es un acertijo que no es capaz de resolver. Siente el miedo que Roberta le dijo que debía sentir. Vuelve a surgir, y él empieza, una vez más, a luchar con sus ataduras. Sin embargo, no se trata solo de ataduras, también hay vendas.

—¿Quién…? —vuelve a preguntar.

—Ya te lo he dicho —contesta Roberta—. ¿Es que no te acuerdas?

—¡No! ¿Quién? —pregunta—. ¿Quién?

Roberta eleva las cejas, comprendiendo:

—¡Ah, quieres preguntar quién eres tú!

Él aguarda la respuesta con ansia.

—Bueno, esa es la pregunta del millón, ¿no? Quién eres tú. —Ella tamborilea en la barbilla con las yemas de los dedos, meditando—: El comité no se puso de acuerdo en un nombre. Por supuesto, cada cual tiene su opinión, son unos payasos presuntuosos. Así que, quién sabe, mientras ellos discuten qué nombre darte, a lo mejor tú puedes elegir uno por ti mismo.

—¿Elegir? —Pero, ¿por qué tiene

que elegir un nombre? ¿No debería tener ya uno? Repasa en su mente una serie de nombres: Matthew, Johnny, Eric, José, Chris, Alex, Spencer… y aunque algunos parecen más plausibles que otros, ninguno de ellos tiene ese halo de identidad que debe de tener el verdadero nombre. Mueve la cabeza hacia los lados en señal de negación, intentando poner algo, lo que sea, sobre sí mismo, en su lugar correcto. Pero mover la cabeza solo le sirve para que le duela.

—Aspirina —dice—. Aspirina-paracetamol, y contar ovejitas.

—Sí, me imagino que debes de estar

cansado. Aumentaremos los analgésicos y te dejaremos descansar. Mañana seguiremos hablando.

Le da unas palmadas en la mano, y sale de la habitación con paso decidido, apagando la luz y dejándolo solo entre múltiples fragmentos de pensamiento que, en medio de las tinieblas, no son capaces de encajar unos con otros.

Al día siguiente (o al menos él piensa que es el día siguiente) no se encuentra tan cansado y la cabeza no le duele tanto, pero sigue igual de confuso. Sospecha que la habitación blanca que

pensó que era una habitación de hospital, no lo es. Hay bastantes detalles en la arquitectura que sugieren que se encuentra en alguna residencia privada que ha sido adaptada para la convalecencia de un solo paciente. Hay un sonido procedente del otro lado de la ventana, pero que oye incluso cuando la ventana se cierra. Hay un bramido y un silbido constantes, rítmicos. Solo después de oírlo durante un día entero cae en la cuenta de lo que es: olas que rompen contra la orilla. No sabe dónde está, pero sí que está cerca del mar, y siente ganas de verlo. Lo pide y Roberta le complace. Es el primer día que se

levanta de la cama.

Con Roberta vienen dos fuertes guardias uniformados. Le desatan y le ayudan a ponerse de pie, sosteniéndolo por las axilas.

—No tengas miedo —le dice Roberta—. Sé que puedes hacerlo.

En el instante en que se encuentra de pie, siente vértigo. Mira sus pies desnudos, viendo solo los dedos de los pies, que asoman de debajo del camisón de hospital azul claro que lleva puesto. Esos dedos parecen encontrarse a kilómetros de distancia. Empieza a caminar, dando pasos de uno en uno, con mucho esfuerzo.

—Bueno —dice Roberta caminando a su lado—, ¿cómo te encuentras?

—Cayendo en paracaídas —responde él.

—Mmm —dice Roberta, pensando en ello—. ¿Quieres decir por el peligro, o por la emoción?

—Sí —responde. Repite en su mente ambas palabras, peligro y emoción, recordándolas y sacándolas de una enorme caja de sustantivos desordenados y revueltos para colocarlos en el lugar que les corresponde. Hay muchísimas palabras en la caja sin clasificar pero, poco a poco, empieza a encontrar algo de orden

en ella.

—Todo está ahí —le ha dicho Roberta más de una vez—. Solo es cuestión de encontrarlo.

Los dos guardias siguen sosteniéndolo por las axilas mientras él arrastra los pies. Se le tuerce una rodilla, y lo sujetan con más fuerza.

—Cuidado, señor.

Los guardias siempre lo llaman «señor». Eso debe de ser que él inspira respeto, aunque no sabe por qué. Él les envidia su capacidad de simplemente ser ellos, sin tener que hacer grandes esfuerzos para conseguirlo.

Roberta los guía por un pasillo que,

como la distancia que lo separa de sus pies, parece de varios kilómetros, aunque no tiene más que diez metros aproximadamente. Arriba, en un rincón del techo, hay una máquina que le apunta con una lente. En su habitación hay otra máquina igual, que lo observa constantemente, en silencio. «Ojo eléctrico, lente del cíclope». Sabe el nombre de ese aparato. Lo tiene en la punta de la lengua.

—¡Di patata! —dice—. Salgo fatal en las fotos. Cámara… ¡acción! Un momento Kodak.

—La palabra que estás buscando empieza por ce. Y no pienso darte más

pistas —dice Roberta.

—Por ce, por ce… Cadáver, cabaña, calvario, Canadá…

Roberta frunce los labios:

—Puedes hacerlo mejor.

Él lanza un suspiro y se da por vencido antes de que la frustración lo abrume. Justamente en aquel momento se le hace difícil dominar el arte de andar, no digamos ya caminar y pensar al mismo tiempo en otra cosa.

Entonces atraviesan una puerta que da a un lugar que es al mismo tiempo dentro y fuera.

—¡Terraza! —exclama.

—Sí —le dice Roberta—. Esta no te

ha costado tanto trabajo.

Al otro lado de la terraza se extiende un mar interminable que brilla bajo el cálido sol, y ante él se encuentran dos sillas y una mesa pequeña. Sobre la mesa hay galletas y una bebida blanca en jarra de cristal. Debería conocer el nombre de esa bebida.

—¡Una reconfortante merienda! —exclama Roberta—. Tu recompensa por haber sido capaz de andar.

Se sientan uno enfrente del otro, con la comida en medio de los dos y los guardias listos, por si él necesitara su ayuda, o por si intentara tirarse de la terraza a las rocas de la recortada costa.

Por aquellas rocas hay soldados colocados estratégicamente con armas negras y pesadas. Están allí para protegerlo, le dice Roberta. Supone que si llegara hasta allí aquellos guardias de las rocas también lo llamarían «señor».

Roberta vierte el líquido blanco de su jarra cristalina en los cristalinos vasos que reciben la luz, refractándola y dividiéndola en azarosas proyecciones sobre la mampostería de la terraza.

Le da un mordisco a una galleta. Es de chocolate. De repente, la intensidad del sabor trae recuerdos que estaban profundamente dormidos. Piensa en su madre, luego en otra madre, luego en la

comida del colegio. Recuerda cuando se quemó el labio con una galleta recién salida del horno. «Las prefiero duritas y calientes, o duras y casi ardiendo. Soy alérgico al chocolate. El chocolate es lo que más me gusta».

Sabe que todas esas cosas son ciertas. ¿Cómo pueden ser ciertas todas? Si es alérgico, ¿cómo puede tener tantos recuerdos maravillosos del chocolate?

—El acertijo maratón continúa —dice.

Roberta sonríe.

—¡Eso es una frase completa! Vamos, bebe un poco.

Le coloca delante el vaso de frío

líquido blanco, y él lo coge.

—¿Has pensado en tu nombre? —pregunta Roberta mientras él toma un sorbo. Y de inmediato, mientras el sabroso líquido desprende del techo de la boca un trozo de galleta blanda, llegan más pensamientos. La combinación de sabores hace pasar cien pensamientos a través de una criba, separando las pepitas de oro de todo lo demás.

La máquina del ojo eléctrico. ¡Sabe cómo se llama! Y esa cosa blanca viene de la vaca, ¿no? Es zumo de vaca. El ojo eléctrico: ¡cámara! El zumo de vaca: ¡muuu!

—Cam… Muuu… —pronuncia.

A ella le brillan los ojos, y pregunta:

—¿Camus?

—Cam. Muuu.

—¡Camus! Qué nombre tan espléndido. Esta vez te has superado a ti mismo.

—¡Cámara! —dice por fin—. ¡Leche! —Pero Roberta ya no sigue escuchando. Él ha enviado su mente a otro lugar más exótico.

—¡Camus, el filósofo existencialista! «Vivir al borde de las lágrimas». ¡Bravo por ti, amigo mío, bravo por ti!

Él no comprende nada de lo que ella

dice, pero si eso la hace feliz, entonces que sea feliz. Le encanta saber que la ha impresionado.

—Tu nombre completo será Camus Agregado Excelso —dice ella con una sonrisa en el rostro tan amplia como el refulgente mar—. ¡Al Comité le va a encantar!

ANUNCIO

¿Cansado de las dietas de moda? ¿Horas de sufrimiento en el gimnasio sin obtener resultados? ¡Tenemos la respuesta que anda buscando! Todo el mundo sabe que un corazón sano es la clave del bienestar, y con un nuevo corazón en óptimas

condiciones, usted estará ansiando hacer ejercicio! ¡No tardará en ver cómo se van esos kilos de más, y cómo aparece un nuevo yo dentro de usted! No le pedimos que nos crea: ¡pregunte a su médico sobre la nanocirugía!

Sufragado por la Asociación Internacional de Nanocirujanos.

Resultados no garantizados.

A partir de ese momento, cada día empieza para él con fisioterapia. Dolorosos estiramientos seguidos por ejercicios guiados y levantamientos de pesas que parecen específicamente diseñados para causarle el mayor dolor

posible.

—Los agentes curativos trabajan hasta cierto punto —dice el fisioterapeuta, un culturista de voz profunda que responde al inverosímil nombre de Kenny—. El resto tiene que venir de usted.

Pero él está convencido de que el fisioterapeuta disfruta viéndolo sufrir.

Gracias a Roberta, aquellos que no lo llaman solo «señor» lo llaman Camus, pero cuando piensa en el nombre, solo le sugiere una enorme ballena blanca y negra.

—Esa es Shamu —le dice Roberta en el almuerzo—. Tú eres Camus. Rima

con Shamu, aunque tiene una ese que no suena.

—Cam —le dice él, que no quiere que su nombre suene a mamífero marino —: Dejémoslo en Cam.

Roberta levanta una ceja, pensando en ello.

—Podemos hacerlo. Desde luego que podemos. Se lo haré saber a todos. Y, por lo demás, ¿qué tal tus pensamientos hoy, Cam? ¿Te sientes como un todo, un poco más coherente que antes?

Cam se encoge de hombros:

—Tengo la cabeza llena de nubes.

Roberta lanza un suspiro:

—Tal vez, pero yo veo tus progresos aunque no los veas tú. Tus pensamientos se vuelven un poco más claros cada día. Cada día puedes enhebrar hilos de pensamiento más largos, y comprendes casi todo lo que te digo, ¿no es así?

Cam asiente con la cabeza.

—La comprensión es el primer paso hacia una comunicación más clara, Cam. —Roberta duda por un segundo, y después pregunta—: *Comprends-tu maintenant?*

—*Oui, parfaitement* —responde Cam, sin darse cuenta de que ha cambiado algo en las últimas palabras que han salido de su boca, aunque sí que

comprende que una nueva puerta de misterio se acaba de abrir en el interior de su cabeza.

—Bueno —dice Roberta con una sonrisa traviesa—, de ahora en adelante, una lengua cada vez, ¿vale?

Le añaden nuevas actividades. Sus siestas vespertinas merman para hacer sitio a sesiones de una hora sentado ante una pantalla de ordenador del tamaño de una mesa, que está llena de imágenes digitales: un vehículo rojo, un edificio, un retrato en blanco y negro: docenas y docenas de fotos.

—Arrastra hacia ti las imágenes que reconoces —dice Roberta el primer día

de este ritual—, y dime la primera palabra que te traiga a la mente cada imagen.

Cam se siente abrumado.

—¿Es un test?

—No —le responde Roberta—, esto no es un test: solo es un ejercicio mental para ver qué es lo que recuerdas y qué es lo que necesitas aprender.

—Bueno —dice Cam, y añade—: un test. —Porque al fin y al cabo, la respuesta de ella ha sido la definición exacta de un test.

Cam mira las imágenes y hace lo que le manda Roberta, acercando los objetos que reconoce. El retrato: Lincoln. El

edificio: Eiffel. El vehículo rojo: un bombero de camiones. No: un camión de bomberos. Y así sigue la cosa. Cada vez que retira una imagen, aparece otra para reemplazarla. Algunas no tiene problemas en identificarlas, de otras no tiene ningún recuerdo que pueda asociar, y otras se le quedan al borde de la mente, sin poder encontrar una palabra con la que nombrarlas.

Cuando acaba, se siente aún más cansado que al final de la fisioterapia.

—Papelera —dice—. Para el papel arrugado.

Roberta sonríe:

—Derrengado. Te sientes

derrengado.

—Derrengado —repite Cam, guardando la palabra en su mente.

—No me sorprende: nada de esto es fácil, pero lo has hecho bien, ¿verdad? ¡Te mereces un reconocimiento!

Cam asiente, más que dispuesto a dormir una siesta:

—Medalla de oro para mí.

Cada día se le pide más y más, tanto mental como físicamente, pero no se le da ninguna explicación para nada de lo que se le pide.

—Tu éxito es nuestra recompensa —

le dice Roberta, pero ¿cómo puede disfrutar del éxito, si no tiene nada con que medirlo?

—¡El fregadero de la cocina! —le dice un día en la cena a Roberta. Están solos los dos. Siempre están solos los dos—. ¡El fregadero de la cocina! ¡Ahora!

Roberta ni siquiera tiene que investigar más para comprender lo que quiere decir:

—A su debido tiempo, sabrás todo lo que tienes que saber sobre ti mismo. Pero aún no es el momento.

—¡Sí, sí que lo es!

—Cam, esta conversación se ha

terminado.

Cam siente rabia dentro de él, y no sabe qué hacer, ni puede juntar las palabras suficientes para desprenderse de ella.

Así que la rabia acude a sus manos, y antes de que sepa lo que está haciendo, lanza un plato al otro extremo de la habitación, y después otro, y otro. Roberta tiene que agacharse. De pronto, no hay más que platos, cubiertos y cristalería arrojados en todas direcciones. En un instante los guardias se abalanzan sobre Cam, se lo llevan a su habitación y lo atan a la cama, que es algo que no habían hecho desde hacía

más de una semana.

La furia de Cam prosigue durante un tiempo que a él mismo le parece una eternidad, pero al final, agotado, se tranquiliza. Entra Roberta. Está sangrando. No es más que un pequeño corte encima del ojo izquierdo, pero no importa lo pequeño que sea, porque se lo ha hecho él, y es culpa suya.

De repente, todas las demás emociones son sobrepasadas por el remordimiento, un sentimiento que él encuentra aún más fuerte que la rabia.

—Le rompí la hucha a mi hermana —dice en lágrimas—. Estrellé el coche de mi padre. Malo, malo.

—Ya sé que lo sientes —dice Roberta mostrando en la voz tanto cansancio como él—. Yo también lo siento —le dice, y le coge la mano con suavidad.

—Como castigo a tu arrebato, estarás atado hasta mañana por la mañana —le dice—. Tienes que aprender que tus acciones tienen consecuencias.

Él asiente, comprendiendo. Quiere secarse las lágrimas pero no puede, porque tiene las manos atadas a la cama. Roberta lo hace por él.

—Bueno, por lo menos ahora sabemos que eres tan fuerte como

sospechábamos. No bromeaban cuando decían que eras lanzador de béisbol.

Inmediatamente, la mente de Cam repasa su memoria en busca de aquel deporte. ¿Había jugado al béisbol? Su mente puede ser inconexa y fragmentaria, de modo que siempre resulta muy difícil encontrar lo que contiene, pero es fácil saber qué recuerdos no existen en absoluto.

—Un lanzador de béisbol no —dice —. Yo no era lanzador de béisbol.

—Por supuesto que no —dice con calma—. No sé en lo que estaría yo pensando.

Poco a poco, día a día, a medida que nuevas cosas van encontrando su lugar en la mente, Cam empieza a comprender su terrible singularidad. Ahora es de noche. Su fisioterapia lo ha dejado, por una vez, más tonificado que agotado, pero había algo en lo que dijo Kenny, el fisioterapeuta…

«Es usted fuerte, pero unos grupos de músculos no funcionan ni trabajan bien con los otros…».

Cam sabía que no era más que un chiste brusco, pero había en ello una verdad que le resultaba difícil de digerir, del modo en que a menudo lo era la comida, del modo en que la

garganta a veces se negaba a tragar aquello que la lengua empujaba para dentro.

«Al final su cuerpo aprenderá las alianzas que tiene que establecer consigo mismo», le había dicho Kenny, como si Cam fuera una factoría llena de trabajadores propensos a la huelga, o peor, un grupo de esclavos forzados a un trabajo indeseado.

Esa noche Cam contempla las cicatrices que tiene a lo largo de las muñecas, como pulseras muy finas que han quedado visibles una vez desprendidas las vendas. Y baja la vista hasta la gruesa y fea raya que le baja por

el centro del pecho, antes de bifurcarse a derecha e izquierda por encima de sus abdominales perfectamente esculpidos. Esculpidos como una pieza de mármol tallada en forma humana, una visión artística de la perfección. Aquella mansión entre acantilados, ahora lo comprende Cam, no es más que una galería, y él es la obra que se expone. Tal vez debería sentirse especial, pero lo único que siente es su soledad.

Se lleva la mano a la cara, que le han pedido que no se toque. Es entonces cuando entra Roberta. Ella sabe que Cam ha estado haciendo balance de su cuerpo, pues lo ha espiado a través de la

cámara que acecha en un rincón de la habitación. Entra acompañada por dos guardias, porque saben ya que las emociones empiezan a apoderarse de Cam y amenazan tormenta.

—¿Qué te sucede, Cam? —pregunta Roberta—. Dímelo. Busca las palabras.

Cam se pasa las yemas de los dedos por el rostro, que exhibe por todas partes extrañas texturas, pero no quiere palpar ese rostro enteramente por miedo a que en un acceso de rabia se ponga a arrancarlo.

«Busca las palabras…».

—¡Alicia! —dice—. ¡Carol! ¡Alicia! Las palabras son equivocadas,

sabe que lo son, pero son las más próximas que encuentra a lo que quiere decir. Lo único que puede hacer es dar vueltas, dar vueltas, dar vueltas alrededor del punto, perdido en una órbita alrededor de su propia mente.

—¡Alicia! —Señala al cuarto de baño—. ¡Carol!

Un guardia sonríe como si supiera de qué va la cosa, pero sin entender nada en realidad.

—Puede que esté recordando a antiguas novias.

—¡Silencio! —le suelta Roberta—. Sigue, Cam.

Él cierra los ojos, obligando a

aquella idea a tomar forma, pero la única forma que llega es la forma ridícula de…

—¡La morsa! —Sus pensamientos son inútiles, sin sentido. Se desprecia a sí mismo.

Pero entonces Roberta dice:

—¿…Y el carpintero?

Cam vuelve la mirada hacia ella:

—¡Sí, sí! —Por el motivo que sea, aquellas dos cosas que no parecen casar en absoluto, tienen sentido juntas.

—«La morsa y el carpintero» —dice Roberta—, ¡un absurdo poema que tiene todavía menos sentido que tú!

Cam espera que ella al menos

conecte alguno de los puntos que van de una cosa a la otra.

—Fue escrito por Lewis Carroll. El que escribió también…

—¡Alicia!

—Sí, escribió *Alicia en el País de las Maravillas,* y *A través del…*

—¡Espejo! —Cam señala hacia el cuarto de baño—. ¡A través del espejo! ¡El espejo! —grita—. ¡Mi cara! ¡En el espejo! ¡Mi cara!

No hay un solo espejo en ninguna parte de la mansión, o al menos no lo hay en las habitaciones en que tiene permitida la entrada. Ni una sola superficie reflectante por ningún lado.

Eso podría no ser una casualidad.

—¡Espejo! —grita triunfante—. Quiero mirarme en un espejo. ¡Quiero mirarme ahora! ¡Dadme uno! —Es la declaración más clara, hecha en el nivel de comunicación más perfecto que puede conseguir. ¡Seguramente Roberta le recompensará por ello!

—¡Dadme un espejo! *Adesso! Maintenant! Ima!*».

—¡Ya basta! —dice Roberta con una fuerza calculada en la voz—. Hoy no. ¡No estás listo!

—¡No! —Se toca la cara con los dedos, esta vez tan fuerte que empieza a dolerle—. ¡Esto es Dauger en la

máscara de hierro, no Narciso en la fuente! ¡La visión iluminará la carga, no romperá el lomo del camello!

Los guardias miran a Roberta, listos para abalanzarse sobre él, sujetarlo y atarlo una vez más a la cama, donde no podrá hacerse daño a sí mismo. Pero Roberta no da la orden. Duda, pondera y, finalmente, dice:

—Ven conmigo. —Se vuelve y sale de la habitación con paso decidido, dejando que la sigan Cam y los guardias.

Dejan el ala de la mansión que ha sido cuidadosamente planeada para su protección, y entran en lugares que tienen un aspecto mucho menos clínico:

habitaciones con suelo de cálida madera en lugar de frío linóleo, cuadros enmarcados en vez de blancas paredes desnudas.

Roberta les dice a los guardias que esperen en la puerta y entra en un salón delante de Cam. Hay personas presentes: Kenny, y algunos miembros del equipo de terapia, así como otros a los que Cam no conoce: profesionales de algún tipo que trabajan entre bastidores en el teatro de su vida. Cuando lo ven, se levantan de sus sillas y sofás de cuero, alarmados por su presencia.

—No pasa nada —les dice Roberta

—. Dejadnos solos unos minutos. —Dejan lo que estaban haciendo y salen a toda prisa. Cam le preguntaría a Roberta quiénes son, pero ya lo sabe: son como los guardias de la puerta y como los guardias de las rocas, y como el hombre que limpia su suciedad, y como la mujer que le frota las cicatrices con loción. Todos están allí para servirle a él.

Roberta lo conduce hasta un espejo de cuerpo entero que hay en la pared. Ahora puede verse de la cabeza a los pies. Se despoja del camisón de hospital y se queda allí sólo con sus pantalones cortos, mirándose. La forma de su cuerpo es hermosa: está perfectamente

proporcionado, es musculoso y esbelto. Por un momento piensa que, a fin de cuentas, es Narciso absorto en su vanidosa contemplación. Pero cuando se acerca más, y le da más la luz, ve las cicatrices. Sabía que estaban allí, pero verlas todas juntas resulta abrumador. Son feas y aparecen por todos lados, aunque en ningún lugar son más evidentes que en el rostro.

Ese rostro es una pesadilla.

Tiras de carne, todas de tono diferente, como un edredón de retales viviente, retales extendidos sobre el hueso, con músculos y cartílagos debajo. Incluso su cabeza, bien afeitada al

despertar, pero ahora llena de una pelusa color melocotón, tiene diferentes colores y texturas, como campos irregulares en los que se cultivan distintas plantas. Los ojos le duelen de verse a sí mismo, y las lágrimas los empañan.

—¿Por qué? —es todo lo que se le ocurre decir. Se da la vuelta, dejando atrás su reflejo, tratando de desaparecer, ocultando su propia imagen tras el hombro, pero Roberta le toca ese hombro con suavidad.

—No apartes la mirada —le dice—. Tienes que tener la fuerza de mirar lo que ves.

Él hace un esfuerzo por volver a mirar, pero solo ve cicatrices.

—¡Monstruo! —dice. Esa palabra le llega de muchos diferentes fragmentos de recuerdo, y no necesita ayuda para encontrarla—: ¡Frankenstein!

—¡No! —dice Roberta con brusquedad—. ¡No pienses eso! ¡Aquel monstruo fue hecho de carne muerta, pero tú estás hecho de vivos! Aquella criatura fue una violación de todas las cosas naturales, pero tú, Cam… ¡tú eres una maravilla del nuevo mundo!

Ahora ella mira al espejo, con él, señalando cada una de las milagrosas partes de su cuerpo:

—Tus piernas pertenecieron a un corredor universitario —le dice—, y el corazón a un chico que podía haber sido nadador olímpico si no hubiera sido desconectado. Tus brazos y hombros pertenecieron una vez al mejor jugador de béisbol que hubiera visto nunca ninguna Cosechadora, y ¿tus manos? ¡Tus manos tocaban la guitarra con un talento extraordinario, glorioso! — Entonces ella sonríe y lo mira a los ojos a través del espejo—: En cuanto a tus ojos, vienen de un chico que podía derretir el corazón de una chica con una sola mirada.

Hay un cierto orgullo en la manera

en que habla de él. Es un orgullo que él mismo no puede sentir.

Roberta le pone un dedo en la sien.

—¡Pero lo mejor de todo está justo aquí!

Pasa el dedo alrededor de la pelusa de múltiples texturas de su cabello, señalando diferentes puntos del cráneo, como destinos de viaje en un globo terráqueo.

—El lóbulo frontal izquierdo contiene las habilidades analíticas y computacionales de siete chicos que dieron nivel de genio en las pruebas de ciencias y matemáticas. El lóbulo frontal derecho combina el de casi una docena

de poetas, artistas y músicos. El lóbulo occipital contiene haces neuronales de incontables desconectados que poseían memoria fotográfica, y el centro del lenguaje está dotado con nueve lenguas diferentes, todas las cuales están esperando despertar.

Le toca la barbilla, volviéndole el rostro hacia ella. Los ojos de ella, que parecían tan lejanos en el espejo, se encuentran ahora a solo unos centímetros de los de él. Son hipnóticos y embriagadores.

—*Anata wa randamu de wa nai, Cam,* —le dice ella—. *Anata wa interijento ni sekkei sa rete imasu.*

Y Cam entiende lo que le dice: «Tú no eres producto del azar, Cam. Tú estás diseñado de modo inteligente». No tiene ni idea de qué lengua es, pero sabe lo que significa.

—Cada parte de ti está elegida de entre los mejores —sigue Roberta—, y yo estuve presente en cada desconexión, para que tú me vieras, me oyeras, y me conocieras cuando unieran todas tus partes. —Roberta se toma un momento para pensar en ello, y después niega con la cabeza, con tristeza—. Aquellos pobres chicos eran demasiado disfuncionales para saber cómo usar los dones que habían recibido. Pero ahora,

aunque divididos, ¡podrán realizarse completamente gracias a ti!

Ahora que ella habla de desconexión, él recibe una marea de fragmentos de recuerdos.

«¡Sí, la había visto!».

Estaba allí, de pie, al lado de la mesa de operaciones, sin siquiera llevar una mascarilla para taparse la cara, pues el objetivo, ahora lo entiende, era que Cam la viera y la recordara. Pero no se trataba de un solo quirófano, ¿verdad?

«Un recuerdo idéntico
de docenas de distintos lugares en su mente,
pero no es su mente, ¿o sí?,

es la mente de ellos,
de todos ellos,
llorando.
Por favor, por favor, haz que pare esto,
hasta que no haya voz que ruegue,
ni mente que grite.
Hasta ese momento singular
en que *Yo soy* se convierte en *No soy*…».

Respira hondo, estremeciéndose. Aquellos recuerdos finales son ahora partes de él, partes ensambladas igual que la piel de su rostro. Los recuerdos son imposibles de soportar, y sin embargo él los soporta. Solo ahora comprende lo fuerte que debe de ser

para aguantar sin derrumbarse el recuerdo de cientos de desconectados.

Roberta le propone mirar a su alrededor los suntuosos despojos de la mansión.

—Como puedes ver por lo que te rodea, tenemos mucho respaldo que brindarte, para que tú puedas seguir creciendo y mejorando.

—¿Respaldo? ¿De quién?

—Eso no importa. Son amigos. Y no solo amigos tuyos, sino amigos del mundo en que todos queremos vivir.

Y aunque todo está empezando a encajar, y su entera vida empieza a encontrar su sitio, hay una cosa que

sigue martirizándolo:

—Mi cara… es horrible…

—No te preocupes —dice Roberta —. Las cicatrices curarán. De hecho, los agentes curativos ya están haciendo efecto. Esas cicatrices no tardarán en desaparecer completamente, dejando solo una levísima línea donde se encuentran los injertos. Confía en mí. He visto la proyección del aspecto que tendrás, Cam, ¡y es impresionante!

Cam se pasa los dedos por las cicatrices del rostro. No son tan irregulares como le había parecido: son simétricas, y los diferentes tonos de piel forman un patrón. Un diseño.

—Lo de darte una parte de cada etnia fue una elección consciente. Desde el siena caucásico más pálido, los tonos tierra más oscuros del África que conserva su belleza natural, pasando por todo lo intermedio: hispano, asiático, islandés, aborigen, australoide, indio, semítico… ¡un glorioso mosaico de humanidad! Tú eres todos los hombres, Cam, y esa verdad resulta evidente en tu rostro. Te lo prometo, cuando curen esas cicatrices ¡serás la definición misma de la belleza masculina! Serás un faro luminoso, la mayor esperanza de la raza humana. ¡Serás la demostración, Cam! Por el mero hecho de existir, ¡serás la

demostración!

Cuando piensa en esto, el corazón se le acelera, palpitando fuerte en el pecho. Imagina todas las carreras de natación que ha ganado aquel corazón suyo, y aunque no tiene ningún recuerdo de ser un nadador estrella, el corazón sabe lo que la mente no sabe. Ansía volver a meterse en la piscina, al igual que sus piernas ansían caminar.

Justo ahora, sin embargo, aquellas piernas se le tuercen, y se encuentra en el suelo, preguntándose cómo ha llegado allí.

—Demasiados estímulos para un solo día —dice Roberta.

Los guardias, que han estado mirando desde la puerta, corren a ayudarlo a levantarse.

—¿Se encuentra bien, señor? ¿Quiere que pidamos ayuda, señora?

—No es necesario. Yo lo atenderé.

Lo llevan hasta un lujoso sofá. Está temblando, no solo por el frío del aire, sino por la revelación de conocer su propia verdad personal. Roberta coge una manta y lo cubre con ella. Ordena que calienten la habitación, y se sienta a su lado como una madre reconfortando a su niño febril.

—Tenemos grandes planes para ti, Cam. Pero ahora no tienes que

preocuparte de eso. Ahora lo único que tienes que hacer es realizar el impresionante potencial que tienes. Unir todas esas partes de la mente que siguen sueltas, y enseñar a cada parte de tu cuerpo a funcionar junto con las otras. ¡Eres el director de una orquesta viva, y la música que vas a interpretar estará más allá de lo imaginable!

—¿Y si no es así? —pregunta él.

Roberta se inclina y le da un suave beso en la frente.

—Esa posibilidad sencillamente no existe.

ANUNCIO

Cuando perdí mi trabajo se me empezaron a amontonar las facturas y las deudas, y no sabía qué hacer. No me parecía que hubiera forma de mantener a mi familia. Hasta pensé en ir a una Cosechadora del extranjero y dividirme en el mercado negro para pagar los gastos familiares, pero el mercado negro me asustaba. Bueno, por fin podemos votar una propuesta para legalizar la desconexión voluntaria de adultos… algo que pondría en manos de mi familia el dinero que necesita para vivir. ¡Imagináoslo! Yo podría entrar en el estado diviso con la mente en paz, sabiendo que mi familia quedaría en buena situación. Y, con la legalización, todos los delincuentes que se dedican al mercado negro se

quedarán sin negocio. ¡Vota sí a la propuesta 58! Ayuda a familias como la mía, y pon fin al pirateo de partes.

Sufragado por la Alianza Nacional de Defensores de la Donación

---

El sueño de Cam es siempre lúcido. Siempre es consciente de que está soñando, y hasta ahora sus sueños han sido fuente de una intensa frustración. No siguen una lógica onírica, y en realidad no siguen lógica alguna. Son inconexos, deshilvanados y confusos, fragmentos azarosos que han quedado prendidos en la telaraña de su mente inconsciente. Sus sueños son como hacer

zapping por canales mentales tan aprisa que es imposible entender de qué va ninguno de los fragmentos. ¡Es enloquecedor! Sin embargo, ahora que conoce la naturaleza de su yo, Cam se siente capaz de navegar por encima de las olas.

Esa noche sueña que está en una mansión. No en la mansión con vistas al océano, sino en otra que está asentada en las nubes. Va de una habitación a otra, y no es solo la decoración lo que cambia, sino también el mundo, o más bien, la vida que está viviendo dentro de ese mundo. En una cocina, hay hermanos y hermanas a los que reconoce, que

aguardan a cenar sentados a la mesa. En un salón, un padre le hace una pregunta en una lengua que no está en su cerebro, así que no puede responderla.

Y luego están los pasillos: largos pasillos con habitaciones a cada lado, en los que hay personas a las que conoce, pero solo ligeramente. Son habitaciones en las que no entrará nunca, y esas personas no serán nunca más que imágenes atrapadas en aquellas habitaciones. No hay más recuerdo de ellos, al menos no lo hay dentro del tejido cortical que ha recibido.

En cada habitación y pasillo por los que pasa, Cam siente una intensa

sensación de pérdida, pero equilibrada con la impaciencia por descubrir las muchas habitaciones que le quedan por delante.

Al final del sueño, encuentra una última puerta, que da a una terraza sin barandilla. Él se coloca en el borde, mirando hacia las nubes que se inflan a sus pies, cortadas y vueltas a formar por las fuerzas de algún viento sensitivo. Dentro de él hay cien voces (las voces de aquellos que son parte de él), todas las cuales le hablan, solo que aquella abundancia de voces se confunde en un rumor ininteligible. Aun así, sabe lo que intentan decirle: «¡Salta, Cam, salta!», le

dicen. «¡Salta, porque sabemos que puedes volar!».

Por la mañana, aún bajo el impacto del sueño, Cam pone más ímpetu que nunca en la fisioterapia. Siente el ardor de los músculos más que la tensión de las heridas que curan.

—Hoy está usted lo que se dice en forma —le comenta Kenny mientras trata las articulaciones de Cam en ciclos de hielo y calor para acelerar la cura.

Como ha sabido Cam, Kenny era uno de los entrenadores principales de la Liga Nacional de Fútbol, pero los

poderosos amigos de los que hablaba Roberta le contrataron para entrenar a un solo cliente, ofreciéndole mucho dinero.

—El dinero manda —tuvo que admitir Kenny—. Además, no todos los días se le presenta a uno la ocasión de formar parte de la Historia.

—¿Es eso lo que soy? —piensa Cam —. ¿La Historia que se estudiará en el futuro? Intenta imaginarse el nombre de Camus Agregado Excelso enseñado en las aulas del futuro, pero no lo consigue. Es el nombre. Suena demasiado clínico, como el sujeto de un experimento, más que el resultado. Debería acortarlo: Camus Agrex. Esa equis le trae a la

mente el Grand Prix, imágenes de carreras de coches que se lanzan a tomar una curva a toda velocidad. No le suena mal, le suena a misterio e incógnita: ¡Camus Agrex!

Hace una mueca cuando Kenny le pone el hielo en el hombro, pero aquel día incluso ese dolor le sienta bien.

—¡Maratón pan, cesta ya no! —dice, pero después se aclara la garganta y deja que la idea cobre solidez, reuniendo las palabras adecuadas para expresarla—: Esta maratón que estoy corriendo… ahora es pan comido. Ya no me siento derrengado.

Kenny se ríe:

—¿No le dije que esto se volvería fácil con el tiempo?

Aquella tarde Cam se sienta en la terraza con Roberta, y les sirven una comida en bandeja de plata. Cada día la comida es más variada, pero siempre viene en porciones pequeñas: cóctel de gambas, ensalada de remolacha, pollo al curry con alcuzcuz… Todo son retos deliciosos para sus papilas gustativas, desencadenan microrrecuerdos y fuerzan conexiones neuronales que acompañan sus agudos sentidos del sabor y del olfato.

—Todo es parte de tu curación —le dice Roberta mientras comen—. Todo es

parte de tu desarrollo.

Después de la comida, se sientan para su ritual diario ante la gran pantalla de ordenador, en la que aparecen imágenes que estimulan su memoria visual. Las imágenes son más difíciles ahora, ya no hay nada que resulte tan sencillo como la torre Eiffel o un camión de bomberos. Hay obras de arte poco claras que Cam debe identificar. Si no la obra en concreto, al menos el artista. Y escenas de obras de teatro.

—¿Quién es ese personaje?

—Lady Macbeth.

—¿Qué está haciendo?

—No lo sé.

—Entonces inventa algo. Usa tu imaginación.

Hay imágenes de personas de distinta profesión y condición social, y Roberta le pide a Cam que imagine quiénes pueden ser. Qué pueden estar pensando. Roberta no le deja hablar hasta que se toma el tiempo suficiente para encontrar las palabras adecuadas.

—Hombre en un tren. Se pregunta qué le estará esperando en casa de cena. Seguramente, otra vez pollo. Está harto del pollo.

Entonces, en medio de las fotos esparcidas por la pantalla del ordenador, Cam ve una imagen de una

chica que atrae su atención. Roberta sigue la dirección de sus ojos hacia la imagen, e intenta borrarla inmediatamente, pero Cam le coge la mano y se lo impide.

—No. Déjame ver.

A regañadientes, Roberta aparta la mano de la imagen. Cam la arrastra hacia él, le da la vuelta y la aumenta de tamaño. Se da cuenta de que la foto no fue tomada con permiso de la chica. Está encuadrada en un ángulo extraño. Tal vez tomada en secreto. Aparece un recuerdo que es como una luz que brilla un instante: aquella misma chica en un autobús.

—Esa foto no tendría que estar aquí —dice Roberta—. ¿Podemos quitarla ahora?

—Todavía no.

Cam no sabe dónde se tomó la foto. En el exterior. Hay polvo. La chica toca el piano debajo de algo oscuro y metálico que le da sombra. Es hermosa.

—Alas cortadas. Cielo roto. —Cam cierra los ojos, recordando que Roberta le ha pedido que antes de hablar haga un esfuerzo para encontrar las palabras adecuadas—: Es como… un ángel herido, cuando cayó a tierra. Toca música para curarse, pero nada puede sanar lo que tiene roto.

—Muy bonito —dice Roberta con voz poco convincente—: Pasamos a la siguiente.

Roberta alarga la mano e intenta otra vez retirar la foto, pero Cam la desliza hacia su esquina del ordenador, dejándola fuera del alcance de ella, y le dice—: No. Se queda aquí.

El hecho de que eso le moleste a Roberta no hace más que encender la curiosidad de Cam:

—¿Quién es?

—Nadie importante.

Pero está claro, por la reacción de Roberta, que sí es importante.

—La encontraré.

Roberta se ríe con risa amarga.

—Es poco probable.

—Ya lo veremos.

Siguen con sus ejercicios mentales, pero Cam no deja de pensar en la chica. Algún día averiguará quién es y la encontrará. Aprenderá todo lo que necesita saber, o, para ser más precisos, unificará y organizará todas las cosas que ya están allí, en su fragmentario cerebro. Una vez lo haga, será capaz de hablar con seguridad a aquella chica. Y entonces, con sus propias palabras y en la lengua que necesite emplear, le podrá preguntar por qué parece tan triste, y qué giro desgraciado del destino la ha

postrado en una silla de ruedas.

SEGUNDA PARTE

ÍNTEGROS

34 NIÑOS ABANDONADOS BAJO LA LEY DE PUERTO SEGURO DE NEBRASKA

Agentes de Nebraska se prepararon el viernes para una sesión legislativa especial destinada a corregir una «ley de puerto seguro» que ha tenido la consecuencia no intencionada de permitir que ciertos padres abandonen

más de una treintena de niños de hasta diecisiete años.

Mientras se aproximaba la sesión para corregir la ley, un muchacho de cinco años fue abandonado en un hospital de Omaha la noche del jueves. Ese mismo día, algo antes, una mujer dejó a dos adolescentes en otro hospital de Omaha, pero uno de ellos, una chica de diecisiete años, huyó. Las autoridades aún no la han encontrado.

Desde la tarde del viernes, treinta y cuatro niños han sido abandonados al amparo de la ley de Nebraska, cinco de ellos

procedentes de otros estados.

Nebraska fue el último Estado en promulgar una ley de puerto seguro, que trata de hacerse cargo de los recién nacidos no deseados. Pero, a diferencia de las leyes de otros Estados, la de Nebraska no fija un límite de edad, por lo que algunos observadores han interpretado la ley actual como aplicable a niños de hasta dieciocho años.

NATE JENKINS,
The Associated Press,
14 de noviembre de 2008

El artículo completo puede

leerse en:
http://articles.nydailynews.com

4. Padres

Están juntos cuando abren la puerta, padre y madre vestidos de cama. Arrugas de preocupación les aparecen en la frente al ver la naturaleza de sus visitantes. Aquel es un momento previsto y, sin embargo, inesperado.

Un policía de la brigada juvenil ha aparecido en la puerta, con otros tres agentes de apoyo vestidos de paisano. El que está al frente es joven. Todos parecen jóvenes. Últimamente, cada vez los cogen más jóvenes.

—Hemos venido por el sujeto de

desconexión 53-990-24, Noah Falkowski. —Los padres se miran alarmados uno al otro.

—Llegan un día antes —dice la madre.

—El calendario se ha adelantado —le responde el que va vestido de policía —. Tenemos el derecho contractual de cambiar el día de recogida. Si son tan amables, ¿nos permitirían acceder al sujeto?

El padre da un paso hacia delante para mirar el nombre que figura en el uniforme del agente.

—Mire, agente Mullard —le dice en un susurro potente—: aún no estamos

preparados para entregar a nuestro hijo. Como le ha dicho mi esposa, los esperábamos mañana. Tendrán que regresar entonces.

Pero E. Robert Mullard no espera por nadie. Entra en la casa seguido por sus hombres.

—¡Santo Dios! —dice el padre—. ¡Tengan algo de decencia!

Mullard suelta una carcajada:

—¿Decencia? ¿Qué sabe usted de decencia? —Entonces mira el pasillo del dormitorio—. ¡Noah Falkowski! —llama en voz alta—. Si estás ahí, sal inmediatamente.

Un chico de quince años asoma la

cara por la puerta de su dormitorio, echa una mirada a los recién llegados, y cierra de un portazo. Mullard le hace una seña al más musculoso de su equipo:

—Es todo tuyo.

—Ya me encargo.

—¡No le dejes, Walter! —le ruega la mujer a su marido. Walter, puesto en aquel aprieto, increpa a Mullard con ímpetu—: ¡Exijo hablar con su superior!

Y entonces Mullard saca una pistola:

—Usted no está en condiciones de exigir nada.

Es evidentemente una pistola aletargante, pero pensando en aquel turbio asunto del policía al que habían

matado con su propia pistola, Walter y su mujer no tienen ganas de correr riesgos.

—Siéntense —dice Mullard, indicando el comedor con un gesto de la cabeza. La pareja duda—. ¡He dicho que se sienten! —Y entonces dos de los hombres de Mullard los obligan a sentarse en dos sillas del comedor. El padre, un hombre razonable, presupone que está tratando con un joven profesional que será tan razonable como él mismo:

—¿Es realmente necesario todo esto, agente Mullard? —pregunta en un tono de voz más calmado, más complaciente.

—Mi nombre no es Mullard, y yo no soy ningún policía de la brigada juvenil.

De repente, el hombre comprende lo evidente. Sabía que aquel chico era demasiado joven para disfrutar de la autoridad de la que daba muestras. Las cicatrices del rostro le daban un aspecto un poco… bueno… de hombre curtido, pero seguía siendo demasiado joven. ¿Cómo podía haberse dejado engañar tan fácilmente? Y ¿no hay algo familiar en el rostro de aquel muchacho? ¿No lo habrá antes, tal vez en las noticias? El hombre se queda sin habla ante aquel giro inesperado y nada profesional de los hechos.

5. Connor

Lo mejor de aquellas misiones es la cara que ponen los padres cuando comprenden que se ha dado vuelta a la tortilla. Cómo bajan los ojos de repente hacia la pistola aletargante que los apunta, comprendiendo de pronto que su orden de desconexión ya no es nada más que un pedazo de papel.

—¿Quiénes sois vosotros? —pregunta el padre—. ¿Qué es lo que buscáis?

—Solo queremos lo que ya no quieren ustedes —le contesta Connor—:

queremos a su hijo.

Entonces Trace, el muchachote musculoso al que había mandado atrapar a Noah, sale del dormitorio sujetando al chico, que se resiste.

—¡Ya no hacen cerrojos para las puertas como los de antes! —se lamenta Trace.

—¡Suélteme! —grita el muchacho—. ¡Suélteme! Connor va hacia él mientras Hayden, que también está en el equipo de rescate, saca una pistola aletargante para asegurarse de que la pareja no concibe nuevas ideas.

—Noah, tus padres estaban a punto de desmembrarte —le explica Connor

—. De hecho, los de la brigada juvenil tenían que venir mañana. Pero, por suerte para ti, nosotros hemos llegado primero.

Hay una mirada de horror en la cara del muchacho. Mueve la cabeza hacia los lados, negándose a aceptar tal posibilidad.

—¡Mientes! —Entonces mira a sus padres, y ya no está tan seguro—. Está mintiendo, ¿verdad?

Connor se adelanta a los padres:

—Díganle la verdad… se la deben.

—¡No tenéis derecho a hacer esto! —chilla la madre.

—¡La verdad! —exige Connor.

Entonces el padre suspira y dice:

—Sí, lo que dice es cierto. Lo siento, Noah.

Entonces Noah lanza una mirada furiosa a sus padres antes de volverse hacia Connor. Connor distingue las lágrimas que la rabia acumula en sus ojos.

—¿Vas a hacerles algún daño? —pregunta Noah.

—¿Quieres que se lo haga?

—Sí. ¡Sí!

Connor niega con la cabeza:

—Lo siento, no nos dedicamos a eso. Algún día nos darás las gracias por no haberlo hecho.

Noah baja la mirada:

—No lo haré.

Trace, que ya no tiene que sujetar a Noah con tanta fuerza, lo acompaña al dormitorio para que Noah pueda meter algunas cosas en su mochila: lo poco que pueda rescatar de sus quince años de vida.

Mientras el resto del equipo de Connor comprueba la casa, asegurándose de que no hay nadie más presente que pueda llamar a la policía o estropear la misión del modo que sea, Connor le entrega al padre un bloc y un bolígrafo.

—¿Para qué es esto?

—Va a escribir las razones que tenía para hacer que desconectaran a su hijo.

—¿Para qué?

—Sabemos que tiene razones para hacerlo —dice Connor—. Estoy seguro de que son una idiotez, estoy seguro de que son razones egoístas, y una auténtica metedura de pata, pero no dejarán de ser razones. Aunque no nos sirvan para otra cosa, nos ayudarán a comprender qué clase de incordio es Noah. Así podremos tratar con él mejor de lo que lo han hecho ustedes.

—Hablas en plural —dice la madre —. ¿Quiénes sois?

—Somos los que van a salvar la

puñetera vida de su hijo. No necesita saber más.

El padre baja la mirada con tristeza hacia el pequeño bloc.

—¡Escriba! —dice Connor. Ni él ni la madre levantan la mirada cuando Trace sale con Noah de la casa para meterse en el coche que les aguarda.

—¡Os odio! —les grita—. ¡Nunca lo pensé de verdad cuando lo dije antes, pero ahora sí soy sincero!

Connor nota que aquello afecta a sus padres profundamente, aunque no tan profundamente como el bisturí de la chatarrería.

—Algún día, si llega a los

diecisiete, puede que intente perdonarles. Si lo hace, no desperdicien la oportunidad.

No responden nada. El padre tiene la mirada clavada en el bloc, en el que garabatea algo. Cuando ha terminado, se lo entrega a Connor. Más que un manifiesto, el hombre ha escrito sus excusas en una lista. Connor las lee en voz alta, como si cada una fuera una acusación contra ellos:

—«Desobediencia y falta de respeto».

Estas son siempre las primeras razones. Si los padres desconectaran a todos los niños desobedientes, la raza

humana se extinguiría en una sola generación.

—«Comportamiento destructivo consigo mismo y con la propiedad».

Connor sabe algo sobre comportamiento destructivo, y en su época de irritación cumplió con su parte de vandalismo. Pero la mayoría de los niños pasan por eso, ¿no? Nunca deja de sorprenderle que todo, hasta la desconexión, se oriente hacia la solución más fácil. Connor observa el tercer punto y no puede por menos de reírse.

—¿«Falta de higiene personal»?

La mujer le lanza al marido una

mirada de furia por escribir eso.

—Ah, ¡esta me gusta! —dice Connor —. «Limitadas perspectivas de futuro». ¡Suena como un informe de la Bolsa!

En cada misión de rescate, Connor lee en voz alta los motivos, y cada vez se pregunta si sus propios padres habrían escrito la misma lista. Esta vez, el último motivo le hace a Connor atragantarse un poco.

—«Nuestro propio fracaso como padres».

Y eso le enfurece. Aquellos padres no se ganan su compasión. Si el fracaso es de ellos, ¿por qué tiene que pagar su hijo las consecuencias?

—Mañana, cuando vengan a por él los de la brigada juvenil, les dirán que se ha escapado y que no saben adónde ha ido. No digan nada sobre nosotros ni de lo que ha sucedido hoy aquí, porque si lo hacen nos enteraremos. Escuchamos todas las frecuencias de la policía.

—¿Y si no cumplimos? —pregunta su padre, mostrando el mismo tipo de desobediencia por el que condenaban a su hijo.

—Por si acaso ustedes sienten tentaciones de informar sobre esto a la policía, tenemos preparado en la red un bonito cóctel de identidad para los dos.

Después de oír aquello, los dos se quedan con peor cara que antes.

—¿Qué tipo de cóctel?

Hayden es el que responde, y lo hace con orgullo, porque aquello fue idea suya:

—Enviamos un simple código a la red, y ¡bingo!, sus nombres aparecen relacionados con una docena de células de aplaudidores bien conocidas. Sus perfiles aparecerán tan enmarañados con el terrorismo, que pasarán años intentando desprenderse del culo a los Servicios de Seguridad Nacional.

La pareja asiente con la cabeza, aceptando solemnemente.

—Vale —dice el hombre—. Tiene nuestra palabra.

La amenaza de los cócteles de identidad siempre es efectiva. Y, además, a los padres les suele dar igual que los chicos se vayan con Connor o que los desconecten. Su hijo inmanejable pasa a ser en cualquier caso problema de otros. Denunciar a Connor y a su equipo no serviría más que para que Noah volviera a ser problema de ellos.

—Tenéis que comprenderlo, estábamos desesperados —dice la madre con un alto sentido de la rectitud —. Todo el mundo nos decía que la

mejor solución era la desconexión. Todo el mundo.

Connor arranca la lista de excusas, las deja caer al suelo, y la mira a los ojos.

—O sea que decidieron desconectar a su hijo por la presión de los vecinos…

Al final los dos se derrumban, sintiendo todo el peso de la vergüenza. El padre, que había comenzado tan desafiante, de pronto rompe a llorar. Es la madre la que conserva el aplomo suficiente para ofrecer a Connor una última excusa:

—Intentamos ser buenos padres… pero hay un momento en que uno desiste.

—No, no lo hay —les responde Connor. Entonces se vuelve para irse, dejándolos con el peor de todos los castigos: tener que vivir consigo mismos.

Connor y los suyos se van en una minifurgoneta intencionadamente anodina y con matrícula falsa. Noah Falkowski se siente comprensiblemente triste cuando mira por la ventanilla, viendo cómo se aleja de su vecindario por última vez. No parece saber quiénes son. No parece que le preocupe. Connor se alegra de que Noah no lo reconozca. Aunque el ASP de Akron tiene en algunos círculos una reputación

legendaria, su cara ha aparecido en las noticias mucho menos que la de Lev. Además, es mucho más fácil ir de incógnito si todo el mundo piensa que uno está muerto.

—Ahora calma —le dice Connor—, estás entre amigos.

—Yo no tengo amigos —le dice Noah. Y, por el momento, Connor le permite que sienta pena de sí mismo.

Bien entrada la noche, el Cementerio hace honor a su nombre. Las aletas de la cola del avión resultan tan mudas e imponentes como las lápidas de las

tumbas. Hay chicos que hacen la ronda, armados con rifles que llevan carga aletargante. Pero, aparte de eso, no hay nada que pueda hacer sospechar que el lugar esté habitado por más de setecientos desconectables ASP.

—Entonces ¿para qué venimos aquí? —pregunta Noah cuando el grupo de rescate pasa por el corredor principal, la «calle» más abarrotada del Cementerio, que está flanqueada por una serie de grandes aviones que son el corazón del espacio en que viven, cada uno de los cuales tiene un nombre puesto por desconectables que se fueron hace tiempo. Nombres como el *Lacuna,* para

uno de los principales dormitorios de las chicas; el *Bombarroba,* un bombardero de la Segunda Guerra Mundial que se ha convertido en centro informático y de telecomunicaciones; y, naturalmente, el CIP, o Casa Internacional del Purgatorio, donde los recién llegados como Noah se quedan hasta que se les encomienda un trabajo y se integran en el Cementerio.

—El Cementerio es donde vivirás hasta que cumplas los diecisiete —le dice Connor a Noah.

—¡Y un jamón! —responde el muchacho. Típico. Pero Connor no le hace ningún caso.

—Hayden, encárgate de que le den un saco de dormir, y acompáñalo al CIP. Ya veremos por la mañana qué clase de trabajo le viene bien.

—Entonces ¿qué soy ahora, un apestoso ASP? —pregunta Noah.

—Así es como nos denominan —dice Hayden—. Pero nosotros nos llamamos a nosotros mismos «íntegros». En cuanto a si apestas o no, creo que estaremos todos de acuerdo en que necesitas visitar nuestras instalaciones de baño lo antes posible.

El muchacho muge como un toro irritado, y Connor sonríe. Fue Hayden quien realmente dio con el término

«íntegros», porque «desconectables» y ASP eran etiquetas negativas que les había puesto el mundo.

«Deberías ser nuestro portavoz», le había dicho Connor a Hayden, a lo que este había respondido en tono de chunga: «Las portavocías me producen mareos, los mareos me producen vómitos, y soy incapaz de hablar mientras vomito».

Hayden, Connor y Risa eran los únicos tres íntegros que quedaban de los que habían sido albergados en el piso franco de Sonia, tanto tiempo antes. Aquella experiencia los unía como si fueran amigos de toda la vida.

Hayden se lleva a Noah a la Casa Internacional del Purgatorio, y Connor se toma un momento para disfrutar de aquella extraña tranquilidad. Mira hacia el *Aerocesible*, el avión en el que duerme Risa. Las luces están apagadas, igual que las otras, pero sospecha que ella habrá echado un vistazo al oír que se acercaban, para asegurarse de que ha llegado a casa sano y salvo.

«No estoy segura de si esas misiones tuyas son nobles o una tontería», le había dicho Risa en una ocasión.

«¿Y no pueden ser ambas cosas al mismo tiempo?», le había respondido él. El caso era que salvar a muchachos

individuales le resultaba a Connor mucho más satisfactorio que las idas y venidas que implicaba la dirección del Cementerio. Gracias a aquellas escapadas no se volvía loco.

Cuando lo pusieron al cargo, se suponía que iba a ser algo provisional. La Resistencia Anti División buscaba en principio un sustituto adecuado para el Almirante, alguien cuya imagen pudiera hacerle creer a la gente que dirigía una empresa de desguace de aviones. Pero más tarde comprendieron que no era eso exactamente lo que necesitaban: dado que tenían personas en la oficina de recepción del Cementerio (que era una

caravana situada cerca de la entrada), y que aquellos empleados dirigían los negocios, y siempre y cuando Connor mantuviera a los muchachos trabajando, tranquilos y bien alimentados, no había motivo para contratar a nadie más.

—¿Vigilando tus dominios?

Connor se da la vuelta y ve a Trace, que se acerca a él.

—No son mis dominios, yo solo trabajo aquí —contesta Connor—. ¿Ya está instalado el nuevo?

—Sí, es todo un quejica. Dice que la manta es demasiado áspera.

—Lo superará. Todos lo superamos.

Trace Neuhauser es un mastodonte

que abandonó el ejército del aire para sumarse a la resistencia cuando su hermana fue desconectada. Es un ASP de su unidad desde hace ya seis meses, pero sigue siendo un mastodonte en todos los sentidos de la palabra. Es una mole de esteroides, con una educación muy limitada enfocada a las artes marciales.

A Connor nunca le han caído bien los mastodontes. Quizá porque ellos saben cuál es su propósito en el mundo, y generalmente se entregan bien a él. El verlos siempre le hizo sentirse incómodo. El hecho de que aquel mastodonte se haya convertido en su

amigo íntimo demuestra que la gente puede cambiar de opinión. Trace tiene veintidós años, pero no parece tener ningún problema en obedecer órdenes de un chico de diecisiete.

—La cadena de mando no conoce restricciones de edad —le había dicho una vez a Connor—. Aunque tuvieras seis años, haría lo que me mandaras por ser mi superior.

Tal vez por eso le cae bien a Connor: porque le hace pensar que si un tipo como aquel es capaz de respetar su autoridad, entonces puede que, al fin y al cabo, no sea tan malo como líder.

El día siguiente comienza como comienza cada día en el Cementerio: con cosas que hacer. «La rutina del bombero», lo llamaba el Almirante: un trote constante para ir apagando todos los incendios. «El liderazgo tiene mucho que ver con que funcione la cisterna del váter», había dicho una vez. A menos que se esté en el frente de batalla: entonces tiene que ver con seguir vivo. Y tampoco resulta agradable tener que encargarse de eso.

En el corredor principal, los muchachos ya andan por debajo del avión de recreo, viendo la tele o jugando con videoconsolas. Aún son

más los que han comenzado su turno de trabajo, desmantelando o reconstruyendo partes de aviones de acuerdo con las órdenes que llegan de la oficina de recepción. Algunas veces le resulta más fácil pensar que todo sucede a pesar de él, no gracias a él.

En cuanto ven aparecer a Connor por el corredor central, empieza el acoso:

—¡Eh, Connor! —dice un chico que llega hasta él corriendo—. No es que me quiera quejar, pero ¿no podría mejorar la comida? Bueno, ya sé que no podemos ser escogidos y todo eso, pero cuando me vuelvan a poner un guiso con sabor a buey que no tiene nada de

verdadero buey, creo que no podré evitarlo: vomitaré.

—Sí, tú y todos los demás —le dice Connor.

—Señor Akron —le dice una chica de unos catorce años (Connor lleva muy mal el hecho de que muchos de los muchachos, especialmente los más jóvenes, no solo sean ridículamente respetuosos, sino que piensen que lo de «Akron» es parte de su nombre—, no sé si está usted enterado, pero los ventiladores del *Lacuna* ya no funcionan, y de noche hace un calor insoportable.

—Mandaré a alguien que los arregle

—le contesta Connor. Entonces llega un tercer muchacho quejándose de que hay demasiada basura, y preguntando si no se puede hacer nada al respecto.

—Lo juro, la mitad del tiempo me siento como un conserje —le confiesa a Trace—. Necesito doce manos más solo para mantener a flote este lugar.

—Ya tienes una docena de manos —le recuerda Trace—. Pero tienes que usarlas.

—Sí, sí —dice Connor, que ya ha oído eso antes. No debería enfadarse con Trace por indicarle esas cosas: al fin y al cabo, para eso lo tiene tan cerca de él: para que le aconseje cómo

encargarse de todo. Connor ya ha aceptado el extraño hecho de ser una especie de líder, pero, como había dicho el Almirante, ese es un cometido ingrato.

Cuando el Almirante lo dejó al cargo, Connor montó una estructura de poder, consistente en un círculo interno, un círculo externo, y el resto. Los que estaban en su círculo interno se suponía que tenían que asegurarse de que estaban bien atendidas cosas como las provisiones de comida y las condiciones sanitarias, pues Connor tenía cosas mucho más apremiantes con las que tratar. Cosas como conservarlos a todos de una sola pieza.

—Convocaré una reunión después de mi encuentro con el representante de la Resistencia —le dice Connor a Trace—, y me aseguraré de que se encarguen de todo los que se tienen que encargar.

—Tal vez te merezca la pena —le dice Trace—, ver quiénes son esos.

Connor no se imaginaba que pudiera llegar a tener nunca una responsabilidad semejante, y ahora que la tiene le gustaría volver a ser solo responsable de sí mismo. Hay demasiadas cosas que siente que necesita hacer.

Gracias a Lev y a su insensata célula de aplaudidores, Connor se libró de ser desconectado, pero sigue sin sentirse

entero del todo.

6. Risa

Solo hay un incapacitado permanente entre los residentes del Cementerio. Como los incapacitados son una clase protegida, no están en riesgo de ser desconectados, así que no necesitan ir al Cementerio como todos los otros chicos que huyen de su orden de desconexión. Este es un testimonio de la naturaleza de queso gruyer de la compasión pública. Afortunados aquellos a quienes se extiende la gracia, pero desgraciados aquellos que acaban en los agujeros.

Risa está incapacitada por libre

elección. Es decir, ella se negó a una operación que hubiera reparado su columna vertebral seccionada, porque eso suponía recibir la columna de un muchacho desconectado. En otro tiempo los daños de la columna vertebral no tenían remedio, y si esa era la carta que te tocaba en suerte, te pasabas el resto de tus días con ella. Risa se pregunta si sería más duro vivir en esas condiciones, o sabiendo que lo tuyo tiene cura, y negándote a ella.

Ahora Risa vive en un viejo McDonnel Douglas MD-11, para el cual hicieron una rampa muy pronunciada que da a la puerta principal. Este avión

accesible ha sido apropiadamente bautizado como *Aerocesible*. Hay unos diez muchachos con esguince de tobillo u otros impedimentos temporales que comparten actualmente el *Aerocesible* con Risa, cada uno en una sección separada por cortinas para proporcionar la ilusión de que cuentan con un espacio personal. Risa dispone del antiguo reservado de primera clase del avión, que se encuentra delante de la puerta. Eso le proporciona un espacio más amplio para vivir, pero no le gusta que eso la destaque de los demás. El condenado avión ya la singulariza de por sí, y aunque su destrozada columna

vertebral sea una honorable herida de guerra, eso no cambia el hecho de que se vea condenada a recibir un constante tratamiento especial.

El único avión aparte de este que cuenta con rampa es el avión enfermería en que trabaja. Esto le deja a Risa una cantidad muy limitada de espacios interiores, y por eso, cuando puede soportar el calor, pasa fuera el tiempo libre.

Todos los días a las cinco en punto, Risa espera a Connor debajo del bombardero furtivo al que han apodado *Cachorro Silencioso*. Todos los días, Connor llega tarde.

Las amplias alas negras del bombardero crean un enorme triángulo de sombra, y su cubierta a prueba de radares ahuyenta el calor del aire. Es uno de los sitios más frescos y agradables del Cementerio.

Finalmente lo ve acercarse: es una silueta de color azul camuflaje, distinta a cualquier otra del Cementerio.

—Creí que no venías —dice Risa cuando Connor alcanza la sombra del *Cachorro Silencioso*.

—He tenido que supervisar el desmonte de un motor.

—Sí —dice Risa con una sonrisa—. Eso es lo que dicen todos.

Connor se lleva todas sus tensiones a aquella cita diaria. Dice que el rato que pasa con ella es el único momento que tiene para sentirse normal, pero no llega nunca a relajarse del todo. De hecho, Risa nunca lo ha visto realmente relajado. No ayuda el hecho de saber que sus leyendas andan por ahí viviendo vidas propias. Las historias de Connor y Risa ya han echado raíces profundas en el moderno folclore, pues pocas cosas son más atractivas que un romance de proscritos. Son los Bonnie y Clyde de una nueva era, tema de adhesivos y camisetas.

Es difícil imaginar que tanta

notoriedad viniera tan solo de sobrevivir a la explosión de la Cosechadora de Happy Jack, nada más porque Connor tuviera la suerte de ser el primer desconectable que ha salido en una sola pieza de una chatarrería. Naturalmente, como sabe el resto del mundo, Connor murió allí y Risa desapareció, ya fuera porque murió también, o ya porque se refugiara bien oculta en algún país simpatizante con los ASP, si es que sigue existiendo tal cosa. Risa se pregunta cómo le iría a su leyenda si la gente supiera que ella estaba justo allí, en el desierto de Arizona, sucia y quemada por el sol.

Una brisa sopla bajo el vientre del Cachorro Silencioso, metiéndole el polvo en los ojos a Risa. Parpadea para quitárselo.

—¿Estás lista? —le pregunta Connor.

—Siempre.

Entonces Connor se arrodilla delante de la silla de ruedas de Risa y empieza a masajearle las piernas, intentando estimular la circulación en aquellas partes de ella que ya no puede sentir. Es parte del ritual diario que se establece entre ellos, de su contacto físico. Resulta fríamente clínico, y al mismo tiempo extrañamente íntimo. Hoy, sin

embargo, Connor está distante, como si su mente vagara por otros lugares.

—Algo te preocupa aún más de lo normal —comenta Risa. Es una afirmación, no una pregunta—. Vamos, suéltalo.

Connor lanza un suspiro, levanta la vista hacia ella y pronuncia la gran pregunta:

—¿Por qué estamos aquí, Risa?

Ella piensa un rato:

—¿Te refieres a por qué estamos aquí en un sentido filosófico, como especie, o a por qué estamos nosotros aquí, haciendo esto a la vista de cualquiera que se moleste en mirar?

—Déjalos que miren —dice él—. Eso me da igual.

Y está claro que es así, porque la intimidad es la primera cosa a la que hay que renunciar cuando se vive en el Cementerio. Ni siquiera el pequeño avión privado que Connor ha convertido en su residencia tiene cortinas en las ventanas. No: Risa sabe que esto no tiene nada que ver con su ritual diario, ni tampoco con la gran pregunta sobre la humanidad. Tiene que ver con la supervivencia.

—Lo que quiero decir es ¿por qué seguimos aquí, en el Cementerio? ¿Por qué no nos han aletargado a todos los de

la brigada juvenil y sacado de aquí?

—Tú ya lo has dicho: porque no nos ven como una amenaza.

—Pero deberían —observa Connor —. No son idiotas… y eso significa que tiene que haber alguna otra razón por la que no han tomado este lugar.

Risa alarga la mano para frotar el tenso hombro de Connor:

—Piensas demasiado.

Connor sonríe al oír eso.

—Cuando me conociste, me acusabas de no pensar lo suficiente.

—Bueno, tu cerebro está recuperando el tiempo perdido.

—Con todo lo que hemos pasado…

y con todo lo que hemos visto, ¿me lo puedes echar en cara?

—Pero me gustas más como hombre de acción.

—La acción tiene que estar bien meditada. Eso me lo enseñaste tú.

Risa lanza un suspiro:

—Sí, supongo que fui yo. Y creé un monstruo.

Ella comprende que los dos han cambiado mucho tras la revuelta de la Cosechadora de Happy Jack. A Risa le gusta pensar que sus espíritus han quedado galvanizados como el hierro, pero a veces le da la impresión de que en las llamas solo han sufrido daños.

Aun así, se alegra de haber sobrevivido para ver los efectos de largo alcance que ha tenido aquel día, como el Tope-17.

Ya antes de lo de Happy Jack, había habido un proyecto de ley en el Congreso para bajar un año el límite de edad legal de la desconexión, hasta el día en que se cumplen los diecisiete en vez de los dieciocho. No se preveía que el proyecto de ley del Tope-17 saliera aprobado y, de hecho, muchas personas ni siquiera habían oído hablar de aquel proyecto de ley hasta que saltaron las noticias de Happy Jack, hasta el día en que el pobre Lev Calder fue sujeto de

portada de todas las revistas importantes: el niño inocente todo vestido de blanco, el niño de ojos luminosos y carita de bueno que sonreía en la foto del colegio. Cómo había llegado a convertirse en aplaudidor aquel niño angelical era un misterio que hacía que todos los padres se pararan a pensar… Pues si aquello podía sucederle a Lev, ¿quién podía estar seguro de que su propio hijo no convertiría algún día su sangre en explosiva y se haría detonar en un pronto de rabia? Y el hecho de que Lev hubiera decidido finalmente no detonarse aún inquietaba más a la gente,

que ya no podía sencillamente etiquetarlo como una mala semilla. Tenían que admitir que aquel niño tenía alma, conciencia, lo cual significaba que tal vez la sociedad había tenido algo que ver al convertirlo en un aplaudidor. Y entonces, de repente, como para aliviar el sentimiento de culpa de todo el mundo, se convirtió en ley el proyecto Tope-17: nadie podría ya ser desconectado después de su decimoséptimo cumpleaños.

—Otra vez estás pensando en Lev, ¿no? —le pregunta Connor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cada vez que lo haces

parece que el tiempo se para, y los ojos se te van a la cara oculta de la luna.

Alarga la mano para tocar las suyas, que han dejado de masajear, y él vuelve a su tarea de incentivar la difícil circulación de la sangre.

—De no ser por él, no se habría aprobado el Tope-17, ya sabes —dice Risa—. Me pregunto qué pensará él de eso.

—Me apuesto a que le produce pesadillas.

—O quizá lo vea por el lado bueno —sugiere Risa.

—¿Lo haces tú? —pregunta Connor.

Risa lanza un suspiro:

—A veces.

El Tope-17 debería haber sido una buena cosa, pero con el tiempo se vio que no lo era. El día después fue un día de victoria, claro, cuando las noticias mostraron a miles de chicos de diecisiete años que se libraban de las Cosechadoras. Fue un triunfo de la compasión humana y una gran victoria para los que estaban en contra de la desconexión; pero aquella misma sensación de victoria permitió que la gente volviera a cerrar los ojos al problema en su totalidad. La desconexión seguía allí, pero mucha gente sentía que ya podía mirar para otro

lado, pensando que tenía la conciencia limpia.

Y entonces llegó el bombardeo mediático, una inundación de anuncios diseñados para recordarle a la gente que las cosas estaban «muchísimo mejor» desde el Acuerdo de Desconexión. «Desconexión: la solución más natural», decían los anuncios, o «¿Adolescente con problemas? Demuéstrale que lo quieres lo bastante para dejarlo ir», y, por supuesto, el favorito de Risa: «Experimenta un mundo fuera de ti mismo: abraza el estado diviso».

Como Risa comprendió enseguida, lo triste de la humanidad es que se cree

lo que le cuentan. Tal vez no la primera vez, pero a la centésima vez, las ideas más descabelladas sencillamente se convierten en un hecho firmemente demostrado.

Y eso le hace regresar a la pregunta de Connor. Habiendo mayor escasez de desconectables en el sistema después del Tope-17, y dado que las personas se han acostumbrado a recibir todos los órganos que quieren cada vez que los quieren, ¿por qué no han atacado el Cementerio? ¿Cómo es que siguen allí?

—Estamos aquí —le dice Risa— porque estamos. Y deberíamos dar gracias por eso, mientras dure. —

Entonces le toca el hombro con suavidad, indicándole que ya puede terminar el masaje—. Preferiría regresar al avión-enfermería. Estoy segura de que habrá un montón de fiebres, rasponazos y ojos amoratados que atender. Gracias, Connor. Cada vez que él hace aquello por ella, Risa se avergüenza de necesitarlo.

Él le baja las amplias perneras del pantalón caqui, y vuelve a colocarle los pies en el reposapiés de la silla de ruedas.

—No le des nunca las gracias a un chico por pasarte las manos por todas partes.

—No por todas partes —dice Risa con timidez.

Connor le lanza una sonrisa maliciosa, que incluye cualquier cosa que podría haber respondido a aquello.

—Creo que disfrutaría aún más del rato que pasamos juntos —le dice ella —, si realmente estuvieras aquí conmigo.

Connor alarga la mano para tocarle la cara, pero se detiene, cambia de mano y la toca con la izquierda en vez de la derecha: con su mano de nacimiento.

—Lo siento, es solo…

—Que tu cerebro trata de recuperar todo el tiempo perdido. Lo sé. Pero

estoy impaciente porque llegue el día en que podamos estar juntos y sin todos estos negros pensamientos. Entonces sabremos que hemos ganado.

Ella se va, empujando la silla de ruedas hacia el avión-enfermería, maniobrando por sí misma en el suelo irregular y negándose, como siempre, a que nadie la ayude.

7. Connor

A la tarde siguiente, tres días después de la fecha en que tenía previsto reunirse con Connor, aparece el representante de la Resistencia Anti División. Llega con toda su panza, despeinado y empapado en sudor.

—Y ni siquiera es verano —dice Connor, esperando que el otro entienda que solo faltan unos meses para el agobiante verano de Arizona—. La RAD haría mejor en hacer las cosas como Dios manda, o de lo contrario tendremos un montón de ASP muy alterados. Es

decir, todos los que sobrevivan al calor.

—Se encuentran en el retirado avión presidencial, que antes era el cuartel personal del Almirante pero ahora solo sirve como salón de conferencias. El hombre se presenta como Joe Rincon.

—Pero puedes llamarme Joe y tratarme de tú. Nada de formalidades en la RAD. Se sienta a la mesa de conferencias y saca un bloc y un bolígrafo para tomar notas. Ya empieza a mirar el reloj, como si hubiera otro sitio en el que preferiría estar.

Connor tiene toda una lista de quejas de cada rincón del Cementerio: ¿por qué las remesas de comida son tan escasas y

tan distantes unas de otras?, ¿dónde están las medicinas que pidieron?, ¿qué pasa con el aire acondicionado y los repuestos de los generadores?, ¿por qué no los avisan cuando llegan los aviones con un nuevo contingente? Y, ya de puestos: ¿por qué vienen tan poco cargados esos aviones? Nada más que cinco o diez cada vez, cuando antes los aviones llegaban cargados con cincuenta o más chicos… Como el tema constante son las provisiones de comida, a Connor no le importa verdaderamente la escasez de chicos, pero sí le inquieta un poco; pues si la Resistencia encuentra cada vez menos ASP, eso querrá decir que los

de la brigada juvenil, o aún peor, los llamados piratas de partes, los encuentran antes que ellos.

—¿Qué es lo que os pasa? ¿Por qué la RAD sigue ignorando todas nuestras peticiones?

—No hay nada de lo que preocuparse —dice Rincon, y eso enciende las alarmas en la mente de Connor, pues él ni siquiera dijo que estuviera preocupado—. Todavía se está reorganizando todo.

—¿Todavía? Nadie nos ha dicho que se estuviera reorganizando nada. ¿Qué quiere decir eso de reorganizarse?

Rincon se seca el sudor de la frente

con la manga:

—Realmente, no hay de qué preocuparse.

En el curso de un año, Connor ha llegado a comprender la Resistencia Anti División mejor de lo que le gustaría. Cuando no era más que un ASP, no le quedaba más remedio que confiar en que la RAD fuera una máquina de rescate bien engrasada, pero ahora ve que no lo era en absoluto. Lo único que funciona bien es el Cementerio: el Almirante se había asegurado de eso, y Connor, siguiendo sus pasos, lo conserva todo tal cual.

Debería de haberse dado cuenta de

que las cosas en la RAD no marchaban como debieran cuando aceptaron la propuesta del Almirante de que Connor dirigiera el sitio, en vez de colocar a un adulto con más experiencia. Si estaban tan dispuestos a dejar que un adolescente manejara el santuario ASP, es que la maquinaria estaba llena de tornillos flojos.

Hubo un momento de locura en que los chicos se presentaban cada pocos días. El Cementerio albergaba entonces a más de dos mil muchachos, y la RAD les enviaba de modo regular todo lo que necesitaban. Pero entonces, cuando se aprobó el Tope-17, le ordenaron a

Connor que soltara inmediatamente a todos los de diecisiete años, que eran un gran porcentaje de la población del Cementerio; Connor tomó la sensata decisión de hacerlo poco a poco, no dejándolos marchar todos a la vez, para que la ciudad de Tucson no se viera inundada de la noche a la mañana con más de novecientos adolescentes sin hogar. Que le dijeran que los soltara a todos a la vez era otro indicio de que el mando de la RAD estaba fallando.

Connor los había ido dejando salir a lo largo de un período de dos meses, pero la RAD les cortó las provisiones de inmediato, como si aquellos chicos

hubieran dejado, de pronto, de ser problema suyo. Entre los chicos de diecisiete años que se fueron, los que habían sido enviados a los programas de trabajo organizados por el Almirante y los que desertaron al escasear la comida, la población del Cementerio había caído por debajo de los setecientos.

—Veo que habéis plantado toda una huerta. Y además estáis criando pollos, ¿no es así? —dice Rincon—. A estas alturas debéis de ser completamente autosuficientes.

—Ni mucho menos. El corredor verde solo produce la tercera parte de la

comida que necesitamos, y como la RAD se duerme para enviarnos provisiones, hemos tenido que recurrir a asaltar camiones de reparto del mercado de Tucson.

—¡Dios mío! —exclama Rincon. Eso es todo lo que se le ocurre: suelta un «dios mío», y empieza a mordisquear el extremo del bolígrafo.

Connor, cuya paciencia ha ido mermando con los días, está cansado de andarse por las ramas:

—¿Vas a decirme algo útil, o has venido solo a hacerme perder el tiempo?

Rincon lanza un suspiro:

—El caso, Connor, es que creemos

que el Cementerio se halla en peligro.

Connor no se puede creer que eso se lo esté diciendo aquel imbécil:

—¡Por supuesto que se halla en peligro! ¡Eso ya os lo he dicho yo! Los de la brigada juvenil nos tienen localizados, ¡y desde el día que me hice cargo os estoy diciendo que necesitamos cambiar de emplazamiento!

—Sí, ya estamos trabajando en eso, pero mientras tanto no podemos seguir invirtiendo recursos valiosos en una instalación que podría ser tomada en cualquier momento por la brigada juvenil.

—¿Y por eso nos dejáis que nos

pudramos aquí?

—Yo no he dicho tal cosa. Tú pareces tenerlo todo bajo control. Con un poco de suerte, los de la brigada juvenil no verán la necesidad de invadir…

—¿Con un poco de suerte…? —Connor se levanta y se separa furioso de la mesa—. ¡La resistencia debería fiarse de la acción, no de la suerte! ¿Pero hacen algo? ¡No! Os envío mis planes para infiltrarnos en las Cosechadoras, os envío ideas para liberar a chicos de modo no violento, que no nos pongan a la gente en contra y produzcan reacciones… y todo lo que oigo a la

RAD es que «estamos trabajando en ello, Connor», o «ya lo tenemos en cuenta, Connor». ¿Y ahora me dices que confíe en la suerte para sobrevivir? ¿Para qué demonios sirve la RAD?

Rincon se toma eso como la señal de que la reunión ha concluido, algo que tenía ganas de que ocurriera desde el momento de su llegada:

—Eh, yo solo soy el mensajero, ¡no me cargues con las culpas!

Pero hay algunas cosas que Connor sencillamente no puede evitar, y se descubre a sí mismo blandiendo el puño de Roland contra el rostro de aquel tipo megaguay. El puño impacta en el ojo, y

Rincon se va hacia atrás tambaleándose hasta chocar contra la pared del avión. Mira a Connor ya no con desdén, sino con miedo, como si temiera que siguiera pegándole. ¡No está mal aquello para el apóstol de la no violencia! Connor da un paso atrás:

—Esa es mi respuesta —le dice—. Ten la bondad de transmitírsela a los que te han mandado aquí.

Hay un Boeing 747 sin alas que ha sido vaciado, lo mismo que cualquier otro avión del Cementerio, y rellenado con material de gimnasio. Lo llaman el

Sudacientos, aunque otros prefieren el nombre *Zumbacientos*, debido a todas las peleas que estallan allí. Al *Sudacientos* va Connor para quitarse las frustraciones de encima.

Con un gran saco de arena delante, golpea como un boxeador profesional empeñado en vencer por K. O. al primer asalto. Se imagina la cara de todos los chicos que le han puesto aquel día de mal humor, de todos aquellos que tienen excusas para no hacer lo que tendrían que hacer. Y hace extensiva su ira a gente como Rincon, y a los de la brigada juvenil a los que ha tenido que enfrentarse, a los sonrientes consejeros

de la Cosechadora que intentaban que la desconexión pareciera una sana actividad familiar, y por fin a la cara de sus padres, que pusieron en marcha el mecanismo que ha terminado con él allí. Cuando se acuerda de ellos golpea con todas sus fuerzas, y sin embargo no puede soportar la sensación de culpa por albergar tales sentimientos contra ellos.

Los puñetazos que sacude con la mano izquierda no son nada comparados con los de la derecha. Contempla el tatuaje del tiburón, que lo mira desde el antebrazo: ese tiburón tigre que es aún más feo que el de verdad. Tiene que

admitir que ya se ha acostumbrado a él, aunque nunca le gustará. El vello que le crece en ese brazo es también más tupido y más oscuro que el del otro. Él está allí, se dice Connor a sí mismo. «Roland está aquí, en cada puñetazo que doy con esta mano». Y lo peor de todo es que lanzar aquellos puñetazos resulta muy agradable, como si fuera el propio brazo el que disfrutara.

Se va hacia el banco de pesas, y un par de muchachos que habían estado compartiéndolo le dejan sitio: esa es una de las ventajas de su cargo. Mira las pesas, añade otros dos kilos a cada lado, y se echa hacia atrás,

preparándose para levantarlas. Eso lo hace todos los días, y esa es la parte que más odia… porque en ningún otro sitio se ve tan claramente la diferencia entre los dos brazos como en el banco de pesas. El brazo con el que nació se las ve y se las desea para levantar la barra. Y de pronto se da cuenta de que sigue luchando contra Roland.

—¿Necesitas asistente? —le dice un chico detrás de él. Connor tuerce el cuello para ver de pie, encima de él, al muchacho al que todo el mundo llama simplemente Starkey.

—Sí, claro —dice Connor—. Gracias. —Empieza a hacer otra serie,

sintiendo ya que su brazo natural le duele, aunque no quiere ceder… pero después de siete repeticiones empieza a agotarse, y Starkey tiene que ayudarle a dejar la barra en su sitio.

Starkey señala el tiburón que Connor tiene tatuado en el brazo derecho:

—¿Eso lo tienes después de Happy Jack?

Connor se sienta, masajeándose el ardor de los brazos, y mira el tatuaje:

—Vino con el brazo.

—En realidad —dice Starkey—, me refería al brazo. Tal como me lo imagino, si el chico que está tan en contra de la desconexión tiene el brazo

de un desconectado, seguramente es que no le dieron la posibilidad de elegir. Me encantaría saber cómo ocurrió.

Connor se ríe, porque nadie le ha hecho nunca esa pregunta tan descaradamente. En realidad le alivia hablar de ello.

—Había un chico… era un tipo realmente duro. Intentó matarme una vez, pero no pudo acabar la faena. El caso es que fue el último chico al que desconectaron en Happy Jack. El siguiente se suponía que tenía que ser yo, pero fue en ese momento cuando los aplaudidores volaron la chatarrería. Perdí el brazo y desperté con este.

Créeme, no me dieron la posibilidad de elegir.

Starkey escucha la historia y asiente con la cabeza, sin ofrecer juicio alguno hasta el final:

—Medalla de honor, tío —le dice —. Llévalo con orgullo.

Connor intenta conocer a todos los que llegan, por lo menos un poco, para que ellos no se sientan como un número mientras esperan que los pillen y los desconecten. ¿Qué es lo que sabe de Starkey? Tiene personalidad, y una sonrisa que es un poco difícil de entender. Tiene el pelo ondulado y rojo, aunque no es natural, como prueban las

raíces oscuras que han crecido más de dos centímetros desde que llegó, hace un mes. Es tirando a bajo, robusto, nada escuálido. Corpulento, esa es la palabra. Como un luchador. Y sin embargo tiene una confianza en sí mismo que hasta le hace parecer más alto. Además, corren rumores de que mató a uno o dos policías de la brigada juvenil en su huida, pero son solo rumores.

Connor recuerda el día en que llegó Starkey. En cada grupo de recién llegados hay al menos un chaval que piensa que es una gran idea volar por los aires las Cosechadoras. En realidad, seguramente eso lo piensa la mayoría,

pero el día que llegan suelen estar demasiado cohibidos como para ponerse a gritarlo. Los que lo hacen, una de dos, o son problemáticos, o rinden maravillosamente. Starkey, sin embargo, ha conservado un perfil muy bajo después de su llegada. Se le asignó a la cocina, para servir mesas, y por las noches suele hacer pequeños trucos de magia para quien quiera verlos. Eso le recuerda a Connor su propia primera noche como ASP: lo había acogido un camionero que le mostró su brazo injertado a la altura del codo. Era el brazo de un desconectado que sabía hacer trucos con las cartas.

—Tendrás que dejarme ver algunos de esos trucos de magia, Starkey —dice Connor, y Starkey parece un poco sorprendido.

—¿Sabes el nombre de todos los que están aquí?

—Solo el de aquellos que me dejan alguna impresión. Venga, cambiemos —dice Connor—. Ahora te asisto yo. —Se intercambian el sitio, y Starkey intenta levantar las pesas, pero apenas puede hacerlo un par de veces.

—Creo que lo voy a dejar.

Starkey se sienta, mirándolo largo y tendido. La mayor parte de la gente no soporta el contacto visual con Connor. O

sus cicatrices o su leyenda, una de dos, les resultan demasiado intimidatorias. Starkey, sin embargo, no aparta los ojos.

—¿Es verdad que te arriesgaste a que te descubrieran por salvar a un bebé al que dejó la cigüeña?

—Sí —dice Connor—. No fue uno de mis mejores momentos.

—¿Por qué lo hiciste?

Connor se encoge de hombros:

—En ese momento me pareció una buena idea. —Intenta reírse, pero Starkey no lo acompaña.

—A mí me coló la cigüeña —le dice Starkey.

—Lamento oírlo.

—Bueno, no pasa nada. Solo quiero que sepas que te respeto por lo que hiciste.

—Gracias. —Fuera, alguien llama a Connor en ese tono de «hay un problema terrible, terrible» que oye tan a menudo —. El deber me llama. Tranquilo, Starkey. —Y se va, sintiéndose un poco mejor que cuando llegó.

Pero lo que no ve es lo que sucede una vez se ha ido: Starkey se vuelve a echar sobre el banco de pesas, y las levanta veinte veces con ese mismo peso sin siquiera empezar a sudar.

Después de que se ponga el sol, Connor convoca una reunión de su círculo más íntimo: un grupo de siete personas a las que Hayden ha apodado como «los Interíntegros». El nombre ha tenido éxito. Prefiere que se encuentren en el avión privado de Connor, en el extremo norte del corredor principal antes que en el viejo avión presidencial, que aún huele al encuentro con el megaguay representante de la resistencia.

No fue idea de Connor tener un avión privado, como tampoco lo fue el

ir vestido de camuflaje azul. Las dos cosas habían sido propuestas de Trace que pretendían reforzar la imagen de Connor como intrépido jefe.

—¿Cuáles son los soldados que llevan el traje azul de camuflaje? —rezongó cuando Trace se lo propuso al principio.

—Se utiliza para ataques aéreos a bordo de cinturones cohete —respondió Trace—. No se han probado nunca en realidad, pero en la teoría funcionan.

La idea era diferenciar a Connor de los demás. El Almirante tenía su uniforme todo engalanado con medallas de guerra; Connor necesitaba algo que le

fuera bien a su propio estilo de mando, aun cuando no estuviera muy claro cuál era ese estilo. Aunque él no estaba demasiado contento con dirigir el lugar como si se tratara de un campamento del ejército, el Almirante ya había asentado las cosas en forma de dictadura militar. Y como la cosa no había ido mal del todo, Connor procuró no cambiar nada.

Se había propuesto que Connor ocupara el viejo avión presidencial, pero aquel era el estilo del Almirante, no el de Connor. Lo que este hizo fue instalarse en un pequeño y pulcro avión de empresa que se encontraba a las afueras del Cementerio, y lo hizo

remolcar hasta el extremo norte del corredor principal.

De vez en cuando, Connor oye a muchachos que refunfuñan al respecto: «Míralo ahí viviendo como un rey, mientras los demás no tenemos más que un saco de dormir».

—Así funcionan las cosas —es la rápida respuesta de Trace—: no hay respeto sin un poco de resentimiento.

Connor sabe que tiene razón, pero no por eso le gusta.

Los Interíntegros llegan casi todos en punto a la reunión. Una vez dentro, giran de un lado al otro en las suntuosas sillas de cuero, sin más motivo que el

poder hacerlo. Disfrutan del avión mucho más que Connor.

Están presentes seis de los siete. Risa, que es la médica jefe del Cementerio, se niega a entrar en el avión de Connor hasta que pueda subir por sus propios medios, y poner una rampa para silla de ruedas solo para acceder al avión de Connor parece una extravagancia.

Trace, que es siempre el primero en llegar, es el jefe de seguridad, además de consejero estratégico de Connor.

Hayden es amo y señor del *Bombarroba*, dirige las comunicaciones de radio e Internet, controla las escuchas

al mundo exterior, en las frecuencias de la policía, y toda la comunicación con la resistencia. También tiene una estación de radio para los íntegros, con una señal que apenas alcanza un kilómetro, la «Radio Libertad (de Hayden)».

Hay una chica grandullona a la que llaman Bam y está a cargo de la comida. Su nombre real es Bambi, pero el que pronuncia ese nombre delante de ella termina atendido por Risa en la enfermería.

Está Drake, un muchacho rural que es el Jefe de Sostenibilidad, que no es más que un nombre estrambótico que le han puesto al encargado de la granja, o

corredor verde, que fue completamente idea de Connor. La comida que produce la granja ha aliviado más de un retortijón de hambre cuando las remesas de la RAD han sido demasiado reducidas o inexistentes.

El siguiente es John, un chico mascador de chicle con una pierna inquieta que está a cargo del mantenimiento y el tratamiento de la basura, y finalmente Ashley, que asegura estar «muy enfocada a las personas», y tratar con los «asuntos», y dado que todos los chicos que han sido etiquetados como desconectables tienen «asuntos», seguramente ella es la más

ocupada de todos.

—Entonces, ¿de qué se trata ahora? —pregunta Bam—. Porque tengo cosas que hacer.

—Para empezar —explica Connor —, me he reunido hoy con el tipo de la RAD. Y creo que podemos esperar más de lo mismo.

—Que viene a ser nada, poco más o menos —comenta Drake.

—Lo has comprendido. Sabíamos muy bien que llevamos solos un tiempo. Pero ahora es oficial, así que tenemos que hacernos a la idea.

—¿Y qué pasa con el suministro de cosas que no podemos recuperar de

otros aviones? —pregunta John, moviendo la pierna aún más rápido que de costumbre.

—Si no podemos conseguir dinero de la oficina para comprarlos, tendremos que recurrir a la imaginación para conseguirlos.

«Recurrir a la imaginación» es un eufemismo de Connor que quiere decir robar. Ha tenido que enviar chicos tan lejos como a la ciudad de Phoenix para recurrir a la imaginación en cosas que la RAD no les suministraba. Cosas como medicamentos difíciles de encontrar y sopletes de soldadura.

—Ahora mismo acabo de saber que

van a retirar un nuevo avión el próximo martes cerca de aquí —les dice Hayden —. Estoy seguro de que cuando lo destripemos encontraremos un montón de cosas que necesitamos: compresores de líquido refrigerante, chismóticos hidráulicos, y cualquier otro cacharro típico de currante mecánico.

—El compartimento del equipaje ¿vendrá lleno de íntegros? —pregunta alguien.

—No llega ningún avión sin relleno sorpresa —dice Hayden—. Pero cuánto relleno habrá, eso no lo sabemos.

—Espero que esta vez no haya ataúdes —dice Ashley—. ¿Tenéis idea

de cuánta gente tuvo pesadillas por ese motivo?

—¡Uy, por favor, los ataúdes hace un mes que no se llevan! —dice Hayden—. Lo último son los barriles de cerveza.

—Lo más importante —dice Connor— es tener un plan de escape. No podemos confiar en que nos salve la RAD si los de la brigada juvenil deciden que necesitan órganos frescos.

—¿Por qué no nos vamos ya —pregunta Ashley— y buscamos un nuevo sitio en que quedarnos?

—No es tan fácil desplazar a setecientos chicos. Y hacerlo sería como enviar una bengala a cada poli de la

brigada juvenil de Arizona. El equipo de Hayden ha estado haciendo un buen trabajo espiando para averiguar cuál es la gravedad de la amenaza, así que antes de que nos ataquen por lo menos tendremos una pista. Pero si no contamos con una estrategia de huida, va a dar igual que lo sepamos antes, porque estaremos perdidos.

Bam le lanza una mirada a Trace, que nunca habla mucho en estas reuniones:

—¿Qué piensa él?

—Pienso que tú deberías hacer lo que Connor te mande —dice Trace.

Bam resopla.

—Has hablado como un auténtico mastodonte del ejército.

—De la fuerza aérea —puntualiza Trace—. Harías bien en recordarlo.

—El caso es —dice Connor, interfiriendo antes de que Ashley pueda lanzar su airado discurso sobre gestión y organización—, que necesitamos pensar en cómo salir de aquí inmediatamente si tenemos que hacerlo.

El resto de la reunión versa sobre las minucias de la gestión y la organización. Connor se pregunta cómo podría soportar el Almirante las conversaciones sobre remesas de compresas, cuando la amenaza de la

Cosechadora era un peligro claro y presente cada minuto de cada día. «El caso es delegar», le había dicho Trace. Y ese es el verdadero motivo por el que Connor ha convocado aquella reunión.

—Podéis iros todos —le dice finalmente Connor a todo el mundo—, excepto Bam y John: tengo algo que comentaros.

Todo el mundo sale en fila, y Connor manda a John que espere fuera mientras habla en privado con Bam. Connor sabe muy bien lo que tiene que hacer, pero no le apetece hacerlo. A alguna gente le encanta repartir malas noticias, pero Connor nunca ha sido uno de ellos. Sabe

muy bien cómo es que le corten a uno lo que está haciendo, que le digan que es un inútil, que más valdría que lo desconectaran.

Bam permanece de pie con los brazos cruzados, en actitud desafiante.

—Vamos a ver, ¿qué pasa?

—Me gustaría que me explicaras lo del pastel de carne estropeado.

Bam se encoge de hombros, como si eso no tuviera importancia.

—¿Eso es todo? El generador que alimenta uno de los frigoríficos reventó. Ya lo han arreglado.

—¿Cuánto tiempo estuvo sin electricidad?

—No lo sé.

—¿O sea que no sabes cuánto tiempo estuvo ese chisme sin electricidad, y sin embargo serviste lo que había dentro?

—¿Cómo iba yo a saber que la gente se pondría mala? Se lo comieron, así que es su problema.

Connor se imagina la bolsa de arena y que lanza un puñetazo con la derecha. Entonces mira al tiburón, y hace un esfuerzo por relajar aquel brazo.

—Más de cuarenta chicos estuvieron enfermos durante dos días. Y tuvimos suerte de que la cosa no fuera peor.

—Ya, bueno, intentaré que no vuelva

a suceder. —Bam lo dice en un tono de voz tan rudo que Connor puede imaginársela diciéndoles lo mismo a sus profesores, a sus padres, a los de la brigada juvenil, a todas las personas de autoridad con las que se haya enfrentado en su vida. Y le revienta tener que ser ahora una de esas personas de autoridad.

—No habrá próxima vez, Bam. Lo siento.

—¿Te vas a deshacer de mi solo por una cagada tonta?

—Nadie se va a deshacer de ti —le dice Connor—. Pero no seguirás dirigiendo el servicio de comida.

Ella lo fulmina con una larga mirada

de odio, y después dice:

—Vale, vete al infierno. No necesito esa mierda de puesto.

—Gracias, Bam —responde él, sin saber por qué demonios le da las gracias —. Cuando salgas, dile a John que entre.

Bam abre la escotilla del avión de una patada y sale furiosa. Se vuelve hacia John, que aguarda fuera, nervioso, con todo el cuerpo encogido al ver salir a Bam tan furiosa.

—Para dentro —le dice Bam gruñendo—: te va a despedir.

Esa noche Connor encuentra a

Starkey haciendo juegos de magia ante un grupo de íntegros, debajo del avión de recreo.

—¿Cómo lo hará? —preguntan los chicos mientras él hace desaparecer de las muñecas pulseras que aparecen en los bolsillos de otras personas. Cuando ha acabado, Connor se acerca a él.

—Eres muy bueno. Pero, siendo el que manda, debería preguntarte cómo lo haces.

Starkey se limita a sonreír:

—Un mago nunca revela sus secretos, ni siquiera al que manda.

—Escucha —dice Connor, yendo directo al grano—, hay algo que quiero

comentarte. He decidido cambiar algunas cosas en el Interíntegros.

—Un cambio para mejor, espero —dice Starkey, haciendo el gesto de agarrarse el estómago. Connor se ríe porque ve que Starkey ha comprendido adónde quiere ir, y eso está bien.

—¿Te gustaría estar al cargo de la alimentación?

—Me encanta la alimentación —dice Starkey—. Y no hablo por hablar.

—¿Crees que podrías manejar a un equipo de treinta personas y servir comida en las mesas tres veces al día para todos los demás?

Starkey hace un gesto con la mano y

aparece un huevo en el aire. Entonces se lo entrega a Connor. Ya había visto el truco del huevo unos minutos antes, pero ahora está tan bien traído, que todavía tiene más gracia.

—Estupendo —dice Connor—. Ahora no tienes más que hacer aparecer otros setecientos para el desayuno. —Y se va caminando, riéndose para sí, sabiendo que Starkey será capaz de hacer las cosas, y hacerlas bien.

Por una vez, Connor está seguro de que ha tomado la decisión correcta.

8. Risa

Cuando cae la tarde y empieza a refrescar en el desierto, Risa toca el piano debajo del ala izquierda del avión presidencial. Toca piezas que conoce de memoria y también algunas partituras que se fue encontrando en el camino al Cementerio.

En cuanto al piano, se trata de un «Baby Grand Hyundai» de color negro, que le hizo reír la primera vez que lo vio. No sabía que Hyundai hiciera pianos, pero al fin y al cabo, ¿de qué se sorprendía? Las multinacionales pueden

hacer de todo con tal de que la gente lo compre. Una vez leyó que la Mercedes-Benz había apostado fuerte en corazones artificiales antes de que el Acuerdo de Desconexión hiciera inútiles tales tecnologías. «El Pulsar Omega —decía el anuncio— lleva el lujo a tu corazón». Invirtieron una fortuna en el producto, solo para perder hasta el último céntimo en cuanto empezó a practicarse la desconexión y los corazones artificiales siguieron el mismo camino que el busca y el compact.

Aquella noche Risa toca una enérgica pero sutil sonata de Chopin. La música parece verter una niebla que

cubre el suelo, resonando en los huecos fuselajes donde moran los íntegros. Risa sabe que la música los consuela. Incluso aquellos chicos que aseguran que odian la música clásica van a preguntarle por qué no toca cuando se salta una noche. Así que ella toca para ellos, pero no solo, pues en realidad es para sí misma para quien toca. A veces tiene una audiencia que se sienta en el suelo, delante de ella; otras veces, como aquella noche, no está más que ella; a veces va Connor, que se sienta a su lado, aunque parezca en cierto modo distante, como si temiera invadir su espacio. Sus noches favoritas son aquellas en que

acude él, pero no lo hace muy a menudo.

—Tiene demasiadas cosas en la cabeza —le ha dicho Hayden, pronunciando las excusas que Connor debería presentar por sí mismo—. Se debe a la gente. —Y entonces añade con una sonrisa malévola—: O por lo menos a un par de personas.

Hayden nunca deja pasar una ocasión de lanzar una pulla verbal sobre la extremidad que llegó al cuerpo de Connor sin que este la pidiera. Eso a Risa le fastidia, porque le parece que hay cosas que no tienen gracia. Algunas veces ella ve a Connor contemplando ese brazo con una expresión tan dura que

le asusta. Da la impresión de que un día podría sacar un hacha y cortárselo delante de todo el mundo. Aunque Connor también tiene un ojo implantado, ese ojo le queda perfecto y nadie sabe de quién viene. Ese ojo no tiene ningún poder sobre él… pero el brazo de Roland es diferente, y en su fuerte apretón lleva un gran bagaje emocional.

«¿Te estás preguntando si te morderá?», le preguntó ella una vez, viéndolo contemplar el tiburón.

Sorprendido, Connor se puso un poco colorado, como si lo hubieran pillado haciendo algo que no debía. Se limitó a encogerse de hombros.

«No, solo me preguntaba cuándo y por qué se haría Roland este tatuaje tonto. Si alguna vez me encuentro al tipo que ha recibido la neurona que contenía esa información, se lo preguntaré». Y entonces se fue, dando por terminada la conversación.

Si no fuera por aquellos masajes diarios en las piernas, Risa pensaría que Connor se había olvidado completamente de ella. Pero ni siquiera aquellos masajes son lo mismo que antes. Ahora resultan mecánicos, como si el único motivo por el que Connor está allí fuera porque se lo ha prometido a sí mismo, y no porque quiera estar.

Pensar en Connor le hace saltarse un acorde, el mismo acorde que se saltó en el recital a vida o muerte que terminó depositándola en el autobús que la llevaba a su desconexión. Profiere un gruñido y, a continuación, aparta los dedos de las teclas y respira hondo. Lo que siente se transmite en la música, lo cual significa que su frustración está siendo divulgada a todo el mundo, con tanta claridad como las ondas de Radio Libertad (de Hayden).

Lo que más le molesta es que se preocupa. Risa siempre fue capaz de cuidar de sí misma, tanto física como emocionalmente. En la casa del Estado,

o bien uno se forjaba una buena armadura personal, o se lo comían vivo. ¿Cuándo había dejado ella de ser así? ¿Fue cuando se vio obligada a tocar música, mientras hacían entrar a los muchachos en el edificio que estaba debajo de ella, para que los desconectaran? ¿Fue cuando tomó la decisión de quedarse con su columna partida antes que dejar que se la reemplazaran con la columna sana de un desconectado? ¿O tal vez fue antes de eso, cuando comprendió que, en contra de cuanto pudiera decir la sensatez y la razón, se había enamorado de Connor Lassiter?

Risa termina la sonata porque, no importa lo mal que se sienta, no puede dejar a medias una obra musical. Entonces, cuando ha acabado, forcejea contra el seco e irregular suelo que tiene bajo las ruedas, y pone rumbo hacia cierto avión privado.

9. Connor

Connor dormita en una butaca demasiado cómoda como para permanecer en ella desvelado, pero no lo bastante como para dormirse completamente. Lo despierta un golpe en un costado del avión. Cuando oye el segundo golpe, se da cuenta de que ha sido a su izquierda. Al oír el tercero, comprende que alguien está arrojando cosas contra su avión.

Mira por una ventanilla, pero en la oscuridad solo ve su propio reflejo. Otro golpe. Se lleva las manos a los

ojos para hacer una pantalla, y aprieta la cara contra el cristal. Lo primero que distingue son rayas curvas que reflejan la luz de la luna: una silla de ruedas. Entonces ve que Risa tira otra piedra, que golpea justo encima de la ventanilla.

—¿Qué demonios…? —Abre la escotilla, esperando que deje de tirar cosas—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—¡Nada! —responde ella—. ¡Solo intentaba llamar tu atención!

Él se ríe, sin comprender todavía cuál es el estado de ánimo de ella:

—Hay maneras mejores.

—Últimamente no.

Risa se mueve un poco en su silla

hacia delante y hacia atrás, aplastando un terrón que mantenía la silla ligeramente inclinada:

—¿No me invitas a pasar?

—Estás invitada. Tú estás siempre invitada.

—¡Bueno, entonces tal vez deberías haber puesto una rampa!

Y aunque Connor sabe que después lamentará haberlo dicho, dice de todas maneras:

—Quizá deberías dejar que alguien te ayude.

Ella se acerca un poco más, pero no lo suficiente para no dejar sitio entre los dos. Solo lo suficiente para hacerlo

dolorosamente incómodo:

—No soy idiota. Sé lo que está pasando.

Puede que Risa quiera tener esa charla justamente en ese momento, pero Connor no está de humor. Después de despedir a Bam y a John, lo único que le apetece es que el día se acabe y dormir sin soñar nada hasta llegar al nuevo infierno que le depare el día siguiente.

—Lo que está pasando es que intento que sigamos todos vivos —dice con demasiada irritación en la voz—, y no veo por qué eso tiene que molestarte.

—Sí, tú estás demasiado ocupado manteniéndonos vivos a todos. Incluso

cuando no estás ocupado, sigues estando ocupado. Y cuando me hablas, no tienes otro tema que la RAD, y lo duro que se te hace, y lo mucho que te pesa el mundo sobre los hombros.

—Venga, Risa, tú no eres el tipo de chica frágil que necesita la atención de un tío para sentirse plena.

Entonces la luna vuelve a salir de detrás de una nube, y él ve las lágrimas en su rostro:

—Hay una diferencia entre necesitar atención y que la ignoren a una intencionadamente.

Connor abre la boca para decir algo, pero el cerebro le falla. Podría

mencionar sus diarios masajes para activar la circulación; pero ella ya ha observado que, incluso en esos momentos, la mente de él está en otra parte.

—Es la silla de ruedas, ¿no?

—¡No! —le dice él—. No tiene nada que ver con eso.

—O sea que admites que hay una razón.

—Tampoco he dicho eso.

—¿Entonces qué?

Connor baja del avión. Son tres escalones que separan su mundo del de Risa. Se arrodilla ante ella intentando mirarla a los ojos, pero ahora están

ocultos en la penumbra.

—Risa, me preocupo por ti tanto como siempre. Lo sabes.

—¿Te preocupas por mí?

—Te quiero, ¿vale? Te quiero. —Esas palabras no le salen a Connor fácilmente de la boca. Y no le saldrían de ningún modo si no fueran ciertas: por eso sabe que lo son. Connor la ama profundamente, ese no es el problema. Y la silla de ruedas tampoco es el problema, ni el mucho trabajo que le da el dirigir el Cementerio.

—Tú no te comportas como un chico enamorado.

—Tal vez porque no soy un chico —

le responde él—. Hace ya mucho que no lo soy.

Risa piensa en ello, y dice en voz baja:

—Entonces muéstrame cómo siente un hombre. Y haz que me lo crea.

El reto queda en el aire, potente. Por un momento, él se imagina levantándola de la silla de ruedas y metiéndola en su avión, recorriendo todo el camino hasta su habitación, que está en la parte de atrás, y posándola suavemente en la cama para portarse como el hombre que asegura que es.

Pero Risa no se dejará llevar. Bajo ninguna circunstancia. Jamás. Y él se

pregunta si aquello es solo culpa de él. Tal vez ella también tenga parte de culpa en aquella grieta invisible que se ha abierto entre ellos.

Sin otro modo de demostrar sus sentimientos, él alarga su mano propia, le retira el pelo del rostro, y se inclina para darle un fuerte beso. Descarga todo el peso de su relación y toda su frustración en un simple beso de héroe. Eso debería bastar para expresar todo lo que no puede decir… pero cuando se aparta, nota las lágrimas en las mejillas de Risa, que le dice:

—Si me quisieras tener contigo, habrías mandado hacer una rampa.

Otra vez dentro, Connor está tendido en su cama, en la oscuridad. La luna pinta frías barras de luz que cruzan la cama. Está furioso. No con Risa, pues ella tiene razón. No le habría costado nada hacer una rampa para subir al avión. La habría hecho en medio día.

Pero ¿y si la hubiera hecho?

¿Qué pasaría si Risa realmente pudiera estar con él de todas las maneras posibles, y el tiburón del brazo tenía voluntad propia? Roland la había atacado, había intentado tomarla por la fuerza, y ella debía de estar mirando aquel condenado tiburón mientras

Roland lo intentaba. Risa decía que eso no le importaba, pero sí le importa a Connor lo suficiente para mantenerlo en vela noche tras noche. Porque ¿y si cuando estuvieran solos, juntos, en el calor de ese apasionado momento que ambos deseaban… perdía el control? ¿Y si esa mano la apretaba demasiado fuerte, tiraba de ella demasiado…? ¿Y si la golpeaba, y si la volvía a golpear, una y otra vez, y no podía parar? Y ¿cómo podría estar realmente con ella algún día, si lo único en lo que podía pensar era en las cosas que había hecho aquel brazo, y las cosas que todavía podría hacer?

Era mejor no dejar que sucediera.

Era mejor asegurarse de que ella no estaba nunca tan cerca.

Así que era mejor no construir ninguna rampa, no visitarla en su avión, y cuando hubiera contacto físico entre ellos, era mejor que fuera al aire libre, donde no hubiera peligro.

Y cuando se aleje llorando, es mejor dejar que se vaya, pensando lo que quiera pensar, pues eso es preferible a tener que admitir ante ella que uno es demasiado débil como para sentirse seguro de su propio brazo.

Y después, solo en la oscuridad de un avión privado, uno puede pegar con

el puño contra una pared, embargado por la furia, hasta que los nudillos están en carne viva, sanguinolentos. Pero eso no importa, pues aunque se pueda sentir el dolor, no se trata de los propios nudillos.

10. Starkey

Starkey se pasa los días trabajando en su particular tipo de magia. Sabe que los mejores trucos requieren práctica, paciencia, y mucho cuidado en el engaño para lograr un movimiento de mano indetectable. Lleva más de un mes sin traicionar sus ambiciones. Si lo hubiera hecho, habría despertado las sospechas de Connor. En vez de eso, se ha relacionado con los íntegros para estudiar las alianzas, las amistades y la estructura de poder. Y al final, a través de una cuidadosa planificación, Starkey

se ha insertado en el lugar correcto en el momento correcto para ganarse las simpatías de Connor sin que él sospeche que todo es parte de un plan a largo plazo.

Ahora se encuentra en el escalafón más alto del Cementerio, y aunque no sea más que la cúspide de alimentación, eso le mantiene en contacto directo con los setecientos muchachos. Tiene más poder, más libertad de acceso a todo, y empieza a hacer cosas que anteriormente habrían parecido sospechosas, pero que ahora, por ser él uno de los Interíntegros, dejan de parecerlo.

Una tarde, Starkey entra paseando

inocentemente en el *Bombarroba,* el centro informático y de comunicaciones del Cementerio que dirige Hayden. Su aparato de radio había sido inicialmente diseñado para interceptar y descodificar las frecuencias del enemigo. Y para eso sigue funcionando, solo que el enemigo ahora es la Autoridad Nacional Juvenil. Hay media docena de íntegros que lo mantienen funcionando en todo momento. Son muchachos cuidadosamente elegidos por Hayden por su habilidad informática.

—Yo no soy el monstruo de la técnica que todo el mundo se cree que soy —le dice Hayden—. Lo único que

se me da de maravilla es aprovecharme del trabajo de otra gente. Pienso que esa habilidad la heredé de mi padre. Él era muy bueno pisando dedos mientras escalaba en la empresa. —Hayden mira atentamente a Starkey un momento, y este se limita a sonreír como respuesta.

—¿Algo va mal?

—No —dice Hayden—. Yo solo me preguntaba si estás pensando en quitarme el puesto. No es que me preocupe. No me importaría trabajar en la cocina por un tiempo, pero preferiría saber cuáles son tus intenciones.

—Solo quería saber cómo funcionaban aquí las cosas, nada más.

—¡Ah! —dice Hayden—, eres uno de esos… —Starkey no sabe a qué clase de «esos» se refiere, pero tampoco le preocupa, siempre y cuando Hayden le diga lo que quiere saber.

—Pues aquí tengo un equipo étnicamente diverso —le dice Hayden con orgullo, caminando por la sala—: Tad es japonés, Hailey es tierra, Jeevan es indio, y Esme es medio hispana. Pienso que su otra mitad debe de ser extraterrestre, porque la puñetera es demasiado lista para ser completamente humana. —Esme hace un gesto de orgullo que dura un instante, y vuelve a su trabajo, que consiste en descifrar

mensajes encriptados—. Tenemos a Nasim, que es musulmán, y que trabaja junto con Lizbeth, que es judía, ¿y sabes qué? Se aman.

—Piérdete —dice Nasim, y Lizbeth le da un puñetazo lo bastante fuerte para dejar claro que es verdad lo que ha dicho.

Hayden señala los diversos monitores:

—Aquí hay un programa de seguimiento de comunicaciones. Podemos encontrar palabras clave en cualquier cosa, desde emails a conversaciones telefónicas. Nos puede avisar si los polis de la brigada juvenil

están detrás de algo importante. Es una especie de sistema de aviso de hace ya unos años, originalmente desarrollado para la lucha antiterrorista, pero ¿no es estupendo saber que nosotros podemos utilizarlo para propósitos civiles?

—Y ¿qué hacemos si nos dice que las cosas se ponen peligrosas?

—Ni puñetera idea —contesta Hayden—. Eso es del departamento de Connor.

Hay una mesa desde la cual Hayden crea listas de canciones y realiza entrevistas para su programa en Radio Libertad (de Hayden).

—¿Te has dado cuenta de que las

ondas de tu emisora no llegan más allá de lo que puedes alcanzar gritando? —le comenta Starkey con una sonrisa maliciosa.

—Por supuesto —reconoce Hayden —. Si llegaran más lejos, la pillarían los de la brigada juvenil.

—Si nadie la escucha, entonces ¿para quién es?

—En primer lugar —dice Hayden—, tu idea de que nadie la escucha es errónea. Calculo que tengo al menos cinco o seis oyentes en cualquier momento del día.

—Sí —dice Tad—. Se refiere a nosotros.

—Y en segundo lugar —añade Hayden, sin negarlo—, así hago prácticas para mi futura carrera en las ondas, a la que pienso dedicarme en cuanto cumpla los diecisiete años y salga de este lugar.

—¿No te quedarás para ayudar a Connor, entonces?

—Mi lealtad dura la mitad que la leche no pasteurizada —responde Hayden—. Moriría por salvar a Connor, y él lo sabe. Pero solo hasta que cumpla los diecisiete.

Sus palabras suenan muy rotundas hasta que Esme comenta:

—Creí que ya tenías los diecisiete.

Hayden mueve los hombros con incomodidad:

—El último año no cuenta.

Junto a Jeevan hay un listado con nombres, direcciones y fechas. Starkey lo coge:

—¿Qué es esto?

Nuestro buen Jeevan es el responsable de hacer una lista de todos los chicos y chicas destinados a la desconexión de aquí a Phoenix.

—¿Esos son los chicos para vuestras misiones de rescate?

—No todos —responde Hayden—. Elegimos. No podemos salvarlos a todos, pero hacemos lo que podemos. —

Señala los nombres marcados con rotulador, que son los elegidos para rescatarlos, y examinando la lista, Starkey empieza a ponerse furioso. Hay información sobre cada muchacho, incluyendo fecha de nacimiento, salvo aquellos que no tienen fecha de nacimiento, en cuyo caso aparece la fecha en que colaron la cigüeña. Ninguno de los muchachos de la cigüeña ha sido elegido.

—¿O sea que ni a ti ni a Connor os gusta salvar a niños que coló la cigüeña? —pregunta Starkey, sin tratar siquiera de disimular la frialdad de su voz.

Hayden parece sinceramente perplejo, y coge la lista para mirarla:

—Mmm, no me había dado cuenta. Pero te aseguro que eso no forma parte de nuestros criterios. Buscamos hijos únicos en vecindarios de extrarradio poco iluminados, porque eso supone menos gente que pueda delatarnos, y menos ocasiones de ser vistos. Ya ves, los hermanos y hermanas no pueden mantener la boca cerrada, da igual con qué los amenacemos. Supongo que las madres que cuelan la cigüeña suelen hacerlo con gente que ya son padres. No es fácil encontrar un chico al que ha dejado la cigüeña y que sea hijo único.

—Bueno —dice Starkey—, tal vez habría que cambiar los criterios.

Hayden se encoge de hombros sin darle importancia, lo cual pone a Starkey aún más furioso.

—Plantéaselo a Connor —le dice antes de proseguir con la visita al centro de comunicaciones, pero Starkey ya ha dejado de escuchar lo que dice.

Lo que averigua en el *Bombarroba* le sugiere a Starkey un cambio de estrategia. Uno a uno, va identificando a todos los niños colados por la cigüeña que han llegado al Cementerio. No es

una tarea fácil, pues la mayoría prefiere mantenerlo en secreto, como si se tratara de un hecho vergonzoso. Starkey, sin embargo, alardea del hecho de que lo abandonaran en el umbral de una puerta. Los demás niños a los que coló la cigüeña, viéndolo como su adalid, no tardan en ir tras él.

Resulta que uno de cada cuatro muchachos del Cementerio fueron colados por la cigüeña. Pero esa información se la guarda para sí.

Aquella chica llamada Bam, que al principio lo odiaba porque él la había sustituido entre los Interíntegros, le otorga muy pronto su simpatía, pues ella

también fue colada por la cigüeña.

—Si quieres vengarte de Connor, ten paciencia —le dice él—. Ya llegará el momento. —A regañadientes, Bam termina aceptándolo.

Un día, Starkey acapara a Connor mientras este supervisa el desmontaje de un motor.

—¿Hay comprador, o lo van a poner en venta? —pregunta Starkey en tono simpático.

—Nos lo han pedido en la oficina, eso es todo lo que sé.

—El motor dice «Rolls-Royce». Creía que solo hacían coches.

—Pues ya ves que no.

Starkey sigue charlando sin decir nada importante, hasta que está seguro de que Connor está harto de tener que dividir su atención entre el motor y él. Entonces Starkey saca lo que escondía en la manga:

—Escucha, he estado pensando… tú sabes que a mí me coló la cigüeña, ¿no? Bueno, a lo mejor es una tontería, pero se me ha ocurrido que podría estar bien dedicar un tiempo especial a los colados por la cigüeña en el avión de recreo. Solo para demostrarles que no volverán a ser discriminados nunca más.

—Sí, sí, claro —dice Connor sin dejar de observar el motor, esperando

acabar la conversación. Ni siquiera ha entendido qué es lo que él le está proponiendo.

Starkey llama a su pequeño grupo el Club de la Cigüeña, y exige para ellos el avión de recreo todas las noches entre las siete y las ocho. Mientras todo el mundo mira para otro lado, una nueva distinción de clase se establece en el Cementerio. El Club de la Cigüeña es la única minoría que cuenta con un tiempo reservado en exclusiva en el avión de recreo. Es un regusto a privilegio que aquellos chicos no habían probado nunca. Y Starkey quiere que se atraganten con él; quiere que se

acostumbren a ese privilegio; quiere que todos ellos lo esperen, y que sepan que Starkey se lo puede dar.

Como Starkey dirige el servicio de comida, los miembros del Club de la Cigüeña empiezan a reemplazar a otros en su puesto y, guiñándoles el ojo, entregan siempre raciones más grandes a otros miembros del club. Entre los Interíntegros, los únicos que parecen conscientes de aquellas malévolas alianzas son Ashley, cuyo trabajo consiste en descubrir bombas sociales que pueden terminar estallando, y aquel detestable Sherman que ha reemplazado a John como jefe del servicio de

tratamiento de basuras. Resultó que Ralphy fue fácil de sobornar para que mirara hacia otro lado, y en cuanto a Ashley, Starkey la tiene bajo control.

—¿Y si dar un tratamiento especial a los colados por la cigüeña levanta resentimientos en la población general? —le pregunta Ashley una noche mientras él supervisa la cena.

—Bueno —le responde Starkey con una sonrisa suave y seductora—: la población general me la trae floja.

Eso hace que Ashley se ponga colorada.

—Pero intenta que no se note mucho, ¿vale?

Sin dejar de sonreír de modo encantador, él le contesta:

—Eso es lo que mejor se me da. —Y le sirve el plato hasta arriba, mientras piensa en el partido que podría sacarle a la muchacha dentro de sus planes.

—Eres un tipo difícil de comprender —le dice Ashley—. La verdad es que me gustaría penetrar en tu cabeza.

—El deseo es mutuo.

Cada noche, durante «la hora de la cigüeña» que tiene lugar en el avión recreativo, Starkey siembra diminutas semillas de descontento entre partidas

de billar y ping-pong. No se trata de nada tan descarado como fomentar una revolución, solo de inocentes sugerencias para encauzar el pensamiento general por determinados caminos.

«Creo que Connor ha hecho un buen trabajo para ser alguien no muy inteligente», les dice sin ceremonias. O: «Me cae muy bien Connor. No es que sea un gran jefe, pero es un tipo majo».

Starkey nunca da muestras de abierto desafío, pues eso sería contraproducente. No pretende derribar a Connor, sino carcomerle las raíces. Ni por asomo propone que él debería

ocupar el puesto de Connor; esa propuesta terminará llegando de otros muchachos colados por la cigüeña, y lo harán por propia iniciativa, sin que él tenga que empujarlos. Sabe que sucederá, porque sabe que todos los chicos colados por la cigüeña, en el fondo de su alma, sueñan con un mundo en el que no sean considerados ciudadanos de segunda clase. Eso hace de Starkey algo más que el líder del club: lo convierte en la esperanza de la salvación de los niños de la cigüeña.

TERCERA PARTE

VENTANAS DEL ALMA

Los precios de riñones y otros órganos en el mercado negro global están basados en informes que se encuentran a disposición del público. Aquí aparecen expresados en dólares estadounidenses. El precio representa o bien la cantidad pagada al vendedor del órgano o bien la pagada por el comprador.

Precio medio pagado por el comprador de un riñón: 150000 dólares

Precio medio pagado al vendedor de un riñón: 5000 dólares

Agente de riñones en Yemen: 60000 dólares

Agente de riñones en Filipinas: de 1000 a 1500 dólares

Comprador de un riñón en Israel: de 125000 a 135000 dólares

Comprador de un riñón en Moldavia: de 100000 a 250000 dólares

Comprador de un riñón en Singapur: 300000 dólares

Comprador de un riñón en

Estados Unidos: 30000 dólares
Comprador de un riñón en China: 87000 dólares
Comprador de un riñón en Arabia Saudí: 16000 dólares
Vendedor de un riñón en Bangladesh: 2500 dólares
Vendedor de un riñón en China: 15000 dólares
Vendedor de un riñón en Egipto: 2000 dólares
Vendedor de un riñón en Kenia: 650 dólares
Vendedor de un riñón en Moldavia: de 2500 a 3000 dólares
Vendedor de un riñón en Perú: 5000 dólares
Vendedor de un riñón en

Ucrania: 200000 dólares

Vendedor de un riñón en Vietnam: 2410 dólares

Vendedor de un riñón en Yemen: 5000 dólares

Vendedor de un riñón en Filipinas: de 2000 a 10000 dólares

Comprador de un hígado en China: 21900 dólares

Vendedor de un hígado en China: 3660 dólares

Por cortesía de:
www.havocscope.com
Tomado de Internet en octubre de 2011.

11. El fumador

El muchacho está seguro de que va a morir.

Se torció el tobillo cayendo al pozo, tal vez incluso se lo haya roto. Ahora lo tiene hinchado y azul, y lleva días de ese modo. Eso es mala cosa, pero no es el peor de sus problemas. El pozo tiene más de tres metros de profundidad, y aunque tuviera el tobillo bien, nunca sería capaz de escalarlo y salir. Durante cinco días ha estado pidiendo ayuda a gritos, y ahora su voz no es más que un chirrido seco y áspero.

Y todo por culpa de los malditos cigarrillos.

Llevaba semanas sin fumarse uno. Habían vuelto a arrestar a su proveedor, y aunque había chicos en el colegio que alardeaban de fumar, nadie le ofrecía un cigarrillo, ni siquiera le daban el nombre de quien se lo pudiera vender. Por eso había acudido a aquella parte de la ciudad: un viejo polígono industrial lleno de edificios abandonados y decrépitos, muchos de ellos declarados en ruinas, aunque nadie quería gastar el dinero ni las energías que costaría demolerlos.

Sabía que si alguna vez volvía a

conseguir cigarrillos, sería en aquel lugar. Aunque solo hubiera allí uno o dos de aquellos mugrientos adictos a la nicotina, valdría la pena. Pero era la tercera vez que merodeaba por las calles a través de los almacenes, en la vuelta a casa desde el colegio, y nada. Nadie. Parecía que ni siquiera los adictos a la nicotina encontraban digno de interés el antiguo polígono industrial.

Así que imaginad su sorpresa cuando vio una puerta abierta, y delante de ella colillas de cigarrillo esparcidas por el suelo, como si no hubieran tenido un sitio mejor en el que caer.

Entró en el edificio medio

desmoronado. El enorme espacio olía a moho, y las cascarillas de pintura caída de las paredes alfombraban el suelo como hojas de otoño.

Entonces lo vio: el colchón estaba lejos, en la parte de atrás del almacén. Estaba sucio, roto, y seguramente sería el lugar en que dormía algún tipo sin techo. No tenía nada de llamativo. Lo único llamativo era el paquete de cigarrillos sin abrir que había encima del colchón.

¡No podía creerse que tuviera tanta suerte! Miró alrededor para asegurarse de que no había nadie allí, y entonces corrió al colchón y, poniendo el pie

encima, alargó las manos hacia el paquete de cigarrillos.

Incluso antes de que tocara el paquete, el colchón cedió bajo sus pies y él cayó al pozo. Aunque ese colchón amortiguara mucho su caída, el tobillo derecho pegó sin protección en el suelo. Estuvo a punto de perder el conocimiento por el dolor, y cuando su visión se aclaró comprendió lo que había sucedido.

Se enfureció. Lo primero que pensó fue que aquello era una broma, y que sus compañeros del colegio aparecerían en cualquier momento, mirándolo desde arriba, lo señalarían con el dedo y se

reirían, llamándolo idiota. Pero no tardó en comprender que, por desgracia, no se trataba de ninguna broma: que era una trampa.

Pero, si aquello era una trampa, ¿por qué no había acudido nadie en cinco días?

El día que cayó, en el fondo del pozo había una jarra con agua y una caja de galletas saladas, además de un orinal de cerámica para que hiciera lo que tuviera que hacer. El que puso la trampa, quienquiera que fuera, no deseaba que se muriera de hambre, pero no acertó con las cantidades. Al muchacho se le acabaron las galletas y el agua en tres

días, y ahora ya no le queda más que un asqueroso paquete de cigarrillos que no puede fumarse porque no tiene cerillas. En cierto momento intentó comerse el tabaco, sacándolo de su envoltorio, pensando que podría tener algún valor nutritivo, pero solo le produjo arcadas en las que no llegaba a vomitar nada.

Ahora que el quinto día llega a su final, está convencido de que no va a ir nadie a buscarlo. Nadie lo encontrará hasta que ya sea demasiado tarde.

Entonces, justo antes de que oscurezca, oye unos pasos que aplastan las cascarillas de pintura del suelo del almacén.

—¡Eh! —trata de gritar—, ¡aquí! —Su voz es poco más que un susurro, pero resulta suficiente. Aparece un rostro mirándolo desde arriba.

—Dios mío, ¿qué estás haciendo ahí abajo? ¿Estás bien?

—¡Socorro…!

—Espera —dice el hombre. Se va y regresa un poco después con una escalera de aluminio que hace descender dentro del pozo. Aunque el chico no tiene fuerza ni siquiera para sostenerse en pie, alguna reserva secreta de adrenalina le permite subir, y le ayuda a soportar el dolor que le produce descargar el peso del cuerpo sobre el

tobillo lastimado. Medio minuto después, sale del pozo y abraza al extraño que lo ha salvado.

El hombre le pide que se siente.

—Vamos, bebe algo —le dice, y le ofrece una botella de agua. El muchacho se la traga como si no hubiera más agua en el mundo—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí abajo?

—Cinco días. —Se atraganta con el agua y casi la echa fuera, pero logra mantener la boca cerrada.

El hombre se arrodilla a su lado, y mueve la cabeza hacia los lados en señal de negación.

—Los ASP siempre os estáis

metiendo en problemas. Tienes que tener más cuidado.

El muchacho niega con la cabeza:

—Yo no soy un desconectable.

El hombre sonríe, y dice sí con la cabeza, siguiéndole la corriente:

—Sí, sí, eso es lo que dicen todos. No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

Entonces el muchacho siente un pinchazo repentino en el brazo.

—¡Ay! —Ve una gota de sangre en su antebrazo, que el extraño recoge con un pequeño aparato electrónico—. ¿Qué está haciendo?

El hombre no le hace caso, y lee el

resultado que indica el aparato. La tía del muchacho es diabética, y se comprueba el azúcar en sangre con un chisme semejante, pero el muchacho sospecha que aquel aparato tiene un propósito diferente, aunque no sabe cuál pueda ser.

—¡Mmm! —dice el hombre, alzando una ceja—, parece que estabas diciendo la verdad: tu ADN no coincide con ninguno de los desconectables ASP de la base de datos.

—¡Ah, vamos! ¡Es usted de la brigada juvenil! —Se siente aliviado, porque un policía supone seguridad. Un policía de la brigada juvenil lo llevará a

casa con sus padres, que deben de estar muertos de preocupación.

—Bueno… fui de la brigada juvenil —dice el hombre—, pero ya no trabajo en ese negociado. —Entonces le tiende la mano para que se la estreche—. Me llamo Nelson, ¿y tú…?

—Bennett, Bennett Garvin.

Solo ahora que ha bebido algo de agua, se toma su tiempo para examinar detenidamente a Nelson. Está sin afeitar, con las uñas sucias, y no parece que se cuide mucho. Pero lo más sorprendente está en sus ojos: hay una extraña e intensa incoherencia entre ellos y el resto de la cara. De hecho, los ojos

tampoco casan el uno con el otro: tienen dos tonos de azul diferentes. Eso resulta inquietante.

—¿Podría llamar a mis padres? —pregunta Bennett—. Para que sepan que usted me ha encontrado…

La leve sonrisa no abandona el rostro de Nelson.

—¡Ah, no creo que eso ocurra hoy!

Bennett no dice nada, mientras se esfuerza por comprender lo que ocurre; pero no habiendo comido, y con el agua aún no asimilada por el cuerpo, todo resulta bastante confuso.

—No puedo dejarte ir ahora que me has visto. —Entonces Nelson lo agarra

violentamente, le aprieta el brazo, le da un golpe en el costado y le pone una sucia mano en la boca para comprobarle los dientes, como si fuera un caballo—. Aparte de ese tobillo feo, eres un espécimen de primera. Un poco deshidratado, pero eso lo arreglan enseguida unas botellas más de agua. Y a los cosechadores del mercado negro les trae sin cuidado que seas un desconectable oficial o no: pagan exactamente lo mismo.

—¡No! —Bennett intenta soltarse, pero no tiene la fuerza suficiente—. ¡Por favor, no me haga daño!

Nelson se ríe:

—¿Hacerte daño? Ni se me ocurriría. Cuanto mejor te encuentres, más valor tendrás para mí.

—Mis padres tienen dinero. Le pagarán.

—Yo no ando pidiendo rescates —dice él—, pero te diré una cosa: me gustan tus ojos, son muy expresivos. Y como me gustan tus ojos, te voy a dar una oportunidad. —Nelson señala a la entrada—. Si consigues llegar a esa puerta antes de que te aletargue, te dejaré marchar. Qué demonios, te voy a dar hasta diez segundos de ventaja. —Tira de Bennett para ponerlo en pie—. Preparados, listos… ¡ya!

Bennett no necesita que se lo repitan. Echa a correr cruzando el almacén, mareado, sintiendo que los pies no se le mueven. Pero, de algún modo, consigue avanzar.

—¡Uno!

El tobillo le duele terriblemente, pero no hace caso. Los pulmones le arden, pero los ignora. Sabe que aquello es un juego a vida o muerte, y que el dolor solo es temporal.

—¡Dos!

Las cascarillas de la pintura crujen bajo sus pies como cáscaras de huevo.

—¡Tres!

El agua le suena en la barriga,

empeorando su dolor, pero no consiente que eso le haga ir más despacio.

—¡Cuatro!

La puerta del almacén está completamente abierta. La claridad de la última hora de la tarde que penetra por ella es tan magnífica como el brillante sol del mediodía.

—¡Cinco!

Unos metros más… ¡casi ha llegado!

—¡Seis, siete, ocho, nueve y diez!

Incluso antes de que comprenda que se ha burlado de él, la bala impacta de lleno en la nuca, introduciendo una dosis completa de aletargante en el tronco del encéfalo. Las piernas se le doblan bajo

el peso del cuerpo, y de repente aquella puerta que parecía tan cerca podría estar a un millón de kilómetros. Se le ponen los ojos bizcos, la visión se le emborrona, y huele la mohosa toxicidad al tiempo que un lado de la cabeza golpea contra el suelo. Se esfuerza por permanecer consciente, mientras sobre él se cierne la sombra de su captor, un fantasma negro en medio de un campo de visión que desaparece… Un instante antes de que pierda la conciencia, oye decir a Nelson:

—Sí que me gustan tus ojos, sí. Me gustan mucho más que los que llevo ahora.

12. Nelson

J. T. Nelson sabe que no se hará nunca rico vendiendo niños descuidados a los cosechadores del mercado negro. Antes, cuando sus capturas eran legítimas, no había dinero en ello, pero entonces eso no importaba. Cuando era un policía de la brigada juvenil, se conformaba con un salario fijo, con la seguridad social y con la promesa de una pensión para el día de mañana. Por aquel entonces se sentía más que satisfecho con su lugar en la vida, que consistía en mantener el orden y en llevar ante la justicia a los

ASP. Pero todo eso cambió el día en que el ASP de Akron se lo quitó de en medio con su propia pistola aletargante. Casi un año después, aún no puede apartar de la mente la imagen de Connor Lassiter: aquella expresión arrogante y soberbia que tenía en el rostro mientras le descerrajaba una bala aletargante en la pierna.

Para Nelson, aquel disparo se pudo oír en el mundo entero.

A partir de aquel momento, la vida fue un infierno para él. Fue blanco de bromas no solo en su departamento, sino en toda la nación. Lo pusieron en ridículo, como responsable de la huida

de aquel desconectable de infame recuerdo. De ese modo, Connor Lassiter se convirtió en una leyenda, y Nelson perdió el trabajo y la autoestima. Hasta su mujer lo abandonó.

Pero no pasó mucho tiempo amargándose. Estaba lleno de ira, pero sabía utilizarla para sacar algún provecho de ella. Si la Autoridad Juvenil ya no lo quería, él podría establecer su propio negocio. En el mercado negro no se ríen de él por haber dejado escapar a Connor Lassiter, y tampoco le hacen preguntas.

Al principio solo se trataba de ASP. Como tontos que eran, se daban mucha

prisa en caer en sus trampas. Después atrapó a su primer fugitivo, un chico cuyo ADN no coincidía con el de ningún ASP de la base de datos. Pensó que en el mercado negro no se lo aceptarían, pero no les importó. Con tal de que el sujeto estuviera sano, tenía su precio. Hasta había chicos, como el que había atrapado aquel día, que simplemente tenían mala suerte. Y se alegra de atraparlos a ellos también: la conciencia no le remuerde.

Lo que le remuerde son los ojos.

Eso es lo que peor lleva. La manera en que lo miran esos muchachos. Esa expresión de espanto, de súplica, en la

que la esperanza no se pierde del todo hasta el último segundo, como si hubiera alguna posibilidad de que él cambiara de parecer. Aquellos ojos lo acosan en sus sueños. Los ojos son las ventanas del alma, ¿no? Pero en aquellos primeros tiempos como pirata de partes, cuando se miraba sus propios ojos en el espejo, no veía lo que veía en los de ellos. Sus «ventanas» no mostraban una expresión tan conmovedora, y cuanto más observaba sus propios ojos vacíos, más envidia le entraba. Quería para sí mismo un poco de aquella inocencia, de aquella esperanza desesperada. Así que un día acudió a su contacto en el

mercado negro y le pidió, como parte de su pago, los ojos de su última captura. Solo consiguió un ojo, pero eso era mejor que nada. Después de la primera operación, cuando se miraba en el espejo veía en aquel ojo una brizna de humanidad, y durante un tiempo sintió esperanzas. Le recordaba al joven idealista que había sido una vez, años atrás. Pero había un problema: ahora tenía un ojo azul y el otro castaño, y eso no quedaba bien.

Así que pidió otro, pero aquel otro ojo no acababa de casar con el primero. De manera que pidió otro más, y otro, y en cada operación sentía que recuperaba

una brizna de inocencia. Sabe que un día encontrará los ojos que le quedarán perfectos, y entonces podrá descansar por fin… porque Nelson va, poco a poco, adquiriendo integridad por el hecho de ver el mundo a través de los ojos de otros.

Su contacto en el mercado negro lleva un caro traje europeo, conduce un Porsche y tiene más aspecto de hombre de negocios legítimos que de un maleante que trafica con carne humana. No oculta el hecho de que su negocio le ha hecho rico. Por el contrario, alardea

de su riqueza exhibiendo el desprecio propio de un monarca. Nelson envidia su estilo.

Responde al nombre de Divan, como si fuera un diseñador de moda, y no se refiere a sí mismo como alguien metido en el mercado negro, sino como un «proveedor independiente». Su Cosechadora ilegal está escondida y envuelta en misterio. Ni siquiera Nelson sabe dónde está, y sospecha que su operación no cumple ninguna de las estrictas regulaciones de las Cosechadoras estadounidenses.

Se encuentra con Nelson en Sarnia, una ciudad canadiense que está justo al

otro lado del puente que sale de Port Huron, en Michigan. Divan no puede pisar tierra de Estados Unidos, pues pesan sobre él unas cuantas órdenes de arresto. Pero los canadienses, benditos ellos, han sido mucho más tolerantes.

Divan toma posesión del muchacho del tobillo lastimado en la parte de atrás de un negocio de coches de segunda mano que utiliza como fachada. Revisando al chico, arruga el entrecejo al ver el tobillo hinchado, y menea un dedo hacia Nelson, todo dentro de su estrategia regateadora para hacer bajar el precio. El muchacho, ya consciente pero todavía aturdido por la alta dosis

de aletargante, rezonga sin coherencia, y aunque Nelson no le hace ningún caso, Divan le da unas suaves palmadas en la mejilla.

—No te preocupes de nada —le dice al muchacho—. No somos bárbaros. —Esa es una de las frases que dice siempre, con la cual no ofrece ninguna información al muchacho, y sin embargo lo reconforta. Es una frase calculada, como todo lo que rodea a Divan.

Se llevan al muchacho, negocian el precio y, como de costumbre, Divan le paga a Nelson en efectivo, sacando billetes que lleva prendidos con un clip.

A continuación le da una amistosa palmada en la espalda. Nelson se siente más respetado como pirata de partes de lo que se sintió nunca por parte de sus superiores siendo un agente del orden.

—Siempre puedo contar contigo para que me traigas lo que busco. No toda la gente con la que trabajo es tan seria como tú. Ahora que la Autoridad Juvenil ofrece recompensas por los desconectables ASP, veo que muchos se me van.

—Maldita ley del Tope-17 —dice Nelson.

—Sí. Esperemos que no sea un síntoma de que la sociedad vuelve a los

viejos modos, que eran mucho menos civilizados que los actuales.

—No, eso es imposible —dice Nelson—. La gente no querrá volver a aquello.

Nelson solo era un niño cuando se aprobó el Acuerdo de Desconexión y terminó la guerra. Pero no es la guerra lo que le obsesiona de aquellos días. Es el miedo a los vándalos. Ya antes de la guerra, con el fracaso del sistema escolar público, la nación se vio acosada por adolescentes que ni tenían trabajo, ni estudiaban, ni tenían nada que hacer. De hecho, fue el miedo lo que desencadenó la guerra antes que ninguna

otra cosa. Uno de los bandos proclamaba que aquellos vándalos eran producidos por el colapso de los valores familiares, mientras el otro sostenía que los vándalos eran el producto de rígidas creencias que ya no encajaban en las necesidades del momento. Ambos bandos tenían razón, y ambos estaban equivocados. Pero eso no importa cuando la gente sale a la calle en plena noche aterrorizada por sus propios hijos.

—La desconexión no solo dio fin a la guerra —le recuerda Nelson a Divan —, sino que sirvió para arrancar las malas hierbas. Les impidió que nos

ahogaran a los demás. Y el miedo a los ASP hará prosperar nuestro negocio.

—Sinceramente, espero que tengas razón. —Divan abre la boca como si quisiera añadir algo, pero después lo piensa mejor.

—¿Quiere decirme algo…?

—No es nada preocupante. Solo rumores. Ya hablaremos de ello en tu próxima visita. Y si puedes, por favor, recuerda que ando corto de chicas. Especialmente de pelirrojas. También de tierras de ambos sexos. Y, por supuesto, siempre te pagaré un alto precio por «gente del albur».

—Lo tendré en cuenta —dice

Nelson, pensando ya en un modo de satisfacer la petición de Divan. Nunca ha capturado a ningún indio americano, pero un día u otro caerá en sus manos alguno de los llamados «gente del albur», y Nelson ganará no ya un premio secundario, sino el gordo de la lotería.

De vuelta a tierra estadounidense, mientras pasa el puente, Nelson va muy animado. Si Divan tiene preocupaciones, son infundadas. Aunque en los últimos tiempos Nelson haya elegido llevar la vida de un marginado, sigue sintiendo que está al tanto de lo que pasa. Estando tanta gente del mundo civilizado empleada en la práctica de la

desconexión, ¿cómo podría nadie negar que sea la alternativa más viable para los problemáticos, los inútiles, los indeseados? Como dicen los anuncios: «La desconexión no es solo un buen remedio: también es una buena idea».

De entrada, fue la bondad de aquella idea lo que empujó a Nelson a entrar en la brigada juvenil. Saber que dejaría un lugar más limpio, más esplendoroso, al eliminar la suciedad de las calles fue lo que le hizo entrar en la academia de policía. Al final, sin embargo, sus ideales fueron reemplazados por un odio pertinaz a aquellos que estaban destinados a la desconexión. Aquellos

desconectables eran todos semejantes: les chupaban valiosos recursos a los que más lo merecían, y se aferraban a su patética individualidad en vez de aceptar una pacífica división. Insistían en vivir vidas que nadie más pensaba que merecieran la pena. Y, si bien como agente de la ley las normas de conducta lo refrenaban, como pirata de partes podía atender aquel negocio de manera mucho más efectiva. Así, pese a que le echa la culpa a Connor Lassiter por haberle arruinado la vida, puede que el chico, en realidad, le haya hecho un favor. Pese a lo cual, era muy agradable saber que el ASP de Akron había sufrido

una muerte innoble en la Cosechadora de Happy Jack. Eso le hace pensar a Nelson que, al fin y al cabo, tal vez haya justicia en el universo.

13. Connor

Un 787 retirado de la circulación, que solo trae catorce íntegros en la bodega, metidos en barriles de cerveza. Connor se pregunta si alguien quiere divertirse en la resistencia, o si de verdad los barriles son la forma más discreta de embarcarlos. Los chicos salen todos de la bodega con calambres y encorvados por el viaje, y Connor, preocupado por el número decreciente de chicos que llegan en cada nuevo avión, les ofrece su habitual discurso cohesionador.

Entonces, cuando los han llevado al

avión CIP para hacer una evaluación y prepararlos para la vida en el Cementerio, Connor se vuelve con Trace al 787. Se trata del antiguo Boeing *Dreamliner*, y es el primero de su clase en llegar al Cementerio. Aquel avión había sido un día recibido como el salvador de la industria de la aviación, y ciertamente merecía serlo. Pero siempre termina apareciendo otra cosa más nueva, más rápida y que gasta menos combustible, para quitarle el sitio al avión anterior.

—Sigue siendo impresionante —dice Trace mientras andan por el compartimento de pasajeros, en el que

empieza a hacer un calor sofocante bajo aquel sol de Arizona—: una belleza clásica.

—¿Crees que podrías pilotar este avión si tuvieras que hacerlo? —le pregunta Connor mientras evalúan el *Dreamliner*.

Trace sonríe:

—He estado pilotando *Cessnas* desde que tenía dieciséis años, y aviones militares durante un año antes de incorporarme a la RAD, así que sí, podría pilotar un avión comercial. Qué carajo, hasta podría hacer acrobacias con él.

—Bueno, puede que tengas que

hacerlas si nos persiguen.

Trace se queda un momento desconcertado, y entonces sonríe:

—¿Para huir…?

—Si lo vaciamos, podemos meter dentro a todo el mundo. No iremos cómodos, pero valdrá.

—Estudiaré las especificaciones, y veré si puede con el peso.

—Quitaremos la cabina, y los de la oficina lo pondrán todo a la venta —dice Connor—. Incluiremos en la lista de venta las partes del motor y el panel de control, pero en realidad no desmantelaremos nada de lo que permite volar al avión.

Trace lo comprende sin necesidad de más explicación:

—De ese modo, para cualquiera que nos esté espiando, parecerá que lo hemos desmantelado completamente, y sin embargo seguirá siendo operativo.

—Exacto. Entonces lo remolcaremos hasta el corredor principal, para que parezca que lo usamos como avión dormitorio.

—Una idea brillante.

—No —puntualiza Connor—: una idea desesperada. Ahora salgamos de aquí antes de que nos asemos.

Trace lleva a Connor desde la pista de aterrizaje hasta el corredor principal. Además de ser el jefe de seguridad del Cementerio, Trace actúa como guardaespaldas y chófer de Connor. Eso no ha sido idea de Connor, como tampoco lo ha sido el avión privado y el traje de camuflaje azul, pero ayuda a crear el ilusorio pedestal que necesita un líder. Desde el comienzo, sin embargo, Connor ha odiado la idea de distinguirse de los demás.

—Acostúmbrate —le dijo Risa—. Tú ya no eres un desconectable como

cualquier otro: para esos chicos tú eres la resistencia. Necesitas proyectar la imagen de alguien que hace funcionar las cosas. —Connor se pregunta si ella seguirá pensando lo mismo, ahora que el hecho de hacer funcionar las cosas no le deja tiempo suficiente para estar con ella. Se pregunta si no tendría que inventarse alguna enfermedad solo para poder visitarla en el avión enfermería. ¿Sería ese un comportamiento digno de un líder?

—Lo del *Dreamliner* es buena idea —dice Trace, trayendo a Connor de regreso al aquí y ahora—. Pero sé que tienes más cosas en la cabeza.

—Siempre —corrobora Connor.

—Ya sé que te preocupan los de la brigada juvenil, y que te inquieta no saber por qué nos dejan en paz. —Trace espera un momento, y después añade—: Creo que yo sé por qué lo hacen, pero la idea no te va a gustar.

—¿Cuándo me ha gustado algo que tuviera que ver con los de la brigada juvenil?

—Esto no tiene que ver con ellos tanto como contigo.

—Me he perdido.

—Lo vas a entender enseguida. —Pisan un bache, y Connor, instintivamente, se agarra a la puerta.

Trace no se disculpa por su manera de conducir—. Ya ves, Connor, estos chicos, aunque se les declare legalmente insignificantes, no por eso son despreciables. Son tan valiosos como diamantes. ¿Y sabes por qué son tan caros los diamantes?

—No lo sé. ¿Porque hay pocos…?

—No, no hay pocos. De hecho, hay tantos que podrían ser tan baratos como los falsos. Pero existe esa cosa que se llama el consorcio del diamante. Se han juntado todos los propietarios de todas las minas de diamantes del mundo ¿y sabes qué es lo que han hecho? Han escondido sus diamantes en una enorme

cámara acorazada de un enorme banco de Suiza o Suecia o qué sé yo. Miles y miles de diamantes. Y al esconderlos se produce la ilusión de que son raros, y eso pone los precios por las nubes.

El todoterreno pilla otro bache, y esta vez Connor recibe el golpe sin agarrarse a ningún lado. Va siguiendo el razonamiento de Trace, y empieza a preocuparle adónde llevará.

—Vamos a ver —dice Trace—, cuando se aprobó el Tope-17 hubo escasez de desconectados, ¿verdad? El precio de cada trasplante se multiplicó por dos, incluso por tres. Pero la gente paga el precio, porque todos se han

acostumbrado a disponer del órgano que quieren en el momento que lo quieren. Se quedarán sin comer, pero no se quedarán sin su órgano.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Dímelo tú.

Connor piensa en lo que le ha dicho Trace, y comprende la verdad:

—¡Nosotros somos la cámara acorazada! Y mientras retiremos de la calle a los ASP, contribuiremos a mantener altos los precios. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Mejor que todos esos ASP estén aquí, sanos y salvos, que atrapados por

los piratas de partes y vendidos en el mercado negro. Eso no hace más que bajar los precios.

Connor piensa en el día en que lo atraparon y lo llevaron a la Cosechadora de Happy Jack. Había sido un jarro de agua fría cuando el policía de la brigada juvenil que lo interrogaba admitió que lo sabían todo sobre el Cementerio pero cerraban los ojos porque ir tras aquellos chicos no valía la pena.

Pero esto es diferente.

Esto convierte a Connor en una parte deseada del sistema. Saber que en realidad es una pieza dentro de los planes de algún consorcio de la

desconexión le hace sentirse sucio… peor que sucio.

Y entonces, cuando se da cuenta de esto, es como si recibiera el golpe definitivo. El puñetazo final que lo derriba a uno y lo deja tendido en la lona.

—¿Cuánto tiempo —le pregunta a Trace— llevas trabajando para los de la brigada juvenil?

Trace sigue conduciendo el todoterreno, sin apartar los ojos de delante, y tarda al menos diez segundos en responder. Al final dice:

—No preguntes cuando no quieras conocer la respuesta.

14. Dolores

Si bien la aviación de la Segunda Guerra Mundial goza del privilegio de hallarse en museos permanentes, la aviación de ala fija de la guerra de Corea es poco apreciada y permanece olvidada en su mayor parte. Ya que fue la primera guerra en que se emplearon helicópteros de modo general, son estas las naves que acaparan toda la atención.

En el Cementerio solo hay un triste bombardero de la guerra de Corea, colocado a dos corredores de distancia del corredor principal. El Almirante lo

mandó poner allí, y aunque Connor ha cambiado los aviones que hay a su alrededor, *Dolores*, que es como se le llama, no se mueve nunca, y tampoco se abre. Su escotilla ha sido dotada con una cerradura cuya única llave la tiene Connor, que la lleva colgada del cuello, como esos niños a los que sus padres dejan solos en casa.

Dolores es el arsenal. Está lleno del tipo de armas al que los adolescentes problemáticos no deberían tener acceso bajo ninguna circunstancia. A menos, claro, que lleven uniforme. La idea de que el Cementerio tuviera un día que defenderse como el gueto de Varsovia

pendía sobre la cabeza del Almirante y ahora lo hace sobre la de Connor. No hay día en que no piense en ello, en que no toquetee esa llave que lleva al cuello como una cruz. Hoy, sin embargo, visita el *Dolores* por otro motivo: para defender el Cementerio no de un ataque, sino de una infiltración. Hoy va a buscar una pistola del calibre 22 y un cartucho de balas.

15. Connor

Trace duerme en un viejo y herrumbroso DC-3, vigilando a los chicos más brutos y problemáticos. Es un centro de detención oficioso, y cuenta con Trace como guardián oficioso también. Como el viejo avión de hélices no dispone de un aseo que funcione, sus ocupantes tienen que usar uno portátil que se encuentra al fondo de la escalerilla. La puerta no cierra: Connor la ha estropeado hace unas horas.

Después del toque de queda, él y dos de los íntegros más fuertes que ha

podido encontrar aguardan bajo la sombra de un avión cercano, vigilando.

—¿Nos puedes decir otra vez por qué queremos quitar de en medio a Trace?

—¡Shhh! —les reprende Connor, y después susurra—: porque lo digo yo.

Connor es el único que lleva pistola. Está cargada. Los dos gorilas son solo un refuerzo, pues sabe que no puede apresar a Trace él solo. El plan es acorralarlo, esposarlo y encerrarlo como una especie de prisionero de guerra… pero Connor ha decidido que usará la pistola si es necesario.

«No lleves nunca pistola a menos

que quieras usarla», le dijo una vez el Almirante. Si Connor va a mantener el orden en el Cementerio, tiene que seguir el manual del Almirante. Cada veinte minutos o algo así, alguien sale para usar el aseo. Trace no está entre ellos.

—¿Vamos a tener que esperar aquí toda la noche? —se lamenta el gorila que lleva las esposas.

—Sí, si es necesario. —Connor empieza a preguntarse si el entrenamiento militar de Trace incluirá un control sobrehumano de la vejiga, pero Trace baja por fin unos minutos después de las doce de la noche.

Esperan a que cierre la puerta del

aseo portátil, y entonces se acercan sigilosamente. Connor va delante. Lleva la pistola en la mano derecha (la mano de Roland) sintiendo la frialdad de la empuñadura y la firmeza del gatillo. Quita el seguro, respira hondo, y abre la puerta.

Trace está allí, mirándolo a los ojos, en absoluto desprevenido. De un solo movimiento, barre las piernas de Connor, que dejan de sostenerlo, le quita la pistola de la mano, le da la vuelta, y lo tira de cara contra el suelo, retorciéndole dolorosamente el brazo de Roland detrás de la espalda. Connor siente la costura del injerto, que

amenaza con desgarrarse.

Mientras Connor sigue demasiado dolorido para moverse, Trace reduce a los otros dos chicos antes de que puedan escapar, y los deja inconscientes en el suelo. Entonces se dirige de nuevo a Connor.

—En primer lugar —dice Trace—, ponerle una emboscada a un tío que está plantando un pino es algo indigno de ti. En segundo lugar, nunca respires hondo antes de atacar a alguien por sorpresa, porque te oirá.

Connor, todavía dolorido, se da la vuelta para mirarlo a la cara, y al hacerlo siente en la frente la boca de la

pistola. Trace sostiene un poco más la pistola en la cabeza de Connor, con rostro severo, y entonces la retira.

—No te sientas demasiado ridículo —dice Trace—. Yo no solo era un mastodonte de la fuerza aérea, sino además de los cuerpos de élite. Podría haberte matado de nueve maneras diferentes antes de que llegaras al suelo.

Retira el cargador, pero, mientras lo hace, Connor lo agarra por la muñeca, tira de él para hacerle perder el equilibrio, le arranca la pistola y vuelve a apuntarle al tiempo que se pone de pie.

—Todavía queda una bala en la recámara —le recuerda Connor.

Trace se echa hacia atrás y levanta las manos.

—Bien jugado. Supongo que me estoy anquilosando. —Permanecen allí un momento, paralizados, hasta que Trace dice—: Si me vas a matar, hazlo ahora, porque volveré a quitártela. —Pero Connor ha perdido su determinación, y ambos lo saben.

—¿Has matado a los otros dos? —pregunta Connor, mirando a los dos gorilas que están tendidos en el suelo, retorcidos e inconscientes.

—Solo los he dejado K.O. No resulta muy honorable matar gente indefensa.

Connor baja la pistola. Trace no se abalanza contra él.

—Quiero que te vayas —le dice Connor.

—Echarme no es una buena idea.

Eso enfurece a Connor:

—Por lo que a mí se refiere, tú eres el enemigo. Trabajas para ellos.

—También trabajo para ti.

—¡No puedes trabajar para los dos bandos!

—En eso te equivocas —dice Trace —. Jugar en ambos lados es una estrategia ampliamente consagrada por la tradición.

—¡Yo no soy tu marioneta!

—No —dice Trace—, tú eres mi oficial comandante. Actúa como tal.

Baja entonces otro chico para usar el aseo portátil. Ve a Trace y a Connor, y a los dos chavales que siguen en el suelo, desplomados como muñecas de trapo.

—¿Qué ocurre? —pregunta cuando asimila la situación.

—Cuando sea asunto tuyo, ya te lo explicaré —le responde Connor.

Entonces ve la pistola en la mano de Connor.

—Sí, claro, vale —dice el chico, y vuelve a subir la escalerilla.

Connor comprende que la distracción podría haberle dado a Trace

tiempo suficiente para volver las tornas una vez más, pero no lo ha hecho. Eso los coloca un paso más cerca de la confianza mutua. Connor le hace a Trace un gesto con la mano:

—¡Camina!

Pero la pistola ha pasado a ser solo un elemento de utilería, y ambos lo saben. Se alejan del corredor central y recorren un corredor de cazas jubilados. Allí no hay íntegros que puedan escuchar su conversación a escondidas.

—Si trabajas para ellos —pregunta Connor—, ¿por qué me dijiste todas las cosas que me dijiste?

—Porque yo les cedo mis ojos y

oídos, pero el cerebro sigue siendo mío. Y, lo creas o no, me gusta lo que hacéis aquí.

—¿Qué les has dicho sobre este lugar?

Trace se encoge de hombros:

—Más que nada, cosas que ya sabían: que aquí todo está bajo control, que dentro de unas semanas llega un nuevo cargamento de ASP… Les aseguro que el lugar no es una amenaza, y que aquí nadie planea volar más Cosechadoras. —Entonces Trace deja de caminar y se vuelve hacia Connor—: Lo que es más importante es lo que no les digo.

—¿Qué es lo que no les dices?

—No les hablo de tus misiones de rescate, no les hablo de tu plan de fuga… y no les hablo de que sigues con vida.

—¿Qué…?

—Ellos creen que este lugar está dirigido por un tal Elvis Robert Mullard, un antiguo guardia de seguridad de Happy Jack. Porque si todo el mundo supiera que eres tú el que está al mando, los de la brigada juvenil arrasarían este lugar en un instante. El ASP de Akron representa una amenaza demasiado grande para que la ignoren. Así que gracias a mí este lugar les

parece una guardería y tú una niñera. Gracias a eso, ellos permanecen felices, y todos estos chicos siguen vivos.

Connor mira a su alrededor. Ahora se encuentran lejos del corredor principal. Si Trace quisiera, seguramente podría partirle el cuello y enterrarlo, y nadie se enteraría nunca. ¿Quiere decir eso que Connor en realidad confía en Trace, pese a su evidente traición? Ya no está seguro de nada, ni siquiera de sus propias motivaciones.

—Nada de esto cambia el hecho de que estás trabajando para los de la brigada juvenil.

—Te equivocas. Yo no trabajo para ellos, trabajo para sus dueños.

—La Autoridad Juvenil no tiene dueño.

—Bueno, pues vale, no serán sus dueños, pero son quienes los controlan. ¿Quieres hablar de marionetas? Cada policía de la brigada juvenil pende de un hilo, aunque no lo sepa. Naturalmente, yo tampoco sé quién tira de esos hilos. Lo único que sé es que a mí me apartaron de un futuro prometedor en la fuerza aérea para mandarme allí.

Connor sonríe a su pesar:

—Siento haberme entrometido en tu trayectoria profesional.

—El caso es que yo no informo a nadie en la fuerza aérea, yo informo a civiles que visten de paisano y que me ponen de los nervios. Así que me puse a investigar y averigüé que trabajo para una compañía llamada «Ciudadanía Proactiva».

—No lo había oído nunca.

Entonces Trace baja la voz hasta que no es más que un susurro:

—No me sorprende. Mantienen un perfil muy bajo, y eso les proporciona una cobertura que les permite negarlo todo. Piensa en ello: si los mandamases no saben para quién están trabajando, entonces, si algo va mal, los militares

siempre pueden decir que no sabían nada, hacerme a mí un consejo de guerra, e irse de rositas.

Ahora las cosas empiezan a estar un poco más claras para Connor, o al menos más claras con respecto a los motivos de Trace para jugar en ambos lados. Se dan la vuelta y empiezan a caminar hacia el corredor principal.

—Estoy desilusionado, Connor. Tal como yo lo veo, tú eres más justo y más digno de confianza que aquellos para los que trabajo, quienesquiera que sean. El carácter cuenta mucho en este mundo, y en lo que se refiere a Ciudadanía Proactiva, la palabra «turbio» se queda

muy corta. Así que trabajaré para ellos, pero pongo mi confianza en ti.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo?

—No lo puedes saber. Pero hasta ahora has sobrevivido gracias a tu instinto. ¿Qué te dice tu instinto ahora?

Connor piensa en ello y comprende que la respuesta es fácil:

—Mi instinto me dice que estoy pringado no importa lo que haga. Pero eso es normal en mí.

Trace acepta su respuesta:

—Tenemos que hablar de más cosas, pero creo que es suficiente para un día. Me parece que tendrías que ponerte un

poco de hielo en ese hombro. Te lo he retorcido muy fuerte.

—No me había dado cuenta —miente Connor.

Trace alarga la mano para estrechársela, y Connor piensa en lo que puede significar ese apretón. Podría ser la creación de su propia sociedad secreta para luchar contra la Ciudadanía Proactiva, sea lo que sea… O podría significar que Connor ha sido completamente embaucado. Al final, estrecha la mano de Trace, deseando que por una vez haya un claro curso de acción.

—Hasta hoy, tú eras solo un peón

que hacía lo que ellos querían que hicieras —le dice Trace—. En el fondo lo sabías, lo presentías. Espero que la verdad te haga libre.

16. Risa

Antes de que empiece su turno cada mañana, Risa pasa un rato debajo del ala del avión recreativo, charlando con otros chicos de los que ha llegado a hacerse amiga. Tiene más amigos aquí que tenía en la casa del Estado, aunque en realidad se siente más como hermana mayor que como amiga de ellos. Ellos la reverencian como si Risa fuera un ángel compasivo, no solo porque es la autoridad médica, sino porque es la legendaria Risa Expósito, la compañera de fechorías del ASP de Akron.

Sospecha que ellos, en el fondo, la creen capaz de arreglar cosas rotas por dentro.

Antes pasaba un rato en el avión recreativo por la noche, después de su turno de trabajo, pero el Club de la Cigüeña puso fin a eso. Se le pasa por la cabeza reclamar el mismo tiempo para los tutelados del Estado, pero sabe que alimentar una división del Cementerio en facciones no servirá más que para causar problemas. Gracias a Starkey, ya empieza a haber algo de eso sin necesidad de que ella contribuya.

A lo lejos puede ver a Connor, que desciende de su avión. Camina por el corredor principal con la cabeza gacha y

las manos en los bolsillos, inmerso en la negra nube de sus problemas de aquel día, cualesquiera que sean. Inmediatamente, lo abordan muchachos que reclaman su atención por un motivo u otro. Risa se pregunta si alguna vez volverá a encontrar un segundo libre para sí mismo. Para ella, desde luego, no lo va a encontrar.

Connor alza los ojos y se da cuenta de que Risa lo está mirando. Ella aparta la vista avergonzada, como si él la hubiera descubierto espiándolo, pero para sus adentros se reprende por sentir así. Cuando vuelve a mirar, ve que Connor se le acerca. Detrás, sus amigos

han empezado a reunirse en torno a la televisión. Algo en las noticias ha atraído su atención. Se pregunta si Connor se estará acercando para ver de qué va aquel revuelo, o si irá por verla a ella. Cuando ve que se trata de lo segundo se alegra, aunque intenta que no se le note.

—¿Tienes un día de mucho trabajo por delante? —le pregunta, ofreciéndole una leve sonrisa que él devuelve.

—No, solo de quedarme delante de la tele comiendo patatas fritas. ¡Tengo que vivir la vida!

Connor permanece allí con las manos en los bolsillos, mirando a su

alrededor, aunque ella sabe que está pendiente de ella. Al final dice:

—La RAD dice que enviará en los próximos días las medicinas que pediste.

—¿Debería creérmelo?

—Seguramente no.

Risa comprende que ese no es el motivo por el que Connor se ha acercado a ella, pero ya no sabe cómo sacarle las cosas. Lo que sí sabe es que tiene que hacer algo antes de que se enquiste la distancia entre ellos.

—Bueno, ¿cuál es el problema de la semana? —le pregunta Risa.

Connor se rasca el cuello y aparta la

mirada para no tener que mirarla a los ojos.

—Un poco de lo mismo, y un poco de «mejor que no lo sepas».

—Pero —comenta Risa— es lo bastante gordo para que me digas que no me lo puedes decir.

—Exacto.

Risa suspira. Ya empieza a calentar, y no tiene muchas ganas de meterse en el avión enfermería con el calor que hace. No tiene paciencia para los misterios de Connor. Está a punto de decirle que vuelva cuando tenga algo que contarle, pero entonces le llaman la atención las protestas de los que están viendo la tele,

que han aumentado desde la última vez que miró. Tanto ella como Connor se acercan intrigados.

Lo que están dando en el noticiario es una entrevista con una mujer de aspecto severo y lenguaje aún más severo. Como pilla la entrevista a mitad, Risa no logra comprender de qué está hablando.

—No me lo puedo creer —comenta alguien—. Están llamando a esa cosa «una nueva forma de vida».

—¿A qué es a lo que llaman una nueva forma de vida? —pregunta Connor.

Hayden está allí y se vuelve hacia

ambos. Parece casi mareado:

—Por fin han creado la bestia perfecta. El primer ser humano compuesto.

No hay imágenes, pero la mujer está describiendo el proceso, explicando cómo para crearlo se emplearon los órganos y trozos de casi cien desconectables distintos. Risa nota, en la escasa medida en que puede notar la columna vertebral, que un escalofrío le baja por ella. Connor debe de tener la misma reacción, pues la agarra por el hombro, y ella le coge la mano, sin preocuparse de cuál de las dos manos sea.

—¿Por qué tienen que hacer tal cosa? —pregunta Risa.

—Porque pueden hacerla —contesta Connor con amargura.

Risa siente la fuerza de las vibraciones que la rodean, como si todos estuvieran contemplando una espantosa catástrofe global que se desarrolla ante sus ojos.

—Tenemos que tener listo el plan de escape —dice Connor. Risa comprende que habla más para sí mismo que para ella—. No podemos hacer un simulacro porque lo verían los satélites espía, pero todo el mundo tiene que saber qué hacer.

Risa tiene la misma ráfaga de

intuición que los demás. De repente, largarse del Cementerio parece una idea magnífica. Aun cuando no tengan un destino seguro al que acudir.

—Humano compuesto… —rezonga alguien—. Me pregunto qué pinta tendrá.

—Bueno, ¿no has visto nunca al Señor Patata?

—Hay un conato de risa nerviosa, pero eso no le alegra a nadie.

—Tenga la pinta que tenga —dice Risa—, espero que no lo veamos nunca.

17. Cam

Con el dedo traza las líneas de su rostro, bajando a la mejilla por un lado de la nariz por la izquierda, después por la derecha. Sale de los radios simétricos de carne que tiene en la frente, y después sigue por las líneas que se extienden por debajo de donde comienza el cabello. Mete el dedo en la crema curadora de cicatrices, y la extiende por las líneas que descienden por la nuca, los hombros, el pecho y cualquier sitio al que pueda alcanzar. Siente el cosquilleo que producen los microorganismos de

ingeniería genética de la crema al hacer su trabajo.

—Lo crea o no, esa cosa es pariente cercana del yogur —le dijo el dermatólogo—. Se diferencia en el detalle de que se alimenta del tejido de las cicatrices. —Bueno, y en que cuesta cinco mil dólares el tarro, pero, como le ha dicho Roberta, el dinero no es problema cuando se trata de Cam.

Le han asegurado que cuando termine el tratamiento no le quedará cicatriz alguna, solo unas costuras tan delgadas como un pelo, allí donde se juntan los distintos trozos que lo constituyen.

El ritual de extender la crema le lleva media hora y lo realiza dos veces al día. Ha llegado a disfrutar el aspecto zen que tiene ese ejercicio. Pero querría que hubiera algo que le borrara también las cicatrices de la mente, que todavía nota. Ve ahora su cerebro como un archipiélago de islas entre las cuales trata de tender puentes. Y si bien ha cosechado un gran éxito diseñando los puentes más espectaculares, sospecha que existen islas a las que nunca llegará.

Oye un golpe en la puerta:

—¿Estás listo? —Es Roberta.

—Tú llevas las riendas —contesta él.

Hay un silencio, y después:

—Muy gracioso, pero frena el caballo.

Cam se ríe. Ya no necesita hablar en metáforas, pues ha creado en su mente la suficiente cantidad de puentes como para dotar a su discurso de cierta normalidad. Sin embargo, disfruta tomándole el pelo a Roberta y tratando de desconcertarla.

Se ha puesto una camisa sencilla y corbata. La corbata ha cambiado de colores, pero el audaz dibujo fractal ha sido elegido específicamente para proyectar una sensación de composición estética, sugiriendo de modo subliminal

que un todo artístico es siempre más que la suma de las partes. Cam se arma un lío con la corbata. Pese a que el cerebro sabe cómo es la cosa, es evidente que sus dedos de virtuoso nunca aprendieron a hacer el complicado nudo Windsor. Necesita concentrarse para superar la frustrante falta de memoria muscular.

Roberta vuelve a llamar a la puerta, y ahora es un poco más insistente:

—¡Es la hora!

Cam se toma un momento para admirarse en el espejo. Ahora tiene el pelo de dos o tres centímetros de largo, como un abrigo de diversos colores. Las líneas salen de un punto focal de

múltiples tonos que tiene en la frente. El rubio baja por el medio, mezclándose con ámbar tanto a la derecha como a la izquierda. Unas sombras de rojo y castaño forman un arco hacia atrás desde las sienes, para ceder ante el negro azabache sobre las orejas y ante los rizos prietos y oscuros de las patillas.

—Los más famosos peluqueros se pondrán la zancadilla unos a otros por cortarte el pelo —le ha dicho Roberta.

Al final abre la puerta antes de que Roberta empiece a aporrearla frenéticamente. Su atuendo es un poco más elegante que el conjunto de blusa y

pantalón que suele llevar, pero sigue siendo muy discreto. Está pensado para que la atención no se desvíe de Cam. Por un momento, ella parece enfadada con él, pero al mirarlo bien, su irritación se desvanece.

—Estás estupendo, Cam. —Roberta le alisa la camisa con la mano y le endereza la corbata—. ¡Pareces la estrella fulgurante que eres en realidad!

—Esperemos que no dé origen a elementos complejos.

Ella lo mira sin comprender.

—Una supernova —explica él—. Si soy una estrella fulgurante, ¡espero no estallar como una supernova! —Esta vez

él ni siquiera había tratado de desconcertarla—. Lo siento… es mi manera de pensar.

Ella lo coge del brazo con suavidad:

—Venga, te están esperando.

—¿Cuántos?

—No queríamos que te asustaras en tu primera conferencia de prensa, así que lo hemos limitado a treinta.

El corazón le palpita y tiene que respirar hondo para calmarse. No entiende por qué tiene que estar tan nervioso. Ya le han preparado tres conferencias de prensa de pega, en las que le arrojaban preguntas en múltiples lenguas. En cada una de ellas él se

desenvolvía bien, y esta vez será solo en inglés, así que tiene una cosa menos de la que preocuparse.

Sin embargo, esta conferencia de prensa es de verdad. Esta vez está a punto de ser oficialmente presentado a un mundo que no está preparado para él. Los rostros que veía en aquellas conferencias de prensa falsas eran amistosos aunque fingieran no serlo, pero hoy se enfrentará a auténticos extraños. Algunos simplemente se mostrarán curiosos, otros sorprendidos, y otros, tal vez, horrorizados. Roberta ya le ha dicho que se prevenga. Pero lo que más le preocupa son las cosas que ni

siquiera ella puede prever.

Van por el pasillo hasta una escalera de caracol que los conduce al salón principal, una escalera que no le permitieron usar durante las primeras semanas, hasta que su coordinación mejoró. Ahora, sin embargo, podría bajarla bailando si quisiera. Roberta le dice que espere hasta que ella lo anuncie. Así que ella baja, y Cam oye cómo se apaga el ruido de los periodistas que charlan. Las luces se atenúan, y Roberta da comienzo a la presentación:

—Desde tiempo inmemorial, la humanidad ha soñado con crear vida —

comienza diciendo Roberta con voz amplificada e irreal.

La luz del proyector lanza sus destellos hasta lo alto de la escalera. Cam no puede ver las imágenes de su presentación, pero ya las conoce. Ya lo ha visto todo antes.

—Pero el misterio mismo de la vida ha resultado escurridizo —prosigue Roberta—, y cada sueño de creación ha terminado en un fracaso humillante. Hay un buen motivo para eso: no podemos crear lo que no comprendemos, así que mientras no comprendamos lo que es la vida ¿cómo podríamos crearla? No: en vez de intentar tal cosa, la tarea de la

ciencia es construir sobre aquello que ya está a nuestra disposición. No crear vida, sino perfeccionarla. Así que nos hicimos la siguiente pregunta: ¿cómo podemos volver a combinar los logros de la evolución, tanto físicos como intelectuales, para lograr la versión más sublime de nosotros mismos, la combinación de lo mejor de todos nosotros? Y resultó que, una vez formulada la pregunta correcta, la respuesta era sencilla. —Hace una pausa para crear expectación—. ¡Damas y caballeros, les presento a Camus Agrex, el primer ser humano del mundo enteramente compuesto!

Al oír los aplausos, Cam empieza a descender por la escalera de caracol, con ademán orgulloso pero paso informal. La audiencia sigue envuelta en la penumbra mientras él desciende, y todas las luces lo enfocan. Puede sentir el calor de los focos, y aunque se encuentra en un lugar familiar, es como si hubieran convertido el salón de estar en un teatro. Cuando va por la mitad de la escalera, duda, respira hondo, y prosigue, haciendo que parezca que su pausa fue intencionada, fingiendo que se detiene para que le hagan fotos, lo cual es tan solo una broma, pues en esta conferencia de prensa no están

permitidas las cámaras. Su presentación al público se está llevando a cabo de manera muy cuidadosa.

Los aplausos dan paso al asombro cuando la multitud alcanza a verlo con claridad. Hay murmullos y gritos ahogados mientras baja hasta donde se encuentra el micrófono. Roberta se hace a un lado para dejarle el sitio, y cuando lo hace el silencio en la sala es absoluto. Todos los ojos lo observan intentando asimilar lo que ven: un hombre joven que es, como dijo Roberta, «la combinación de lo mejor de todos nosotros». O al menos de lo mejor de diversos adolescentes

desconectados.

En medio de aquel espeso silencio, Cam se inclina hacia el micrófono y dice:

—Bueno, quiero comentarles que forman ustedes un grupo muy bien ensamblado.

Se oyen risitas por toda la sala. A él le ha sorprendido el timbre amplificado de su propia voz, una resonante voz de barítono que suena más segura de sí misma de lo que realmente está él. Las luces inciden en el grupo de periodistas y, una vez roto el hielo, se alzan las primeras manos para hacer preguntas.

—Me alegro de conocerle, Camus

—dice un hombre vestido con un traje que ha visto mejores días—. Tengo entendido que ha sido usted formado a partir de casi un centenar de personas, ¿es cierto eso?

—A partir de noventa y nueve, para ser exactos —aclara Cam con una sonrisa—. Pero hay espacio para uno más.

Algunos periodistas vuelven a reírse, menos nerviosos que la primera vez. Le da la palabra a una mujer de enorme melena:

—Usted es claramente… eh… una creación única. —Cam puede notar la desaprobación como una vaharada

caliente—. ¿Cómo se siente uno al saber que, más que nacer, lo han inventado?

—Yo nací, solo que no todo al mismo tiempo —explica él—. Y no me inventaron, sino que me reinventaron. Hay una diferencia.

—Sí —dice otro—. Será un peso saber que es usted el primero de su clase…

Aquel tipo de preguntas aparecía en las conferencias de prueba, y Cam se sabe de memoria lo que tiene que responder:

—Todo el mundo se siente único en su clase, ¿no? Eso no me hace distinto de todos los demás.

—Señor Agrex: soy un experto en dialectos, y sin embargo no consigo situar el suyo. Usted fluctúa entre distintos estilos vocales.

Cam no había pensado en ello hasta entonces. Es ya bastante difícil poner pensamientos en palabras, sin pensar en cómo están saliendo aquellas palabras:

—Bueno, supongo que todo depende de con qué células del cerebro esté peleándome en cada momento.

—Así pues, ¿su elocuencia verbal es algo programado?

De nuevo, el tipo de pregunta que sí se esperaba:

—Si fuera un ordenador, estaría

programado, pero no lo soy. Soy ciento por ciento orgánico. Humano. Pero, para responder a su pregunta, algunas de mis habilidades vienen de antes, otras han llegado después, y estoy seguro de que continuaré desarrollándome como ser humano.

—Pero usted no es un ser humano —grita alguien desde atrás—. Puede que usted haya sido hecho de seres humanos, pero usted tiene de humano lo que un futbolista tiene de porcino.

Hay algo en aquella proclamación, en aquella acusación, que lo pilla desprevenido. No está preparado para la emoción que le provoca.

—¡Toro viendo rojo! —dice Cam. Las palabras le salen antes de que pueda canalizarlas por medio de su centro de lenguaje. Se aclara la garganta y encuentra los términos adecuados—: Usted intenta provocarme. ¡Tal vez esconda una espada tras el capote, pero eso no le evitará una cornada!

—¿Eso es una amenaza?

—No lo sé. ¿Lo suyo era un insulto? —Sin duda, ha despertado el interés de la audiencia.

Murmullos de la multitud. Roberta le lanza una mirada de advertencia, pero Cam siente repentinamente surgir en su interior la ira de docenas de muchachos

desconectados. Y tiene que dar voz a esa ira.

—¿Alguien más aquí piensa que yo soy, digamos, subhumano…?

Y al mirar a los treinta periodistas, ve levantarse manos. No solo la mujer de la gran melena y el que había interrumpido desde atrás, sino también otros. Hasta una docena. ¿Realmente piensan así, o son solo toreros que agitan el capote?

—¡Monet! —grita—. ¡Seurat! Vistos de cerca, los lienzos parecen manchones de pintura. Pero a cierta distancia se ve una obra maestra. —Alguien que tiene el control de las pantallas proyecta un

espontáneo cuadro de Monet, pero en vez de subrayar lo que dice, solo consigue que su comentario parezca preparado de antemano—. ¡Ustedes son estrechos de mente y no ven las cosas con la distancia debida!

—Parece usted rebosante de sí mismo —dice alguien.

—¿Quién ha dicho eso? —Pasa la vista por la multitud. Nadie lo admite—. Yo estoy muy rebosante de todos los demás… y eso resulta grandioso.

Roberta se acerca a él e intenta apoderarse del micrófono, pero Cam la aparta.

—¡No! —dice—. ¿Quieren saber la

verdad? ¡Les estoy diciendo la verdad!

Y de repente las preguntas empiezan a caer como balas:

—¿Le han dicho que diga todo eso?

—¿Hay algún motivo por el que le hicieron?

—¿Conoce todos sus nombres?

—¿Sueña los sueños de ellos?

—¿Tiene recuerdos de sus desconexiones?

—Si usted está hecho de gente no deseada, ¿qué le hace pensar que será usted mejor?

Las preguntas se suceden tan rápido y con tal intensidad que Cam siente que su mente empieza a deshacerse en

fragmentos. No sabe a quién responder, si es que puede responder a alguno.

—¿Qué derechos legales debería tener un ser reconectado?

—¿Puede usted reproducirse?

—¿Es que debería reproducirse?

—¿Puede decirse que está vivo?

No puede tranquilizar su respiración. Ni puede tampoco capturar sus propios pensamientos. No puede ver con claridad. Las voces no tienen sentido, y solo puede ver partes, pero no el cuadro completo. Caras. Un micrófono. Roberta lo agarra, intenta que se centre, que la mire a ella, pero la cabeza de Cam no puede dejar de

moverse hacia los lados.

—¡Luz roja! ¡Pedal del freno! ¡Muro de ladrillo! ¡Lápices en la mesa! —Respira hondo, temblorosamente—. ¿Ya vale? —Esto es algo que le implora a Roberta. Ella podrá hacer que todo aquello desaparezca. Puede hacer lo que sea.

—Parece que no tiene todos los tornillos apretados —dice alguien, y todo el mundo se ríe.

Él coge el micrófono una vez más, y aprieta los labios contra el aparato, produciendo una estridencia.

—¡Yo soy más que las partes de las que estoy hecho!

—¡Soy más!

—Soy…

—Yo…

—Yo…

Y una sola voz pregunta con calma, simplemente:

—¿Y si no lo eres…?

—…

—Esto es todo por hoy —dice Roberta a la alborotada multitud—. Muchas gracias por su asistencia.

Incapaz de contenerse, Cam llora. No sabe dónde está, dónde lo ha llevado Roberta. No está en ninguna parte. No

hay nadie en el mundo salvo ellos dos.

—¡Shhh! —le dice ella, balanceándolo suavemente hacia delante y hacia atrás—. No pasa nada. Todo irá bien.

Pero eso no lo calma. Quiere desprenderse del recuerdo de los rostros de aquellas personas que se erigieron en jueces suyos. ¿Podrá arrancárselos de la mente? ¿Podrá reemplazar ese recuerdo con algún pensamiento de alguno de sus desconectados? ¿Podrán hacer eso por él? ¿Podrán hacerlo, por el amor de Dios?

—Esto no ha sido más que el primer aldabonazo de un mundo que aún tiene

que asimilarte —le dice Roberta—. El segundo sonará mejor, ya lo verás.

¿El segundo…? ¿Cómo podrá sobrevivir al segundo?

—¡Furgón de cola! —exclama él—. A poner la tapa. Títulos de crédito.

—No —le objeta Roberta, agarrándolo con más fuerza aún—. Esto no es el final, no es más que el comienzo, y sé que te enfrentarás a ese reto con valor. No necesitas más que hacerte callo.

—¡Entonces injértame uno!

Ella se ríe, como si fuera un chiste, y la risa de ella le hace reír a él también, y eso hace que ella se ría más fuerte, y

de repente, con la cara cubierta de lágrimas, a Cam le da un ataque de risa, y sin embargo se siente molesto consigo mismo por reírse. Ni siquiera sabe por qué se ríe, pero no puede parar, como tampoco puede dejar de llorar.

Al final se controla. Se siente agotado. Lo único que quiere hacer es dormir. Y durante mucho tiempo no querrá hacer otra cosa.

ANUNCIO DE UTILIDAD PÚBLICA

¿Se ha parado alguna vez a pensar en la cantidad de personas a las que ha ayudado la desconexión? ¡No solo los receptores de tejidos sumamente

necesarios, sino los miles de personas empleadas en la profesión médica y en las industrias derivadas! Los hijos, los maridos y las esposas de personas cuyas vidas se han recuperado gracias a los injertos y los trasplantes… ¿Y qué decir de los soldados heridos en el campo del deber, sanados y recuperados gracias a los preciosos órganos que han recibido? Piense en ello. Todos conocemos a alguien que se ha beneficiado de la desconexión. Pero ahora, la autodenominada Resistencia Anti División amenaza nuestra salud, nuestra seguridad, nuestros puestos de trabajo y nuestra economía, despreciando una ley federal para la cual necesitamos una larga y dolorosa guerra.

Escriba hoy mismo a su representante en el Congreso. Dígales a sus legisladores lo que piensa. Pídales que se alcen contra la RAD. ¡No permitamos que nuestra nación y nuestro mundo se salgan de la buena senda! La desconexión no es solo un buen remedio: además es una buena idea.

Sufragado por el Consorcio de Contribuyentes Preocupados

Cam se encuentra en plena regresión mental y emocional. Tratando de comprender esta vuelta atrás, sus cuidadores proponen y debaten todo tipo de teorías: tal vez se estén produciendo

rechazos entre distintas partes desconectadas; tal vez sus nuevas conexiones neuronales se estén sobrecargando de información contradictoria, y hayan empezado a desaparecer. El hecho es que sencillamente ha dejado de hablar, ha dejado de presentar respuestas, incluso ha dejado de comer y actualmente se encuentra recibiendo terapia intravenosa.

Le han hecho pruebas de toda clase, pero Cam sabe que las pruebas no mostrarán nada porque no pueden sondearle la mente. No pueden cuantificar su voluntad de vivir, ni su

falta de voluntad de hacerlo.

Roberta camina por el dormitorio de Cam. Al principio se mostró muy preocupada, pero durante las últimas semanas esa preocupación se ha enquistado y se ha convertido en frustración y rabia.

—¿Te crees que no sé lo que estás haciendo?

Cam responde arrancándose del brazo la vía de la alimentación intravenosa.

Roberta corre hacia él y se la vuelve a colocar en el brazo.

—¡Te estás poniendo testarudo, obstinado e infantil!

—Sócrates —dice él—. ¡La cicuta! ¡Salud!

—¡No! —grita ella—. ¡No permitiré que te quites la vida! ¡No te pertenece!

Ella se sienta en una silla a su lado, tratando de tranquilizarse:

—Si no quieres vivir por ti —le ruega—, entonces hazlo por mí. Desarróllate por mí. Tú te has convertido en mi vida, eso lo sabes, ¿no? Si mueres, me llevarás contigo.

Él no la mira a los ojos:

—Injusto.

Roberta lanza un suspiro mientras Cam observa el incesante goteo del tubo de alimentación que lo mantiene con

vida. Tiene hambre. Lleva mucho tiempo teniendo hambre, pero eso no basta para convencerlo de que coma. ¿De qué valdría mantenerse con vida cuando incluso se duda de que uno esté vivo de verdad?

—Sé que la conferencia de prensa fue un error —admite Roberta—. Era demasiado pronto, no estabas preparado… Pero yo me he estado dedicando a controlar los daños, y ha resultado bastante efectivo. La próxima vez que te enfrentes al público, será distinto.

Solo en ese momento él la mira a los ojos:

—No habrá próxima vez.

Roberta sonríe levemente:

—¡Ah! ¡Ya veo que eres capaz de emitir una frase coherente!

Cam se retuerce y vuelve a apartar la mirada:

—Por supuesto que sí. Simplemente he decidido no hacerlo.

Ella le da unas palmadas en la mano con los ojos empañados en lágrimas.

—Eres un buen chico, Cam. Un muchacho sensible. Te aseguro que no lo olvidaremos. Y me aseguraré de que tengas todo lo que quieras… todo lo que necesites. Nadie te obligará a hacer nada que no quieras hacer.

—No quiero gente.

—La querrás cuando sea tuya —le dice Roberta—. Cuando se empujen unos a otros solo por verte. No como a una cosa extraña, sino como a una estrella. Una estrella famosa. Tienes que demostrarle al mundo lo que sé que puedes hacer. —Ella duda un instante, preparándose para decirle algo. Tal vez algo que ha temido que él no estuviera preparado para saber—: He estado pensando mucho en ello, y creo que tiene que haber alguien que salga contigo. Alguien que te haya aceptado completamente y que pueda atraer la curiosidad del público de una manera

más positiva. De forma menos crítica.

Cam alza los ojos hacia Roberta, pero ella rechaza la idea antes incluso de que él la proponga:

—No, no puedo ser yo. A mí me ven como cuidadora tuya. No valgo. Lo que tú necesitas es un precioso satélite que gire en torno a la estrella…

La idea le despierta la curiosidad. Le hace comprender que su hambre no es solo de comida, tiene hambre de conexión. Desde su creación, nunca ha visto a nadie de su edad. Su edad, ha decidido, es dieciséis años. Y nadie se lo puede negar. Tener un compañero, alguien que haya nacido, que no haya

sido hecho, lo colocaría un paso más cerca de la plena humanidad. Esta vez Roberta ha calculado bien. Eso le proporciona una adecuada dosis de motivación. Una vez más, él se lleva la mano a la vía de la alimentación intravenosa.

—No, Cam —le implora Roberta—. Por favor, no…

—No te preocupes. —Cam desconecta la vía y se baja de la cama por primera vez en varias semanas. Las articulaciones le duelen casi tanto como las cicatrices. Se acerca a la ventana y mira hacia fuera. Hasta aquel momento, ni siquiera ha sido consciente del

momento del día en que se encontraban: es casi el anochecer. El sol que va a ponerse se ha escondido tras una nube, justo por encima del horizonte. El mar resplandece, y el cielo es como un lienzo de colores brillantes. ¿Podría tener razón Roberta? ¿Es posible que pueda reclamar su parte en este mundo, como cualquier otro? ¿Podría tener más?

—Autodeterminación —declara—. A partir de ahora tomaré decisiones por mí mismo.

—Por supuesto, por supuesto —dice Roberta—. Y yo estaré aquí para aconsejarte.

—Para aconsejarme, no para

mandarme. Sin control. Yo decidiré qué hacer y cuándo hacerlo. Y elegiré mi propia compañera.

Roberta asiente con la cabeza:

—Concedido.

—Bien. Tengo hambre —le dice—. Que me traigan un bistec. —Se lo piensa mejor—. No… que me traigan langosta.

—Lo que te apetezca, Cam. —Y Roberta sale a toda prisa para cumplir su deseo.

18. Risa

A Risa la despierta en medio de la noche el sonido de pisadas en la rampa del avión. Quisiera que aquella visita nocturna no fuera para ella, pero siempre lo es. Nadie acude allí en medio de la noche a menos que haya una emergencia médica que reclame su atención.

Kiana descorre la cortina y entra:

—Risa, acaban de entrar un par de chicos. Tienen mal aspecto, muy malo…

Kiana es una chica de dieciséis años que trabaja en el turno de noche de la

enfermería, tiene tendencia al dramatismo y siempre lo saca todo de sus justas proporciones. Habiendo sido arrancada de una familia de médicos, se empeña, con cierto resentimiento, en demostrar lo buena médico que es, así que las exageraciones son solo para dar aún mejor impresión una vez resuelta la emergencia. Pero el hecho de que Kiana acuda a Risa y no intente reservarse toda la gloria para sí sola indica que la cosa es realmente seria.

—Un par de chicos estaban andando con la turbina de un motor —le dice Kiana—, y el motor entero se vino abajo…

Risa se sale de la cama y se coloca en la silla de ruedas.

—¿Qué estaban haciendo con la turbina del motor en medio de la noche?

—Sería alguna apuesta.

—¡Increíble! —La mitad de los heridos que recibe Risa son a causa de un impulso autodestructivo o de la simple estupidez. Se pregunta a menudo si eso será algo propio de los íntegros o si será igual en el mundo exterior.

Cuando Risa llega al avión enfermería, todos los «médicos», estén o no de servicio, se encuentran ya allí. Si bien un par de ellos son jóvenes algo más mayores que se han quedado en el

Cementerio después de cumplir los diecisiete, el resto son solo muchachos que han aprendido a curar heridas leves, nada más que eso. La vista de la sangre ya no asusta a Risa. Lo que le asusta son sus propias limitaciones, pues se da cuenta de que aquello está fuera de su alcance. En un rincón, un muchacho gime y hace muecas, con un hombro evidentemente dislocado, pero recibe solo una mínima atención, pues el chico que está en la mesa está mucho más grave. En el costado tiene una herida enorme e irregular a través de la cual Risa ve sobresalir al menos una costilla. Tiembla y gime. Varios chicos intentan

desesperadamente contener la hemorragia aplicando presión a las arterias clave, y un muchacho con las manos temblorosas trata de llenar una jeringuilla.

—¿Lidocaína o epinefrina? —pregunta Risa.

—¿Lidocaína? —dice el chico, en tono de pregunta.

—Yo la administraré. Hay inyectores de epinefrina ya preparados.

La mira como si lo hubieran pillado deambulando sin permiso por mitad del pasillo del colegio.

—¡Adrenalina! —dice ella—. Epinefrina es lo mismo que adrenalina.

—¡Vale! ¡Ya sé dónde están!

Risa intenta concentrarse, y no se deja sobrepasar por el espectáculo. Le pone la primera inyección al herido. Eso le aliviará el dolor.

—¿Alguien ha llamado al médico? —pregunta Risa.

—Unas tres veces —responde Kiana.

Hay un médico que va al Cementerio cuando se encuentran con algo que los desborda. No cobra ni hace preguntas porque es un simpatizante de la resistencia; sin embargo, acude a sus llamadas solo cuando quiere. Y en este caso, aunque consiguieran traerlo, Risa

ya se imagina lo que dirá:

—Hay que llevarlo al hospital.

En cuanto Risa lo dice, todos los muchachos se sienten claramente aliviados, pues de ese modo la vida de aquel chico dejará de estar en sus manos. Pese a todas las heridas que se producen en el Cementerio, hasta ahora solo dos veces han tenido que enviar a alguien al hospital, y los dos muchachos murieron. Risa está decidida a que eso no vuelva a ocurrir.

—Duele mucho —dice el muchacho entre muecas y gritos ahogados.

—¡Shhh! —le hace Risa, y ve que empieza a poner los ojos en blanco—.

Mírame. —Le pone el inyector de epinefrina, que debería ralentizar el flujo de sangre y con un poco de suerte evitar que entre en estado de *shock*—. Dime tu nombre.

—Dylan —dice él—. Dylan Expósito.

—¿De verdad…? —Yo también fui una tutelada del Estado. De la Casa del Estado número veintitrés de Ohio.

—Yo de Florida Magnolia. En Florida las casas del Estado no tienen número. Tienen nombre de flor.

—Muy adecuado.

Dylan Expósito tendrá trece años, quizá catorce. Tiene labio leporino. Eso

pone furiosa a Risa porque, como ella, también él fue un tutelado del Estado, y aunque los padres no van a desconectar a un chaval solo por su aspecto, las casas del Estado no tienen problema en mandar desconectar a los chicos a los que no es agradable mirar. Para Risa, salvarle la vida ahora se convierte en una cuestión de honor. Le dice a Kiana que pida la ambulancia.

—Tiene un pinchazo.

Risa lanza un gruñido de frustración:

—¡Pues que lo arreglen!

—No me dejes —le dice Dylan, poniendo en ella toda su confianza.

—No lo haré —le asegura ella.

La RAD sigue prometiendo emplazar un médico permanente en el Cementerio, pero eso no ha sucedido aún. Sabe que la resistencia tiene otras prioridades, pero cuando se está desangrando un muchacho, esa excusa resulta muy pobre.

—¿Voy a morir? —pregunta Dylan.

—Por supuesto que no —responde ella. En realidad, Risa no tiene ni idea de si vivirá o no, pero oír eso no resulta muy reconfortante, y nadie quiere la verdad cuando hace esa pregunta.

Risa se abre camino en la silla de ruedas por encima de todo lo que hay tirado por el suelo, y baja por la rampa de la parte de atrás del avión, donde se

ha reunido un grupo de muchachos para compartir su inquietud.

Aparece un chico. Es Starkey. Desde que Connor lo puso al mando del servicio de alimentación, se cree con derecho a meter las narices en todo.

—¿Puedo ayudar en algo?

—No a menos que tengas poderes de teletransportación y nos puedas llevar al hospital.

—Lo siento —dice—, mi magia es solo truco.

Entonces llega corriendo Connor.

—Me han contado lo del accidente. ¿Están bien?

Risa niega con la cabeza:

—De uno de los chicos nos podemos encargar nosotros, pero el otro… —siente un nuevo estremecimiento al recordarlo— tiene que ir al hospital.

Connor esboza una tensa sonrisa, y empiezan a temblarle las piernas como le temblaban cuando estaba en los pisos francos. Pero corta en seco esa respuesta de temor blandiendo el puño contra la palma de la otra mano y asintiendo con la cabeza.

—Vale —dice—, vale, haremos lo que haya que hacer. —Solo entonces se percata de que Starkey está allí—. ¿Te está ayudando Starkey?

—No realmente —dice Risa.

Entonces, solo para deshacerse de él, dice—: Podrías ayudar a reparar el pinchazo de la ambulancia.

Por un instante, Starkey parece sentirse insultado, pero después sonríe:

—Claro, no hay problema. —Y se va casi corriendo.

La ambulancia es una furgoneta pequeña, sin asientos, a la que le han añadido casi de cualquier manera algo de equipo médico. Bajan por la escalera a Dylan y lo meten dentro. Conducirá uno de los otros médicos, y Kiana atenderá a Dylan en la parte de atrás. El chico pide que vaya Risa con él, pero ella no cabe dentro. Una vez más, Risa

maldice en silencio su silla de ruedas.

Starkey aún no ha acabado. Se vuelve hacia Connor:

—¿Quieres decir que no vas a ir? —pregunta Starkey.

—El Almirante nunca abandonó el Cementerio hasta que tuvimos que llevárnoslo —le explica Connor—. Yo sigo su ejemplo.

Starkey se encoge de hombros:

—Eso te hará parecer un cobarde.

Connor le lanza una mirada fulminante.

—Bueno, era solo un comentario.

—A mí me da igual lo que parezca —dice Connor con rotundidad—, yo

hago lo que tengo que hacer para mantener este sitio a salvo.

—Lo siento, no quería faltarte al respeto, supongo que tengo mucho que aprender sobre cómo se ejerce el poder.

Starkey saluda a Risa con un gesto de la cabeza y se va, pero lo que ha dicho se le ha quedado a ella pegado a los pensamientos como un chicle en la suela de un zapato, o al menos como se le pegaban los chicles a los zapatos cuando todavía tocaba el suelo con ellos. Por supuesto, Connor tiene razón: ir al hospital sería una temeraria demostración de valor, una muestra de lo que es un líder arrogante, no un líder

responsable. Pero Risa, por otro lado, no tiene nada que la retenga aparte de su silla de ruedas. Y ¿cuándo ha dejado que eso le impida hacer cosas?

—Esta vez voy a ir yo —le dice a Connor.

Connor levanta las manos:

—Risa, nadie piensa que tengas que ir. Nadie va a pensar que eres una cobarde si no vas. —Mira la furgoneta —. Y entrar ahí dentro, eso es demasiado…

—¿Demasiada carga? —termina Risa.

—Iba a decir demasiado esfuerzo cuando cada segundo cuenta para ese

muchacho.

Pero ella ya ha tomado la decisión:

—Viendo lo que ha sucedido las otras veces —le dice—, creo que debo ir.

—Eso no va a cambiar el resultado —observa Connor.

—Lo sé —dice ella, aunque no esté completamente segura de que Connor tenga razón. Él se echa para atrás mientras dos de los médicos levantan la silla para meterla en la furgoneta—. Aunque me cojan, no me pueden desconectar —le recuerda—. Tengo diecisiete años. Y además no desconectan a los discapacitados.

—¿Y si te reconocen?

—¡Por favor! —dice Risa—. La gente conoce nuestros nombres mucho más que nuestras caras. No me ocurrirá nada.

Entonces le ofrece a Connor una sonrisa leve pero sincera, y él se la devuelve a regañadientes. Esa sonrisa no salva la distancia abierta entre ellos, pero al menos marca el punto desde el que se podría empezar a tender el puente. Ella cierra la puerta de atrás de la furgoneta sin decir adiós, porque comparten una superstición secreta, la de no despedirse nunca uno del otro. Risa no tardará en lamentar no haberlo

hecho.

Es un camino lleno de baches, sin pavimentar, consistente tan solo en la dura tierra del desierto allanada por ruedas de aviones. Hay dos kilómetros hasta la verja. En la parte trasera de la ambulancia, Dylan gime a cada sacudida. Cuando llegan, los guardias que hacen su turno, que ya han sido alertados de la emergencia, se apresuran a abrir la cancela.

Una vez en la carretera asfaltada, el trayecto se hace más fácil, y Dylan se calma. Risa lo reconforta mientras

comprueba las constantes vitales.

La primera vez que tuvieron que llevar a un chico al hospital, lo acompañó Kiana y otro de los médicos, un muchacho que se aterrorizaba cada vez que no pegaba una tirita. Pero era el único chico con experiencia médica dispuesto a correr el riesgo de salir del Cementerio en lo que podía ser una misión suicida. En aquella primera ocasión, un recién llegado al Cementerio se había subido a la cola de un avión de carga para demostrar lo valiente que era. Se cayó y se fracturó el cráneo. Risa lo habría acompañado si no la hubiera convencido todo el mundo de

que no serviría de nada y de que era irracional. Kiana y el médico nervioso se habían llevado al hospital al chico después de preparar una historia completamente falsa sobre lo ocurrido, además de documentos que respaldaban una falsa identidad. El chico murió en el hospital.

La segunda vez se trató de una chica con el apéndice reventado. Igualmente se llevaron a la chica al hospital a toda prisa, igualmente Risa se quedó en el Cementerio, e igualmente la chica murió.

Risa no sabe de qué podrá servir su presencia en el hospital. Lo único que sabe es que no puede quedarse en el

Cementerio aguardando la noticia de que otro paciente ha muerto.

Kiana ayuda a Risa a salir de la parte de atrás de la furgoneta. Después, sin la ayuda de nadie, lleva a Dylan a la sala de espera de urgencias, seguida por Risa. Ahora Risa tiene que desplegar sus dotes interpretativas. Piensa en sus amigos del grupo musical, los que tocaban con ella en la chatarrería cuando voló por los aires, los que murieron… Y el recuerdo le trae a los ojos unas lágrimas que resultan necesarias en aquel momento. Entonces

recupera el papel que ya la salvó una vez: la chica de cabeza de chorlito que hablaba mediante preguntas.

—Hola, ¿puede ayudarnos alguien? ¿Mi hermano estaba en el tejado colocando unas tejas? ¿Y se cayó del tejado y ha quedado muy malherido? ¿Y no sabíamos qué hacer? ¿Así que lo trajimos aquí, pero sangra un montón y estamos muy asustados? ¿Nos pueden ayudar?

Confía en que las lágrimas junto con la idiotez de la chica puedan neutralizar los detectores de sandeces de todo el mundo tan bien como el *Cachorro Silencioso* neutralizaba los radares en

otro tiempo. Hay rumores de que los de la brigada juvenil han empezado a emplear descodificadores de ADN sobre el terreno. Pero quiere confiar en que no habrán llegado todavía a los hospitales.

Los encargados de urgencias dejan lo que están haciendo para correr en su ayuda. Un segundo después, Dylan se encuentra en una camilla con ruedas, atravesando puertas por las que solo puede pasar el personal autorizado.

—¿Se pondrá bien? —pregunta Risa, inmersa en un pánico que solo en parte es fingido—. ¿Porque nuestros padres están fuera de la ciudad? ¿Y no

sabíamos qué hacer?

—Nos encargaremos de él, cielo —le dice una enfermera en tono reconfortante—. No os preocupéis.

La enfermera le echa un vistazo a Kiana, que tiene sangre de Dylan en la ropa, antes de entrar en la sala de urgencias.

Las puertas de vaivén se cierran solas, y Risa se acerca en su silla de ruedas al mostrador de recepción, con una cartera llena de información falsa escrupulosamente preparada. La cartera está desorganizada a propósito para que Risa parezca inútil y aturullada.

—Ya nos encargaremos de esto

después —le dice el recepcionista, dejándola a un lado y pasando a la siguiente persona de la cola.

Esperando durante una hora entera sin pronunciar una palabra. Kiana camina de un lado para el otro, da igual cuántas veces le pida Risa que se calme. Pero tal vez esos nervios que muestra convengan a la historia que se han inventado. Al final, vuelve a salir a la sala de espera la misma enfermera. La mujer tiene los ojos un poco empañados, y Risa siente un agujero en el estómago, como si Dylan, a quien no conocía el día

anterior, fuera de verdad su hermano.

—Cielo, me temo que no hay buenas noticias. Vais a tener que prepararos.

Risa se agarra a las ruedas de la silla, sintiendo que la emoción empieza a desbordarla. Kiana se lleva las manos a la cabeza.

—Lo siento —dice la enfermera—, pero la herida de tu hermano era muy grave. Hemos hecho todo lo posible…

Risa se queda mirándola, conmocionada, sin poder creérselo. La enfermera coge la mano de Risa con la suya y le da unas palmadas suaves.

—Comprendo lo que sientes en estos momentos, pero tendremos que

comunicárselo a tus padres. Lo hemos estado intentando, pero nadie coge el teléfono en los números que nos has dado. ¿No tienes otro modo de contactar con ellos?

Risa niega con la cabeza, y el pelo le oscila delante de la cara de un lado para el otro.

—Bueno —dice la enfermera—, entonces tendremos que seguir intentándolo. Mientras tanto, si hay alguien más a quien puedas llamar…

—¿Puede darnos un momento? —pregunta Risa en voz baja.

—Por supuesto, cielo. —La enfermera le aprieta la mano como para

infundirle ánimos, y vuelve a desaparecer por las puertas de urgencias, donde el cuerpo de Dylan espera que lo reclamen unos padres que no existen.

Risa se seca las lágrimas, intentando consolarse con la idea de que hizo todo lo que estaba en su mano. Y entonces dice Kiana:

—Es exactamente igual que las otras veces.

Eso hace que Risa levante los ojos, y algo pasa por la mente detrás de ellos. Se pregunta hasta qué punto será exactamente igual.

—Kiana… sabes que tenemos que ir

a un hospital diferente cada vez, ¿no?

Por la expresión del rostro de Kiana, Risa comprende que ella nunca se enteró de ese punto del protocolo.

—Tratándose de una emergencia, ¿no era mejor ir al hospital más cercano? —pregunta Kiana.

El terror que embarga de repente a Risa se ve compensado con la esperanza que surge:

—Las otras ocasiones en que viniste, ¿te atendió la misma enfermera?

—Creo que sí. Por lo menos una vez. Eso es mala cosa, ¿no?

—Sí y no. Ahora vuelvo.

Risa se dirige en su silla de ruedas

hacia las puertas en las que indica «SOLO PERSONAL AUTORIZADO» y las atraviesa. Se encuentra en un pasillo que está iluminado aún más crudamente y resulta aún menos acogedor que la sala de espera.

Si bien hay cientos de personas que pasan por la sala de emergencias, no hay muchos adolescentes con padres misteriosamente inencontrables, y «hermanos» que desaparecen tras la notificación de la muerte del paciente. Aquella enfermera tiene que haber reconocido a Kiana, a Risa no le cabe ninguna duda de eso. Lo cual significa que allí debe de haber engaños por más

de una parte.

—Perdone —dice alguien que se encuentra en el pasillo, más adelante—, usted no puede estar aquí.

Pero Risa no hace caso. Entra en una sala grande en la que dice «RECUPERACIÓN». Está subdividida mediante cortinas en cubículos que contienen camas de hospital, y ella empieza a descorrer las cortinas una a una. Una cama vacía, una anciana, otra cama vacía y, finalmente, Dylan Expósito. Tiene la herida vendada, y un gotero en el brazo. Está inconsciente, pero un monitor muestra la regularidad de los latidos. Está cualquier cosa

menos muerto.

Justo entonces, aparece detrás de Risa la enfermera y le da vuelta a su silla de ruedas. Y sus ojos no están nada empañados como estaban antes.

—Tienes que irte ahora mismo o llamaré a los guardias de seguridad.

Risa frena la silla para que la enfermera no pueda empujarla.

—¡Me dijo que estaba muerto!

—Y tú me dijiste que era tu hermano.

—Nos lo vamos a llevar —dice Risa con la suficiente autoridad en la voz para imponerse, si es que el tono de su voz tiene alguna influencia. Por

desgracia, no la tiene.

—Ese paciente no está en condiciones de viajar, y aunque lo estuviera, yo no le entregaría un desconectable ASP a nadie más que a la Autoridad Juvenil.

—¿Es eso lo que hizo usted con los otros? ¿Entregarlos a la brigada juvenil?

—Ese es mi deber —admite la enfermera con toda frialdad.

—Al menos tenga la amabilidad de decirme si los otros dos siguen vivos.

La enfermera la mira con odio, y después dice:

—Están vivos, pero a estas horas seguro que se encuentran en estado

diviso.

Risa quisiera poder levantarse de su silla de ruedas, coger a la mujer y estamparla contra la pared. La agresividad de las miradas espesa el aire que hay entre las dos.

—¿Te crees que no sé lo que pasa ahí en el Cementerio? Lo sé, mi hermano es de la brigada juvenil. ¡Es increíble que no hagan ahí una buena redada y os envíen a todos adonde teníais que estar! —Y apunta hacia algún lado, como si supiera la dirección exacta en la que se encuentra la Cosechadora más cercana —. La gente se muere por falta de órganos, pero tú y esos egoístas de la

resistencia preferiríais dejar morir a las buenas personas.

«Ahí está», piensa Risa. La división entre dos visiones completamente diferentes de lo que está bien y lo que está mal. Aquella mujer ve a Risa como una sucia proscrita, y nada le hará cambiar de opinión.

—¿Hace eso usted realmente por ayudar a la sociedad —le suelta Risa—, o por el dinero de la recompensa? —La mujer mira para otro lado, y Risa comprende lo que acaba de ocurrir. El alto sentido moral de aquella mujer se acaba de resquebrajar a sus pies, y está cayendo al abismo.

—Regresa a ocuparte de esa sucia plaga —le dice la enfermera—. Vete y me olvidaré de que has estado aquí.

Pero Risa no puede irse. No puede dejar que desconecten a Dylan.

Justo entonces entra en la sala de urgencias un policía de la brigada juvenil.

—Por aquí —dice la enfermera, que vuelve a mirar a Risa—. Vete ahora, y os dejaré marchar a ti y a tu amiga, la de la sala de espera. Porque tal vez a ti no te puedan desconectar, pero sí pueden encerrarte.

Pero Risa no está dispuesta a irse a ninguna parte.

La enfermera saluda al policía, que por el aspecto debe de ser su hermano mayor. Le dirige a Risa una larga mirada de curiosidad antes de mirar al muchacho que está en la cama.

—¿Es ese? —pregunta.

—Lo hemos estabilizado, pero ha perdido mucha sangre. Tardará un rato en estar listo para el traslado.

—Mantenlo sedado. Es mejor que no despierte hasta que llegue a la Cosechadora.

Risa se agarra a la silla, sabiendo lo que va a hacer al menos diez segundos antes de hacerlo. Son diez segundos de terror mudo y personal, pero no de

indecisión.

—Lléveme a mí —le dice—. Lléveme a mí en su lugar.

Sabe que a Connor no le gustará. Connor se pondrá furioso, pero Risa no puede estropear su resolución en aquel momento pensando en él. Ahora de lo que se trata es de salvar a Dylan Expósito.

El policía la mira detenidamente. Está claro que ha comprendido quién es ella y lo que significa su oferta.

—Según tengo entendido, tú tienes diecisiete años, señorita Expósito, y como estás en una silla de ruedas, no vamos a poder desconectarte. Así que

¿de qué me serviría llevarte a ti?

Risa sonríe, teniendo ahora la baza en su mano:

—¿Me toma el pelo? ¿Un miembro destacado de la Resistencia Anti División, que sabe exactamente lo que sucedió aquel día en Happy Jack?

Él se toma un instante para pensar en lo que ella le dice:

—No soy idiota —dice—. Tú no vas a cooperar nunca. Preferirías morir a cooperar.

—Tal vez —admite Risa—, pero ¿eso a usted qué más le da? No importa lo poco dispuesta que yo esté a cooperar, porque a usted siempre le

quedará el mérito de haberme capturado, ¿no?

Casi puede oír los zumbidos y chisporroteos de su cerebro.

—¿Y qué me impide capturaros a ambos, a ti y al chaval que está en la cama?

—Si lo intenta —le dice Risa con toda tranquilidad—, entonces perderá el premio gordo: tengo una píldora subcutánea de cianuro en la palma de la mano. —Levanta la mano para que él la vea—. Está justo debajo de la piel. Lo único que tengo que hacer para abrirla es juntar las manos. —Entonces hace el gesto de dar una fuerte palmada, aunque

se detiene justo antes de que las manos lleguen a juntarse—. Ya ve —le dice con una sonrisa—: hay más tipos de aplaudidores.

Por supuesto, lo de la píldora es mentira, pero eso no tiene por qué saberlo el policía. Y aunque sospeche que ella pueda estar tomándole el pelo, no estará lo bastante seguro para arriesgarse.

—Si yo muero justo aquí y ahora —dice Risa—, a usted no lo conocerán como el policía que me capturó, sino como el policía que me dejó morir mientras estaba bajo su custodia. —Y entonces vuelve a sonreír—. Eso es casi

tan malo como que le disparen a uno en la pierna con su propia pistola aletargante, ¿no?

El hombre frunce el ceño al imaginarse relacionado del modo que sea con aquel otro desgraciado policía de su brigada juvenil.

A la enfermera no le hace gracia nada de aquello. Se cruza de brazos.

—¿Y mi recompensa? —pregunta.

Entonces el policía se vuelve hacia ella como el hermano mayor que es, y le dice:

—Cállate, Eva, ¿vale? Simplemente cállate.

Y con esas palabras acaba de cerrar

el trato: en el gráfico de Dylan figurarán sus datos falsos, y cuando esté listo para viajar, se lo entregarán a Kiana sin hacer preguntas.

En cuanto a Risa, ahora su vida va por otro camino.

19. Cam

Una compañera adecuada para Camus Agrex, que reúna todas las cualidades, no resulta fácil de encontrar. Más de doscientas chicas pasan la ronda de entrevistas. Todas ellas cuentan con muy buenas referencias: hay actrices y modelos, mujeres con estudios superiores y debutantes en la alta sociedad. Roberta no ha dejado piedra sin levantar en busca del planeta perfecto para su estrella. Las veinte finalistas se presentan ante Cam para una cómoda entrevista junto a la

chimenea del magnífico salón. Todas visten con elegancia, son bonitas e inteligentes. La mayoría hablan de su currículo como si estuvieran solicitando un trabajo oficial. Algunas lo observan sin reparos, en tanto que otras no se muestran capaces de mirarlo a los ojos. Una de las chicas lo halaga sin medida, más ardiente que la propia chimenea:

—Me encantaría ser tu primera mujer —le dice—. Porque puedes hacerlo, ¿no? Quiero decir, tú estás… completo, ¿no?

—Más que completo —responde él —. De hecho, tengo tres.

Ella lo mira perpleja, y él decide no

aclarar que era una broma.

Algunas lo atraen, mientras otras lo dejan frío. Pero en ninguna salta la chispa de conexión que él esperaba. Cuando está con la última chica, una estudiante de Boston con un estilo muy neoyorquino, lo único que desea es que todo acabe. La chica es una de las que se muestran intrigadas por el rostro de él. No solo lo mira, sino que lo estudia como si fuera un espécimen colocado en el microscopio.

—¿Qué ves al mirarme? —le pregunta Cam.

—No es lo de fuera, sino lo de dentro lo que importa —le responde.

—¿Y qué crees que hay dentro?

Ella duda, y después le pregunta:

—¿Es una pregunta con trampa?

Roberta se exaspera cuando Cam decide no aceptar a ninguna de ellas. Esa noche, en la cena, estando los dos solos, no se oye más que entrechocar de cubiertos. Apenas se miran por encima de la mesa. Al final le dice Roberta:

—No se trata de buscar a tu compañera del alma, Cam, sino solo de encontrar a alguien que cumpla con el papel, una pareja que te ayude en la vida pública…

—Tal vez yo no me conforme con eso.

—Ser práctico no es lo mismo que conformarse.

Cam da un puñetazo en la mesa:

—¡Será decisión mía! No me obligues.

—Por supuesto que no, pero…

—Conversación terminada.

Y entonces la cena regresa al concierto de cubiertos. En el fondo sabe que Roberta tiene razón, pero eso solo le sirve para enfadarse más. Efectivamente, lo único que necesitan para cumplir con el plan de Roberta es una chica atractiva y agradable que lo coja de la mano, convenciendo a la gente de que Cam tiene muchas cosas

dignas de ser amadas. Pero no hay en él ni una pizca de actor. Quizá pueda fingir, pero le asustan los momentos de intimidad en que tenga que enfrentarse al vacío de una relación falsa.

El vacío: eso es lo que la gente cree que tiene él por dentro, un gran vacío. Y si no puede encontrar una compañera del alma entre las chicas que han desfilado ante él, ¿será que tienen razón, que carece de alma?

—Incompleto —dice—. Si estoy entero, ¿por qué me siento como si no lo estuviera? Y, como de costumbre, Roberta le ofrece algún comentario banal para que se sienta más tranquilo,

pero con el tiempo, su sabiduría aprendida de memoria lo deja desinflado.

—A sentirse completo se llega viviendo experiencias que son solo tuyas, Cam —le dice—. Vive tu vida, y no tardarás en descubrir que no importan las vidas de los anteriores. Los que te dieron origen a ti no son nada comparados con lo que tú eres.

Pero ¿cómo puede vivir su vida cuando ni siquiera está seguro de tenerla? Los ataques de la conferencia de prensa siguen atormentándolo. Si el ser humano tiene alma, ¿dónde está la suya? Y si el alma humana es

indivisible, entonces ¿cómo puede ser la suya la suma de los pedazos de alma de todos los muchachos que dieron origen a él? Él no es uno de ellos, y no es tampoco todos ellos, así que ¿quién es?

Sus preguntas le hacen perder la paciencia a Roberta:

—Lo siento —le dice—, pero no me ocupo de lo que no tiene respuesta.

—Entonces ¿tú no crees en el alma? —le pregunta Cam.

—Yo no he dicho eso, pero no intento responder a cosas sobre las cuales no tengo datos tangibles. Si la gente tiene alma, entonces tú también la tendrás, simplemente por el mero hecho

de estar vivo.

—Pero ¿y si no hay un «yo» dentro de mí? ¿Y si no soy más que carne que se mueve, sin nada dentro?

Roberta piensa en ello, o al menos finge que lo hace.

—Bueno, si fuera así, dudo que te estuvieras haciendo esas preguntas. —Se queda un momento pensativa—. Si necesitas un constructo, plantéatelo así: da igual que la consciencia nos la implante un ser divino o que sea creada por el esfuerzo del cerebro, el resultado es el mismo: somos.

—Hasta que dejamos de ser —añade Cam.

Roberta asiente con la cabeza:

—Sí, hasta que dejamos de ser. —Y lo deja con todas sus preguntas sin respuesta.

La fisioterapia se ha ido convirtiendo en sesiones de entrenamiento completo, con máquinas, pesas y aerobic. Kenny es lo más parecido que Cam tiene a un amigo, a menos que se cuente a Roberta y a los guardias que lo llaman «señor». Hablan abiertamente sobre cosas que seguramente Roberta querría escuchar.

—O sea que la gran búsqueda de la

novia fue un chasco, ¿eh? —le pregunta Kenny mientras Cam corre en la cinta ergométrica.

—No le hemos encontrado consorte a la criatura —dice Cam, imitando el acento de Roberta.

Kenny se ríe:

—Haces bien en ponerte pejiguero —dice Kenny—. No te conformes con menos de lo que deseas.

Cam termina el ejercicio, y la máquina empieza a pararse:

—¿Aunque no encuentre lo que deseo?

—Mayor motivo para exigirlo —le aconseja Kenny—. Porque así quizá se

acerquen más a la marca.

Suena lógico, tal vez, aunque Cam sospecha que no le servirá más que para decepcionarse.

Esa noche acude solo al ordenador de gran pantalla que hay en el salón, y empieza a repasar los archivos de fotos. La mayor parte son cosas variadas, imágenes con las que ejercita su memoria con ayuda de Roberta, aunque ya no tan a menudo como antes. Nada de eso es lo que está buscando. Encuentra un archivo en el que aparecen las fotos de todas las chicas de las entrevistas. Doscientas caras preciosas, sonrientes, con su currículo adjunto. Al cabo de un

rato, todas parecen iguales.

—No la vas a encontrar ahí.

Al volverse, ve a Roberta, que está en medio de la escalera de caracol, observándolo. Desciende lo que le queda de la escalera.

—¿La has borrado?

—Debería —dice Roberta—, pero no.

Ella toca la pantalla, introduce una contraseña y abre archivos que no estaban accesibles para Cam. En solo unos segundos, presenta no una, sino tres fotos, y suspira:

—¿Era esto lo que buscabas?

Cam mira las fotos:

—Sí.

Las otras dos fotos, al igual que la que ya había visto, parecen haber sido tomadas sin el consentimiento de la modelo. Se pregunta por qué ahora Roberta está deseosa de presentarle aquellas fotos de la chica de la silla de ruedas, cuando se mostraba antes tan en contra.

—Autobús —dice Cam—: ella iba en autobús.

—El autobús no llegó nunca a su destino. Se salió de la carretera y chocó contra un árbol.

Cam niega con la cabeza:

—Ese recuerdo no lo tengo —dice,

y a continuación mira a Roberta para pedirle—: háblame de ella.

20. Nelson

¡Esta vez el policía de la brigada juvenil convertido en pirata de partes se ha superado a sí mismo! ¡No uno, sino dos ASP!

Nelson atribuye su éxito al ingenio de sus tácticas. Atrapó a la chica en el patio de un centro comercial haciéndose pasar por un trabajador de la resistencia: ¡la credulidad siempre ha sido su mejor aliado! El pelo de la chica no es exactamente rojo, como pidió Divan, pero a cierta luz puede pasar por rubio cobrizo. En cuanto al otro, Nelson

usó a la chica como cebo, atándola a un tubo de desagüe cerca de una fábrica abandonada, en un barrio de los tierra que tenía fama de estar lleno de ASP. Esperó hasta que sus gritos atrajeron a alguien desde los oscuros recovecos del edificio, y observó cómo el chico la liberaba. Entonces, mientras corrían, Nelson les disparó sendas balas aletargantes desde su estratégica posición en un edificio de enfrente.

Su aparato de ADN los identificó a ambos como ASP conocidos, cosa que siempre es mejor para la conciencia que atrapar chicos que realmente tienen una vida a la que regresar.

El viaje de regreso al concesionario de coches de Divan lo hace Nelson lleno de impaciencia. Nunca ha rendido muchísimo en su trabajo, así que hacer el doble con la mitad de esfuerzo es algo realmente excepcional.

Cuando llega, Divan está sorprendido pero emocionado de volver a verlo cuando ha pasado tan poco tiempo desde su última entrega.

—¡Menuda captura! —exclama, y por una vez, ni siquiera regatea: le da a Nelson el precio que le pide. Tal vez porque Nelson no reclama sus trofeos: los ojos de la chica han recibido inyecciones de pigmento morado un

poco descolorido que resulta sencillamente feo, y en cuanto a los del chico, Nelson ni siquiera ha llegado a verlos. Y no se le suele antojar lo que no ve.

En una extraordinaria muestra de gratitud, Divan invita a Nelson a cenar en uno de esos restaurantes que lleva tanto tiempo sin visitar.

—El negocio debe de estar repuntando —comenta Nelson.

—El negocio va como va —responde Divan—, pero las perspectivas son buenas.

Nelson sabe que el estraperlista tiene algo en mente. Observa y aguarda

mientras Divan hunde la cucharilla en el café y remueve despacio, metódicamente.

—En nuestro anterior encuentro —dice Divan—, te mencioné ciertos rumores, ¿no?

—Sí, pero no los compartió conmigo —dice Nelson, tomándose su café mucho más rápido que Divan—. ¿Cree que me gustará oírlos?

—De entrada no, eso seguro. Yo ya los he oído más de una vez. No quería comentártelo hasta que lo hubiera comprobado por más de una fuente. —Sigue removiendo el café. No lo toma, solo se queda mirando cómo da vueltas

en la taza—. Dicen que el ASP de Akron sigue vivo.

Nelson nota cómo los pelos de la nuca se le erizan y se le meten en el cuello de la camisa.

—Eso es imposible.

—Sí, sí… seguramente tienes razón. —Entonces Divan posa la cucharilla—. Sin embargo, ¿llegó alguien realmente a ver o identificar el cadáver?

—Yo no estaba en Happy Jack. Me imagino que aquello quedaría convertido en unos amasijos de carne…

—¡Exacto! —exclama Divan muy despacio—. Amasijos de carne. —Entonces coge el café y toma un sorbo

largo y lento—. Lo que significa que podría haber sucedido cualquier cosa. —Entonces posa el café y aproxima el rostro al de Nelson—. Creo que esos rumores pueden ser ciertos. ¿Tienes idea de cuánto se pagaría por los órganos del ASP de Akron? Habría gente dispuesta a dar cantidades obscenas de dinero por un trocito de él. —Entonces sonríe—. Yo te pagaré diez, puede que veinte veces más de lo que te he pagado por tu captura de hoy.

Nelson intenta no reaccionar, aunque sabe que, sin decir nada, su avaricia se expresa por sí misma. Pero para él aquella avaricia en concreto no tiene

que ver con el dinero. Si capturara a Connor Lassiter no lo haría solo por el dinero, sino por saldar una cuenta muy importante.

Parece que Divan pudiera leerle la mente:

—Te lo he dicho a ti antes que a ninguno de mis proveedores. Me alegraría mucho que fueras tú el que lo trajera, teniendo en cuenta lo que tiene que ver contigo.

—Gracias —dice Nelson, realmente agradecido por el favor que le hace.

—Se dice que hay algunas poblaciones escondidas de ASP de tamaño considerable. Estaría muy bien

encontrar esos lugares, ya que es muy posible que Connor esté actualmente trabajando para la Resistencia Anti División.

—Si está vivo, lo atraparé y se lo traeré —le dice Nelson—. Una cosa, sin embargo…

Divan levanta una ceja:

—¿Sí…?

Nelson lo mira fijamente, dejando claro que aquello no es negociable, y dice:

—Quiero sus ojos.

CUARTA PARTE

«LEVIATANOS»

CIRUJANOS COSECHAN ÓRGANOS EN LA EUTANASIA

¿Con qué frecuencia sucede esto en Bélgica y Holanda? En su blog de bioética, Wesley Smith llama la atención sobre una propuesta de cirujanos belgas relativa a la obtención de órganos procedentes de la eutanasia. Como explicaron los doctores

del Hospital Universitario de Antwerp en el Congreso Mundial de Transplantes de 2006 (en una sección llamada «Economía»), ellos acabaron, con su consentimiento, con la vida de una mujer de cuarenta y seis años que padecía una enfermedad neurológica y utilizaron su hígado, los dos riñones y los islotes pancreáticos.

En un informe de 2008, los médicos explicaron que tres pacientes habían recibido eutanasia entre 2005 y 2007…

Los pacientes tenían entre 43 y 50 años, los tres padecían una enfermedad

neurológica debilitante, ya fuera por un accidente cerebrovascular severo o por esclerosis múltiple progresiva primaria. Dependían completamente de terceros para su cuidado personal, y carecían de calidad de vida. Los pacientes y sus parientes dieron su consentimiento por escrito tras haber sido informados sobre el procedimiento.

En el momento de escribir el artículo, los médicos se mostraban entusiasmados por las posibilidades en materia de donación de órganos en los países en que es legal la eutanasia…

Lo curioso de esto es la escasa repercusión que ha tenido en los medios, aun cuando los médicos belgas publicaron sus logros en la revista mundial líder sobre trasplantes: Transplantation, *del 15 de julio de 2006 y del 27 de julio de 2008.*

MICHAEL COOK,
revista digital *BioEdge,*
14 de mayo de 2010

El artículo completo puede leerse en:
http://www.bioedge.org/index.php

21. Lev

Es algo muy raro que un aplaudidor no aplauda, porque cuando uno llega al punto de convertir su propia sangre en un explosivo lo bastante fuerte para volar un edificio entero, esa alma suele estar más allá del punto de posible retorno.

Sin embargo, quedaba una chispa de luz en Levi Jedediah Calder. Lo bastante para encender un potente cambio en su corazón, y por eso se convirtió en «el aplaudidor que no aplaudió».

Eso lo hizo famoso. Su rostro se hizo

célebre en toda la nación y fuera de ella. «¿POR QUÉ, LEV, POR QUÉ?», decían los titulares de las revistas, que desplegaban la historia de su vida a modo de póster central, lista para ser devorada por un mundo sediento de escándalos y tragedias personales.

«Fue siempre el hijo perfecto», era la frase de sus padres que se citaba más de una vez. «Nunca lo comprenderemos». Leyendo sus desgarradoras entrevistas, uno pensaría que Lev realmente se había volado por los aires, y había muerto. Bueno, tal vez lo había hecho en cierto sentido, pues el Levi Calder que un día habían enviado

al sacrificio del diezmo ya no existía.

Cierta mañana de un domingo lluvioso, casi un año después de su captura en la Cosechadora de Happy Jack, Lev se encuentra en la sala de recreo del centro de detención. Pero no es residente del centro, sino un visitante en misión benéfica.

Enfrente de él se sienta, con los brazos cruzados, un niño vestido con mono de color naranja. Entre los dos se encuentran las tristes ruinas de un rompecabezas que dejó el que se sentó en la mesa antes que ellos: uno de los muchos proyectos inacabados que se encuentran en aquel sitio. Es febrero, y

las paredes han sido recubiertas, con muy poco entusiasmo, con decoraciones de San Valentín que pretenden añadir un aire festivo, pero resultan simplemente sádicas, pues en un centro de detención exclusivamente masculino son muy pocos los elegidos que pueden encontrar a su amor ese año.

—¿Te crees que tienes algo interesante que contarme? —le pregunta el chico del mono naranja, que es pura ojeriza, tatuajes y olor corporal—. ¿Tú qué tienes, vamos a ver, doce años…?

—En realidad tengo catorce.

El chico se sonríe.

—Bueno, me alegro mucho. Ahora

piérdete. No necesito que el niño Jesús me dé consejos espirituales. —Entonces alarga el brazo y agarra a Lev por el pelo, que durante el último año le ha crecido hasta los hombros, lo cual le da cierto parecido a Jesucristo.

Lev no se molesta. Eso es lo que le pasa todo el tiempo.

—Aún tenemos media hora. Quizá deberíamos hablar de por qué estás aquí.

—Estoy aquí porque me pillaron —dice el punki. Entonces entrecierra los ojos, y mira a Lev más de cerca—. Me suenas de algo, ¿te conozco?

Lev no responde:

—Yo diría que tienes dieciséis años, ¿acierto? Estás catalogado como de «riesgo divisional», ya lo sabes, ¿no? Eso significa que estás en riesgo de ser desconectado.

—¿Te crees que mi madre me va a mandar a desconectar? No se atrevería. ¿Quién le iba a pagar las putas facturas? —Entonces se arremanga, mostrando que los tatuajes que se le veían en las muñecas prosiguen por lo menos hasta los hombros. Huesos y brutalidad pintados en la carne—. Además, ¿quién va a querer estos brazos?

—Te llevarías una sorpresa —le responde Lev—. En realidad la gente

paga más por una tinta tan buena como la tuya.

El punki se queda desconcertado ante aquella idea, y vuelve a fijarse en Lev:

—¿Estás seguro de que no te conozco? ¿Vives aquí en Cleveland?

Lev lanza un suspiro antes de responder:

—No me conoces, solo has oído hablar de mí.

Un instante después, los ojos del punki se abren como platos al caer en la cuenta.

—¡No es posible! ¡Tú eres el niño del diezmo! ¡El aplaudidor! ¡O sea, el

que no estalló! ¡El que estaba en todos los telediarios!

—Efectivamente. Pero no he venido para hablar de mí.

De repente, el punki parece un chico diferente:

—Ya, ya, ya lo sé. Siento haberme portado como un capullo antes. Oye, ¿por qué no estás en el talego?

—Porque el fiscal y la defensa llegaron a un acuerdo. Pero no me permiten hablar de eso —le dice Lev—. Digamos que hablar contigo es parte de mi castigo.

—¡Mierda! —dice el chico, sonriendo—. ¿También te dan un ático

de lujo?

—En serio, no me permiten hablar de eso… Pero puedo escuchar cualquier cosa que me quieras contar.

—Bueno, vale. O sea, si de verdad quieres oírlo…

Y entonces el chico se lanza a confesarle la historia de su vida, que probablemente no le ha contado nunca a nadie. Esto es lo único bueno de la fama de Lev: que infunde respeto entre aquellos que normalmente no lo sienten por nadie.

Esos chicos de los centros de detención siempre quieren saberlo todo sobre él, pero los términos del acuerdo

estaban muy claros. Dado que concitaba tanta simpatía en algunas personas, y tanto odio por parte de otros, era cosa de «interés público» sacar a Lev de las noticias lo antes posible y evitar que se convirtiera en la voz nacional contra la desconexión. Al final fue sentenciado a arresto domiciliario, completado con un chip de seguimiento que le pondrían en el hombro, y con quinientas veinte horas de servicios a la comunidad cada año hasta que cumpliera los dieciocho. Sus servicios consistían en recoger basura en parques locales y en informar a jóvenes díscolos sobre los peligros de las drogas y el comportamiento violento.

A cambio de la relativa levedad de aquella sentencia, él aceptaba darles toda la información que tuviera sobre aplaudidores y otras actividades terroristas. Esa parte era fácil, pues él conocía muy poco aparte de su propia célula de aplaudidores, y los demás miembros de ella habían muerto todos. También había sido puesto bajo una permanente orden de silencio. No podría hablar en público sobre la desconexión, sobre el diezmo ni sobre lo sucedido en Happy Jack. Básicamente, había sido sentenciado a desaparecer.

—Tendríamos que llamarte «la sirenita» —le había dicho su hermano

Marcus, tomándole el pelo—, porque te permiten andar por arte de magia, a cambio de tu voz.

Ahora todos los domingos, el Padre Dan recoge a Lev en la casa de Marcus, y comparten su estilo de espiritualidad con chicos que se encuentran en centros de detención juvenil.

Al principio resultaba dolorosamente incómodo, pero al cabo de unos meses Lev ha adquirido gran habilidad en aquello de llegar al corazón de extraños, averiguar qué es lo que los ponía a punto de estallar, y desactivarlos antes de que empiece la cuenta atrás.

—El Señor tiene sus travesuras —le dijo una vez el Padre Dan, parafraseando un antiguo proverbio. Si Lev tiene un par de héroes, esos son el Padre Dan y su hermano Marcus. Marcus es su héroe no solo por haberse enfrentado a sus padres, sino también por ir a buscar a Lev y llevarlo consigo, aun cuando eso le supusiera cortar completamente con el resto de la familia. Ahora los dos eran marginados de una familia tan rígida en sus creencias que preferían fingir que Marcus y Lev estaban muertos antes que ver lo que ambos habían elegido.

—Ellos se lo pierden —le dice

muchas veces Marcus a Lev, pero no puede decirlo sin apartar los ojos para esconder la pena que siente.

En cuanto al Padre Dan, es un héroe para Lev por tener el valor de rectificar sus convicciones sin abandonar su fe.

—Sigo creyendo en Dios —le dijo el Padre Dan—, pero no en un Dios que aprueba el diezmo humano.

Y entre lágrimas Lev le preguntó si él también podría creer en aquel Dios, pues nunca había pensado que tuviera esa posibilidad.

Dan, a quien ya solo Lev llama «Padre», se inscribió como «sacerdote no confesional» en el impreso que

tuvieron que rellenar antes de empezar sus encuentros con muchachos en el centro de detención.

—Entonces ¿de qué religión somos? —le pregunta Lev todas las semanas cuando entran. La pregunta se ha convertido en una broma interminable, y cada vez el Padre Dan le da una respuesta diferente:

«Somos *carismáticos* porque tenemos cara de asmáticos».

«Somos *pisterianos* porque hemos encontrado una pista».

«Somos *presbinosaurios* porque estamos haciendo que todo esto emprenda el vuelo en contra de toda

lógica».

Pero la favorita de Lev es:

«Somos *leviatanos* porque lo que te ocurrió a ti, Lev, fue el origen de todo».

Eso le hizo sentirse al mismo tiempo muy incómodo y también algo bienaventurado por encontrarse en la raíz de un movimiento espiritual, aunque solo tuviera dos fieles.

—¿Leviatán no era un monstruo enorme y feo? —observó.

—Sí —dijo el Pastor Dan—, así que esperemos que no llegues a ser como él.

Una cosa fea no se sabe, pero Lev nunca llegará a ser una cosa grande. La razón por la que no acaba de parecer

que tenga catorce años no es tan solo que resulte joven para su edad. En las semanas que siguieron a su captura, soportó una transfusión tras otra para limpiarle la sangre, pero el hecho de envenenar su cuerpo con compuestos explosivos ya le había producido daños.

Durante semanas, el cuerpo de Lev permaneció atado como una momia con gasas de algodón, y además con los brazos separados completamente para impedir que se detonara.

—Tú has sido *crucialgodonado* —le dijo el Padre Dan. En su momento, Lev no le había encontrado la gracia.

Su médico intentó disimular el

desprecio que sentía por Lev escondiéndolo tras una conducta fría y aséptica:

—Aun cuando eliminemos todos esos elementos químicos de tu sistema —había dicho el médico—, se harán sentir luego. —Entonces se rio con una risita amarga—. Vivirás, pero no te desconectarán nunca. Tienes los órganos lo bastante dañados para que le resulten inútiles a cualquiera, excepto a ti.

El daño producido también detuvo su crecimiento, así como su desarrollo físico. El cuerpo de Lev quedará perpetuamente atrapado en la edad de trece años: inconvenientes de ser un

aplaudidor que no aplaude. Lo único que le sigue creciendo es el pelo, y tomó muy conscientemente la decisión de dejárselo crecer, para no volver a ser nunca más el niño repulido y fácil de manipular que había sido.

Afortunadamente, las peores predicciones no se cumplieron. Le dijeron que tendría temblores permanentes en las manos y dificultad para hablar. Eso no ocurrió. Le dijeron que se le atrofiarían los músculos, y que se iría quedando cada vez más débil. Tampoco ocurrió. De hecho, el ejercicio regular, aunque no lo ha convertido en un cachas como a otros, le ha permitido

tener un tono muscular bastante normal. Es cierto que nunca será el chico que podría haber sido, pero de todas formas él no podía serlo de ningún modo, porque lo habrían desconectado. Considerándolo todo en conjunto, le ha pasado lo mejor que podía pasarle.

Y no le importa ocupar los domingos hablando con chicos a los que, en otro tiempo, habría tenido miedo.

—Tío —le susurra el punki tatuado, inclinándose sobre la mesa del salón recreativo y tirando al suelo algunas piezas sueltas del rompecabezas—. Dime: ¿Cómo es eso de estar en una Cosechadora?

Lev alza los ojos y ve una cámara de seguridad que enfoca a la mesa. Hay una orientada hacia cada mesa, hacia cada conversación. En ese sentido, la residencia no es muy diferente de la Cosechadora.

—Como te he dicho, no puedo hablar de eso —le recuerda Lev—. Pero será mejor que te portes bien hasta los diecisiete, para que no tengas que averiguarlo por ti mismo.

—Eso ya lo he oído —dice el punki —. Portarse bien hasta los diecisiete, ese tendría que ser el lema. —Y vuelve a echarse para atrás, mirando a Lev con un tipo de admiración que Lev no cree

haberse merecido.

Cuando se acaban las horas de visita, Lev se va con su antiguo guía espiritual.

—¿Ha servido de algo? —le pregunta Dan.

—No lo sé. Tal vez.

—«Tal vez» es mejor que «en absoluto». Una buena jornada de trabajo para un buen pisteriano.

Hay un camino para hacer *footing* en el centro de Cleveland que va por el puerto deportivo del lago Erie. El camino rodea el Centro Científico de los

Grandes Lagos y pasa por el lado trasero del Salón de la Fama del Rock, donde se inmortalizan recuerdos de personas famosas por un tipo de rebelión que está mucho más en la onda que la de Lev. Lev pasa por allí corriendo cada tarde de domingo, preguntándose qué es eso de ser al mismo tiempo famoso e infame, pero más adorado que odiado, y algo más admirado que compadecido. Tiembla al pensar qué tipo de exposición museística sería aquella en la que apareciera él, y espera no averiguarlo nunca.

Hace relativo calor para ser febrero,

con temperatura entre los cinco y los diez grados. Esa mañana llovió en vez de nevar, y por la tarde está cayendo una triste llovizna en vez de aguaceros. Marcus corre a su lado, sin resuello. El aliento le sale de la boca en nubecillas de vapor.

—¿Tienes que correr tan rápido? —le grita a Lev desde detrás—. Esto no es una carrera, y además está lloviendo.

—¿Y eso qué más da?

—Podrías resbalarte y perder el control: todavía quedan trozos de nieve.

—No soy un coche.

Lev pisa en un charco de hielo medio derretido, salpica a Marcus y se

ríe mientras su hermano echa maldiciones. Años de comida rápida y de hacer codos en la facultad de derecho han dejado a Marcus no exactamente fofo pero, desde luego, no en plena forma.

—Te lo juro, si sigues dejándome en ridículo, no volveré a correr contigo. Llamaré a los del FBI. Ellos seguro que te alcanzan.

Curiosamente, había sido idea de Marcus, en cuanto pusieron a Lev bajo su custodia, que empezara a hacer ejercicio regularmente. Durante aquellos primeros días juntos, cuando su sangre seguía envenenada, simplemente subir y

bajar la escalera del adosado de Marcus le suponía un gran esfuerzo, pero Marcus se había dado cuenta de que la rehabilitación del alma de Lev estaba íntimamente conectada a la rehabilitación de su cuerpo. Durante muchas semanas, había sido Marcus el que presionaba a Lev para que corriera tan solo un edificio más. Y sí, al principio lo acompañaban miembros del FBI. Al principio iban con él adondequiera que se dirigiera en sus salidas dominicales, tal vez para mostrar que no había indulgencias en el arresto domiciliario. Sin embargo, luego empezaron a confiar en el chip de

seguimiento y le permitieron salir sin escolta oficial, siempre y cuando Dan o Marcus fueran con él.

—¡Si me da un infarto, lo llevarás sobre tu conciencia! —le grita Marcus desde más atrás.

Lev nunca ha sido un corredor de larga distancia. En otro tiempo fue muy aficionado al baloncesto, un verdadero jugador en equipo. Ahora le van mejor los deportes individuales.

Cuando la lluvia arrecia, se detiene a mitad de la carrera y deja que Marcus lo alcance. Le compran Aquafina a un pertinaz vendedor que aguanta a la puerta del Salón de la Fama del Rock, y

que seguramente seguirá vendiendo agua embotellada y Red Bull el día que se acabe el mundo.

Marcus recupera el aliento mientras bebe, y menciona como quien no quiere la cosa:

—Ayer recibiste carta del primo Carl.

Lev se guarda su reacción para sí, sin dar ninguna muestra de que aquello sea importante:

—Si llegó ayer, ¿por qué me lo dices hoy?

—Ya sabes cómo leerla.

—No —responde Lev con cierta frialdad—. ¿Cómo la leo?

Pero Marcus no tiene que explicárselo, porque Lev sabe perfectamente a qué se refiere.

Las primeras dos cartas que recibió del primo Carl fueron un misterio al principio, hasta que Lev comprendió que se trataba de un mensaje en clave de Connor. Considerando que la cuenta de correo electrónico de Lev podía estar vigilada por alguna agencia gubernamental, aquel era el único modo de que Connor pudiera ponerse en contacto con él, esperando que Lev fuera lo bastante listo como para comprenderlo todo. Llega una carta cada varios meses, siempre remitida desde un

lugar diferente, para que no se pueda seguir el rastro hasta el Cementerio.

—¿Y qué es lo que dice? —le pregunta Lev a Marcus.

—Va dirigida a ti. Lo creas o no, yo no te leo las cartas.

Cuando llegan a casa, Marcus le ofrece la carta pero la mantiene un instante fuera de su alcance.

—Prométeme que no te entrará el canguelo y te pondrás a rezongar ahí sentado, sin hacer nada más en una semana que jugar con la consola.

—¿Cuándo he hecho yo eso?

Marcus le pone cara de «¿me tomas el pelo?». De acuerdo: lo de estar bajo

arresto domiciliario deja a Lev con poco que hacer para ocupar su tiempo, pero es verdad que tener noticias de Connor siempre lo deja pensativo, y que al pensar se mete en una espiral, y que esa espiral lo manda a lugares a los que sería mejor no ir.

—Es una parte de tu vida que necesitas dejar atrás —le recuerda Marcus.

—Tienes razón por un lado, y por el otro no —le contesta Lev. No intenta explicarse, porque ni siquiera está muy seguro de lo que quiere decir. Abre la carta. La letra es la misma que otras veces, pero sospecha que no será la de

Connor, para evitar que la analicen y la reconozcan. La paranoia que los envuelve no tiene fin.

Querido primo Levi:

Aquí te envío una felicitación de cumpleaños con retraso. Sé que lo de tener catorce años significa más para ti que para la mayoría, con todo lo que has pasado.

Mucho ajetreo en el rancho. Las grandes compañías de carne de buey amenazan con quedarse con todo, pero eso no ha ocurrido aún. Tenemos un plan de negocio que podría salvarnos de la pérdida, si llegara el caso.

Tengo mucho trabajo desde que me

hice cargo del rancho, y poca ayuda de los vecinos. Me gustaría poder dejarlo, pero ¿quién podría manejar a todos estos jornaleros del rancho, aparte de mí?

Estamos al tanto de tu situación actual, y sabemos que no puedes venir a vernos. De eso que te libras. Esto no es más que un montón de vacas locas que no paran de ir de un lado para el otro. Mejor que te quedes ahí, y esperemos que todo vaya bien. Cuídate, y saluda a tu hermano de nuestra parte. Él tiene casi tanto de salvador como tú.

Un abrazo,

Tu primo Carl

Lev lee la carta cuatro veces para

encontrar los diversos posibles significados: «los de la brigada juvenil amenazan con entrar a saco en el lugar; resulta difícil dirigir aquel santuario sin contar con suficiente ayuda de la resistencia». La vida diaria de Lev se encuentra tan distanciada de aquel inframundo de almas desesperadas que tener noticias de él es como oír el hielo resquebrajarse bajo los pies. Eso le da ganas de echar a correr… adonde sea. Correr hacia Connor o en dirección contraria. No sabe hacia dónde, solo sabe que no puede seguir allí sin hacer nada. Le gustaría poder contestar a la carta, pero eso sería una imprudencia,

porque una cosa es recibir una carta de un genérico «primo», y otra muy distinta mandar respuesta al Cementerio: eso sería lo mismo que pintar una diana en la espalda de Connor. Por eso, a Lev le da mucha rabia que la comunicación con el «primo Carl» solo pueda ir en una dirección.

—¿Cómo van las cosas por «el rancho»? —pregunta Marcus.

—Complicadas.

—Hacemos lo que podemos, ¿no?

Lev asiente con la cabeza. Marcus no se queda atrás en lo que se refiere a la resistencia. Es un voluntario que dedica su tiempo a recoger a los ASP de

las calles y llevarlos a los pisos francos, y da a la causa una parte sustancial del dinero que gana como abogado ayudante.

Lev le pasa a Marcus la carta, y la lectura parece precuparle a Marcus tanto como al propio Lev.

—Tendremos que esperar a ver cómo se desarrollan las cosas.

Lev pasea por el salón. No hay barrotes en su ventana. Sin embargo, siente de repente tal claustrofobia que es como si lo tuvieran incomunicado.

—Debería ponerme a hablar contra la desconexión —dice Lev, prescindiendo de la charla en clave

secreta. Ya no hay nadie escuchándolos. Ahora que su vida se ha asentado y se ha convertido en una normalidad confinada en cuatro paredes, la vigilancia no parece algo esencial. Los policías de la brigada juvenil tienen cosas mejores que hacer esos días que mantener los ojos fijos en un chaval que, tratando de desaparecer, apenas sale de la casa de su hermano.

—Si me pongo a hablar, la gente me escuchará. Sienten simpatía por mí, ¿no? ¡Me escucharán!

Marcus deja la carta golpeándola contra la mesa.

—Para haber pasado por tantas

cosas, ¡sigues siendo un ingenuo! La gente no siente simpatía por ti. Sienten pena por el niño que se convirtió en un aplaudidor. A ti te ven como si fueras el que lo mató.

—¡Estoy harto de quedarme aquí sin hacer nada! —Lev entra en la cocina furioso, tratando de alejarse de la verdad que contienen las palabras de Marcus, pero Marcus lo sigue.

—No es verdad que no hagas nada. Tienes esas charlas del fin de semana con Dan.

Pensar en eso solo logra poner a Lev más furioso:

—¡Ese es mi castigo! ¿Te crees que

me gusta colaborar con los de la brigada juvenil?, ¿mantenerles a esos chicos a raya?

Si hay algo que tiene claro, es que Connor no les haría nunca el trabajo sucio a los de la brigada juvenil.

—Tú has hecho más que nadie por cambiar las cosas, Lev. Es hora de que tengas tu propia vida, y eso es más de lo que podías desear hace un año. Así que, si quieres que algo tenga sentido, vive tu vida y deja que los demás nos encarguemos de esas cosas.

Lev vuelve a pasar a su lado, furioso.

—¿Adónde vas?

Lev coge los auriculares y un controlador de videojuego:

—Al interior de mi cabeza. ¿Es que me quieres seguir también ahí?

En un instante, se pierde dentro de *Magia y Potencia de Fuego*, un juego que lo distrae de su vida y recuerdos. Pero aun así, sabe que Marcus se ha metido, efectivamente, en el interior de su cabeza. Igual que lo han hecho Connor, y Risa, y Mai y Blaine, y Cleaver y CyFi, cada uno peleando por hacerse con su sitio. Nunca se deshará de ellos, nunca los perderá de vista, y tampoco está seguro de que quiera hacerlo.

Todo cambia el día que llega la *girl scout*.

Es una helada mañana de lunes, después de otro domingo de charlas con chicos en riesgo divisional, y haciendo *footing* a pesar del frío. Dan, cuyo coche tiene problemas con el arranque, prefirió quedarse a pasar la noche con ellos antes de arriesgarse a quedar atrapado en la carretera una noche de domingo. Prepara el desayuno mientras Marcus se arregla para ir a trabajar.

—Ya sabes que estoy en contra de la desconexión, pero la RAD es demasiado antisistema para mí —le dice Dan a Lev

mientras le sirve huevos revueltos—. Soy demasiado mayor para gritar en contra del sistema. Me conformo con protestar un poco.

Lev sabe que hace bastante más que eso: le habla contra la desconexión a todo el que esté dispuesto a escucharle, algo que a Lev no le está permitido y que, según Marcus, tampoco serviría de nada.

—La resistencia se ha acercado a mí, claro está —dice Dan—, pero yo ya he tenido ración suficiente de organizaciones para una temporada, me da igual lo buena que sea la causa. Prefiero ser un agitador de por libre.

—Entonces… —pregunta Lev—, ¿qué piensas que debería hacer yo?

El antiguo pastor de la Iglesia observa los huevos que se empeñan en no despegarse de la pala de servir:

—Creo que deberías limpiar tu habitación. Le he echado un vistazo, y me ha dado la impresión de que se está desconectando para convertirse en Dios sabe qué.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también. —Posa la pala y se sienta a su lado—. Tienes catorce años, Lev. La mayor parte de los chicos de catorce años no tratan activamente de arreglar el mundo. Relájate e intenta

hacer cosas normales en un chaval de catorce años. Créeme, comparado con salvar el mundo, limpiar tu habitación puede parecer unas vacaciones.

Lev juguetea con el tenedor y los huevos revueltos:

—Antes de todo esto, mi habitación estaba siempre inmaculada.

—Eso tampoco tiene por qué ser necesariamente una buena cosa.

Marcus llega a sentarse en la mesa de la cocina justo cuando suena el timbre de la puerta. Lanza un suspiro y mira a Lev, que ha terminado de comer:

—¿Te importa abrir tú?

Lev se imagina que será Darcy, la

tutora que el Estado ha designado para él, porque hasta los ex terroristas tienen que conocer las ecuaciones de segundo grado. Aunque normalmente no llega tan temprano. Sin embargo, cuando abre la puerta se encuentra allí plantada a una *girl scout*, con una caja de cartón que contiene paquetitos de galletas de muchos colores.

—Hola, ¿quieres comprar galletas de explorador?

—¿No eres un poco mayor para ser una *girl scout?* —le pregunta Lev con una sonrisita.

—En realidad —dice la chica—, no se es nunca demasiado mayor, y además,

solo tengo catorce años. Pero sí, normalmente son niñas más pequeñas las que venden las galletas, así que por un lado tienes razón. Lo hago para ayudar a mi hermana pequeña. ¿Puedo entrar? Aquí hace demasiado frío.

La chica es mona y graciosa. Lev se derrite por las galletas de vainilla, además de por las chicas monas y graciosas.

—Por supuesto, entra. Vamos a ver qué llevas.

Ella entra por la puerta con gran desenfado, posa la caja en la mesa del comedor, y saca un paquetito de cada variedad.

—Eh, Marcus —llama Lev—. ¿Quieres unas galletas de las *girl scouts*?

—¡Por supuesto! —le responde su hermano desde la cocina—. Cógeme uno de mantequilla de cacahuete.

—¡Que sean dos! —dice Dan.

Lev se vuelve hacia la chica:

—Vale, entonces dos de mantequilla de cacahuete, y una de vainilla para mí.

—¡De rechupete! —exclama ella—. Las de vainilla son mis favoritas también. —Le entrega las cajitas—. Son dieciocho dólares. ¿Estás seguro de que no quieres de menta? ¡Son las que mejor se venden!

—No, gracias. —Saca la cartera, bastante seguro de que no tiene suficiente dinero, pero quiere comprobarlo antes de pedirle a Marcus. Mientras Lev mira su cartera, la chica tiene tiempo de mirarlo a él.

—Yo te conozco, ¿no? —le dice.

Lev contiene un hondo suspiro: ya estamos como siempre.

—Sí… eres el chico ese… ¡el aplaudidor! ¡Ahí va, le estoy vendiendo galletitas al niño aplaudidor!

—Yo no aplaudí —le dice Lev de plano, y afortunadamente encuentra en su cartera un billete de veinte y se lo entrega—. Ten. Gracias por las galletas.

Quédate la vuelta.

Pero ella no coge el dinero, sino que se lleva las manos a las caderas y sigue observándolo:

—Un aplaudidor que no aplaude… como que no sirve para nada, ¿no te parece?

—Ahora tienes que irte. —Le vuelve a ofrecer el dinero, pero ella sigue sin cogerlo.

—Guárdate el dinero. Las galletas son un regalo que te hago.

—No: coge el dinero y vete.

Lo mira directamente a los ojos:

—Un aplaudidor que no aplaude. Me imagino que eso habrá molestado a la

gente de arriba. La gente que gasta su tiempo y dinero en asegurarse de que cada misión de los aplaudidores se desarrolla sin complicaciones.

De repente Lev siente un descomunal vacío en el estómago.

—Son muy proactivos, los organizadores, y un aplaudidor que no completa su misión nos da a todos mala fama.

Entonces ella sonríe y separa las manos.

—¡Marcus! ¡Dan! —grita Lev—. ¡Al suelo!

—Aquí tienes otro regalo —dice la chica—. Déjame que te lo desenvuelva

—dice, y junta las manos.

Lev salta sobre el sofá para ponerse a cubierto al mismo tiempo que ella da la palmada. Lo único que necesita es unir las manos. La explosión lanza a Lev contra la pared, y el sofá vuela y cae encima de él, inmovilizándolo. Cristales rotos, maderas deshechas, y tal dolor en los oídos que está convencido de que se le ha abierto el cráneo. Después, en un instante, el sonido de la explosión se apaga, dejando un intenso zumbido en sus oídos y la sensación de que el mundo acaba de terminarse.

El humo empieza a quemarle los pulmones, y a escocerle en los ojos. Se

quita el sofá de encima y mira la habitación. Ve su cama, que hace solo un instante estaba en el piso de arriba, y que ahora yace en el salón como un barco encallado. Ya no hay piso de arriba, y tampoco hay techo encima de él, solo el cielo lleno de nubes, mientras a su alrededor las llamas empiezan a devorar los restos.

Dan, que estaba entrando en el salón cuando la chica dio la palmada, fue propulsado hacia atrás, contra la pared. Una enorme mancha de sangre con la forma aproximada de su cuerpo marca el lugar del impacto, y ahora él yace sobre el suelo, en un bulto sin vida. El Padre

Dan, el hombre que le dijo a Lev que corriera el día de su diezmo, el primero que lo visitó cuando quedó bajo la custodia de la policía, el hombre que tenía más de padre para él que su propio padre… está muerto.

—¡¡No!!

Lev se arrastra sobre las ruinas hacia el cuerpo de Dan, pero entonces ve a su hermano en la cocina. Una viga ha caído en el medio de la habitación, haciendo añicos la mesa de cristal del desayuno y empotrándose en el vientre de su hermano. Hay sangre por todas partes, pero Marcus sigue vivo. Está consciente, y se estremece mientras

intenta hablar, ahogándose en sangre.

Lev no sabe qué hacer, pero sabe que si la cabeza no se le despeja lo suficiente para poder actuar, su hermano morirá también.

—No pasa nada, Marcus, no pasa nada —le dice, aunque no podría decir nada que fuera menos cierto.

Con todas sus fuerzas, Lev levanta la viga. Marcus chilla de dolor, y Lev, sosteniendo la viga con el hombro, saca a Marcus de allí y solo entonces vuelve a soltar. Todo el resto de la viga cae, destrozando lo poco que quedaba de la mesa con un potente estrépito. Lev mete la mano en el bolsillo de Marcus, saca

un móvil empapado en sangre y, rogando que funcione, marca el 911.

Cubierto de hollín y con zumbidos en los oídos, Lev rehúsa entrar en su propia ambulancia. Por el contrario, insiste en acompañar a Marcus, y arma tanto jaleo que se lo permiten.

El oído izquierdo le zumba con cada sonido, como si una polilla hubiera entrado en él. Tiene la visión emborronada, y el tiempo mismo parece haberse alterado. Es como si Lev y Marcus hubieran sido empujados a otra dimensión en la que se confundieran

causas y efectos. Lev no sabe si está allí porque la chica estalló, o si la chica estalló porque él está allí.

Mientras el vehículo se apresura hacia el hospital, los enfermeros atienden a Marcus, inyectándole Dios sabe qué.

—L… L… Lev —dice Marcus, esforzándose por mantener los ojos abiertos.

Lev le coge la mano, que está pegajosa y marrón a causa de la sangre que se va secando.

—Estoy aquí.

—Mantenlo despierto —le dice el enfermero—. Hay que procurar que no

entre en *shock*.

—Escucha… escúchame —dice Marcus, haciendo un gran esfuerzo por pronunciar—: Escúchame.

—Te escucho.

—Querrán… ponerme cosas… órganos de desconectados.

Lev hace una mueca, preparándose. Sabe lo que le va a decir Marcus: que prefiere morir antes que recibir esos órganos de desconectados.

—Van a… querrán ponerme riñones… un hígado… cualquier cosa de un desconectado…

—Lo sé, Marcus, lo sé.

Entonces abre más sus ojos

entrecerrados, mira a Lev a los ojos, y le aprieta la mano con más fuerza.

—¡Déjales! —le dice.

—¿Qué…?

—Déjales que lo hagan, Lev. No quiero morir. Por favor, Lev —le ruega Marcus—. Déjales que me pongan órganos de desconectados…

Lev le aprieta la mano.

—De acuerdo, Marcus. De acuerdo.

Y llora, dando gracias de que su hermano no se haya autocondenado a muerte, y odiándose a sí mismo por sentir ese agradecimiento.

Examinan exhaustivamente a Lev y le explican que tiene un tímpano roto, varios desgarros, contusiones y tal vez conmoción cerebral. Le vendan las heridas, que son menores, le ponen antibióticos y lo dejan en observación. No oye una palabra de Marcus, al que han metido a la carrera en un quirófano nada más llegar. Aparte de la enfermera que le toma el pulso y la tensión sanguínea cada hora, no hay nadie delante de Lev más que el policía, que quiere hacer preguntas, preguntas y más preguntas.

—¿Conocías a la chica que perpetró el ataque?

—No.

—¿No la reconociste de tu entrenamiento como aplaudidor?

—No.

—¿Ella formaba parte de tu célula de aplaudidores?

—¡Ya le he dicho que no la conocía!

Y, por supuesto, la pregunta más tonta de todas:

—¿Sabes de algún motivo por el que quisieran atentar contra ti?

—¿No es obvio? Me dijo que era el castigo por no haber aplaudido. Que las personas que están al mando no estaban

contentas.

—¿Y quiénes son las personas que están al mando?

—No lo sé. Yo solo conocí a un puñado de muchachos que ahora están muertos, porque se hicieron estallar todos, ¿vale? ¡Nunca conocí a nadie que estuviera al mando!

Conforme, aunque no en el fondo, el policía se va. Entonces aparece el FBI para hacerle las mismas preguntas que le ha hecho el policía, y sin embargo nadie le dice nada sobre Marcus.

Finalmente, esa misma tarde, durante una de las comprobaciones de rutina, la enfermera que lo atiende se apiada de

él.

—Me han dicho que no te diga nada sobre tu hermano, pero voy a hacerlo de todas formas. —Entonces se sienta en una silla a su lado, y dice en voz baja—: Tenía un montón de daños terribles. Pero, afortunadamente, tenemos una de las mejores reservas de órganos del Estado, así que ha recibido nuevos páncreas, hígado y bazo, además de un buen pedazo de intestino delgado. Tenía un pulmón perforado, pero en vez de dejar que sanara, tus padres han optado por reemplazárselo también.

—¿Mis padres? ¿Están aquí?

—Sí —dice la enfermera—. Están

en la sala de espera. ¿Te gustaría que los trajera?

—¿Saben que estoy aquí? —pregunta Lev.

—Sí.

—¿Han pedido verme?

La enfermera duda:

—No, cielo, lo siento.

Lev aparta los ojos, pero no hay nada que mirar. En aquella habitación del hospital han desenchufado la televisión porque hay demasiadas informaciones sobre la explosión.

—Entonces yo tampoco quiero verlos.

La enfermera le da unas palmadas en

la mano y le ofrece una sonrisa contrita.

—Siento que haya aquí tanto resentimiento, cielo. Siento que todo esto te haya ocurrido a ti.

Se pregunta si ella conocerá la historia entera, y supone que sí.

—Tendría que haber pensado que terminarían viniendo a por mí. Me refiero a los aplaudidores.

La enfermera lanza un suspiro:

—Cuando uno se conecta con mala gente, ya no termina nunca de desconectarse. —De pronto se da cuenta de lo que ha dicho—: Lo siento… qué mal he elegido las palabras, ¿verdad? Ahora mismo debería cerrar la boca

bien cerrada.

Lev se esfuerza por sonreír:

—No pasa nada. Cuando uno ha estado dos veces a punto de volar por los aires, se vuelve menos sensible a la elección de las palabras.

Ella sonríe al oír eso. Lev pregunta:

—¿Y ahora qué?

—Bueno, tengo entendido que tu hermano es tu tutor legal. ¿Alguien más podría ofrecerse para ayudarte? ¿Hay algún otro lugar al que puedas ir?

Lev niega con la cabeza. El Padre Dan era la única persona además de su hermano con la que podía contar. Y ahora ni siquiera puede pensar en él

porque, sencillamente, es demasiado doloroso.

—Yo estaba bajo arresto domiciliario. Aunque tuviera a alguien con quien contar, no puedo ir a ningún sitio sin permiso de la Autoridad Juvenil.

La enfermera se pone de pie:

—Bueno, eso no es cosa de mi departamento, cielo. ¿Por qué no intentas relajarte ahora? Sé que quieren que pases aquí la noche. Por la mañana se arreglará todo.

—¿Podría decirme en qué habitación está mi hermano?

—Sigue en recuperación —le dice

—. Pero en cuanto lo manden a una habitación, te prometo que serás el primero en saberlo.

Entonces sale la enfermera y entra un detective con nuevas maneras de hacer las mismas preguntas.

Fiel a su palabra, la enfermera le dice que Marcus se encuentra en la habitación 408, y así, después de anochecer, cuando todos los interrogatorios han acabado y los pasillos se encuentran tranquilos, Lev se aventura a salir de su habitación, ignorando los dolores que siente en la

mayor parte del cuerpo. Al salir por la puerta, ve que el policía encargado de vigilarlo se encuentra al final del pasillo, ligando con una de las enfermeras más jóvenes. Lev camina sigilosamente para visitar a Marcus.

Cuando abre la puerta de la habitación 408, lo primero que ve es a su madre, sentada en una silla, con los ojos fijos en Marcus, que está inconsciente y entubado, además de conectado a una máquina silbante que le ayuda a respirar. Su padre también está allí, con el pelo un poco más gris que un año antes. Lev siente que las lágrimas amenazan con brotarle de los ojos, pero

las contiene, poniendo freno a sus emociones y haciéndose fuerte.

Su madre lo ve primero. Toca a su padre para llamar su atención. Se miran un momento uno al otro, compartiendo esa pseudotelepatía que tienen las parejas casadas. Entonces su madre se pone de pie, se va hacia Lev, y sin mirarlo ni un instante, lo abraza con incomodidad. Después sale de la habitación.

Su padre tampoco lo mira. No al principio. Solo mira a Marcus, observando cómo su pecho se eleva y desciende con un ritmo lento, firme, regulado mecánicamente.

—¿Cómo está? —pregunta Lev.

—Se encuentra en coma inducido. Han dicho que lo mantendrán así durante tres días, para que la nanotecnología pueda acelerar la curación.

Lev ha oído que el dolor producido por el nanotratamiento es insoportable, así que es mejor que Marcus duerma mientras tanto. Lev está seguro de que sus padres le habrán dado a Marcus solo órganos procedentes de diezmos: los más caros. Lo sabe, pero no lo piensa preguntar.

Al final, su padre lo mira:

—¿Estás satisfecho? ¿Estás contento con el resultado de tus acciones?

Lev ha imaginado esta conversación entre su padre y él un centenar de veces. En cada una de esas confrontaciones mentales, Lev siempre ha sido el que hacía las acusaciones, no al revés. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve? Le entran ganas de contraatacar, pero decide no morder el anzuelo. No dice nada.

—¿Tienes idea de todo lo que le has hecho pasar a esta familia? —le pregunta su padre—. ¿La vergüenza? ¿El ridículo…?

Lev no es capaz de seguir callado:

—Tal vez no deberíais rodearos de gente tan juzgadora como vosotros.

Su padre vuelve a mirar a Marcus.

—Tu hermano vendrá a casa con nosotros —dictamina. Y como todo lo que tiene dentro ha sido pagado con el dinero de su padre, no tiene mucho donde elegir.

—¿Y yo?

Su padre sigue sin mirarlo:

—Mi hijo fue sacrificado como diezmo hace un año —dice—. Ese es el hijo que quiero recordar. En cuanto a ti, tú puedes hacer lo que te venga en gana. No es asunto mío. —Y no dice más.

—Cuando Marcus despierte, dile que le perdono —dice Lev.

—¿Perdonarle por qué?

—Él lo entenderá.

Y Lev sale sin decir adiós.

A cierta distancia por el pasillo, en la sala de espera de la cuarta planta, vuelve a ver a su madre y a otros miembros de su familia: un hermano, dos hermanas y sus maridos. Han venido por Marcus, ninguno está allí por él. Duda, preguntándose si debería entrar. ¿Se comportarán como su padre, fríos, rígidos, resentidos…? ¿O como su madre, ofreciéndole un doloroso abrazo y negándose a mirarlo?

Entonces, en ese momento de indecisión, ve que una de sus hermanas se agacha para coger un bebé. Es un

nuevo sobrino que Lev ni siquiera sabía que tuviera.

Y el bebé está vestido completamente de blanco.

Lev corre de vuelta a su habitación, pero aun antes de llegar a ella, siente que algo brota en su interior. Empieza en el fondo de sus tripas, y sigue en forma de sollozos que se elevan con furia inesperada. El abdomen se le cierra en un calambre. Para recorrer los pocos pasos que lo separan de su habitación, tiene que ir encorvado, apenas capaz de respirar mientras las lágrimas le salen de los ojos.

En algún punto profundo, muy

profundo del rincón más irracional de la mente de Lev, tal vez el lugar al que van los sueños de la infancia, conservaba una secreta esperanza de que podría ser aceptado de nuevo. De que un día le darían la bienvenida al hogar. Marcus ya le había dicho que se olvidara de ello, que eso no sucedería nunca, pero nada podía borrar aquella testaruda esperanza que llevaba en lo más hondo. Hasta hoy.

Se sube a su cama y aprieta la cara contra la almohada, mientras los sollozos se van convirtiendo en lamentos. Todo un año de penas contenidas vierte de su alma como un torrente, y no se preocupa si se ahoga en

la blancura mortal de sus aguas revueltas.

Lev despierta sin siquiera recordar haberse quedado dormido. Sabe que debe de haberlo hecho porque la luz de la mañana penetra en la habitación.

—Buenos días, Lev.

Él vuelve la cabeza hacia la voz con demasiada brusquedad, y la habitación gira a su alrededor. Es una secuela de la explosión. Los oídos le siguen zumbando, pero al menos aquel revoloteo que sentía en el oído izquierdo se ha calmado ya.

Sentada en una silla, cerca del pie de la cama, hay una mujer demasiado bien vestida para formar parte del personal del hospital.

—¿Es del FBI? ¿Del Ministerio de Interior? ¿Me va a hacer más preguntas? Porque yo no tengo más respuestas.

La mujer se ríe levemente:

—No soy de ninguna agencia del gobierno. Represento a la Fundación Cavenaugh. ¿Has oído hablar de ella?

Lev niega con la cabeza:

—¿Debería sonarme?

Ella le entrega un folleto a color, y cuando él lo mira, siente un estremecimiento:

—Parece el folleto de una Cosechadora.

—¡Muy frío! —responde ella, claramente ofendida, y Lev se alegra de esa respuesta—. Por decirlo de manera sencilla —prosigue ella—, la Fundación Cavenaugh es una buena cantidad de dinero reservada por lo que una vez fue una familia muy rica para ayudar a la juventud díscola. Y nos parece que hay pocos jóvenes tan díscolos como tú.

Ella le dirige una leve sonrisa de lado, pensando que a Lev le parecerá gracioso lo que ha dicho. Pero no se lo parece.

—En cualquier caso —continúa—,

sabemos que no tienes adónde ir cuando te suelten, y en vez de dejarte a merced de los Servicios de Protección de la Infancia, que desde luego no te podrán proteger de futuros ataques de aplaudidores, estamos dispuestos a ofrecerte un lugar en que vivir, siempre contando con la aprobación de la Autoridad Juvenil, por supuesto. A cambio de tus servicios.

Lev levanta las rodillas debajo de la manta, para apartarse un poco de ella. No confía en la gente bien vestida que hace ofertas con condiciones.

—¿Qué clase de servicios?

Ella le dirige una cálida sonrisa:

—Nada más que tu presencia, Calder. Tu presencia y tu personalidad triunfadora.

Y aunque a él no se le ocurre nada en lo que su personalidad haya triunfado, responde:

—Claro, ¿por qué no?

Porque comprende que ya no le queda nada que perder. Rememora los días que siguieron a su separación de CyFi, antes de que llegara al Cementerio. Días oscuros, sin duda, pero iluminados levemente cuando se encontró en una reserva en la que habitaba gente del albur. La gente del albur le había enseñado que cuando uno

no tiene nada que perder, los dados no pueden caer mal. Y entonces se le ocurre algo. Algo que ha tenido desde hace tiempo en la parte de atrás de la cabeza, y que hoy ha pasado a la parte de delante.

—Pero, una cosa… —dice Lev.

—¿Sí?

—Quiero cambiarme legalmente el apellido. ¿Eso puede hacerlo usted?

Ella arquea las cejas:

—Por supuesto, si eso es lo que quieres. ¿Te puedo preguntar cómo te gustaría apellidarte?

—Me da igual —responde Lev—. Siempre y cuando no sea Calder.

22. La Fundación

Hay cierta casa en una calle del norte de Detroit que es ahora la residencia legal oficial de un tal Levi Jedediah Garrity. Es una casa pequeña pero muy aceptable, y se la debe a la generosidad de la Fundación Cavenaugh, que está dedicada a ayudar a la juventud díscola. Hay un sirviente a tiempo completo que atiende las necesidades de Lev, y un nuevo profesor que se encarga de sus clases. Hay incluso un vigilante permanente delante de la casa que da el alto a cualquier avispado buscapleitos o

visitante no invitado que se asome por allí, así que ningún aplaudidor podrá acercarse a la puerta de la casa.

Sería una situación perfecta para Lev si no fuera por el hecho de que realmente no vive allí. Es cierto que lleva ese chip de seguimiento subcutáneo que le han puesto en el cuello y que asegura que sí, pero el chip fue fácil de trucar. Ahora el chip puede mandar una señal desde donde decidan que Lev tiene que estar.

Nadie sabe que se lo llevan a la mansión Cavenaugh, a casi setenta kilómetros de distancia.

La mansión Cavenaugh es un edificio

enorme que descansa sobre treinta hectáreas de terreno bien escondido junto al lago Orion de Michigan. Fue diseñada para que recordara a Versalles, y se construyó con el dinero de la industria automovilística, antes de que la industria automovilística estadounidense se hubiera comportado como un aplaudidor para lanzarse a la no existencia.

La mayoría de la gente no sabe que la mansión sigue allí. Y en cierto modo tienen razón, pues apenas está allí en absoluto. La exposición a las inclemencias del tiempo la ha dejado en tal estado que no le queda más que una

última tormenta para terminar de derrumbarse.

La mansión sirvió como cuartel general en la región central de Estados Unidos para la brigada pro libre elección durante la Guerra Interna, hasta que fue capturada y se convirtió en el cuartel del ejército pro vida. Aparentemente, tanto los pro vida como los pro libre elección veían grandes ventajas en poseer su propio y personal Versalles.

El lugar fue sometido al ataque constante hasta el día en que el Acuerdo de Desconexión dio fin a todas las batallas, estableciendo el peor

compromiso posible y sin embargo el único al que podían acceder ambos lados: la inviolabilidad de la vida desde la concepción hasta los trece años, con la opción de desconectar a partir de entonces a los adolescentes cuya vida se juzgaba un error.

Durante muchos años después de la guerra, la mansión Cavenaugh quedó allí desmoronándose, demasiado cara para ser reparada y demasiado grande para ser derribada, hasta que Charles Cavenaugh hijo, que necesitaba aliviar la culpa de poseer dinero viejo en los nuevos tiempos, donó la mansión a una fundación, que pertenecía a otra

fundación, que era tapadera de otra fundación más, la cual pertenecía a la Resistencia Anti División.

23. Lev

Charles Cavenaugh hijo recibe en persona a Lev, a la entrada de la desvencijada mansión. Va vestido como un rico que fuera demasiado rico para preocuparse de cómo viste. Aun cuando la fortuna de la familia Cavenaugh haya desaparecido hace tiempo, Lev se imagina que quedará suficiente dinero para mantener al menos a una generación viviendo por todo lo alto. Lo único que revela en él su lealtad a la resistencia es el pelo tan ralo, pues hoy día, los ricos no tienen el pelo ralo; cuando lo tienen,

lo reemplazan con el de otro.

—¡Lev, es un honor conocerte! —le dice a Lev, cogiéndole la mano con las dos suyas. Mientras la sacude con fuerza, lo mira a los ojos con una insistencia que a Lev le resulta incómoda.

—Gracias. Lo mismo digo. —Y Lev no sabe qué añadir.

—Me ha entristecido mucho oír lo de la pérdida de tu amigo y las heridas de tu hermano. No puedo dejar de pensar que si nos hubiéramos puesto en contacto contigo antes, esa tragedia no habría tenido lugar.

Lev contempla la mansión. Apenas

queda intacto un ventanal. Los pájaros entran y salen por los cristales rotos.

—No te equivoques —comenta Cavenaugh—. Esta casa sigue teniendo algo de vida. Y el aspecto que estás viendo es un valor añadido. Es un camuflaje para cualquiera que intente asomar las narices.

Lev no se imagina que nadie acerque mucho las narices. La casa se asienta sobre treinta hectáreas cercadas, en medio de un campo de hierbajos que un día fueron una explanada de césped, y que está rodeado por todos lados por densos bosques. El único modo de ver la mansión es desde el aire.

Cavenaugh abre una puerta de madera carcomida y hace pasar a Lev a lo que en otro tiempo fue un gran salón. Ahora el gran salón carece de techo. Dos tramos de escalera ascienden al segundo piso, pero la mayor parte de la madera de los peldaños se ha derrumbado, y las hierbas crecen por las grietas del suelo, levantando las losas de mármol y haciendo el piso muy irregular.

—Por aquí. —Cavenaugh le muestra el camino al interior del destartalado edificio, a través de un pasillo que se encuentra en condiciones igualmente deplorables. El olor del moho vuelve el

aire gelatinoso. Lev está a punto de dictaminar que Cavenaugh es un loco y echar a correr, cuando el hombre abre una cerradura que tienen delante, y empuja el pesado portón para mostrar un comedor magnífico.

—Hemos restaurado el ala norte. De momento no necesitamos más. Por supuesto, hemos tenido que tapar con tablas todas las ventanas, pues de noche las luces en una ruina abandonada llamarían demasiado la atención.

Aquella parte no está ni por asomo en las condiciones que debió de haber estado en otro tiempo. Sigue habiendo pintura que se descascarilla, y manchas

de humedad en el techo, pero resulta mucho más habitable que el resto de la desparramada propiedad. El comedor tiene dos arañas de luz que probablemente provienen de otras zonas de la mansión. Tres largas mesas con sus bancos hacen sospechar que allí se da de comer a un montón de personas.

En el extremo opuesto de la sala hay una enorme chimenea, y sobre ella un retrato de cuerpo entero, de un tamaño mayor que el natural. Al principio Lev piensa que será un cuadro de uno de los Cavenaugh de niño, hasta que lo mira más detenidamente:

—Ese… eh… ¿soy yo?

Cavenaugh sonríe:

—Ha quedado bien, ¿a que sí?

Al acercarse, Lev comprueba lo logrado que está el parecido. O al menos el parecido con el niño que era él hace un año. En el retrato lleva una camisa amarilla que parece brillar como si fuera de oro. De hecho, el retrato está pintado de tal modo que la piel irradia una especie de brillo divino. La expresión de su rostro pintado transmite sabiduría y paz, el tipo de paz que Lev todavía tiene que encontrar en la vida, y en la base del retrato hay unas prendas blancas del diezmo, metafóricamente aplastadas bajo sus pies.

Su primera reacción es la risa:

—¿De qué va todo esto?

—Esto va de la causa por la que luchas, Lev. Puedo decir con orgullo que nosotros hemos continuado donde tú lo dejaste.

En la repisa, justo debajo del retrato, hay de todo, desde flores a notas escritas a mano, pasando por joyas y baratijas varias.

—Estas cosas empezaron a aparecer espontáneamente cuando pusimos el retrato —explica Cavenaugh—. No lo esperábamos, pero tal vez tendríamos que haberlo imaginado.

Lev sigue haciendo esfuerzos por

comprender todo aquello. Pero lo único que consigue es reírse con una risita tonta.

—Esto es una broma, ¿no?

Entonces, a su derecha, en una puerta que da a otro salón adyacente, los llama una mujer.

—Señor Cavenaugh, los de aquí están muy impacientes. ¿Puedo dejarlos pasar?

Lev ve que hay chicos que estiran el cuello para vislumbrar algo al otro lado de la corpulenta mujer.

—Danos un momento, por favor —le dice Cavenaugh, y después sonríe a Lev —. Como te puedes imaginar, tienen

unas ganas enormes de verte.

—¿Quiénes?

—Los diezmos, por supuesto. Hemos hecho un sorteo, y salieron siete elegidos para saludarte en persona.

Cavenaugh habla como si eso fueran cosas que Lev ya tenía que saber. Pero resulta excesivo para hacerse a la idea:

—¿Diezmos…?

—Ex diezmos, en realidad. Rescatados antes de que llegaran a sus respectivas Cosechadoras.

Entonces Lev cae en la cuenta de algo, y se pregunta cómo es posible:

—¡Esos piratas de partes que se especializan en diezmos!

—¡Ah!, desde luego existen los piratas de partes —dice Cavenaugh—, pero por lo que yo sé, ninguno de ellos está especializado en diezmos. Sin embargo, eso ha sido un buen invento, porque mantiene a la Autoridad Juvenil persiguiendo una pista falsa.

La idea de que los diezmos fueran rescatados en vez de vendidos en el mercado negro es algo que nunca se le había ocurrido a Lev.

—¿Estás listo para encontrar a nuestro pequeño equipo de embajadores?

—Claro, cómo no.

Cavenaugh hace una seña a la mujer

para que los deje pasar, y ellos entran en un ordenado desfile que no logra disimular la intensa emoción. De manera muy intencionada, todos van vestidos con colores brillantes. Ni un cachito de blanco en todo el grupo. Lev se limita a quedarse allí, de pie, embobado, mientras ellos lo saludan uno a uno. Un par de ellos se limita a mirar fijamente y a mover la cabeza de arriba abajo, demasiado sobrecogidos para decir nada. Otro le estrecha la mano a Lev con tanta energía que su hombro tiene que amortiguar la sacudida. Un chico está tan nervioso que se tropieza y casi se cae a los pies de Lev, antes de apartarse

rojo como un tomate.

—Tu pelo es diferente —dice una chica, y entonces le entra terror, como si le hubiera insultado gravemente—. ¡Pero está bien! ¡Me gusta! ¡Me gusta largo!

—Yo lo sé todo sobre ti —le anuncia otro chico—. En serio, me puedes preguntar lo que quieras.

Y aunque a Lev la idea le asusta un poco, le pregunta:

—Vale, ¿cuál es mi helado favorito?

—¡El de cereza! —responde el chico sin dudar un instante. La respuesta es, naturalmente, correcta. Lev no sabe muy bien si eso le agrada o no.

—Entonces… ¿todos erais diezmos?

—Sí —dice una chica vestida de verde brillante—, hasta que nos rescataron. Ahora entendemos lo equivocado que es eso del diezmo.

—Sí —dice otro—. ¡Hemos aprendido a ver las cosas como las ves tú!

Lev se encuentra anonadado ante tanta adoración. Desde aquellos días en que era un diezmo, no había vuelto a sentirse querido como se quiere a las cosas que son excepcionales. Después de Happy Jack, todo el mundo lo veía o como una víctima por la que sentir lástima, o como un monstruo al que

había que castigar. Sin embargo, aquellos muchachos lo veneran como un héroe. No puede negar que, después de todo lo que ha pasado, la cosa resulta gratificante. Realmente gratificante.

Hay una chica vestida de un llamativo violeta que no se puede contener y lo rodea con sus brazos:

—¡Te quiero, Lev Calder! —exclama.

Otro de los chicos la aparta:

—Perdona, es un poco apasionada.

—Está bien —dice Lev—, pero ya no me apellido Calder. Ahora soy Garrity.

—¡Como el Padre Daniel Garrity!

—suelta el sabelotodo—. ¡El que murió en la explosión de hace dos semanas! —El muchacho está tan orgulloso que suelta toda la información, sin darse cuenta de que la muerte de Dan está muy fresca para Lev—. Por cierto, ¿cómo va ese tímpano perforado?

—Mejorando, gracias.

Cavenaugh, que se ha mantenido apartado, avanza en aquel momento para reunirlos a todos y hacer que se vuelvan:

—Ya es bastante por el momento —les dice—. Pero todos tendréis ocasión de mantener una audiencia personal con Lev.

—¿Una audiencia? —dice Lev,

sonriéndose ante la idea—. ¿Quién soy yo, el Papa?

Pero nadie más se ríe, y de pronto piensa que aquel chiste privado que hacía con el Padre Dan se ha hecho realidad. Todos aquellos chicos son… leviatanos.

Sesenta y cuatro: esos son los diezmos a los que se da cobijo y santuario en la mansión Cavenaugh. Eso le proporciona a Lev una esperanza como no había sentido desde la aprobación de la ley Tope-17, que había terminado teniendo tanto de retroceso

como de avance.

—Al final les daremos identidades nuevas, y los colocaremos en familias en las que confiemos que guardarán el secreto —le dice Cavenaugh a Lev—. A eso lo llamamos Programa de Realojo Integral.

Cavenaugh le muestra a Lev la recuperada ala norte. En las paredes hay fotos enmarcadas y recortes de prensa sobre Lev. En un corredor, un estandarte proclama que todos deberían ¡VIVIR COMO LEV! Del asombro, Lev pasa a la inquietud. ¿Cómo va a estar a la altura de toda aquella propaganda? ¿Debería intentarlo siquiera?

—¿No le parece que esto es un poco… exagerado? —le pregunta a Cavenaugh.

—Cuando libramos a esos muchachos de su diezmo, comprendimos algo: que les habíamos despojado de lo que era el centro de su vida, de la única cosa inmutable en la que creían; y necesitábamos llenar ese espacio, al menos temporalmente. Tú eras lo mejor que teníamos a mano.

Escritas en las paredes, hay citas y expresiones atribuidas a Lev. Cosas como: «Celebrar una vida indivisa es la mejor meta de todas» y «Tu futuro es *enteramente* tuyo». Son ideas con las

que está de acuerdo, pero que nunca salieron de su boca.

—Tiene que resultar extraño sentirse el foco de semejante veneración —reconoce Cavenaugh—. Espero que no te parezca mal el modo en que hemos utilizado tu imagen para ayudar a estos muchachos.

Lev se encuentra en una situación en la que no puede aprobar ni desaprobar, y ni tan siquiera juzgar la sabiduría de todo ello. ¿Cómo se puede juzgar la intensidad de una luz cuando uno mismo es la fuente de ella? Un objeto luminoso no puede ver las sombras que proyecta. Lo único que puede hacer es aceptarlo y

ocupar su lugar como una especie de figura espiritual. Hay cosas peores. Y tras haber experimentado varias de ellas, no le cabe duda de que esto es preferible.

Durante su segundo día allí, empiezan a organizar sus audiencias personales con los ex diezmos. Solo unos pocos cada día, para no abrumarlo. Lev escucha las historias de su vida e intenta dar consejos, de modo muy parecido a como lo hacía ante los muchachos con «riesgo divisional» a los que visitaba con el Padre Dan los domingos. Ante aquellos chicos, sin embargo, no importa lo que diga Lev,

pues ellos se lo toman todo como si fuera inspirado por Dios. Podría decir que el cielo es de color rosa, y le encontrarían algún sentido místico y simbólico.

—Todo lo que quieren es que se les confirme lo que saben —le explica Cavenaugh—, y la confirmación que les llegue de ti será el regalo más grande que podrían esperar.

Al final de la primera semana, Lev se ha adaptado al ritmo del lugar. La comida no empieza hasta que llega él. Normalmente se le pide que bendiga la mesa de un modo no confesional. Ocupa las mañanas en sus audiencias, y por las

tardes tiene tiempo para sí mismo. Cavenaugh y los empleados de la mansión lo animan a que escriba sus memorias, cosa que parece una petición absurda para un niño de catorce años, pero se lo dicen completamente en serio. Hasta su dormitorio es absurdo: una habitación regia, demasiado grande para él, y una de las pocas que tiene una verdadera ventana al exterior, no tapada con tablas. Su habitación desborda la realidad, su imagen es más grande que la vida y la muerte juntas, y sin embargo todas aquellas cosas solo sirven para hacerle sentirse cada vez más pequeño.

Y para empeorar las cosas, en cada

comida tiene que vérselas con su retrato: con el Lev que ellos creen que es. Puede representar ese papel, por supuesto, pero los ojos de aquel retrato, que lo siguen por toda la sala, parecen acusarlo. «Tú no eres yo», le dicen aquellos ojos. «Nunca lo has sido y nunca lo serás». Y, sin embargo, las flores, las notas y las ofrendas siguen apareciendo sobre la repisa de la chimenea, debajo del cuadro, y Lev comprende que no se trata solo de un cuadro: es un altar.

Durante su segunda semana, se le

pide que reciba a los recién llegados, que son los primeros que llegan tras él. Acaban de salir de la furgoneta, y lo único que saben es que los han secuestrado y aletargado, pero ni siquiera saben quién lo ha hecho.

—Nos gustaría —le dice Cavenaugh — que tú fueras lo primero que ven al llegar.

—¿Por qué? ¿Para que reciban mi impronta, como los patitos con su madre?

Un poco exasperado, Cavenaugh resopla.

—Difícil sería. Como mucho, tú serás para ellos tan solo el que escapó

del diezmo. ¿No comprendes el efecto visceral que tu presencia puede tener en otro muchacho destinado al mismo fin?

Conducen a Lev al salón de baile, cuyas paredes aguantan en un estado lamentable, y que seguramente no tendrá ya salvación posible. Está seguro de que habrá algún motivo psicológico bien fundamentado para recibir allí a los chicos, pero no quiere preguntar.

Cuando llega, los dos recién llegados ya están allí. Son un chico y una chica. Los han atado a una silla y les han vendado los ojos, dejando claro lo que Cavenaugh entiende por «lo primero que ven al llegar». El hombre es

demasiado teatral.

El chico solloza, y la chica intenta tranquilizarlo.

—Cálmate, Timothy —le dice—. Pase lo que pase, estará bien.

Lev se sienta enfrente de ellos, sintiéndose incómodo y contagiado del miedo que tienen ellos. Sabe que necesita transmitirles confianza y comodidad, pero una cosa es vérselas con ex diezmos que lo veneran a uno y otra muy diferente recibir a un par de víctimas secuestradas.

Cavenaugh no está presente, pero sí están allí, de pie, con los ojos muy abiertos, dos empleados suyos. Lev

traga saliva e intenta evitar que le tiemblen las manos agarrándose a los brazos de su silla.

—Vale, podéis quitarles la venda.

Los ojos del chico están rojos de tanto llorar. La chica ya mira a su alrededor, examinándolo todo.

—Lamento que hayamos tenido que hacerlo de este modo —dice Lev—. No podíamos arriesgarnos a que quedarais heridos, ni a que averiguarais adónde os traíamos. Este era el único modo de rescataros con seguridad.

—¿Rescatarnos? —dice la chica—. ¿Así es como lo llamáis?

Lev intenta cambiar el tono de

acusación de la voz de ella, pero no puede. Hace un esfuerzo por mirarlos a los ojos de la misma manera que lo hace Cavenaugh, esperando que dé la impresión de confianza en sí mismo.

—Bueno, tal vez no lo veas así en este momento, pero sí, rescataros es exactamente lo que hemos hecho.

La chica frunce el ceño en gesto de desafío, pero el chico ahoga un grito y abre completamente sus ojos empañados.

—¡Tú eres…! ¡Tú eres ese diezmo que se convirtió en aplaudidor! ¡Tú eres Levi Calder!

Lev le ofrece una sonrisa forzada,

como de disculpas, y ni siquiera se molesta en corregir el apellido:

—Sí, pero mis amigos me llaman Lev.

—¡Yo soy Timothy! —dice el chico sin que le pregunte—. ¡Timothy Taylor Vance! Ella se llama Mi… Mi… no recuerdo, pero empieza con M, ¿verdad?

—Mi nombre es asunto mío y seguirá siendo asunto mío —le responde ella.

Lev mira la pequeña chuleta que le han dado.

—Te llamas Miracolina Roselli. Me alegro de conocerte, Miracolina. ¿Te llaman Mira…?

Su mirada de odio deja claro que no.

—De acuerdo, Miracolina entonces.

—¿Qué te da ese derecho? —dice ella. Es casi un gruñido.

Lev hace un esfuerzo por mirarla a los ojos. Miracolina sabe quién es, pero no le gusta. Incluso lo desprecia. Lev ya ha visto antes esa mirada, pero no se esperaba verla allí.

—Tal vez no me oíste —le dice Lev, poniéndose un poco furioso—. Te acabamos de salvar.

—¿Según qué definición de «salvar»?

Y por un instante, solo un instante, Lev se ve a sí mismo a través de los

ojos de la chica, y no le gusta lo que ve.

—Me alegro de que estéis los dos aquí —dice intentando disimular el temblor de su voz—. Volveremos a hablar. —Entonces les hace una seña a los adultos para que se los lleven.

Lev se queda sentado y solo en el salón de baile durante diez largos minutos. Hay algo en el comportamiento de Miracolina que le resulta inquietantemente familiar. Intenta rememorar cuando Connor lo sacó de su limusina el mismo día de su diezmo. ¿Estaba entonces igual de agresivo? ¿Igual de opuesto a colaborar? Ha bloqueado el recuerdo de muchas cosas

de aquellos días. ¿Cuándo empezó a comprender que Connor no era el enemigo? Se ganará a esa chica, tiene que ganársela. Todos los ex diezmos han terminado por convencerse. A todos les han revertido el lavado de cerebro: los han desprogramado.

Pero ¿y si esa chica fuera la excepción? ¿Entonces qué? De repente toda aquella operación de rescate, que parecía una idea magnífica y grandiosa, resulta muy pequeña. Y muy personal.

24. Miracolina

Nacida para salvarle la vida a su hermano y para ser ofrendada a Dios a cambio, Miracolina no consiente aquella violación: la corrupción de su destino sagrado en la profana vida de un fugitivo. Hasta sus propios padres habían flaqueado al final, y se habían mostrado deseosos de romper su pacto con Dios para salvarla del diezmo. ¿Les gustaría enterarse de esto?, se pregunta ella. ¿Les gustaría enterarse de que la han capturado y obligado a vivir una vida indivisa? ¿De que le niegan el

sagrado misterio del estado diviso?

No solo debe sufrir esta ignominia, sino que además tiene que sufrirla a manos de un muchacho al que considera la encarnación de Satanás. Miracolina no es una niña propensa al odio y al juicio injusto, pero la experiencia de vérselas con aquel chico le demuestra que tampoco es tan tolerante como pensaba.

«Tal vez por eso me encuentro aquí, piensa, para aprender humildad y darme cuenta de que puedo odiar, como todo el mundo».

Ese primer día, intentan engatusarla instalándola en un dormitorio cómodo,

que se encuentra en mejores condiciones que la mayor parte de la mansión.

—Puedes descansar aquí hasta que se te pasen del todo los efectos del aletargante —le dice una mujer rellenita y bondadosa que además le lleva un plato de carne de buey con repollo, y un alto y embriagador vaso de cerveza de raíces—. Hoy es San Patricio, no sé si lo sabes. Come, cielo, si quieres repetir, hay más. —Es un intento descarado de ganársela. Miracolina come, pero se niega a disfrutar de la comida.

Hay vídeos y libros en su habitación para que se entretenga, pero Miracolina se echa a reír, porque así como la

furgoneta que iba a la Cosechadora solo tenía películas para ver en familia, todas muy bonitas y agradables, los títulos entre los que puede elegir allí también tienen un sesgo claro: tratan todos de niños maltratados pero que se sobreponen a ello, o de niños que triunfan en un mundo que no los comprende. Todo es así, desde Dickens a Salinger, como si Miracolina Roselli pudiera tener algo en común con Holden Caulfield[2].

También hay cajones llenos de ropa de color brillante, toda de su talla, y le entra un escalofrío al pensar que le han debido de tomar las medidas y preparar

el armario mientras estaba inconsciente. Su ropa blanca del diezmo está sucia, pero no les dará el gusto de cambiársela.

Finalmente, un hombre calvo de mediana edad entra con una tablilla sujetapapeles y una etiqueta en el pecho que lo identifica como «BOB».

—Yo era un psiquiatra respetado hasta que me pronuncié en contra de la desconexión —le dice Bob después de presentarse—. Pero el ostracismo resultó ser una bendición, porque me permitió venir aquí, que es donde puedo ser útil.

Miracolina mantiene los brazos

cruzados, sin soltar ni media. Sabe de qué va todo aquello: lo llaman «desprogramar», que es un término muy bonito para referirse al acto de limpiar el lavado de cerebro con otro lavado de cerebro.

—Usted ha dicho que era un psiquiatra respetado, lo que implica que ya no lo es —le dice—. Tampoco yo siento respeto por usted.

Después de un breve examen psicológico, que ella se niega a tomarse en serio, Bob lanza un suspiro y cierra su bolígrafo haciendo «clic».

—Creo que descubrirás —le dice— que nuestro interés por ti es sincero, y

que deseamos que alcances tu plenitud como una flor al abrirse.

—Yo no soy una florecita que se abre —le dice ella, y cuando la puerta se cierra tras él, lanza contra ella el vaso lleno de desventada cerveza de raíces.

No tarda en descubrir que la puerta no está cerrada con llave. ¿Otro truco? Sale a explorar los salones de la mansión. No puede negar que, pese a la rabia que le da haber sido secuestrada, siente curiosidad por saber qué pasa allí. ¿A cuántos otros chicos han arrancado de su diezmo? ¿Cuántos secuestradores hay? ¿Tendrá alguna

posibilidad de escapar?

Resulta que hay montones de chicos, que merodean por los dormitorios o por las zonas comunes, que trabajan tratando de reparar los irreparables daños de la mansión, y que reciben clases impartidas por otros sujetos parecidos a Bob.

Entra en una zona común, con suelo combado y una mesa de billar a la que le han puesto cuñas por debajo para nivelarla. Una chica la mira, la identifica y se acerca. La etiqueta la identifica como «JACKIE».

—Tú debes de ser Miracolina —dice Jackie, agarrándole la mano para

estrechársela, dado que Miracolina no se la tiende por sí misma—. Sé que es duro el cambio, pero creo que seremos buenas amigas. —Jackie tiene el aspecto de un diezmo, como todos los demás que se encuentran allí. Se trata de un aire de pureza y de elevación por encima de las cosas mundanales. Aunque ninguno lleve ni una pizca de blanco, no pueden ocultar lo que fueron hasta no hace mucho tiempo.

—¿Te han asignado a mí? —pregunta Miracolina.

Jackie se encoge de hombros, como disculpándose:

—Sí, más o menos.

—Gracias por tu sinceridad, pero no me gustas, y yo no quiero ser amiga tuya.

Jackie, que no es una antigua psiquiatra de prestigio sino solo una chica normal de trece años, se siente claramente ofendida por sus palabras, y Miracolina se arrepiente enseguida de haberlas pronunciado. No debería convertirse en una persona hastiada e insensible. Debe sobreponerse a la situación.

—Lo siento. No eres tú quien no me gusta, sino lo que te están obligando a hacer. Si quieres ser amiga mía, vuelve a intentarlo cuando yo no sea tu obligación.

—Vale, eso me parece justo —dice Jackie—. Pero, aunque no seamos amigas, te guste o no, se supone que tengo que ayudarte con el programa.

Habiendo alcanzado un acuerdo, Jackie se vuelve hacia sus amigos, pero no pierde de vista a Miracolina mientras sigue en la sala.

Timothy, el chico con el que la secuestraron, se encuentra también en la sala, en compañía del antiguo diezmo que por lo visto le han asignado. Los dos están hablando como si ya fueran grandes amigos. Es evidente que Timothy ha «encajado en el programa», y que, dado que no estaba muy contento

con la idea de ser desconectado, lo único que ha hecho falta para desprogramarlo ha sido un cambio de ropa.

—¿Cómo has podido ser así… tan superficial, tan poco profundo…? —le pregunta ella más tarde, ese mismo día, cuando lo encuentra a solas.

—Si quieres llamarlo así —le responde él, que se muestra todo sonrisas, como un niño con zapatos nuevos—. Pero si querer vivir es ser poco profundo, entonces… ¡qué demonios, yo debo de ser una piscina infantil!

¡Desprogramación! La idea misma le

pone enferma. Desprecia a Timothy y se pregunta cómo la fe de toda la vida de alguien puede venderse por un plato de buey con repollo.

Jackie la busca un poco más tarde, cuando ya Miracolina ha decidido que su «libertad» termina en una puerta cerrada, que hace que todos los antiguos diezmos permanezcan en un ala de la mansión.

—El resto sigue siendo inhabitable —le dice Jackie—. Por eso solo podemos estar en el ala norte.

Jackie le explica que todos pasan el día en clases pensadas para ayudarlos a readaptarse.

—¿Qué les pasa a los que no lo consiguen? —le pregunta Miracolina con una sonrisita.

Jackie no dice nada. Pero pone cara de no haberse planteado nunca esa posibilidad.

Al cabo de unos días, Miracolina recibe todas las clases que puede soportar. Las mañanas comienzan con una larga terapia afectiva de grupo, en la que al menos uno rompe siempre a llorar y los demás le aplauden por hacerlo. Miracolina normalmente no dice nada, porque defender el diezmo está muy mal

visto allí.

—Tienes derecho a tener tu opinión —le dicen si alguna vez dice algo en contra de la desprogramación—. Pero esperamos que termines viendo las cosas de otra manera. —Lo cual significa que, realmente, no tiene derecho a tener su opinión.

Hay una clase de historia moderna, algo que en realidad enseñan pocos colegios. Eso incluye la Guerra Interna, el Acuerdo de Desconexión, y todo lo que ha ocurrido hasta el día presente. Se debate sobre los grupos escindidos de las principales religiones que asumen el acto del diezmo humano, convirtiéndose

en «cultos del diezmo» socialmente aceptados.

—No eran movimientos de base —dice la profesora—. Empezó en las familias ricas, entre los ejecutivos y los accionistas de las grandes corporaciones, como un modo de sentar un ejemplo para las masas, porque si incluso el rico aprueba la desconexión, entonces debería aprobarla todo el mundo. Los cultos del diezmo fueron parte de un plan calculado para arraigar la desconexión en las mentes de la nación.

Miracolina no puede contenerse y levanta la mano.

—Perdone —le dice a la profesora —, pero yo soy católica y no pertenezco a ningún culto del diezmo. ¿Cómo explica mi caso?

Ella pensaba que la profesora podría decir: «Tú eres la excepción que confirma la regla», o algo igual de insulso, pero no lo hace, sino que se limita a responder:

—Mmm, eso es interesante. Apuesto a que a Lev le encantaría hablar contigo sobre ese tema.

Para Miracolina, esa es la peor amenaza que podría hacerle un profesor. Eso la mantiene bien callada. Aun así, su resistencia a la resistencia es bien

conocida en la mansión, y un día la convocan a una audiencia que ella no ha solicitado con el chico que no detonó.

La audiencia tiene lugar un lunes por la mañana. La sacan de su intolerable terapia grupal para llevarla a una parte de la mansión que no había visto hasta entonces, y va acompañada no por uno, sino por dos trabajadores de la resistencia. Aunque no puede estar segura, sospecha que al menos uno de ellos va armado. La llevan a un invernadero medicinal lleno de plantas, todo curvas de cristal y rayos de sol,

que se mantiene caliente y restaurado en su antiguo esplendor. En el centro hay una mesa de caoba con dos sillas. Sentado en una de las sillas, está ya él, el muchacho que es el centro de aquel extraño culto al héroe. Se sienta enfrente de él, y espera que Lev hable primero, pero incluso antes de que hable, Miracolina sabe que Lev está genuinamente interesado en ella, porque es el único pedazo de madera de toda la mansión que no se deja tallar.

—A ver, ¿qué es lo que te pasa? —le pregunta Lev después de estudiarla durante un instante. Miracolina se siente ofendida por la informalidad de la

pregunta, que parece implicar que toda su postura con respecto a lo que ocurre en aquel lugar fuera cosa de «algo que le pasa». En fin: aprovechará la ocasión para dejarle claro que su rebeldía es algo más que una mera pose.

—No sé, aplaudidor, ¿estás realmente interesado en mí, o soy solo el bicho que no consigues aplastar con la bota de hierro?

Lev se ríe al oír eso:

—La bota de hierro, esa sí que es buena. —Levanta el pie para enseñarle la suela de sus Nike. A lo mejor encuentras alguna araña aplastada en la suela, pero nada más.

—Si vas a darme el tercer grado —le dice ella—, empieza cuanto antes. Te aconsejo suprimirme la comida o el agua; el agua aún mejor, porque se tiene sed antes de empezar a tener hambre.

Lev mueve la cabeza hacia los lados, sin poder creérselo:

—¿De verdad piensas que soy así? ¿Por qué crees eso?

—Me trajeron a la fuerza, y tú me retienes aquí contra mi voluntad —dice ella, inclinándose hacia él por encima de la mesa. Piensa si escupirle en la cara, pero decide reservarse ese gesto para usarlo en un momento más apropiado—. La prisión sigue siendo la

prisión, no importa cuántas capas de algodón pongas en ella.

Eso hace que Lev se eche para atrás. Ella sabe que ha mentado la soga en casa del ahorcado. Recuerda haber visto aquellas fotos de él, cuando estaba presente en todos los telediarios, en las que aparecía envuelto en algodón y guardado en una celda a prueba de explosiones.

—En realidad no fui yo quien te liberó —dice él, esta vez con un poco de rabia en la voz—. Pero te salvamos la vida. Al menos podrías mostrarte un poco agradecida.

—Me habéis secuestrado, como a

todos los demás, para evitar que cumplamos nuestra misión. Eso no es salvar, eso es perjudicar.

—Lamento que lo veas así.

Ahora es el turno de ella de mostrarse enfurecida:

—Sí, lamentas que yo lo vea así, todo el mundo lamenta que lo vea así. ¿Tiene que durar eso hasta que ya no lo vea así?

Lev se levanta de repente, echa su silla hacia atrás, y pasea por el invernadero. Las hojas de los helechos le rozan la ropa. Miracolina se da cuenta de que le ha afectado lo que le ha dicho. Le da la impresión de que Lev va a salir

de allí hecho una furia, pero en vez de hacerlo respira hondo y se vuelve hacia ella.

—Sé lo que estás pasando —le dice —. A mí me había lavado el cerebro mi familia para que realmente quisiera ser desconectado. Y no solo mi familia, sino mis amigos, mi iglesia, todos aquellos a los que yo admiraba. El único que decía algo con sentido era mi hermano Marcus, pero yo estaba demasiado ciego para oír, hasta el día en que me secuestraron.

—Querrás decir para ver, digo yo — observa ella, poniéndole una bonita zancadilla en el discurso.

—¿Eh?

—Demasiado ciego para ver, demasiado sordo para oír. Es mejor que te aclares con los sentidos. O tal vez no puedas hacerlo porque no tienes sentido.

Lev sonríe:

—Eres graciosa.

—Y, por cierto, no necesito que me cuentes la historia de tu vida. Ya la conozco. Te viste metido en un accidente múltiple en la autovía, y el ASP de Akron te empleó como escudo humano: muy noble por su parte. Después te transformó, como el queso cuando se pone rancio.

—Él no me transformó. Me apartó

del diezmo que me esperaba, y vi la desconexión como lo que es. Eso es lo que me transformó.

—Porque ser un asesino es mejor que ser un diezmo, ¿no es eso, aplaudidor?

Lev vuelve a sentarse, ya más tranquilo, y a Miracolina le irrita que él sea inmune a sus ataques.

—Cuando uno vive una vida sin preguntas, no está preparado para las preguntas cuando llegan —dice él—. Le entra rabia, y le falta la habilidad necesaria para hacer frente a esa rabia. Por eso me hice aplaudidor, pero solo porque era demasiado inocente para

saber lo culpable que me estaba haciendo.

Habla ahora con fuerza, con los ojos empañados. Miracolina se da cuenta de que es sincero, y de que aquello no es un espectáculo montado para ella. Puede que Lev haya dicho incluso más de lo que quería decir. Ella empieza a preguntarse si no lo habrá juzgado mal, y a continuación se enfada consigo misma por preguntarse tal cosa.

—Te crees que yo soy como tú, pero no lo soy —dice Miracolina—. Yo no soy parte de una orden religiosa que emplea el diezmo. Mis padres lo hicieron a pesar de nuestras creencias,

no a causa de ellas.

—Aun así, a ti te criaron haciéndote creer que esa era tu finalidad, ¿no?

—Mi finalidad era salvar la vida de mi hermano como donante de médula, así que cumplí mi propósito antes de tener seis meses.

—¿Y no te molesta pensar que el único motivo por el que te trajeron al mundo fue para ayudar a otro?

—Ni mucho menos —responde ella demasiado aprisa. Frunce los labios y se recuesta en su silla, un poco avergonzada. La silla resulta demasiado dura—. Bueno, de acuerdo, puede que alguna vez me sienta un poco molesta,

pero comprendo por qué lo hicieron. Si yo estuviera en su lugar, habría hecho lo mismo.

—De acuerdo —dice él—. Pero una vez cumplido tu propósito, ¿no debería pertenecerte tu propia vida?

—Los milagros pertenecen a Dios.

—No —dice él—, los milagros son dones de Dios. Llamarlos propiedad suya es insultar el espíritu con que fueron otorgados.

Ella abre la boca para responder, pero se da cuenta de que no tiene respuesta, porque él está en lo cierto. Y le da rabia que sea así… ¡todo en él debería estar equivocado!

—Volveremos a hablar cuando no seas tan arrogante —dice Lev, y le hace una seña a un guardia que está esperando para llevársela.

Al día siguiente, para evitar que tenga la mente demasiado libre, le añaden otra clase al horario. La nueva clase se llama Proyección Creativa. Tiene lugar en un aula que fue un día una sala para recibir visitas, llena de retratos apolillados y descoloridos que cuelgan en las descascarilladas paredes. Miracolina se pregunta si aquellos rostros aburridos de los cuadros los

miran con aprobación, con desaprobación, o con absoluta indiferencia.

—Quiero que escribáis una historia —dice el profesor, un hombre que lleva unas irritantes gafitas redondas.

¡Gafas! Objetos de la antigüedad que ya no necesita nadie, gracias a las técnicas de láser y a una cirugía de reemplazo de ojos asequible para todo el mundo. Aquellos chismes, de puro raros, resultan petulantes. Como si por llevar gafas uno se creyera superior.

—Quiero que escribáis vuestra historia, vuestra biografía. Pero no la vida que habéis vivido, sino la que vais

a vivir. La biografía que podríais escribir con cuarenta, con cincuenta años más de los que tenéis ahora. —El profesor deambula por el aula, gesticulando en el aire, tal vez imaginándose que es Platón o alguien igual de importante—. Proyectaros hacia el futuro, contad quién creéis que seréis. Sé que os costará trabajo a todos, puesto que nunca os habíais atrevido a pensar en el futuro, pero ahora podéis hacerlo. Quiero que disfrutéis haciéndolo. Sed todo lo locos que queráis. ¡Divertíos!

Entonces se sienta y se recuesta en la silla, con las manos tras la cabeza, muy satisfecho consigo mismo.

Miracolina da golpecitos de impaciencia en el papel con el bolígrafo mientras los demás chicos escriben. ¿Quiere su futuro soñado? Bien. Ella les ofrecerá a todos estos algo sincero, aunque no sea lo que desean oír:

Estamos a años de distancia en el futuro, escribe, *y mis manos pertenecen a una madre que perdió las suyas en un incendio. Tiene cuatro hijos. Los mima, los baña, les cepilla el pelo y les cambia los pañales con ambas manos. Cuida mis manos porque sabe lo preciosas que son. Les hace la manicura todas las semanas para mí, aunque no sepa quién era yo.*

Mis piernas pertenecen a una

chica que sufrió un accidente de avión. Había sido una corredora, pero vio que mis piernas sencillamente no valían para ello. Durante algún tiempo deploró la pérdida de sus sueños olímpicos, pero después descubrió que mis piernas sí valían para bailar. Aprendió a bailar el tango, y un día conoció a un príncipe mientras bailaba en Mónaco, y bailando le llegó al corazón. Se casaron, y ahora la pareja real da un gran baile cada año. El punto culminante de ese baile es el asombroso tango que bailan juntos los dos.

A cada palabra que escribe, Miracolina se enfurece más, por todas

las posibilidades que le están robando.

Mi corazón ha ido a un científico que está a punto de descubrir una manera de aprovechar la luz estelar para resolver las necesidades energéticas del mundo. Estaba muy cerca de lograrlo, pero entonces sufrió un infarto. Gracias a mí, sin embargo, pudo sobrevivir y completar el trabajo de su vida, haciendo del mundo un lugar mejor para todos nosotros. Incluso le dieron el Premio Nobel.

¿Tan extraño es que una quiera darse total y absolutamente? Si es eso lo que hay en el corazón de Miracolina, ¿por

qué se lo tienen que negar?

> *Y en cuanto a mi mente, mis recuerdos, que están llenos de amorosa infancia, todos fueron a parar a almas atribuladas que no tenían recuerdos propios semejantes. Pero ahora, con esa parte de mí en ellos, pueden sanar muchas heridas de su vida.*

Miracolina entrega la hoja y el profesor, sintiendo quizá más curiosidad por su redacción que por ninguna otra, la lee mientras los otros chicos siguen escribiendo. Ella observa su cara, que adquiere durante la lectura expresiones meditabundas. Miracolina no sabe por

qué tendría que importarle, pero siempre le ha importado lo que piensen sus profesores. Incluso aquellos que no le gustan. Cuando acaba, el profesor va hacia ella.

—Muy interesante, Miracolina, pero te has dejado una cosa.

—¿Qué?

—Tu alma —le dice—. ¿Quién se queda con tu alma?

—Mi alma —dice con confianza— va a Dios.

—Mmm… —se acaricia la barba ya casi gris de uno o dos días—. ¿O sea que va a Dios, aun cuando todas las partes de tu cuerpo siguen vivas?

Miracolina aguanta firme aquel interrogatorio:

—Tengo derecho a creerlo, si quiero.

—Cierto, cierto. Pero hay un problema. Tú eres católica, ¿no es así?

—Sí.

—Y quieres ser desconectada voluntariamente.

—¿Y…?

—Bueno… si tu alma deja este mundo, entonces la desconexión voluntaria no se diferencia en nada del suicidio asistido. Y en la religión católica, el suicidio es un pecado mortal. Lo que quiere decir que, según

tus propias creencias, irás al infierno.

Entonces la deja reconcomiéndose, después de haberle puesto un «sobresaliente bajo» en la redacción. Bajo, supone ella, debido a la eterna condenación de su alma.

25. Lev

Miracolina no se imagina hasta qué punto le afecta a él su obstinación. La mayor parte de los chicos que hay allí tienen miedo de Lev, o lo adoran, o ambas cosas a la vez, pero Miracolina ni se siente intimidada, ni reverente; no siente por él más que odio, llana y simplemente. Eso no debería molestarle, pues se ha acostumbrado al odio, ya que sabe que, como le dijo su hermano Marcus, todos se compadecían del pobre niño Lev con su sangre corrompida, pero desprecian al

«monstruo» en que se ha convertido. Bueno, él era inocente y era un monstruo, pero allí, en la mansión Cavenaugh, nada de eso importa, porque allí se encuentra muy cerca de ser un dios. En eso hay algo de raro, de embriagador e incómodo a la vez, pero Miracolina es la aguja que pincha el globo.

Lev vuelve a encontrarse con ella la semana siguiente, en el baile de Pascua. Los diezmos son claramente ineptos en lo que se refiere a relacionarse entre chicos y chicas. Sabiendo que el salir por ahí y todo lo que conlleva eso no será parte de su brevísimo futuro, los

diezmos y sus familias no prestan mucha atención a las relaciones con el sexo opuesto. De hecho, se suprimen, ya que eso despertaría el tipo de anhelos que precisamente no debe sentir un muchacho destinado al diezmo.

—¡Estos chicos son más listos que el demonio —exclama Cavenaugh en el encuentro semanal del personal de rescate—, pero tienen la habilidad social de un niño de seis años! —Es una buena descripción también de cómo era Lev el día de su diezmo, y desde entonces no está seguro de haber progresado mucho. Sigue sin haber tenido una cita.

Hay unos veinte empleados, y Lev es el único de ellos que tiene menos de treinta años. Cada uno de sus rostros está impregnado de una preocupación tan longeva que parece haber quedado impresa a fuego. Se pregunta si esa pasión provendrá de las experiencias que hayan tenido en relación con la desconexión. ¿Será que ellos, como el Almirante, han hecho desconectar a su propio hijo para después lamentar aquella decisión? ¿Fue algo enteramente personal, o se han dedicado a la causa debido a un disgusto general con la sociedad?

—Haremos un baile en Pascua —

proclama Cavenaugh desde la cabecera de la mesa de reuniones—, y animaremos a nuestros ex diezmos a comportarse como adolescentes normales. Dentro de un orden, claro. —Entonces se dirige a Lev en concreto—: Lev, ¿podemos contar contigo como embajador de buena voluntad para que participes en la fiesta?

Todo el mundo está pendiente de su respuesta. Eso le molesta.

—¿Y si respondo que no?

Cavenaugh lo mira sin podérselo creer.

—¿Por qué demonios ibas a decir que no? ¡A todo el mundo le gustan las

fiestas!

—No realmente —observa Lev—. La última fiesta que tuvieron estos chicos fue su fiesta del diezmo. ¿Realmente quiere recordársela?

Alrededor de la mesa, los demás murmuran entre sí, sopesando lo que Lev ha dicho, hasta que Cavenaugh desestima su observación:

—Las fiestas del diezmo son despedidas —dice—. La nuestra será para celebrar un nuevo comienzo. Cuento con tu asistencia.

Lev suspira:

—Por supuesto.

No se discuten las ideas en la

mansión Cavenaugh cuando esas ideas vienen del hombre que se llama igual que la mansión.

Comprenden que la sala de baile se halla en un estado demasiado malo para una gala adolescente, así que deciden usar el comedor, quitando las mesas y sillas y colocando un equipo de DJ debajo del retrato. Como la asistencia es obligatoria, toda la población de ex diezmos se encuentra allí.

Tal como Lev esperaba, los ex diezmos se separan por sexos a cada lado de la sala, como si se tratara de un juego de balón prisionero de chicos contra chicas. Todos se entretienen

bebiendo ponche y comiendo salchichas mientras echan miraditas al equipo contrario de manera muy disimulada: parece que vaya a quedar eliminado aquel al que pillan mirando.

Uno de los adultos hace una excelente imitación de un DJ, y como todos los demás esfuerzos por animar a la gente fallan, pide que todos formen un corro en el suelo de la pista para bailar el *hokey pokey*. A los diez segundos se da cuenta de repente de lo poco acertado que ha sido poner a bailar a ex diezmos una canción que trata sobre partes del cuerpo que se ponen y se quitan. El DJ se sonroja, se aturulla y trata de saltarse

toda esa parte, pero los chicos se lo están pasando tan bien que siguen cantando y bailando parte por parte incluso cuando la música ha enmudecido. Curiosamente, la canción ha resultado perfecta para romper el hielo, y cuando la música vuelve a sonar, algunos chicos siguen bailando.

Lev no se cuenta entre ellos. Se conforma con observar, pese al hecho de que puede elegir pareja. Aunque sospecha que, si le pidiera a alguna chica que bailara con él, ella podría inflamarse de manera espontánea.

Entonces, en la otra punta de la sala, ve a Miracolina, que se apoya contra la

pared con los brazos resueltamente cruzados, y decide que aquel es un reto que merece la pena asumir.

En cuanto Miracolina ve que se acerca Lev, aparta la mirada, un poco asustada, esperando que él se dirija hacia alguna otra. Cuando ya no le cabe duda de que es ella el objeto de su atención, toma aire.

—Bueno —dice Lev, como quien no quiere la cosa—, ¿te apetece bailar?

—¿Crees en el fin del mundo? —le pregunta ella a su vez.

Lev se encoge de hombros:

—No lo sé. ¿Por…?

—Porque al día siguiente bailaré

contigo.

Lev sonríe.

—Eres graciosa. No me imaginaba que tuvieras sentido del humor.

—Te diré otra cosa: si acabas con todas las chicas que veneran el suelo que pisas, puedes volver a preguntarme. La respuesta seguirá siendo no, pero tendré la cortesía de hacer como que me lo pienso.

—Leí tu redacción —le dice él, y a ella casi se le rompe el cuello al oírlo —. Tienes la fantasía de Cenicienta bailando con el príncipe, no lo niegues.

—Esa fantasía solo la tuvieron mis piernas.

—Bueno, pues para bailar con tus piernas, me temo que tendré que soportar el resto del cuerpo.

—No, no tendrás que soportarlo —responde ella—, porque ningún pedazo de mí bailará contigo. —Entonces ella mira hacia el retrato de Lev, que está fantasmagóricamente iluminado con luces estroboscópicas de colores—. ¿Por qué no bailas con tu retrato? —sugiere Miracolina—. Yo creo que os merecéis uno al otro.

Entonces sale de la sala toda decidida. Los adultos que están en la puerta intentan evitar que vuelva a su habitación, pero ella se cuela por entre

ellos de todas formas.

Cuando se ha ido, Lev oye a gente refunfuñando a su alrededor.

—Menuda perdedora —dice alguien.

Lev se vuelve furioso hacia aquel chico. Es Timothy, el que llegó con ella.

—¡Yo podría decir lo mismo de ti! —le suelta—. ¡De todos vosotros!

Entonces cierra la boca antes de llegar demasiado lejos:

—No, no es verdad. Pero tú no deberías juzgarla.

—Claro, Lev —le dice Timothy, obediente—. No lo haré, Lev. Lo siento, Lev.

Y entonces, una chica tímida pero aparentemente menos vergonzosa que las demás, se adelanta hacia él:

—Yo bailaré contigo, Lev.

Y así, Lev sale a la pista y baila con ella y con todas las demás chicas, mientras su retrato los observa con aquella mirada irritante de santa superioridad.

Al día siguiente, el retrato aparece pintarrajeado.

Han escrito algo feo con aerosol en el medio del cuadro. El desayuno se retrasa hasta que pueden retirarlo. Del

almacén falta un bote de aerosol, pero ninguna pista seria de quién puede haberlo hecho. Todo el mundo tiene sus sospechas, sin embargo, y la mayoría de esas sospechas apuntan a la misma persona.

—¡Sabemos que fue ella! —intentan decirle a Lev los demás—. ¡Aquí Miracolina es la única que tiene algo contra ti!

—¿Cómo sabéis que es la única? —les pregunta Lev—. Ella solo es la única con las agallas suficientes para decirlo en voz alta.

Por respeto a los deseos de Lev, los demás no la acusan a la cara, y los

adultos son lo bastante diplomáticos para guardarse para sí su opinión.

—Quizá necesitamos más cámaras de vigilancia —sugiere Cavenaugh.

—Lo que necesitamos —dice Lev— es más libertad para expresar las opiniones. Entonces no sucederían cosas como esta.

Cavenaugh se siente realmente insultado:

—Hablas como si esto fuera una Cosechadora. Aquí todo el mundo es libre para expresar su opinión.

—Bueno, supongo que no todo el mundo lo ve así.

26. Miracolina

Después de un día en que todo el mundo le hace el vacío en la mansión, llaman a la puerta. Ella no dice nada porque sabe que, sea quien sea, pasará de todos modos: los dormitorios no tienen pestillo.

La puerta se abre despacio, y entra Lev. Al verlo, se le acelera el corazón. Se dice a sí misma que es de rabia.

—Si estás aquí para acusarme de estropear tu retrato, lo confieso. No puedo ocultar la verdad por más tiempo: lo hice yo. Ahora castígame quitándome

todas estas películas tan gratificantes. Por favor.

Lev entra con los brazos caídos.

—No lo intentes. Sé que no lo hiciste tú.

—¡Ah! ¿O sea que habéis terminado atrapando al diezmito malo?

—No exactamente. Simplemente, sé que no fuiste tú.

Siempre es un alivio que la defiendan a una, aunque en realidad ella sentía cierto regusto en ser la principal sospechosa.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Quería disculparme por el modo en que te trajeron aquí: aletargada, con

una venda en los ojos y todo eso. Lo que hacen aquí es muy importante, pero yo no siempre estoy de acuerdo con la manera en que lo hacen.

Miracolina se da cuenta de que es la primera vez que le oye hablar en tercera persona del plural, en vez de en primera.

—Llevo semanas aquí —dice ella —. ¿Por qué me lo dices ahora?

Lev levanta la mano para apartarse el pelo de los ojos:

—No lo sé. Sencillamente, eso me estaba reconcomiendo.

—Entonces… ¿te vas a disculpar con todos los chicos que hay aquí?

—No —admite Lev—: solo contigo.

—¿Por qué?

Él empieza a pasear por la habitación, levantando la voz:

—¡Porque tú eres la única que sigue hecha un basilisco! ¿Por qué estás tan enfadada?

—La única persona enfadada en este cuarto eres tú —dice Miracolina con una calma irritante—. Y hay más chicos enfadados aquí. Si no, ¿por qué te iban a estropear el retrato?

—¡Olvídate de eso! —grita Lev—. ¡Estamos hablando de ti!

—Si no paras de gritar, tendré que pedirte que te vayas. De hecho, me parece que te lo voy a pedir de todas

formas. —Señala la puerta y le dice—: ¡Vete!

—No.

Entonces ella coge un cepillo del pelo y se lo tira. Le da en la cabeza, y rebota a la pared para ir a caer detrás del televisor.

—¡Ay! —Lev se agarra la cabeza, haciendo una mueca de dolor—. ¡Me has hecho daño!

—Bueno: eso es justo lo que quería.

Lev aprieta los puños, lanza un gruñido y se da la vuelta como si fuera a salir, pero no lo hace. Lo que hace es girarse hacia ella, abriendo los puños y mostrándole las palmas abiertas, como

si le enseñara los estigmas. Bueno, había sangre en sus manos, pero desde luego no le brotaba de una herida en el medio de la palma.

—Entonces, ¿es eso lo que quieres? —pregunta—. ¿Vas a estar reconcomiéndote, y quejándote y haciendo cosas espantosas para todos los demás? ¿No le vas a pedir nada más a la vida?

—No —le dice ella—, porque mi vida terminaba el día que cumplía trece años. Por lo que a mí respecta, a partir de ese momento yo tenía que ser parte de la vida de otras personas. Eso estaba bien. Eso es lo que yo quería. Y lo que

todavía quiero. ¿Por qué te parece tan difícil de creer?

Él la mira por un instante demasiado largo, y ella trata de imaginárselo vestido de blanco, como un diezmo. Le podría gustar ese chico cuando todavía era puro e inmaculado. Pero el chico que tiene ahora ante ella es otra persona distinta.

—Lo siento —dice, sin sentirlo en absoluto—. Supongo que estoy suspendida en la escuela de desprogramación. —Le vuelve la espalda y aguarda un instante, sabiendo que él sigue allí. Al cabo de un rato, se da otra vez la vuelta, pero entonces

descubre que Lev ya no está. Se ha ido, cerrando la puerta tan sigilosamente que no lo oyó.

27. Lev

Lev está presente en otra nueva reunión del personal. No sabe por qué lo invitan, pues Cavenaugh nunca escucha lo que él dice. Esos encuentros le hacen sentirse como la mascota favorita de todos. Esta vez, sin embargo, está decidido a hacerse oír.

Aun antes de que empiecen, Lev habla lo bastante alto para captar la atención de todo el mundo, robándole el papel a Cavenaugh antes de que este tenga la posibilidad de asumirlo:

—¿Por qué ha vuelto mi retrato al

comedor? —pregunta—. Ya lo estropearon una vez, ¿por qué volver a ponerlo?

La pregunta consigue callar a todo el mundo, y pone orden en la sala.

—Yo mandé que lo restauraran y lo volvieran a poner —dice Cavenaugh—. La seguridad que proporciona a los antiguos diezmos es algo muy valioso.

—¡Estoy de acuerdo! —dice una profesora—. Yo creo que les ayuda a tomar una actitud positiva. —Entonces enfatiza su frase con un gesto reverencial dirigido a Cavenaugh—. Por lo que a mí respecta, me gusta y lo apruebo.

—Bueno, a mí no me gusta y no lo apruebo —dice Lev, expresando por primera vez su punto de vista en voz bien alta—. Yo no quiero ser una especie de dios. No deberían ponerme en un pedestal. Yo no soy y nunca he sido esa imagen en la que queréis convertirme.

Se hace un silencio en la sala, mientras todos aguardan a ver cómo reacciona Cavenaugh. Él se toma su tiempo y finalmente dice:

—Todos tenemos nuestro trabajo aquí. El tuyo es muy claro y muy simple: ser un ejemplo para que lo sigan los demás. ¿Te has dado cuenta de que los

chicos se están dejando crecer el pelo? Al principio pensé que tu pelo sería un inconveniente, pero ahora ellos te imitan. Es lo que necesitan en esta coyuntura.

—¡Yo no soy un modelo de conducta! —exclama Lev. Se pone en pie sin siquiera darse cuenta—. Yo fui un aplaudidor, ¡un terrorista! ¡Tomé decisiones espantosas!

Cavenaugh conserva la calma:

—Son tus buenas decisiones las que nos importan. Ahora siéntate y vamos a seguir con la reunión.

Lev recorre la mesa con la mirada, pero no encuentra apoyos. Lo único que

ve es que todos están de acuerdo en que aquel arrebato es una de sus malas decisiones, y que es mejor olvidarlo. Él se enfurece con el mismo tipo de rabia que un día lo convirtió en un aplaudidor, pero se contiene, se sienta, y permanece callado durante el resto de la reunión.

Solo cuando la reunión termina, Cavenaugh le coge la mano. No para estrechársela, sino para darle la vuelta y mirarle los dedos. O, más exactamente, para mirarle las uñas:

—Será mejor que te las restriegues bien, Lev —le dice—. La pintura de aerosol se quita con aguarrás, tengo entendido.

28. Risa

Risa no celebra la Pascua con nadie. Ni siquiera está segura de cuándo es la Pascua, pues ha perdido la cuenta de los días. De hecho, hasta ignora dónde se encuentra.

Al principio se hace cargo de ella la Autoridad Juvenil de Tucson para trasladarla en un vehículo blindado y sin ventanas a otro centro de detención que se encuentra a unas dos horas de distancia (en Phoenix, supone ella). Allí le envían a gente para interrogarla.

—¿Cuántos chicos hay en el

Cementerio?

—Unos cuantos.

—¿Quién os envía provisiones?

—George Washington. ¿O es Abraham Lincoln? No me acuerdo.

—¿Con qué frecuencia recibís nuevos ASP?

—Con la misma frecuencia con la que pega usted a su mujer.

Los interrogadores se enfurecen con su falta de cooperación, pero ella no tiene intención de decirles nada útil. Además, Risa sabe que le preguntan cosas cuya respuesta ya conocen. Esas preguntas no son más que pruebas para ver si ella les dice verdades o mentiras.

Pero Risa no hace ninguna de las dos cosas: solo convierte cada interrogatorio en una chanza.

—Tu cooperación pondría las cosas más fáciles para ti —le dicen.

—No quiero las cosas fáciles —responde ella—. He tenido una vida muy difícil, y prefiero seguir con lo que conozco.

Dejan que pase hambre, pero que no se muera. Le dicen que tienen en custodia a Elvis Robert Mullard y que están negociando con él un acuerdo para que les dé información, pero sabe que mienten, porque si lo tuvieran, sabrían que no es Mullard sino Connor.

Aquello dura semanas. Entonces, un día, entra un policía de la brigada juvenil que la apunta con una pistola y, sin más ceremonia, le dispara una bala aletargante. No en la pierna, donde le dolería menos, sino directa al pecho, donde le escuece hasta que pierde el conocimiento.

Se despierta en otra celda diferente. Un poco más nueva y más grande, tal vez, pero celda al fin y al cabo. No tiene ni idea de dónde la han llevado esta vez ni por qué. Aquella nueva celda no está adaptada en absoluto para una parapléjica, y sus carceleros no le han ofrecido ninguna ayuda desde que llegó.

No es que Risa la hubiera aceptado, pero parece que quieren que se las vea negras para entrar en el baño, o para echarse en la cama, que es más alta de lo normal solo para convertir en una experiencia terrible el simple hecho de acostarse en ella.

Risa tiene que aguantar una semana comiendo la comida que le lleva un hombre que no pronuncia palabra y que está vestido de guardia de seguridad. Risa sabe que ya no está en manos de la Autoridad Juvenil, pero es un misterio quiénes serán sus nuevos carceleros. Estos de ahora no le hacen preguntas, y eso le preocupa por el mismo motivo

que le preocupa a Connor el hecho de que el Cementerio no haya sido tomado al asalto. ¿Son ellos tan poco importantes en el gran diseño de las cosas que la Autoridad Juvenil ni siquiera la tortura para obtener la información que buscan? ¿Se han estado engañando al pensar que importaban algo?

Durante todo ese tiempo ha intentado no pensar en Connor, porque le duele demasiado. Cuánto tiene que haber sufrido él al enterarse de que ella se había entregado. Estaría horrorizado y anonadado. Bueno, bien, que lo esté: ya lo superará. Risa lo hizo tanto por él

como por el muchacho herido, pues, por muy doloroso que resulte admitirlo, sabe que se había convertido en una distracción para Connor. Si él va a liderar a esos muchachos del Cementerio como lo hacía el Almirante, no le puede estar dando masajes en las piernas a Risa y preocupándose por sus necesidades sentimentales. Puede que él la quiera, pero es evidente que, en aquel momento, apenas hay sitio en su vida para ocuparse de ella.

Risa no tiene ni idea de qué le deparará el futuro. Lo único que sabe es que tiene que pensar en ese futuro y no en Connor, da igual lo que le duela.

Unos días después, Risa recibe una verdadera visita: una mujer bien vestida, con aire de autoridad.

—Buenos días, Risa. Es un placer conocer por fin a la chica que está detrás de todo el guirigay.

Risa comprende al instante que alguien que usa la palabra «guirigay» no puede ser amiga suya.

La mujer se sienta en la única silla que hay en la celda. Es una silla que nunca se ha usado, porque no ha sido precisamente pensada para una parapléjica. De hecho, como el resto de las cosas que hay en la celda, parece

específicamente diseñada para resultarle inaccesible a Risa.

—Confío en que te estén tratando bien…

—No me han tratado de ningún modo. Sencillamente me han ignorado.

—No te han ignorado —le dice la mujer—. Solo te han dejado algún tiempo para acomodarte. Te han dejado en paz para que puedas pensar.

—El caso es que dudo que me hayan dejado en paz realmente. —Risa lanza una mirada a un gran espejo que hay en la pared, a través del cual distingue sombras de vez en cuando—. ¿Soy una especie de prisionera política? —

pregunta ella, yendo al grano—. Si no van a torturarme, ¿es que tienen pensado dejarme que me pudra aquí? ¿O tal vez me van a vender a un pirata de partes? Podrán aprovechar al menos las partes que funcionan.

—Ninguna de esas cosas —dice la mujer—. Estoy aquí para ayudarte. Y tú, cielo, nos vas a ayudar a nosotros.

—Eso lo dudo —Risa se separa en su silla de ruedas, aunque no puede ir muy lejos. La mujer no se levanta de su silla. Ni siquiera se mueve: sigue allí, cómodamente sentada. Risa quería controlar aquella situación, pero aquella mujer domina solo con su voz.

—Me llamo Roberta. Represento a una organización llamada Ciudadanía Proactiva. Nuestro propósito, entre otras cosas, es hacer el bien en este mundo. Buscamos tanto el avance de la ciencia y la libertad como proveer la ilustración espiritual.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

Roberta sonríe y se queda un momento callada, manteniendo la sonrisa antes de volver a hablar:

—Voy a hacer que desaparezcan las acusaciones que pesan sobre ti, Risa. Pero, lo que es más importante, te voy a levantar de esa silla de ruedas y voy a

dotarte de una nueva columna vertebral.

Risa se vuelve hacia ella. La embargan muchas emociones que entran en conflicto unas con otras. Más de lo que puede soportar en aquel momento.

—¡No, de eso nada! Estoy en mi derecho de rechazar la columna vertebral de un desconectado.

—Sí, así es —dice Roberta con mucha tranquilidad—. Sin embargo, estoy convencida de que cambiarás de opinión.

Risa se cruza de brazos, más segura de su firmeza que Roberta de lo contrario.

De nuevo le dan el tratamiento de silencio, pero deben de estar impacientándose, pues esta vez solo dura dos días en vez de una semana. Roberta regresa y se vuelve a sentar en la silla diseñada para personas con plena movilidad. Esta vez lleva una carpeta con ella, aunque Risa no ve lo que hay dentro.

—¿Has pensado un poco en mi oferta? —le pregunta Roberta.

—No lo necesito. Ya le he dado mi respuesta.

—Es muy noble atenerse a los principios y negarse a recibir la columna vertebral de un desconectado

—dice Roberta—. Sin embargo, eso muestra una disposición de ánimo equivocada que no resulta productiva ni adaptativa. De hecho, es regresiva, y solo logra convertirte en parte del problema.

—Tengo intención de conservar mi «disposición de ánimo equivocada», lo mismo que mi silla de ruedas.

—Muy bien. No te quitaré tu posibilidad de elegir. Roberta se recoloca en su silla, tal vez un poco irritada, o tal vez solo impaciente—. Hay alguien a quien me gustaría que conocieras. —Entonces se pone de pie y abre la puerta. Risa comprende que, sea

quien sea, ha estado esperando al otro lado, mirando a través del espejo trucado.

—Puedes pasar ahora —le dice Roberta con voz alegre.

Un chico entra con cautela. Parece de unos dieciséis años. Tiene piel multicolor y también vetas multicolores en el pelo. Al principio, Risa piensa que se trata de alguna modificación extrema del cuerpo, pero no tarda en comprender que es algo más que eso. Hay algo en él intensamente erróneo.

—Hola —saluda él, y sonríe tímidamente con sus dientes perfectos—. Soy Cam. Tenía muchísimas ganas de

conocerte, Risa.

Risa se echa hacia atrás, y pega en la pared con la silla de ruedas. En ese momento comprende qué es lo que está viendo exactamente, comprende por qué aquel chico parece un ser erróneo. Ha visto un informativo sobre aquella creación. La carne se le estremece a Risa. Si pudiera, esa carne escaparía por los respiraderos de las paredes para huir de lo que está viendo.

—¡Aparta de mí esa cosa! ¡Es repugnante! ¡Apártala!

La expresión de él refleja el horror de Risa. También él se echa para atrás y choca contra la pared.

—Está bien, Cam —dice Roberta—. Ya sabes que la gente tiene que acostumbrarse a ti. Y ella se acostumbrará.

Roberta le ofrece la silla, pero de repente Cam ya no quiere estar allí, solo quiere escapar, lo mismo que Risa. Risa mira a Roberta para no tener que mirar a Cam:

—Le he dicho que saque esa cosa de aquí.

—Yo no soy una cosa —dice Cam.

Risa niega con la cabeza:

—Sí, sí que lo eres. —Sigue sin mirarlo directamente—. Ahora sáquelo de aquí o le juro que le arrancaré con

mis manos cada parte robada de su cuerpo.

Risa hace esfuerzos por no mirarlo, pero no puede contenerse. La cosa ha empezado a llorar lágrimas de los lacrimales robados a algún otro, y eso enfurece a Risa todavía más.

—Puñal hundido hondo —dice él. Risa no tiene ni idea de qué es lo que quiere decir, pero tampoco le importa.

—Sáquelo de mi vista —le grita a Roberta—. Y si tiene usted un gramo de decencia, ¡mátelo!

Roberta la mira con severidad, y se vuelve hacia Cam.

—Puedes irte, Cam. Espérame fuera.

Cam sale presuroso, con torpeza, y Roberta cierra la puerta. Ahora está furiosa. Si Risa puede estar segura de algo, es de que la ha sacado de sus casillas.

—Eres una chica cruel —dice Roberta.

—Y usted un monstruo capaz de crear una cosa como esa.

—La Historia juzgará quiénes somos y qué es lo que hicimos. —Y entonces deja una hoja sobre la mesa—. Este es un impreso de autorización. Fírmalo, y para este fin de semana tendrás una nueva columna vertebral que funcione.

Risa lo coge, lo hace trizas y lanza

los trozos al aire. Roberta debía de estar esperándolo, porque al instante saca un segundo impreso de autorización de su carpeta y vuelve a dejarlo en la mesa.

—Te curarán, y resarcirás a Cam por lo mal que lo has tratado hoy.

—¡Ni en esta vida, ni en ninguna otra!

Roberta sonríe como si supiera algo que no sabe Risa:

—Bueno… aquí se queda, esperando que cambies de parecer. —Entonces sale de la celda, dejando el bolígrafo y el impreso sobre la mesa.

Risa mira el impreso de autorización mucho después de que Roberta haya

salido. Sabe que no lo firmará, pero le intriga el hecho de que la quieran a ella. ¿Por qué es tan importante para ellos arreglar su cuerpo destrozado? Solo hay una respuesta para esa pregunta: Por algún motivo, Risa es mucho más importante de lo que se imaginaba. Importante para ambos lados.

29. Cam

Está en el cuarto de observación. Ha estado allí más a menudo de lo que querría admitir, espiando a Risa. Aunque, como es algo oficialmente consentido, realizado a través de un espejo trucado, no se le llama espiar: se le llama vigilar.

Al otro lado del espejo, Risa mira el contrato que Roberta le ha puesto delante. Su expresión es glacial, tiene las mandíbulas apretadas. Al final coge la hoja… y la pliega hasta hacer un avión de papel que lanza contra el

espejo. Cam se sobresalta, y eso le da rabia. Sabe que Risa no lo puede ver, y sin embargo ella mira al espejo, al lugar exacto en que se encuentran los ojos de él. Por un instante, Cam tiene la impresión de que su mirada no solo puede atravesar el espejo, sino también penetrarlo a él, y no puede por menos de apartar la mirada.

No puede soportar que ella lo odie. Debería habérselo esperado, pero aun así las palabras de ella le han herido profundamente, y quisiera devolverle el daño que le ha hecho. Pero no. Esa no es más que la reacción de ciertos desconectados que tiene en la cabeza,

chicos que responden a la más leve provocación. Él no cederá a esos impulsos. Él cuenta con bastantes partes sensatas para equilibrar las cosas, y permitirle controlar esas otras partes que amenazan con romper la paz. Recuerda que, como dijo Roberta, él es el nuevo paradigma, el nuevo modelo de lo que la humanidad podría, o debería, ser. El mundo se acostumbrará a él, y con el tiempo lo adorará. Y Risa lo mismo.

Roberta entra tras él en el cuarto y le habla en voz baja:

—No sirve de nada que sigas aquí.

—Jericó —responde él—. Ella es

un muro, pero se derrumbará. Sé que se derrumbará.

Roberta le sonríe.

—No me cabe duda de que te la ganarás. De hecho, sospecho que cambiará de opinión antes de lo que te imaginas.

Cam intenta leer entre las líneas de su sonrisa, pero no consigue entender lo que ella tiene en mente:

—El gato se comió al canario: no me gusta cuando te guardas secretos.

—No son secretos —le dice Roberta —. Solo una fe enorme en la naturaleza humana. Ahora ven, ya casi es la hora de tu sesión fotográfica.

Cam lanza un suspiro:

—¿Otra…?

—¿Prefieres una conferencia de prensa?

—¿O un palo en el ojo? ¡No, gracias!

Cam tiene que admitir que aquel nuevo acercamiento a los medios de comunicación es mucho mejor que las entrevistas y conferencias de prensa. Roberta y sus amigos de Ciudadanía Proactiva han diseñado una campaña publicitaria de primera categoría: carteleras, anuncios impresos, fotos digitales… de todo y más. Son solo fotos, pero los anuncios tienen fuerza.

La primera ronda de anuncios ofrecerá detalles de varias partes de él: un ojo, vetas de su cabello multicolor, el punto de su frente del que arrancan distintos tonos de carne… Cada imagen estará acompañada por una leyenda sucinta y enigmática del tipo: «Ha llegado el momento», o «El radiante mañana», sin dar más pistas sobre lo que se está anunciando. Entonces, cuando se haya despertado la curiosidad del público, pasarán a la segunda fase, en la que los anuncios mostrarán su rostro, su cuerpo, y al final a él entero.

—Te rodearemos de misterio —le había dicho Roberta—. Jugaremos con

la pueril fascinación que la gente siente por lo exótico, hasta que salten de impaciencia deseando ver más.

—Un striptease —había contestado Cam.

—Una versión elevada de esa idea, digámoslo así —había admitido Roberta —. En cuanto la campaña publicitaria haya despegado, entrarás en los ojos del público no como un bicho raro, sino como una celebridad. Y cuando por fin te dignes a conceder entrevistas, lo harás según las condiciones que nosotros impongamos.

—Según las condiciones que yo les imponga —había corregido Cam.

—Sí, claro: según tus condiciones.

Ahora, mientras Cam mira a Risa a través del espejo trucado, se pregunta cómo podría lograr que también ella viviera aceptando sus condiciones. Roberta le ha dicho que puede tener todo lo que desee, pero ¿y si lo que él más deseara fuera que Risa eligiera, por propia voluntad, estar con él?

—Cam, por favor… Ven, o llegaremos tarde.

Cam se pone en pie, pero antes de irse, echa una última mirada a través del espejo a Risa, que se ha subido a la cama con mucho esfuerzo. Ahora está tendida boca arriba, observando el techo

con aire taciturno. Entonces cierra los ojos.

«La princesa eternamente durmiente», piensa Cam. «Pero te liberaré de esos espinos ponzoñosos que rodean tu corazón. Y entonces no tendrás más opción que amarme».

30. Nelson

El policía de la brigada juvenil convertido en pirata de partes se desvía para comprobar una de sus trampas más fructíferas. La trampa se encuentra, sin embargo, en un lugar desafortunado, porque está en un campo que se inunda cuando hay tormenta. Nada resulta tan irritante como encontrar a un ASP ahogado. Salvo quizá liquidar a uno. Preferiría seguir buscando pisos francos con la esperanza de encontrar a Connor Lassiter en uno de ellos, pero dado que se prevén importantes tormentas en toda

la parte central de Estados Unidos, merece la pena echarle un vistazo a aquella trampa en particular.

La trampa es un trozo de tubería de desagüe, un cilindro de hormigón de metro y medio de alto por seis metros de largo, situado en un campo de barbecho que nadie ha trabajado en años. Media docena de tales tuberías descansan por allí, infestadas de hierbajos, todo ello abandonado cuando se canceló algún proyecto de obra pública. Es un buen escondite para desconectables fugados y, de hecho, uno de los segmentos de túnel tiene en el medio una pequeña provisión de latas de comida. Sin

embargo, la superficie interior de ese mismo cilindro está impregnada con una resina superadhesiva que se pega a la ropa y a la carne con tal tenacidad que alguien que se queda atrapado en el tubo es como si estuviera atrapado en el hormigón. A Nelson le encanta eso de poder atrapar desconectables del mismo modo que otros atrapan cucarachas.

Efectivamente, alguien se ha quedado pegado al tubo.

—¡Socorro! —grita el chico, como una mosca atrapada en la telaraña—. ¡Socorro, ayúdeme! —El chico es delgaducho y está lleno de acné, con los dientes torcidos y amarillentos de

mascar tabaco o tal vez simplemente debido a los malos genes. En cualquier caso, no es un espécimen de primera calidad, y no le darán mucho por él en el mercado negro. Tiene el pelo lleno de pegamento, aunque Nelson se teme que limpio no tendrá un aspecto mucho mejor.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido? —dice Nelson, fingiendo preocupación.

—¡Es como pegamento o algo así! ¡No me puedo despegar!

—Vale —dice Nelson—, creo que te podré sacar de ahí. Tengo un desencolador en la furgoneta. —En realidad ya lo lleva con él, pero hace

como que se va corriendo y vuelve corriendo también. A continuación empapa un trapo hediondo con el fluido, se mete en el túnel, y empieza a frotar la ropa y la piel del muchacho. Poco a poco, el chico se libera del adhesivo.

—Gracias, señor —le dice el muchacho—. ¡Muchísimas gracias! — Nelson sale del tubo y aguarda en la boca del túnel a que salga el muchacho cubierto de pegamento, igual de asqueroso que un bebé al nacer. Entonces, cuando el muchacho sale a la luz del día, se le enciende finalmente una lucecita en el cerebro—: Eh, espere un segundo… ¿por qué va a llevar nadie

un desencolador en la furgoneta, a menos que…?

Nelson no le da ocasión de terminar la frase. Agarra al muchacho, le dobla los brazos por detrás de la espalda, y le ata las muñecas con una brida de plástico. A continuación lo arroja al suelo y le pincha con el lector de ADN.

—William Yotts —dice Nelson, y el muchacho gime—. ASP desde hace cuatro días. No muy bueno eligiendo escondites, ¿verdad?

—No me va a desconectar —grita Yotts—. ¡No me va a desconectar!

—Tienes razón, no te voy a desconectar —le dice Nelson—. Solo te

voy a vender: ¡Din don…!

El chico se pone al mismo tiempo pálido y colorado, como a manchas. Nelson le sorprende con una aguja hipodérmica. Sin embargo, no se trata de tranquilizantes.

—Antibióticos —le aclara al muchacho—. Esto te curará cualquier infección que hayas podido pillar en ese tubo. Y hasta las que tuvieras antes. Por lo menos la mayoría, vamos.

—Por favor, señor, no lo haga, por favor…

Nelson se arrodilla y le echa una buena ojeada.

—Te diré una cosa —le comenta: me

gustan tus ojos, así que voy a hacer un trato contigo…

Corta la brida, y le ofrece el mismo trato que ofrece siempre: la cuenta atrás. Una posibilidad de escapar. Los ASP nunca se dan cuenta de que no tienen ninguna posibilidad en el juego. No se les pasa por la cabeza que Nelson puede contar todo lo rápido que quiera, ni tampoco saben que es muy, muy buen tirador.

Como todos los demás, aquel chaval piensa que él sí podrá escapar. Sale corriendo, tropezando en el suelo y levantándose mientras Nelson cuenta. Se acerca a la carretera al tiempo que

Nelson llega a «ocho» y levanta la escopeta.

—Nueve. —Nelson tiene un blanco claro: el logo que tiene la camiseta en la espalda—. ¡Diez! —Entonces Nelson baja la escopeta y no dispara. Ve cómo el chico cruza la carretera y está a punto de ser atropellado por un coche, pero el coche lo esquiva con un viraje brusco. El muchacho desaparece entre los árboles.

Nelson está admirado de su propia contención: ¡habría sido tan fácil derribarlo! Pero tiene otros planes para aquel ASP. La inyección que le puso al chico no era ningún antibiótico en

realidad, sino un sistema para introducirle un chip microscópico de seguimiento. Del mismo tipo que usan para controlar la población de especies en peligro. Desde que empezó su nueva misión, aquel es el cuarto ASP al que Nelson se lo ha puesto antes de soltarlo en el campo. Con un poco de suerte, la resistencia los encontrará y les facilitará el camino al santuario de los ASP donde está escondido Connor Lassiter. Pero, mientras tanto, tiene por allí muchas pistas que seguir.

Nelson sonríe: es bueno tener un objetivo, algo que le haga a uno mirar hacia adelante con alegría.

31. Miracolina

Miracolina soporta durante semanas, sin rendirse, el cautiverio y desprogramación que sufre a manos de la Resistencia Anti División. No cede a las cosas que tratan de enseñarle, pero ha aprendido a moverse dentro del aquel pequeño mundo de antiguos diezmos, y a hacer lo que se espera de ella porque es la única forma de que la dejen en paz. Llegan nuevos diezmos; y algunos de los antiguos son colocados con distintas familias, para lo cual se les proporciona una nueva identidad. No hay ningún plan

semejante para Miracolina. Aun cuando coopere en parte, sigue suponiendo mucho riesgo. No tienen ni idea, sin embargo, de qué es lo que Miracolina planea en realidad.

Se considera preparada para cualquier reto. Aunque es un diezmo, no ha vivido la misma vida acomodada de la mayoría de los diezmos, y si bien no es una chica de la calle, se considera espabilada y capaz de moverse por el mundo. Escapar del puño enfundado en guante de terciopelo de la resistencia será un reto, pero no insuperable.

Lev la había avisado enseguida de la inutilidad de un intento de fuga:

—Hay tiradores por todas partes, con rifles aletargantes —le había dicho, procurando que sonara desalentador. Pero cualquier información puede ser una ayuda, y Lev había dejado caer que aunque hay una valla, no está electrificada. Es bueno saberlo.

Explora cada esquina de la enorme mansión a la que tiene acceso, poniendo especial atención a las muchas habitaciones abandonadas y en ruinas, y a los corredores que están demasiado deteriorados para restaurarlos. La mayoría de las ventanas están clausuradas con tablas, y todas las puertas que dan al exterior se hallan

cerradas con llave. Pero cuanto más olvidada esté una zona, menos de fiar serán las cerraduras, y un candado no aguanta más que la madera a la que está fijado. Un ejemplo de eso es la cerradura de la puerta del jardín, que está llena de termitas. Al verla, toma nota para más adelante.

Las comidas de los antiguos diezmos se sirven normalmente en platos de porcelana descascarillada que debe de haber sido parte de la colección Cavenaugh en días mejores, pero los domingos sacan todo lo mejor, incluyendo unas fuentes de plata lo bastante grandes para poder meterlas

debajo de la camisa y utilizarlas a modo de armadura. De nuevo, Miracolina toma nota para futuras necesidades.

Ahora todo lo que necesita es una distracción, no solo dentro de la mansión, sino también fuera. Por desgracia, eso no es algo que ella pueda producir, así que tiene que aguardar el momento apropiado, confiando en que la ocasión se presentará por sí sola.

Y la ocasión se presenta, cierta noche de domingo, en la forma de una alerta por tornados.

Empieza a levantarse viento a la

hora de la cena. La tormenta que se avecina retumba a través de la conversación de todos los muchachos. Algunos están asustados, otros emocionados. Lev está ostentosamente ausente. Tal vez se haya ido para evitar la tormenta, tal vez se lo hayan llevado corriendo sus protectores a un lugar más seguro. Cuando termina la cena, Miracolina recoge su plato, y de paso se lleva un par de fuentes de plata, se supone que para dejarlas en la cocina.

—No es necesario que hagas eso, Miracolina —dice uno de los profesores.

—Bueno, no me cuesta nada —

responde ella con una sonrisa, y el profesor le sonríe a su vez, contento de ver que se va integrando.

La tormenta sacude como lo hacen las tormentas de primavera, con un viento de advertencia al que sigue el diluvio universal. La lluvia cae por los agujeros del tejado en las zonas de la mansión que no han sido todavía reparadas. El salón de baile, donde Miracolina fue recibida por Lev el primer día, tiene al menos dos dedos de agua. En los dormitorios, las cazuelas colocadas debajo de las goteras se llenan y hay que vaciarlas. Es como ponerse a achicar un barco que se hunde.

El canal de meteorología muestra en Michigan un hormiguero de lucecitas rojas intermitentes, que representan las alertas por tornado.

—No os preocupéis —dice uno de los profesores—, disponemos de búnker contra tornados, si los meteorólogos proclaman la alerta en esta zona.

Cosa que hacen, exactamente, a las 8:43 horas.

Inmediatamente, el personal empieza a reunir a los muchachos. Entre los rayos que caen y el nerviosismo de los chicos, es difícil controlarlos a todos. Es entonces cuando Miracolina se escabulle con varias fuentes de plata y

desaparece por un pasillo secundario, corriendo hacia la puerta carcomida.

Poniéndose delante de la puerta, Miracolina se mete bajo la camisa las dos fuentes más grandes, una delante y otra detrás. Resultan frías e incómodas, pero muy necesarias. Se mete otras dos fuentes más pequeñas por los pantalones de chándal, convirtiéndolas en protectores para el trasero. Espera a que caiga un potente rayo que llene el cielo con sus destellos irregulares y estroboscópicos, y unos segundos después, en el momento en que el trueno retumba, golpea la puerta con el hombro. La puerta cede a la segunda embestida,

mientras el trueno sigue retumbando, engullendo el ruido que hace la puerta al abrirse.

Todavía queda un resto de sendero por el medio del arruinado jardín. Corre por el camino, empapada de inmediato y casi cegada por la lluvia. Sin dejar de correr, sale del jardín al claro lleno de hierbajos que da al bosque. Ahí es donde se encuentra al descubierto ante cualquier tirador, y se pregunta si las lentes de infrarrojos podrán ver a través de la espesa agua que cae. Sabe que el metal es un buen conductor de la electricidad, y le entra miedo de que un rayo pueda buscarla, pero tiene que

confiar en que eso no suceda. Tiene que creer que Dios ha llevado allí aquella tormenta para ella, para que pueda escapar y hacer lo que pretendía hacer. Y si un rayo cayera sobre ella, bueno, eso también sería una señal de lo alto, ¿no? Así se lo repite en una silenciosa plegaria.

«Señor, si lo que estoy haciendo está mal, entonces, por favor, que me caiga encima un rayo. Si no es así, entonces ayúdame a alcanzar la libertad».

32. Lev

Y cae un rayo. No un rayo encima de Miracolina, sino solo lo bastante cerca para iluminarla a la vista de todos. O al menos de quien dé la casualidad de que esté mirando.

Casi todos están de camino o ya dentro del búnker, que podrá soportar la fuerza de un tornado, o tal vez no, considerando lo viejo que es. Sin embargo, Lev, a quien siempre le han gustado las tormentas y tiene una ventana de verdad en su cuarto para contemplarlas, se da poca prisa en bajar.

Se demora un rato contemplando la violencia salvaje de la naturaleza. Una ráfaga de viento empuja las viejas ventanas casi lo suficiente para romperlas, y después llega el resplandor de un rayo especialmente largo. A la luz de ese resplandor, ve a alguien que corre por la hierba hasta entrar en el bosque. Solo es un breve vislumbre, pero es suficiente para que pueda identificarla sin dudar, aunque no pueda verle la cara.

33. Miracolina

Miracolina no oye el primer disparo de rifle, pero nota el dardo aletargante al pegar en la fuente de plata que lleva a la espalda, cuyo extremo curvo ha sujetado a la tela de la camiseta del chándal. No sabe dónde está el tirador, solo que está detrás de ella. Tenía la esperanza de que los tiradores hubieran abandonado su puesto para protegerse de la tormenta, pero al menos uno, quizá más, siguen vigilando, tal vez conscientes de que una tormenta como aquella es una clara oportunidad de fuga para cualquier

muchacho que aún no esté desprogramado.

Otro dardo le pasa zumbando a solo unos centímetros de distancia, proveniente de otra dirección distinta. O sea que hay más de un tirador todavía en su puesto. Saben que le apuntan al cuerpo porque no se arriesgarían a dispararle en la cabeza, así que recoge los brazos, asegurándose de que ofrece el blanco más pequeño posible. Otro dardo impacta en una de las fuentes más pequeñas, las que le protegen el trasero. Estuvo a punto de no ponérselas porque resulta más difícil correr con ellas, pero ahora se alegra de haberlo hecho. Esta

vez el dardo ni siquiera se clava, sencillamente rebota y cae.

En un instante se encuentra en el bosque, con las ramas de los árboles fustigándola por todos lados. Le sorprendería que hubiera algún tirador allí en el bosque. Es más que probable que los disparos provengan de la propia mansión. Duda de que ni el francotirador más entregado a su trabajo aguantara en su posición en el bosque en medio de una amenaza de tornado. No sabe en qué dirección está corriendo, pero cualquiera es correcta si le sirve para alejarse de la mansión. Sabe que al final llegará a una valla. Tan solo espera que

no sea demasiado alta para treparla.

Lo único que puede ver delante de ella son las imágenes congeladas que le ofrecen los relámpagos. Tiene la ropa rasgada y la cara arañada por las fustigadoras ramas. Se le hunden los pies en el barro, pero sale de él y sigue corriendo. Entonces, a la luz de un relámpago, ve una valla de tela metálica delante de ella. Tiene unos dos metros y medio de altura, algo que no sería demasiado difícil de trepar si no fuera porque en la parte de arriba hay alambre de espino. Eso supone más arañazos y más cortes, pero tiene que intentarlo. Está segura de que cualquier herida que

se haga podrá curar antes de que la desconecten.

Sin aliento y casi al límite de su resistencia, se lanza contra la valla. Pero, justo antes de llegar, la golpea alguien que es aún más veloz que ella y que la derriba al suelo, inmovilizándola contra la tierra mojada. Miracolina solo vislumbra su rostro, pero es suficiente para saber quién es: el chico divino ha ido a capturarla personalmente.

—¡Suéltame! —le grita a Lev, empujándolo y arañándolo.

Se arranca la fuente del pecho y la blande contra él. Le pega en la cabeza un golpe tremendo. Lev cae, pero vuelve

a levantarse.

—¡Te juro que te corto la cabeza con esto si tengo que hacerlo! —le dice ella —. ¡Suéltame! Me da igual que te veneren todos, me da igual si eres su santo patrón. ¡Me voy a ir, y tú no me vas a detener!

Entonces Lev se echa hacia atrás, respirando con dificultad, y le dice:

—Llévame contigo.

Eso no es lo que ella esperaba oír.

—¿Qué…?

—Yo ya no quiero seguir participando en esto. No puedo ser lo que quieren que sea. Yo no soy el santo patrón de nadie, y pueden seguir

rescatando diezmos sin mí. Así que yo también me voy.

Miracolina no tiene tiempo de averiguar si es un truco. Ni siquiera es capaz de procesar lo que Lev le está diciendo, pero si dice la verdad, siempre puede poner a prueba su determinación:

—Empújame hacia arriba de la valla.

Lo hace sin dudar. La ayuda a subir, y ella se clava el alambre de espino al bajar por el otro lado, ¡pero al menos ha llegado al otro lado! Entonces Lev, el chico al que Miracolina veía como carcelero suyo, trepa a su vez y se reúne

con ella al otro lado.

—Hay una carretera —dice él—, a unos cien metros o algo así a través del bosque. ¡Podremos parar un coche!

—¿Quién va a conducir en una noche como esta?

—Siempre hay alguien que necesita imperiosamente ir a algún sitio.

El viento se ha calmado un poco cuando llegan a la carretera, pero en presencia de tornados, eso podría ser una señal buena o mala. Todavía no han visto granizo, que es el indicio fijo de que se acerca algo mucho peor.

Efectivamente, pasan coches por la carretera de dos carriles. No muchos,

tan solo un coche cada uno o dos minutos, pero con un coche a ellos les basta.

—No se enterarán de que nos hemos ido hasta que pase la tormenta —dice Lev—. Si alguien nos coge, prométeme que no les dirás nada de la mansión ni lo que hacemos en ella.

—Yo no prometo nada —le dice Miracolina.

—Por favor —le ruega Lev—. Los otros chicos que hay allí no son como tú. No quieren ser sacrificados como diezmos. No los condenes a algo que no fue elección suya.

Aunque va contra su instinto,

precisamente en aquel momento la línea entre lo que está bien y lo que está mal resulta para ella lo bastante confusa para que responda:

—Está bien, no diré nada.

—Nos inventaremos una historia —dice Lev—. Íbamos en bici y nos pilló la tormenta. Tú no tienes más que corroborar lo que yo diga. Entonces, cuando nos apeemos del coche, si todavía quieres ser un diezmo, pues adelante. Yo no te lo impediré.

Y aunque ella duda de que él se lo ponga tan fácil, se muestra conforme.

—¿Qué me dices de ti? ¿Adónde irás?

—No tengo ni idea —le dice él, y hay tal brillo en sus ojos al decirlo, que Miracolina está segura de que es sincero.

Se acercan unos faros, y el viento recobra su furia. Mueven los brazos, y el vehículo, una furgoneta, se detiene a la orilla de la carretera. Baja el cristal de una ventanilla, y los dos se acercan a la puerta a toda prisa.

—¡Dios mío!, ¿qué hacéis ahí los dos? —pregunta el conductor.

—Íbamos en bici… no sabíamos que venía una tormenta —dice Lev.

—¿Dónde están las bicis?

—Las dejamos muy atrás —

interviene Miracolina.

—Ya las cogeremos cuando termine la tormenta —dice Lev—. Hay alerta por tornado, tenemos que salir de aquí. ¿Puede ayudarnos?

—Por supuesto.

El conductor quita el seguro, y Lev abre la puerta del acompañante. Cuando lo hace, se enciende la luz de dentro, iluminando por primera vez la cara del conductor. Aunque el momento exige agarrarse a un clavo ardiendo, al entrar Miracolina no puede evitar asustarse un poco al ver la cara del hombre. Hay algo raro en ella. O tal vez sean solo sus ojos.

34. Lev

Lev no presta mucha atención al conductor. Simplemente se alegra de librarse de la tormenta y de tener un medio de transporte que lo aleje de aquella jaula dorada. Le ha mentido a Miracolina: no tiene intención de dejarla entregarse a la Autoridad Juvenil. Puede que no sea capaz de detenerla, pero no dejará de intentarlo.

Una ráfaga de viento está a punto de sacar la furgoneta de la carretera, y el conductor tiene que aguantar el volante con ambas manos.

—Menuda tormenta, ¿eh? —dice el hombre mirando a Lev por el espejo retrovisor. Lev evita su mirada: lo último que desea es que lo reconozca como «aquel chico aplaudidor».

—¿Vais cómodos ahí? —pregunta el hombre. Aún no les ha preguntado hacia dónde van. Lev repasa en la mente los nombres de las ciudades que conoce en la zona para tenerlos preparados cuando le haga la inevitable pregunta.

El agua cae contra los cristales tan de lado y con tanta fuerza que los limpiaparabrisas no tienen nada que hacer, y es mejor pararlos. El hombre se vuelve hacia ellos.

—¿Alarma por tornados, decís? ¿Creéis que acabaremos en Oz? —Parece que está de un humor demasiado jovial, dadas las circunstancias.

—Cuanto antes lleguemos a casa mejor —comenta Miracolina.

—Sí, pero vosotros no vais hacia casa —dice él con la misma jovialidad en su voz—. Eso lo sabemos los tres, ¿no?

Miracolina le lanza a Lev una mirada de preocupación. El hombre mira fijamente a Lev, y solo entonces este se da cuenta de lo diferentes que son sus dos ojos. Eso le produce un escalofrío que no tiene nada que ver con

la tormenta.

—Ya sé que no se acuerda de mí, señor Calder, porque usted estaba inconsciente durante nuestro último encuentro. ¡Pero yo sí que me acuerdo de usted!

Lev acerca la mano a la puerta de la furgoneta, pero tiene el seguro echado, y no encuentra ningún botón para abrirla.

—¡Lev! —grita Miracolina, y cuando este vuelve la cabeza, ve que el hombre ha sacado una escopeta aletargante, que en aquel espacio cerrado parece extremadamente grande y terrible. Un fuerte granizo empieza a aporrear la furgoneta, y el hombre tiene

que gritar para hacerse oír.

—La primera vez que te disparé fue por accidente —le dice—. Pero esta vez no. —Y entonces, antes de que puedan pronunciar una palabra, los aletarga a ambos. Lev ve cómo se quedan en blanco los ojos de Miracolina y ella se desploma en el asiento antes de que a él le empiece a hacer efecto su propia dosis de aletargante y vaya cayendo, cayendo, cayendo mientras fuera el sonido del granizo da paso a un estruendo como el de un tren de mercancías que atravesara el infierno.

35. Nelson

A la luz de un rayo, ve el tornado que, delante de él, a menos de cien metros, arranca los árboles de la orilla de la carretera. Arranca incluso la propia carretera: pedazos de asfalto que vuelan hacia el cielo. Algo (un pedazo de asfalto o una rama de árbol, tal vez) abolla el techo de la furgoneta, como la pisada furiosa de un gigante. Una ventana lateral se hace añicos, y el viento arrastra la furgoneta desde el arcén a la mitad de la carretera.

Nelson no tiene miedo, solo un poco

de susto. La furgoneta empieza a inclinarse a la izquierda. Siente que el vehículo entero oscila entre el viento y la gravedad, que juegan con él al tira y afloja. Al final vence la gravedad, y el coche sigue siendo un objeto pesado y anclado en la tierra, en vez de un proyectil aéreo de dos toneladas. En un instante, el tornado se va, abriendo una raya irregular que se encamina hacia la desgracia de algún otro. El estruendo pierde intensidad, y se queda otra vez en nada más que un aguacero torrencial.

Aquel, Nelson lo sabe, es el segundo gran hito de su vida. El primero fue la bala aletargante que le robó cuanto era.

Pero ahora lo ha recuperado. La captura de Calder no es un accidente. Nelson nunca ha creído en la divina providencia, pero asume la noción de equilibrio, de que existe cierta justicia en el gran esquema de las cosas. Y si eso es cierto, entonces la justicia lo visitará muy pronto, poniéndole a Connor Lassiter en sus ansiosas manos.

QUINTA PARTE

SIN MÁS REMEDIO

«PASOTAS, GUARROS, GAMBERROS»: CÓMO DEMONIZAN LOS MEDIOS A LOS ADOLESCENTES

Según un reciente estudio, la imagen que los medios de comunicación transmiten de los chicos adolescentes como gamberros hace que los jóvenes tengan miedo de otros jóvenes.

Los datos muestran que la

mitad de las noticias sobre chicos adolescentes en los periódicos nacionales y regionales durante el pasado año (concretamente 4374 de entre 8 629) estaban relacionadas con la delincuencia. La palabra más comúnmente utilizada para describirlos era «gamberros» (591 veces), seguida de «matones» (119 veces) y «salvajes» (96 veces). Otros términos frecuentemente empleados eran «vándalos», «desalmados», «malvados», «aterradores», «basura», «monstruos», «inhumanos» y «amenazadores».

El estudio, encargado por

Women in Journalism *muestra además que solo cuando muere es probable que un adolescente reciba un tratamiento favorable en los medios.*

«Hemos encontrado algunas noticias en que ciertos adolescentes son descritos en términos elogiosos: "estudiante modelo", "ángel", "acólito" o "el hijo que cualquier madre querría tener"», concluye el estudio. «Pero por desgracia estos elogios se reservaban a muchachos que encontraban una muerte violenta y prematura».

RICHARD GARNER,
redactor de temas de
educación,
The Independent (periódico
del Reino Unido),
13 de marzo de 2009

El artículo completo puede
leerse en:
http://www.independent.co.uk

36. Connor

Connor descarga su agresividad contra el saco de arena al menos dos veces al día. Necesita hacerlo. Si no lo hiciera, podría descargarla contra la cara de alguien: contra el chaval perezoso que no limpia las letrinas, contra la chica imbécil que introduce un teléfono móvil en el Cementerio para poder llamar a sus amigas y contarles dónde está, o contra el que hace chistes después de cada atentado de un aplaudidor. Connor golpea tanto y tan fuerte el saco de arena que lo raro es que no se rompa.

Risa se ha ido.

Ya hace casi un mes de eso. Por lo que él sabe, ha debido de morir a manos de la Autoridad Juvenil, o de la Ciudadanía Proactiva, o de quien le haya echado la garra encima. No importa que tenga diecisiete años y sea discapacitada, no válida para la desconexión: el gobierno que todo lo ve puede resultar muy miope cuando se trata de escudriñar las acciones de sus propios tentáculos.

Connor ya no es el que era.

Siente cómo regresan sus viejos hábitos y pautas, los mismos que de entrada le granjearon una orden de

desconexión. Piensa en los días que precedieron a su fuga, cuando no era más que un muchacho problemático. Ha vuelto a lo mismo, solo que ahora es un muchacho problemático responsable de cientos de otros muchachos problemáticos. Aunque no puede dejar de pensar que no se trata de él entero. Su furia siempre parece encontrarse en la mano de Roland.

—Si quieres salir, nadie te lo va a echar en cara —le dice Starkey una tarde jugando al billar—. Deberías ir en busca de Risa. Hay otros que podrían dirigir este sitio. Trace podría hacerlo. Incluso Ashley o Hayden. —Resulta

curioso que no se mencione a sí mismo —. Tal vez podríamos votarlo, después de que te vayas. Para hacerlo democráticamente.

—Y tú ya tienes garantizado al menos un cuarto de los votos, ¿no? — dice Connor, yendo directo al grano, a través de los circunloquios de Starkey.

Starkey no deja de mirarlo, ni lo niega:

—Yo podría dirigir este lugar si tuviera que hacerlo.

Entonces cuela demasiado pronto la octava bola, y pierde el juego.

—Mierda, has vuelto a ganar.

Connor le echa una buena mirada a

Starkey, que desde el principio siempre le pareció directo y honesto. Pero, bueno, también Trace se lo parecía. Solo que ahora Connor empieza a sospechar que los pasos de Starkey podrían estar muy estudiados.

—Se te da bien lo de poner comida en la mesa, y les has dado un poco de orgullo a los de la cigüeña —le comenta Connor—, pero no te creas que eso te convierte en el no va más para los desconectables.

—No —dice Starkey—. Supongo que eso se queda para ti. —Entonces posa su taco de billar, y se va.

Connor se da de bofetadas para sus

adentros por ser tan paranoico. Lo cierto es que a él le gustaría preparar a Starkey para que le reemplazara algún día, pero ¿quién es él para preparar a nadie para nada?

Antes podía compartir sus inseguridades con Risa. A ella se le daba bien lo de ayudarlo a sostenerse colocando tiritas en su cuestionable carácter, tiritas que aguantaban lo bastante para curarlo y permitirle trabajar. Podía intentar confiar en Hayden, pero Hayden saca un chiste de cada cosa que se le dice. Connor sabe que es un mecanismo de defensa, pero eso no hace más fácil hablar con él

sobre algunos temas. Ahora su único confidente de verdad es Trace. A Connor le da rabia que Trace siga siendo su aliado más cercano, incluso después de revelarse como un traidor a ambos lados. Pero si Risa era una tirita, Trace es alcohol derramado sobre la herida abierta:

—Todos hemos perdido a personas queridas, y Risa no es distinta, así que deja de refunfuñar y haz lo que tienes que hacer.

—Yo no soy un mastodonte —le dice Connor—. No me entrenaron para no tener sentimientos.

—No es que no tengamos

sentimientos, sino que sabemos cómo dominarlos y utilizarlos para conseguir una meta determinada.

Y eso tal vez pudiera hacerlo también Connor si contara con una meta, pero la vida en el Cementerio cada vez parece tener menos rumbo. Es como una cinta de correr que arroja a los muchachos en cuanto cumplen los diecisiete.

Alguien (Connor sospecha que es Hayden) alerta al Almirante de que él no está sobrellevando bien la captura de Risa, y este decide hacer una visita por sorpresa.

Llega al Cementerio en una limusina

negra tan brillante que ni siquiera recoge el polvo que levanta por el camino. Connor apenas lo reconoce cuando sale del coche, pues el Almirante no solo está delgado, sino demacrado. Su piel, en otro tiempo bronceada por los años pasados bajo el sol del Cementerio, se ha quedado pálida, y no lleva puesto su uniforme lleno de medallas, sino unos pantalones de sport y una camisa de cuadros, como si acudiera a un partido de golf. Pero sigue siendo alto y tiene ese porte inconfundible de un oficial que está al mando.

Connor espera que el Almirante lo ponga a caldo, echándole una

reprimenda bastante peor que la que le echó él a Starkey, pero la actitud del Almirante no puede nunca predecirse:

—Has echado algún músculo desde la última vez que nos vimos —le dice el Almirante—. Espero que no te estés pinchando esos malditos esteroides que se ponen los mastodontes, porque te encogen los testículos y te los dejan como guisantes.

—No, señor.

—Bien. Porque tal vez merezca la pena transmitir tus genes.

Invita a Connor a sentarse con él en su lujosa limusina con aire acondicionado, y se quedan allí en la

pista, como si el coche fuera a sacar alas y despegar de un momento a otro.

Charlan un poco de diversas cosas. El Almirante le habla de la Gran Reunión Harlan: una enorme fiesta que preparó con todas las personas que habían recibido algún órgano de su hijo.

—Juraré hasta el día que me muera que Harlan estaba allí, vivo, en el jardín, y nadie me podrá demostrar que no era así.

Le cuenta a Connor cómo cuando todas las «partes» se volvieron cada una por su camino, Papamoscas, su amigo asmático, que no tenía adónde ir, permaneció con el Almirante, que ahora

lo educa como si fuera su nieto.

—El muchacho no es que sea la joya de la corona —admite el Almirante—, pero es muy sincero.

También le cuenta a Connor que, debido a su corazón enfermo, a él no le han dado más que seis meses de vida:

—Naturalmente, eso fue hace casi un año. La mayor parte de los médicos son imbéciles.

Connor sospecha que el Almirante seguirá vivito y coleando unos cuantos años más. Al final este aborda la verdadera razón de su visita:

—He oído que lo que le ha pasado a Risa te está afectando mucho —dice el

Almirante, y entonces se queda en silencio, sabiendo que Connor se verá obligado a romperlo. Y así es:

—¿Qué quiere que haga? ¿Simplemente seguir como si no hubiera pasado nada? ¿Como si ella no hubiera existido?

El Almirante mantiene el mismo semblante, pese a la ofuscación de Connor.

—No te tenía yo por uno de esos jovencitos que se pasan el tiempo compadeciéndose de sí mismos.

—Yo no me compadezco: ¡estoy furioso!

—La furia solo está de nuestra parte

cuando conocemos su calibre y hacia dónde apuntar con ella.

Eso le provoca a Connor una repentina risotada lo bastante sonora para que el conductor se vuelva a mirar.

—¡Esa ha sido buena! Alguien debería citarle a usted.

—Alguien lo hizo: la frase se encuentra en la página noventa y tres del *Manual de ordenanza* del primer curso de la Academia Militar, quinta edición. —El Almirante se vuelve para observar la actividad del Cementerio a través de las ventanillas tintadas—. El problema con vosotros los ASP es que usáis la furia como una granada, y la mitad de

las veces os estalla en la mano. —Entonces mira el brazo de Connor—. Sin intención de ofender…

—No me ofende.

Pero ahora que el Almirante se ha fijado en el brazo, lo observa más de cerca:

—¿De qué me suena ese tatuaje? —Entonces chasquea los dedos—. Roland, ¿no se llamaba así? Un verdadero insoportable.

—El mismo.

El Almirante sigue contemplando un poco más el tiburón:

—Supongo que no elegiste tú ese brazo.

—Yo no elegí que me pusieran ningún brazo —le dice Connor—. Si me hubieran dejado elegir, me habría negado a recibir ninguno, igual que rehusó usted un corazón de desconectado. Igual que Risa rehusó una nueva columna vertebral. —Connor siente que se le pone carne de gallina en el brazo a causa del frío casi glacial del aire acondicionado—. Pero el caso es que me lo pusieron, y no me lo voy a arrancar de un tajo.

—¡Harás bien en conservarlo! —dice el Almirante—. Roland pudo ser un bellaco, pero era un bellaco humano y se merecía algo mejor. Estoy seguro de que

se sentiría satisfecho de saber que su brazo gobierna el Cementerio con puño de hierro.

Connor tiene que reírse. ¡Que el Almirante trate de encontrarle sentido a lo que no lo tiene! Entonces el hombre se calla. Se pone serio y le dice:

—Óyeme bien. El asunto ese de Risa… por el bien de todo el mundo, tienes que dejarlo estar.

Pero hay cosas que Connor no puede dejar estar:

—No debería haber dejado que hiciera ese viaje al hospital.

—Si no lo hubiera hecho, según tengo entendido, habrían desconectado a

un muchacho inocente.

—¿Y…? ¡Que lo desconectaran!

El Almirante se pone tenso, pero no levanta la voz:

—Olvidaré que has dicho eso.

Connor lanza un suspiro:

—No debería haberme puesto a mí al cargo de esto. Usted quería que el ASP de Akron dirigiera este lugar, pero ese chico no existe. No existió nunca. No es más que una leyenda.

—No me arrepiento de mi decisión. Tú crees que estás fracasando… pero no es eso lo que veo yo. Claro, cuando uno está inmerso en su propio sufrimiento, es fácil convencerse de que no es bueno.

Pero a todos nos examinan en esta vida, Connor. Y la medida de un hombre no es cuánto sufre en el examen, sino el resultado final.

Connor tarda en asimilar estas palabras, preguntándose cuándo terminará ese examen en concreto y cuántas hojas le quedarán aún por rellenar. Eso le hace pensar en todas las cosas que Trace le ha dicho.

—Almirante, ¿ha oído hablar de algo llamado Ciudadanía Proactiva?

El Almirante medita un instante:

—Me suena de algo. ¿No han financiado alguno de esos malditos anuncios pro desconexión? —Niega con

la cabeza, disgustado—. Me recuerdan los viejos anuncios de la «generación del terror».

Connor no sabe de qué le habla:

—¿«Generación del terror»?

—Ya sabes… el alzamiento adolescente… los altercados salvajes…

—Me he quedado a cuadros.

El Almirante lo mira como si fuera tonto:

—Santo Dios, ¿ya no os enseñan nada en esos pobres remedos de colegios? —Entonces se calma, pero solo un poco—. No, supongo que no. La historia la escriben los vencedores, y cuando no hay vencedores, todo a la

trituradora. —Mira por la ventana con la triste resignación de un hombre que se sabe demasiado viejo para cambiar el mundo—. Debe educarse usted mismo, señor Lassiter —le dice—. Tal vez no lo enseñen, pero no pueden borrarlo por completo. Es el verdadero motivo por el que la gente se mostró tan dispuesta a aceptar el Acuerdo de Desconexión. El verdadero motivo de nuestro retorcido sistema de vida.

—Lamento ser tan ignorante —dice Connor.

—No lo lamentes. Simplemente, haz algo para evitarlo. Y si tienes curiosidad por esa Ciudadanía Proactiva, investiga

sobre ella también. ¿Qué es lo que has oído?

Connor piensa si contarle todo lo que le ha contado Trace al respecto, pero comprende que no sería bueno para el corazón del Almirante. Está retirado, y mientras se le pueda llamar para que le dé a Connor una rápida y necesaria patada en el culo, sería un error por parte de él involucrarlo en esas cosas.

—Nada —le dice Connor—. Solo rumores.

—Entonces déjaselo a esos que no tienen nada mejor que hacer que cotillear —le dice el Almirante—. Y ahora a tu puesto: levanta el culo de mi

limusina, y sálvales la vida a esos chicos.

En cuanto se ha ido el Almirante, Trace solicita respetuosamente un encuentro privado con Connor. Pese a admitir que trabaja para los de la Autoridad Juvenil y la Ciudadanía Proactiva, sigue tratando a Connor con toda la consideración que se le debe a un oficial al mando. Connor no sabe a qué carta quedarse. No sabe si es un engaño o si Trace es sincero. Aunque Connor no soporta ser un peón de la Autoridad Juvenil encargado de

guardarles su reserva oculta de desconectables, tampoco puede negar que recibir información privilegiada de Trace le hace sentir que es él quien engaña a la Autoridad Juvenil, y no al revés. La verdad no ha dejado a Connor en libertad, como sugería Trace, pero al menos le ha dado cierta sensación de dominio sobre sus carceleros.

Van por uno de los corredores del este, pasando por delante de filas de cazas tan polvorientos que las ventanas de la cabina ni siquiera parecen de cristal. Están lo bastante lejos de cualquier actividad que se desarrolle en el Cementerio para asegurarse de que su

encuentro es muy privado.

—Tienes que saber que están pasando cosas —le dice Trace.

—¿Qué tipo de cosas?

—Por lo que he podido saber, hay diferentes opiniones dentro de la Autoridad Juvenil. Los hay que quieren tomar este sitio: solo necesitan una disculpa.

—Si quieren tomar este lugar al asalto, el hecho de que nosotros estemos aquí ya es disculpa suficiente.

—Te he dicho que algunos quieren tomarlo al asalto. Los ejecutivos para los que yo trabajo no quieren, y mientras aquí todo vaya bien, pueden tener a los

de la Autoridad Juvenil amordazados. Yo he sido un soplón bueno, y sigo diciéndoles que Elvis Robert Mullard es muy eficiente.

Connor se ríe:

—¿Son de los que siguen pensando que Elvis no ha muerto?

—Ni la más remota idea. Pero yo no les he dado ningún motivo para que duden de mi palabra. —Trace se queda un momento callado—. ¿Le has dicho algo sobre mí al Almirante?

—No —contesta Connor—. Ni a nadie.

—Bien. Un líder debería saber cosas que no sabe nadie más, y

proporcionar a los demás solo la información imprescindible.

—Puedes ahorrarte la clase de la academia militar —le dice Connor—. ¿Era eso todo lo que querías contarme?

—Hay más.

Llegan al final del corredor, y Trace se detiene antes de meterse en el siguiente. Saca un papel del bolsillo y se lo entrega a Connor. Hay un nombre garabateado en él: «Janson Rheinschild».

—¿Se supone que tendría que conocerlo? —pregunta Connor.

—No: se supone que no lo conoce nadie.

Connor da muestras de escasa paciencia:

—No me hagas perder el tiempo con acertijos.

—Ahí está el caso —dice Trace—. Él es un acertijo. —Deja el todoterreno en punto muerto, y entran en el siguiente corredor.

—¿Recuerdas la otra semana, cuando fui a Phoenix para comprar componentes para el sistema eléctrico del *Dreamliner?*

—No fuiste a Phoenix —dice Connor—. Fuiste a encontrarte con tus jefes de Ciudadanía Proactiva. ¿Te crees que no lo sé?

Trace parece un poco sorprendido, y después contento:

—No te lo dije porque no sabía si confiabas en mí.

—No confío.

—Eso está muy bien. En cualquier caso, esta vez fue distinto. No solo se encontraron conmigo, sino que me llevaron en avión a su cuartel principal de Chicago. Me obligaron a darles un informe completo ante una sala de conferencias repleta. Por supuesto, me dejé en el tintero algunas cosas, como tu plan de fuga. Les dije que el *Dreamliner* es ya un nuevo avión dormitorio, y que la cabina se ha desmantelado y vendido.

—¿O sea que no solo me mientes a mí?

—No son mentiras. Es desinformación —dice Trace—. Después del encuentro, estuve fisgoneando un poco. En el vestíbulo había una pared de mármol en la que se conmemoraba a los antiguos presidentes de la organización, alguno de cuyos nombres seguramente reconocerías: gigantes de los negocios de antes y después de la guerra… pero faltaba un nombre. Habían picado el mármol para borrar el nombre, sin intentar colocar en su lugar otro trozo de mármol. Además, en el jardín había una escultura de los

fundadores: eran cinco, aunque claramente el pedestal estaba destinado a seis. Todavía quedaban señales de óxido donde había estado colocada la sexta estatua.

—Janson… ¿cómo seguía…?

—Rheinschild.

Connor intenta entenderlo pero no lo consigue:

—No tiene sentido. Si querían hacerlo desaparecer, ¿por qué no han reemplazado el trozo de mármol? ¿Por qué no han puesto otro pedestal más pequeño?

—Según parece —dice Trace—, no solo querían hacerlo desaparecer… sino

que querían asegurarse de que los miembros de la organización no olvidaban que lo habían hecho desaparecer.

Connor siente un escalofrío, pese al calor del desierto:

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—Antes de que me subieran al avión de regreso, dos de los ejecutivos más simpáticos me llevaron a su club privado, un lugar que servía el tipo de alcohol que ni siquiera se encuentra en el mercado negro: auténtico vodka ruso, tequila de antes de que se extinguiera la pita, cosas que deben de costar miles de

dólares el trago, y lo engullían como si fuera agua. Cuando estaban bien borrachos, pregunté sobre la estatua que faltaba. Uno de ellos pronunció el nombre de Janson Rheinschild, y a continuación se mostró preocupado por haberlo dicho. Después de eso, cambiaron de tema, y pensé que se había terminado… —Trace para el todoterreno para mirar a Connor a los ojos mientras habla—. Pero entonces, cuando me iba, uno de ellos me dijo algo que aún no me he podido quitar de la cabeza. Me dio una palmada en el hombro, me llamó «amigo» y me dijo que la desconexión era algo más que un

proceso médico, que era el meollo mismo de nuestro modo de vida. «La Ciudadanía Proactiva se dedica a proteger ese modo de vida —me dijo—, y si sabes lo que te conviene, olvidarás que has oído el nombre de la estatua que falta».

37. Risa

ANUNCIO DE UTILIDAD PÚBLICA

«Yo era una tutelada del Estado a punto de ser desconectada, así que me hice ASP. Eso significa que ahora no debería estar aquí. Podrían pensar que he tenido suerte… pero precisamente porque permanecí entera, Morena Sandoval, una chica de catorce años, que era una extraordinaria estudiante con un futuro prometedor, murió porque no consiguió el hígado que yo tenía que haberle dado. Jerrin Stein, padre de tres hijos, murió de un infarto letal porque mi corazón no estaba

disponible cuando él lo necesitaba. Y el bombero Davis Macy perdió la vida por asfixia pulmonar porque mis pulmones no estaban allí para reemplazar a los suyos, que estaban afectados por un incendio.

«Hoy estoy viva porque escapé de la desconexión, y mi egoísmo les costó la vida a estas y a muchas otras personas. Me llamo Risa Expósito, soy una desconectable ASP, y ahora tengo que vivir sabiendo a cuánta gente inocente he matado».

Sufragado por Ciudadanos por la Justicia a los ASP

38. Hayden

Hayden se queda mirando la pantalla del ordenador, haciendo un esfuerzo por pensar que el «anuncio de utilidad pública» de Risa es una especie de broma de mal gusto, pero se ve bien que no lo es. Quiere enfurecerse con Tad, el afanoso rastreador de la red que se lo ha enseñado, pero sabe que no es culpa del muchacho.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Tad.

Hayden observa a su alrededor en el *Bombarroba*. Los ocho chavales que

están allí lo están mirando como si él pudiera hacer que el vídeo desapareciera.

—¡Es una maldita traidora! —exclama Esme.

—¡Cállate! —grita Hayden—. Cállate, déjame pensar. Intenta encontrar alguna explicación alternativa: tal vez no sea real, tal vez solo sea una imagen digital…; tal vez sea un truco diseñado para desmoralizarlos… pero la verdad habla más alto que ninguna conjetura: Risa está pronunciándose públicamente a favor de la desconexión. Se ha pasado al otro lado.

—Connor no debe enterarse —dice

Hayden.

Tad niega con la cabeza, receloso.

—Pero lo han pasado por la tele, y es tema del momento en la red desde esta mañana. Y no es solo un anuncio: Risa ha hecho unos cuantos anuncios más de utilidad pública, y además hay una entrevista.

Hayden camina por el abarrotado espacio del avión, intentando pensar con coherencia.

—Sí —dice, haciendo un esfuerzo por tranquilizarse—. Vale… Todos los ordenadores que tienen acceso a la red están aquí, en el *Bombarroba*, y en la biblioteca, ¿no? Y la tele del avión

recreativo recibe la señal directamente de aquí.

—Sí…

—Así que ¿podemos identificar a Risa con un programa de reconocimiento facial antes de que salga, y emborronarla antes de que aparezca? ¿Tenemos un programa que pueda hacer eso?

Nadie responde durante unos segundos. Entonces habla Jeevan.

—Tenemos montones de programas militares de seguridad. También tiene que haber cosas de reconocimiento facial. Seguro que puedo arreglarlo.

—Hazlo, Jeevan. —Entonces se

vuelve hacia Tad—: Corta la alimentación al avión recreativo y a la biblioteca hasta que termine. Ni emisiones de fuera ni conexión a la red. Le diremos a todo el mundo que el satélite no emite, o que un armadillo ha intentado aparearse con la antena parabólica: lo que sea. ¿Lo habéis entendido? —Todos expresan su acuerdo—. Y si alguno de vosotros le dice una palabra de esto a alguien, me encargaré de que paséis los próximos años de vuestra vida sacando la mierda de las letrinas. La bomba Risa no sale de aquí, ¿entendido?

De nuevo hay un acuerdo total, pero

Tad quiere añadir algo más:

—Hayden, hay algo en esto que no sé si has notado. ¿Has visto cómo…?

—¡No, no lo he visto! —dice Hayden, cerrándole la boca—. No he visto nada, y tú tampoco.

39. Connor

El hombre de Ciudadanía Proactiva decía que la desconexión era el meollo mismo del modo de vida del país.

Eso le impresiona a Connor del mismo modo que le había impresionado a Trace. Connor sabe que las cosas no han sido siempre como ahora, pero cuando el mundo ha sido igual durante toda tu vida, es difícil imaginar que pueda ser de otra manera. Hace años, antes de que él tuviera incluso edad de desconexión, Connor tuvo una bronquitis que no se le curaba. Incluso se habló de

conseguirle unos pulmones nuevos, pero el problema desapareció al final. Recuerda que estuvo enfermo durante tanto tiempo que se le olvidó cómo era eso de encontrarse bien.

¿Podía pasarle algo así a la sociedad entera?

¿Podía una sociedad enferma acostumbrarse a su enfermedad de tal modo que no recordara cómo era aquello de encontrarse bien? ¿Y si el recuerdo les parece demasiado peligroso a aquellos a los que les vienen bien las cosas tal como están?

Para Connor es la hora de ir al avión biblioteca para investigar un poco, pero

el ordenador no tiene conexión, así que se va directo a Hayden.

Hayden duda antes de responder:

—¿Por qué? ¿Qué necesitas? —Casi parece receloso, cosa que no es propia de él.

—Necesito mirar algo —le responde Connor.

—¿Eso no puede esperar?

—Puede, pero no puedo yo.

Hayden lanza un suspiro:

—Bueno, te puedo dejar que te conectes en el *Bombarroba*… a condición de que me dejes navegar a mí.

—¿Qué pasa, tienes miedo de que me cargue la red?

—Tú déjame, ¿vale? Hemos tenido un montón de problemas con los ordenadores, y yo mimo mucho el equipo.

—Vale, pero vamos a hacerlo antes de que me llame alguien para que me encargue de alguna supuesta emergencia.

Los chicos del *Bombarroba* se ponen claramente nerviosos en cuanto ven a Connor. No tenía ni idea de que inspirara aquel nivel de terror.

—Tranquilos, no pasa nada. —Y añade—: Todavía.

—Diez minutos —les dice Hayden, y los chicos desfilan escalera abajo, contentos de verse libres de su trabajo,

al menos por un rato.

Hayden se sienta con Connor, que saca el papel que le dio Trace.

—Vamos a buscar este nombre.

Hayden teclea «Janson Rheinschild», pero los resultados no prometen mucho.

—Mmm… Hay un Jordan Rheinschild, que es un contable de Portland. Jared Rheinschild… parece que es un chico de cuarto que ganó un premio de arte en Oklahoma…

—¿Ningún Janson?

—Varios J. Rheinschild —comenta Hayden. Y los comprueba: uno es una madre que hace un blog sobre sus niños,

que siguen cuatro gatos; otro es un fontanero… —Ninguno parece el tipo de persona a la que se le podría erigir una estatua de bronce para luego destruirla.

—¿Quién es ese tipo?

—Cuando lo averigüe, te lo diré.

Hayden gira la silla para mirar de frente a Connor.

—¿Eso es todo lo que buscabas?

Entonces Connor recuerda algo. ¿No le había hablado el Almirante sobre los acontecimientos que habían llevado a «nuestro retorcido modo de vida»? ¿De qué cosas decía que Connor tenía que aprender?

—Quiero que me busques «la

generación del terror».

Hayden lo teclea:

—¿Qué es eso? ¿Una peli?

Pero cuando empiezan a aparecer resultados, queda claro que no se trata de ninguna peli. Hay montones de referencias. El Almirante tenía razón: toda la información está allí para quien quiera encontrarla, pero enterrada entre miles de millones de páginas de la red. Entran en un artículo informativo.

—Mira la fecha —dice Hayden—. ¿No es de los tiempos de la Guerra Interna?

—No lo sé —responde Connor—. ¿Conoces las verdaderas fechas de la

guerra?

Hayden no tiene respuesta. Es extraño, porque Connor puede recordar fechas claves de otras guerras, pero la Guerra Interna resulta borrosa. Nunca ha tenido que estudiar nada de ella, ni ha visto programas en la tele sobre ella. Por supuesto, sabe que ocurrió, y por qué, pero aparte de eso no hay nada.

El primer artículo habla de una concentración espontánea de jóvenes en Washington DC. Hayden le da al play de un vídeo:

—¡Ostras! ¿Todo eso es gente?

—Jóvenes —comprende Connor—. Son todo jóvenes.

El vídeo muestra lo que deben de ser cientos de miles de adolescentes abarrotando la Explanada Nacional, entre el Capitolio y el Monumento a Lincoln, una multitud tan densa que no se ve la hierba.

—¿Es parte de la guerra? —pregunta Hayden.

—No, me parece que es otra cosa…

El reportero lo llama «la Marcha del Terror Adolescente», dándole ya un giro negativo a la concentración. «Este es con diferencia el altercado espontáneo más grande que haya visto nadie. La policía tiene autorización para emplear las nuevas y controvertidas balas

aletargantes para contener a la multitud…».

La idea de que las balas aletargantes fueran controvertidas le choca a Connor. Ahora son simplemente una parte aceptada de la sociedad, ¿no?

Hayden va pasando hacia arriba el texto que aparece en la pantalla:

—El artículo dice que protestan por el cierre de colegios.

Eso también deja de piedra a Connor. ¿Qué tipo que esté en sus cabales podría protestar porque le cierren el colegio?

—Mira esto —dice, señalando un enlace que dice «Miedo por el futuro».

Hayden hace clic en él, y aparece un editorial escrito por algún analista político que habla de las dificultades de la economía y del colapso del sistema de educación pública.

«¿Una nación de adolescentes airados sin trabajo, sin escuela, y con demasiado tiempo en sus manos? Le aseguro que me asusta. Y a usted también debería asustarle».

Más reportajes: aquellos mismos chicos airados reclaman un cambio, y como no lo logran asaltan las calles, formando grupos reunidos al azar: queman coches, rompen lunas de escaparates y dan rienda suelta a una

especie de furia comunal. En medio de la Guerra Interna, el Presidente Moss, solo unas semanas antes de su asesinato, llama a un estado adicional de emergencia, esta vez ordenando un toque de queda para todos los menores de dieciocho años. «Todo aquel que quebrante el toque de queda será llevado a campos de detención juvenil».

Hay jóvenes que o bien se han ido o bien los han echado de su casa. «Salvajes», los llaman las noticias. Como perros vagabundos. A continuación aparece un vídeo de imagen temblorosa de tres muchachos que juntan las manos. Un repentino

destello blanco, y la imagen se vuelve estática. «Aparentemente», dice el presentador, «estos salvajes chicos-bomba han alterado la composición química de su sangre de manera que, al juntar las manos, vuelan por los aires».

—¡Dios mío! —dice Hayden—. ¡Los primeros aplaudidores!

—Todo esto pasaba durante la Guerra Interna —señala Connor—. La nación se escindía entre los pro vida y los pro libre elección, pero ignoraban por completo los problemas de los chicos que ya estaban allí. Me refiero a que no tenían colegios, ni trabajo, ni idea de si tendrían un futuro. ¡Se

volvieron locos!

—Hacerlo todo trizas y volver a empezar.

—¿Se lo echas en cara?

De repente, a Connor le pareció obvio por qué no se lo enseñaban. Una vez la educación fue reestructurada y corporativizada, no querían tener jóvenes que supieran lo cerca que estuvieron de derribar al gobierno. No querían chicos que conocieran el poder que realmente tenían.

Los diversos enlaces llevan a Connor y a Hayden a una imagen que está mucho más divulgada y resulta más familiar: manos que se estrechan en la

firma del Acuerdo de Desconexión. Al fondo se ve al Almirante, bastante más joven. El informe habla de la paz declarada entre el ejército pro vida y la brigada pro libre elección, y que daba a todo el mundo esperanzas de normalización doméstica. En ningún sitio se mencionan los levantamientos de adolescentes, y sin embargo, a las pocas semanas del Acuerdo, se creó la Autoridad Juvenil, los centros de detención de jóvenes salvajes pasaron a ser Cosechadoras, y la desconexión se convirtió en… un modo de vida.

Entonces Connor ve una verdad tan brutal que siente mareos:

—¡Dios mío! El Acuerdo de Desconexión no fue solo para terminar la guerra… ¡También fue un modo de acabar con la generación del terror!

Hayden se aparta un poco del ordenador, como si este pudiera empezar a aplaudir y fuera a volarlos a todos por los aires.

—El Almirante debía de saberlo.

Connor niega con la cabeza:

—Cuando el comité propuso el Acuerdo de Desconexión, él no creía que la gente fuera a aceptarlo, pero lo hicieron… porque tenían más miedo de sus adolescentes que de sus conciencias.

Connor comprende que Janson

Rheinschild, quienquiera que fuera, debía de haber jugado algún papel en todo aquello, pero la Ciudadanía Proactiva había sido extremadamente concienzuda en borrarlo de la faz de la Tierra.

40. Starkey

Mason Starkey no sabe nada de Janson Rheinschild, de la generación del terror ni de la Guerra Interna. Y si supiera algo, no le importaría. El único levantamiento adolescente que le interesa tiene que ver con el Club de la Cigüeña.

Sus motivos son un complejo entretejido de altruismo e interés. Quiere llevar a sus chicos de la cigüeña a la gloria, siempre y cuando ellos sepan que ha sido él quien lo ha logrado. Quiere que eso se reconozca en honor a

la verdad, y en honor al embaucador cuyas ilusiones llegaron a convertirse en realidad.

Starkey tiene esperanzas en un golpe silencioso, pero está preparado para lo que sea. Podrá ser por las buenas, en cuyo caso Connor comprenderá lo sensato que resulta hacerse a un lado para dejar paso a otro líder más hábil… O podrá ser pasando por encima. Starkey no se sentirá culpable si es lo segundo. Al fin y al cabo, Connor, pese a que se las da de justo, sigue negándose a rescatar chicos de la cigüeña de la desconexión.

—Salvamos a aquellos que entrañan

menos riesgo —le había dicho Connor —. No es culpa nuestra que los chicos de la cigüeña estén en familias más grandes y en situación más complicada.

Es lo mismo que le había dicho Hayden pero, para Starkey, esa excusa no vale de nada.

—¿O sea que estás contento dejando que los desconecten?

—¡No! ¡Pero no podemos hacer más!

—No podemos hacer menos, querrás decir.

Entonces Connor había perdido la calma, cosa que cada vez le ocurría más a menudo.

—Si fuera por ti, estaríamos volando las Cosechadoras, ¿no? ¡Pero no es así como vamos a ganar esta guerra! Eso solo nos serviría para que trataran con más dureza a cada desconectable, a cada ASP.

Starkey hubiera seguido discutiendo hasta acorralar a Connor contra la pared y después clavarlo a ella por abandonar de aquel modo a los chicos de la cigüeña. Pero en vez de eso, da un paso atrás:

—Lo siento —le había dicho a Connor—. Ya sabes que me apasiono cuando se trata de los chicos de la cigüeña.

—La pasión no es mala cosa —le había respondido Connor—, siempre y cuando uno no pierda la perspectiva de las cosas.

Podría haber abofeteado a Connor por decir eso, pero se limitó a sonreír, se mostró de acuerdo, y se fue, seguro de que algún día no muy lejano Connor tendría que vérselas con una perspectiva completamente nueva.

Mientras Connor y Hayden reciben una lección de historia en el *Bombarroba*, Starkey se relaja en el avión recreativo, enseñando a los demás

simples trucos de cartas y deslumbrándolos con prestidigitaciones que podría hacer dormido. Es la Hora de la Cigüeña, de siete a ocho de la tarde. La mejor hora. Hay una brisa agradable que sopla bajo el avión recreativo. Es un momento perfecto del día. Uno de los chicos de la cigüeña le lleva una bebida para que no tenga que levantarse de su cómoda silla. Ha sido un duro día preparando y sirviendo porquerías, y aunque él no atiende las mesas, la supervisión puede ser una verdadera lata.

Drake, el chico granjero que se encarga del corredor verde, pasa por

allí y les dirige una mirada poco amistosa. Starkey lo mira a su vez y toma nota en la cabeza. Cuando asuma el poder, se hará un nuevo grupo de Interíntegros con todos los chicos de la cigüeña. Drake quedará degradado a recoger las alubias o a limpiar la caca de los pollos. Muchas cosas cambiarán cuando Starkey asuma el poder, y Dios se apiade del que no esté en buenas relaciones con él.

—¿Vas a levantar el culo del asiento y jugar conmigo una partida de billar? —pregunta Bam, apuntándolo con su taco como si fuera un arpón—. ¿O mi superioridad en el juego es un insulto a

tu masculinidad?

—Cuidadito, Bam —le advierte Starkey. No piensa jugar con Bam, porque sabe que ella le gana. Primera regla de la competición: no aceptar nunca una invitación a perder. Por supuesto, él pierde cuando juega con Connor, pero eso es distinto. Pierde a propósito, y se asegura de que los demás chicos de la cigüeña lo sepan.

En otra parte del corredor principal, Connor desciende la escalerilla del *Bombarroba* en compañía de Hayden.

—¿Qué creéis que pasará ahí? —pregunta Bam.

Starkey se guarda su opinión para sí.

—Pienso que se gustan —dice uno de los chicos de la cigüeña.

Starkey se vuelve hacia él:

—Tú eres el único que conozco que le mira el culo a Connor, Paulie.

—¡Eso no es cierto! —Pero, por el modo en que Paulie se pone colorado, está claro que sí lo es.

Al final, Starkey se levanta para observar mejor la situación. Connor y Hayden se despiden. Hayden se dirige a las letrinas, y Connor regresa a su pequeño avión propio.

—También ha mantenido encuentros privados con Trace —señala Bam—. Pero no ha compartido sus secretos

contigo, ¿verdad?

Starkey disimula la rabia que le da quedarse al margen de lo que sea que esté tramando Connor:

—Estará satisfecho con el servicio de la comida.

—Una vaca bien alimentada —dice Bam con una sonrisa—. A punto para el matadero.

—No le transmitiré a nuestro comandante en jefe lo que dices de él.

Bam se vuelve y escupe en el suelo:

—Eres un hipócrita. —Y se pone a jugar al billar contra chicos que nunca le ganan.

Starkey, sin embargo, no tiene

necesidad de echar pestes de Connor. El refunfuñar es para aquellos que no cuentan con un plan de acción. Y esta noche Starkey tiene algo nuevo en la manga. Un regalo para Connor. Viene en la persona de Jeevan, cuya habilidad con los ordenadores le ha valido un puesto en el *Bombarroba*, y que resulta ser un miembro leal del Club de la Cigüeña. Naturalmente, eso no lo sabe nadie más que Starkey. «Jeevan» es uno de los dos espías bien colocados que aguardan su momento de servirle, sintiéndose más leal a él que a Connor. ¡Y menudo regalo le ha ofrecido Jeevan! Starkey se lo ha estado reservando para

el momento preciso. Se da cuenta de que ahora, cuando parece que Connor está tratando de recuperar el equilibrio, es el momento perfecto de desenvolver ese regalo… y agarrándolo con la mano, darle bien fuerte con él.

41. Connor

Connor está solo en su avión, mirando al espacio, tratando de procesar todo lo que acaba de aprender. No podemos terminar con la desconexión, le dijo una vez el Almirante. Lo único que podemos hacer es salvar a todos los chicos que podamos. Pero, de algún modo, después de ver aquellas antiguas noticias, Connor empieza a pensar que el Almirante pudiera estar equivocado. Tal vez sí que haya una manera de terminar con la desconexión. ¡Si se pudiera aprender del pasado…!

Connor sigue dándole vueltas al oscuro espectro de la Historia bien entrada la noche, cuando se presenta Starkey en su avión. Connor le abre la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

—Tú me lo dirás, si hay algún problema —le responde Starkey enigmáticamente—. ¿Puedo pasar?

Connor le deja entrar:

—Ha sido un día demoledor… Más vale que se trate de algo importante.

—Hay una tele aquí, ¿no?

Connor se la señala:

—Sí, pero se ha perdido la conexión, y el color es una mierda.

—No necesitamos conexión, y el color te va a importar muy poco cuando veas lo que te traigo. —Starkey saca un *microdrive* y lo conecta al puerto de la televisión—. Ahora será mejor que te sientes.

Connor se ríe:

—Gracias, pero prefiero seguir de pie.

—¿Estás seguro…?

Connor le dirige una mirada intrigada, sigue de pie y espera a que aparezca la imagen en la pantalla.

Reconoce el programa inmediatamente. Es un semanario de noticias que ha visto muchas veces. Una

conocida periodista de televisión comenta el reportaje. El cartel que aparece detrás de ella dice: «EL ÁNGEL DE LA DIVISIÓN».

«Hace poco más de un año» empieza diciendo la locutora, «los aplaudidores volaron un centro de desconexión en Happy Jack, Arizona. Las secuelas sociales y políticas de aquel acontecimiento todavía resuenan hoy, pero ahora ha hablado una chica que jugó un papel de triste recuerdo en aquellos acontecimientos. Sin embargo, su mensaje no es lo que todo el mundo esperaría. Puede que la hayan visto en los diversos anuncios de utilidad

pública que están bombardeando las antenas. En poco tiempo, ella ha pasado de ser una de las personas más buscadas por la Autoridad Juvenil a ser el emblema de la causa a favor de la desconexión. Sí, me han oído bien: a favor de la desconexión. Su nombre es Risa Expósito, y ustedes van a tardar mucho tiempo en olvidarla».

Connor respira hondo, sintiendo un escalofrío, y comprende que Starkey tenía razón: necesita sentarse. Las piernas casi no le responden cuando se hunde en la butaca. La imagen del estudio pasa a Risa, que es entrevistada en un ambiente lujoso por la misma

periodista. Hay algo diferente en ella, pero Connor no se da cuenta todavía de lo que es.

«Risa», empieza la periodista, «tú eras una tutelada del Estado y te habían destinado a la desconexión, te convertiste en una conspiradora al lado del famoso ASP de Akron, e incluso estuviste presente en la Cosechadora de Happy Jack, donde presenciaste su muerte. Después de todo eso, ¿cómo es que ahora hablas a favor de la desconexión?».

Risa duda un poco antes de responder, y luego dice:

«Es complicado».

Starkey cruza los brazos:

—Sí, apuesto a que lo es.

—¡Cállate! —le suelta Connor.

«¿Puedes explicarnos algo?», pregunta la periodista con una sonrisa encantadora que Connor quisiera borrar de un puñetazo asestado con el puño de Roland.

«Digamos que ahora veo las cosas de manera distinta a como las veía antes».

«¿La desconexión ha llegado a parecerte una cosa buena?».

«No, es una cosa terrible», responde Risa, cosa que le infunde a Connor esperanzas… hasta que añade: «Pero es

el menor de todos los males. La desconexión está ahí por una razón, y el mundo sería muy diferente sin ella».

«Perdóname por apuntar esto, pero es fácil decirlo para ti, ahora que tienes diecisiete años y has dejado atrás la edad de desconexión».

«Sin comentarios», responde Risa, y es como una daga que lentamente se retuerce en las tripas de Connor.

«Hablemos sobre los cargos que hay contra ti», dice el periodista, consultando sus notas: «Robo de una propiedad del gobierno, es decir, tú misma; conspiración para cometer actos de terrorismo; conspiración para el

asesinato… Y sin embargo todos estos cargos contra ti han sido retirados. ¿Tiene eso algo que ver con tu cambio de opinión?».

«No niego que se me ha ofrecido un trato», dice Risa, «pero que hayan retirado esos cargos no es la razón por la que estoy hoy aquí». Y entonces ella hace algo muy simple, algo que a nadie le llamaría la atención, excepto a aquellos que la conocen: cruza las piernas.

Para Connor, es como si hubieran sustraído todo el aire del avión para hacer el vacío. Casi espera que caigan del techo máscaras de oxígeno.

—Si te desagrada, espera a oír lo que sigue —le dice Starkey, que da la impresión de estar disfrutando.

«Risa, ¿dirías que tu cambio de opinión es por conveniencia, o por conciencia?».

Risa se toma su tiempo para meditar la respuesta, pero eso no la hace menos devastadora:

«Ninguna de las dos cosas», dice. «Después de todo lo que he tenido que afrontar, veo que no tengo elección. Para mí, apoyar la desconexión es cosa de necesidad».

—Apágala —dice Connor.

—Queda más… deberías oír el

final.

—¡He dicho que la apagues!

Starkey alarga la mano y apaga la televisión, y Connor siente que una puerta cortafuegos se cierra en su mente, para dejar encerradas todas las cosas que arden demasiado aprisa para intentar apagarlas. Pero sabe que es demasiado tarde, y el fuego ya ha pasado al otro lado. En aquel momento lamenta no haber sido desconectado un año antes. Quisiera que Lev no hubiera acudido a salvarlo, porque de ese modo no tendría que sentir lo que está sintiendo.

—¿Por qué me has enseñado esto?

Starkey se encoge de hombros:

—Pensé que tenías derecho a saberlo. Hayden lo sabe, pero no quiere que te enteres. A mí eso me parece mal, me parece que no es justo hacerte tal cosa. Saber quién es tu amigo y quién tu enemigo solo puede hacerte más fuerte, ¿no es así?

—Sí, sí, claro —dice Connor distraídamente.

Starkey le agarra el hombro:

—Está bien, lo superarás. Estamos todos aquí para apoyarte.

Entonces se va, tras haber cumplido su misión ilustradora.

Connor se queda mucho rato allí

sentado, sin moverse. Aunque sabe que necesita ser bastante fuerte para soportar aquella carga, se encuentra tan deshecho por dentro, que no sabe cómo podrá pasar la noche, mucho menos cuidar de cientos de desconectables durante los días venideros. Todas aquellas ideas elevadas que tenía de revelar la historia para acabar con la desconexión terminan estallando en un simple y desesperado pensamiento:

Risa. Risa. Risa.

Está herido. ¿Cómo podía Starkey no saber el daño que iba a hacerle? O ese tipo es más tonto de lo que Connor pensaba… o es mucho, mucho más listo.

42. Starkey

Jeevan le lleva a Starkey una copia de la lista de órdenes de desconexión locales. Hay tres jóvenes en la lista designados como salvables, y ninguno de ellos ha tenido nada que ver con la cigüeña. Pero aquel es el día en que las cosas empezarán a cambiar. Hay un chico de la cigüeña en la lista, ignorado y olvidado:

Jesús de la Vega
Camino de North Brighton, 287

Bueno, Connor no tiene el monopolio de rescatar desconectables.

Es el momento de que Starkey se haga cargo.

—Eh, vamos a salvar a Jesús, en vez de que él nos salve a nosotros —dice alguien cuando Starkey cuenta su plan en el Club de la Cigüeña.

Chistes aparte, Jesús está a punto de recibir la visita de los íntegros.

A las once en punto de la noche, un día antes de que los de la brigada juvenil vayan a buscar a Jesús, Starkey y otros nueve integrantes del club entran en la casa número 287 del Camino de North Brighton. Llevan armas, pues

Starkey consiguió forzar la cerradura del arsenal. Tienen coches, porque el chico que está a cargo del mantenimiento de vehículos es un miembro leal del Club de la Cigüeña.

No llaman a la puerta, no tocan el timbre. Entran por la puerta a lo bestia, invadiendo el lugar como si fueran un equipo de élite de la policía que entra en la casa de un narcotraficante.

Una mujer chilla y esconde a dos niños pequeños en un cuarto trasero. Starkey no ve a nadie de la edad adecuada para que sea objeto de su rescate. Entra en la sala de estar a tiempo de ver a un hombre que está

cogiendo la barra de la cortina y volviéndola contra él: es lo más parecido a un arma que el hombre puede encontrar en aquel momento. Starkey lo desarma sin problemas y lo empuja contra la pared, poniéndole en el pecho el cañón de una ametralladora.

—¡Jesús de la Vega! ¡Dime dónde está! ¡Ahora mismo!

Aterrados, los ojos del padre van de un lado al otro, y después se fijan en algo que está detrás de Starkey. Starkey se vuelve a tiempo de ver un bate de béisbol blandido contra él. Se agacha, y el bate le pasa a dos centímetros de la cabeza. El chico que sostiene el bate

tiene el tamaño de uno de esos enormes jugadores de fútbol americano.

—¡No! ¡Alto! Tú eres Jesús de la Vega, ¿no? ¡Hemos venido a salvarte!

Pero eso no evita que Jesús vuelva a blandir el bate, que le pega a Starkey en un costado. Un dolor espantoso. Starkey cae, y el arma sale despedida hasta detrás de un sofá. Ahora el muchacho está sobre él, y vuelve a levantar el bate. Starkey se ha quedado sin respiración. El costado le duele tanto que solo consigue tragar pequeñas bocanadas.

—¡Polis! ¡Aquí, mañana! —trata de explicar Starkey entre jadeos—. ¡Tus padres! ¡Te desconectan!

—Buen intento —dice el chico, y echa atrás el bate, listo para volver a golpear—. ¡Corre, papá! ¡Sal!

El hombre intenta escabullirse, pero lo acorralan los otros chicos de la cigüeña. ¿Es que aquel chico no lo comprende? ¿No se da cuenta de que ellos ya han firmado la orden para que lo desconecten? Jesús de la Vega tensa los músculos para asestar otro golpe, justo cuando uno de los chicos de Starkey se presenta detrás de él con un gran trofeo de fútbol americano y le pega en la cabeza con la base, que es de mármol. La pesada piedra impacta en la parte de atrás de la cabeza de Jesús, y

este se desploma al instante. El trofeo cae al suelo sin romperse.

—¿Qué has hecho? —le grita Starkey.

—¡Iba a matarte! —grita el chico en respuesta.

Starkey se coloca de rodillas al lado de Jesús. La sangre que le sale de la cabeza empapa la alfombra. Tiene los ojos medio abiertos. Starkey intenta tomarle el pulso, pero no se lo encuentra. Le gira la cabeza, y ve lo mal parado que ha quedado su cráneo por el golpe propinado con el trofeo. Una cosa está clara: a Jesús de la Vega no lo van a desconectar. Porque está muerto.

Starkey mira al chico que lo ha hecho, que se aterroriza bajo la mirada de Starkey.

—¡No quería hacerlo, Starkey! ¡En serio, lo juro! ¡Iba a matarte.

—No es culpa tuya —le dice Starkey, y entonces se vuelve hacia el padre el muchacho, que está acorralado como una araña.

—¡Usted lo ha hecho! —grita Starkey—. Usted lo ha tenido aquí toda la vida solo para poder desconectarlo. ¿Le preocupa siquiera que esté muerto?

El hombre se aterroriza al oírlo:

—¿Mu… muerto? ¡No!

—¡No finja que le importa! —

Starkey no puede soportarlo por más tiempo. No puede contenerse. Aquel hombre… aquel monstruo que estaba dispuesto a desconectar al hijo que le había llevado la cigüeña, ¡tiene que pagar por ello!

Sobreponiéndose al dolor que siente en el costado, Starkey da una patada en el torso del hombre. «Es él quien tendría que soportar este dolor, no yo. ¡El dolor debería ser todo para él!». Starkey sigue dándole patadas. El hombre grita, gime, pero Starkey sigue dándole con el pie, incapaz de parar, como si estuviera canalizando la rabia de todos los niños dejados en la puerta, de todos los niños

no queridos, de todos los niños de todas partes que han sido tratados como algo infrahumano solo porque nacieron de madres que no los querían.

Al final, otro de sus chicos agarra a Starkey y lo retira.

—Ya es bastante, tío —dice—. Ya lo ha entendido.

El hombre, sangrando y molido a palos, aún tiene fuerza suficiente para salir por la puerta arrastrándose. El resto de la familia también ha escapado y corrido a llamar a los vecinos. Seguramente han avisado a la policía, y Starkey comprende que no puede parar ahora, porque ya ha ido demasiado

lejos… Aquello tiene que tener un sentido. Tiene que servir para algo. No solo para Starkey, sino para todos los chicos de la cigüeña.

—¡Que esto os valga de advertencia! —grita a través de la puerta de la calle, mientras el hombre se aleja tambaleándose. Algunos vecinos han salido al porche. Extraños que pueden oír sus palabras. ¡Bien! Es hora de que la gente escuche—: ¡Que esto valga de advertencia —repite— para cualquiera que quiera desconectar a un niño de la cigüeña! ¡Recibiréis todos vuestro merecido! —Entonces, en un destello de inspiración, atraviesa la casa y entra en

el garaje.

—¡Starkey! —le grita uno de los otros—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Ya lo verás.

En el garaje encuentra una lata de gasolina. Solo está por la mitad, pero es suficiente. Recorre la casa vertiendo la gasolina por todas partes, y en la repisa de la chimenea encuentra una caja de cerillas.

Un momento después, corre por el jardín para alejarse de la casa en dirección a sus amigos, que lo esperan en los todoterrenos, mientras un brillo estremecedor se eleva tras él, dentro de la casa. Cuando se sube a uno de los

todoterrenos, las llamas ya se ven tras las ventanas, y cuando los todoterrenos arrancan con un chirrido y se alejan en la noche, aquellas ventanas empiezan a estallar, y el humo brota del creciente infierno. La casa entera se ha convertido en un faro abrasador cuya misión es comunicar al mundo que Mason Starkey ha estado allí, y que lo van a pagar caro.

43. La avalancha

Firmo este documento por voluntad propia.

Esa era la última línea del impreso de autorización que, tal como había augurado Roberta, había firmado Risa Expósito. Al firmar aquel impreso, recibiría una nueva columna vertebral, lo cual le permitiría volver a usar las piernas, pero no era eso todo. Aquello fue el inicio de una serie de sucesos en cascada que Risa no podría haber predicho, y que sin embargo fueron muy inteligentemente orquestados por

Roberta, sus colegas, y su dinero.

...Lo firmo por voluntad propia.

Risa no ha esquiado nunca (tales actividades frívolas no se ofrecían a los tutelados del Estado), y sin embargo últimamente ha estado soñando que bajaba esquiando por una triple pista negra, perseguida por una avalancha de nieve. No puede parar hasta que llega al fondo, o sale volando por un precipicio hacia su muerte.

...Por voluntad propia.

Antes de las entrevistas, antes de los anuncios de utilidad pública, antes de que sepa nada de lo que se le pide que haga, a Risa le reemplazan la columna

vertebral, y despierta de un coma inducido de cinco días a una nueva y maravillosa vida.

44. Risa

—Dime si sientes esto —le dice una enfermera, rozando un dedo del pie de Risa con una tira de plástico.

Sin poder evitarlo, Risa da un grito ahogado. Sí, lo siente. Y no es solo una sensación fantasma. Puede notar las sábanas que le acarician las piernas. Vuelve a sentir los dedos de los pies. Intenta moverlos, pero el movimiento de esos dedos hace que le duela todo el cuerpo.

—No trates de moverte, querida —le dice la enfermera—. Deja que los

agentes sanadores hagan su trabajo. Estamos empleando agentes sanadores de segunda generación. En un par de semanas estarás levantada y caminando.

El corazón le late a toda velocidad al oír aquellas palabras. Le gustaría que la conexión entre el corazón y la mente fuera más directa, que la parte de ella que desea esto pudiera ser firmemente gobernada por la parte que no lo desea, porque aunque su mente quiere despreciar lo que le han hecho, otra parte de ella, que no atiende a razonamientos, está loca de contenta ante la perspectiva de tener su propio equilibrio, y de moverse gracias a sus

propias piernas.

—Necesitarás mucha fisioterapia, por supuesto. Pero quizá no tanta como piensas.

La enfermera comprueba los aparatos que tiene conectados a las piernas. Son estimuladores eléctricos que producen contracción en sus músculos, despertándolos de su estado de atrofia y devolviéndoles el tono corporal óptimo. Cada día siente como si hubiera corrido kilómetros, aunque no se ha levantado de la cama.

Ya no está en ninguna celda. Tampoco en un verdadero hospital. Se da cuenta de que es una especie de casa

privada. Oye el bramido del oleaje al otro lado de la ventana.

Se pregunta si el personal sabe quién es ella y lo que le sucedió. Prefiere no preguntarlo porque es demasiado doloroso. Es mejor dejar que pasen los días y esperar a que vuelva Roberta para preguntarle qué más tendrá que hacer para cumplir con los términos del contrato.

Sin embargo, no es Roberta quien la visita, sino Cam. Él es la última persona a la que quiere ver, si es que puede considerarlo una persona. Desde la última vez que lo vio tiene el pelo un poco más espeso, y las cicatrices del

rostro, producidas por los diversos injertos, son más finas. Apenas se distingue la costura en que se tocan los distintos tonos de piel.

—Quería ver cómo te encuentras —le dice.

—Fatal del estómago —responde ella—, pero eso solo ha empezado al entrar tú.

Él se dirige a la ventana y abre un poco más la persiana para dejar entrar unas rayas de luz vespertina. Al otro lado de la ventana, una ola particularmente estridente choca contra la orilla.

—«El océano es un poderoso

armonizador» —dice él, citando a alguien de quien probablemente ella no habrá oído hablar[3]—. Cuando puedas andar, deberías echar un vistazo a esta vista. A esta hora del día es preciosa.

Risa no responde. Espera que él se vaya, pero no lo hace.

—Necesito saber por qué me odias —le pregunta—. No te he hecho nada. Ni siquiera me conoces, pero me odias. ¿Por qué?

—Yo no te odio —admite Risa—. No hay ningún tú al que odiar.

Cam se acerca a la cama.

—Estoy aquí, ¿no? —Pone su mano en la de Risa, y ella se aparta.

—Me da igual quién o qué seas, a mí no me toca nadie.

Él piensa un momento, y después dice, con toda seriedad:

—¿Entonces te gustaría tocarme tú a mí? Te dejo que palpes todas mis costuras. Podrás ver lo que me hace ser yo.

Ella ni siquiera se digna responder a eso.

—¿Crees que los chicos a los que desconectaron para ser una parte de ti, lo querían?

—Si eran diezmos, sí lo querían —responde Cam—. Y algunos lo eran. En cuanto a los otros, no tuvieron

elección… como tampoco la tuve yo cuando me hicieron.

Y por un momento, pese a la rabia que siente contra la gente que lo hizo, Risa comprende que Cam, al igual que todos los muchachos a los que desconectaron para fabricarlo a él, es una víctima.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunta Risa.

—Para eso tengo montones de respuestas —dice Cam con orgullo—. «El único propósito de la existencia humana es encender una luz en la oscuridad del mero ser»: Carl Jung.

Risa lanza un suspiro, exasperada:

—No… quiero decir por qué estás aquí, en este sitio, hablando conmigo. Estoy seguro de que Ciudadanía Proactiva tiene entretenimientos más interesantes para su prueba beta que hablar conmigo.

—Estoy donde está el corazón —dice él—. Eh… quiero decir… estoy aquí porque esta es mi casa. Pero también estoy aquí porque quiero.

Cam le sonríe, y a ella le fastidia que esa sonrisa sea sincera. Tiene que hacer un esfuerzo por recordar que la sonrisa no es en absoluto suya. Solo lleva la carne de otros, y si se la quitaran, no le quedaría nada en el

centro. No es más que un truco cruel.

—¿Entonces, las células de tu cerebro vienen preprogramadas? ¿Una cabeza llena de ganglios procedentes de los chicos mejores y más inteligentes?

—No todos —dice Cam con calma —. ¿Por qué sigues echándome la culpa de cosas en las que no he tenido ninguna responsabilidad? Yo soy lo que soy.

—Como dicho por un verdadero dios.

—En realidad —dice él, contestándole un poco en su mismo tono —, lo que Dios dijo fue: «Yo soy ese que soy». Vamos, si te fías de la traducción más común de la Biblia.

—No me digas que tienes incluida la Biblia entera.

—En tres idiomas —dice Cam—. Pero tampoco eso es culpa mía, simplemente está ahí.

Risa tiene que reírse ante la audacia de sus creadores. ¿No pensaron que llenarlo de conocimiento bíblico mientras jugaban a Dios era el colmo del orgullo?

—Y, de todas maneras, no es que yo pueda repetirlo todo mecánicamente, pues solo poseo una memoria de trabajo de un porrón de cosas.

Ella lo mira, preguntándose si el cambio repentino de lenguaje de la

última frase, desde el estilo técnico-exquisito al vulgar-informal, será algo hecho a querer para resultar gracioso, pero le parece que no. Se imagina que como las conexiones se establecen a través de los diversos y dispares trozos de su cerebro, por eso fluctúa entre todos los tipos de habla.

—¿Te puedo preguntar qué te hizo cambiar de opinión? —le pregunta él—. ¿Por qué aceptaste la operación?

Risa aparta la mirada.

—Estoy cansada —le dice, aunque no es cierto, y se mueve un poco para dejar de verle la cara. Incluso aquel movimiento de girarse hacia un lado en

la cama era algo que no podía hacer fácilmente antes de la operación.

Cuando queda claro que no va a responderle, él pregunta:

—¿Puedo venir a verte otra vez?

Ella sigue dándole la espalda:

—No importa lo que diga, vendrás de todos modos, así que ¿por qué te molestas en preguntar?

—Bueno —dice él mientras se va—, me gustaría tener permiso.

Risa se queda allí tendida, en aquella posición, durante mucho rato, intentando no pensar en ninguna de las cosas que se le pasan por la mente. Al final se queda dormida. Esa es la

primera noche que sueña con la avalancha.

Roberta está fuera por motivos de trabajo el primer día que Risa anda, cosa que ocurre tan solo una semana después de que despierte, no dos. Ese día le vienen a la cabeza todas sus emociones en conflicto. Quiere que aquello sea un momento personal, no algo compartido pero, como de costumbre, Cam llega sin ser invitado.

—¡Un hito! Esta es una ocasión trascendental —dice Cam con alegría—. Merece ser presenciada por un amigo.

Ella le lanza una mirada glacial, y él pronuncia una frase de retroceso:

—Yyyyyy… como no hay amigos presentes, tendrás que conformarte conmigo.

Un enfermero que tiene más aspecto de mastodonte del ejército inflado a esteroides que de enfermero, coge a Risa por el brazo y la ayuda a sacar las piernas de la cama. Es una sensación sublime sentirlas allí, en el aire, por encima del suelo. Dobla las rodillas temblorosamente hasta que nota en la punta de los dedos de los pies el contacto del suelo de madera.

—Deberían haber puesto una

alfombra en el suelo —le dice Cam al enfermero supercachas—. Para que le resultara más suave.

—Las alfombras se deslizan —responde el cachas.

Sostenida por el enfermero a un lado y por Cam al otro, Risa se pone en pie. El primer paso es el más difícil. Es como arrastrar los pies por el barro. Pero el segundo paso lo da con sorprendente facilidad.

—¡Vamos, pequeña! —dice el enfermero, como si le hablara a un bebé que diera su primer pasito. Y en cierto sentido eso es lo que es ella. Risa no tiene equilibrio, y le parece que las

rodillas se le doblarán en cualquier momento para dejarla caer, pero no lo hacen.

—Sigue avanzando —le dice Cam —. ¡Lo estás haciendo bien!

Cuando da el quinto paso, Risa ya no puede contener la alegría visceral que hasta ese instante ha estado reprimiendo. Una sonrisa ilumina su rostro. Le falta el aliento y se ríe tontamente por la simple alegría de estar andando.

—¡Eso es! —exclama Cam—. ¡Lo estás logrando! Vuelves a estar completa, Risa. ¡Tienes derecho a disfrutarlo!

Y aunque no se puede creer que sea

verdad, tampoco puede contenerse:

—¡La ventana! —dice ella—. Quiero mirar por la ventana.

Cuando se vuelve ligeramente para encararse hacia la ventana, el enfermero cachas prueba a soltarla, y entonces Risa se queda solo apoyada en el hombro de Cam, cuyo brazo le rodea a ella la cintura. Pero apenas se da cuenta de ello, superada por la vertiginosa impresión de los pies, los tobillos, las espinillas, los muslos… partes de su cuerpo que, tan solo unos días antes, no sentían nada en absoluto.

45. Cam

Para Cam aquello es como tocar el cielo. Risa se apoya en él, se sostiene en él. Cam se convence de que aquel es el momento en que caerán todas las barreras. Está convencido de que ella se volverá hacia él y lo besará antes incluso de que lleguen a la ventana.

Risa se agarra fuerte a su cuello para apoyarse. La mano le aprieta en la cicatriz que tiene allí, pero la sensación es agradable. Se imagina que ella le aprieta en todas las cicatrices, provocándole dolor. Ningún dolor

podría resultar tan agradable.

Llegan a la ventana. Risa no lo besa, pero tampoco se desprende de él. No puede hacerlo pues se caería, pero Cam quiere creer que, aunque no fuera así, Risa seguiría agarrándolo de todos modos.

Aquella mañana la mar está picada. El agua salpica hasta muy arriba en el aire por el impacto de olas de casi tres metros de altura. A lo lejos se distingue una isla.

—Nadie me ha dicho dónde estamos.

—En Molokai —dice Cam—. En Hawaii. La isla era antes una leprosería.

—¿Y Roberta es la dueña de este lugar?

Cam detecta una clara amargura en el modo en que Risa pronuncia aquel nombre.

—Es propiedad de Ciudadanía Proactiva. En realidad, pienso que la mitad de la isla lo es. Esta mansión fue en otro tiempo la casa de veraneo de algún tipo rico, pero ahora es un centro de investigación médica, y Roberta es la jefa de investigación.

—¿Y tú eres su único proyecto?

Esa es una pregunta que Cam no se había hecho hasta entonces. Que él sepa, para Roberta él es el centro del

universo.

—No te cae bien, ¿verdad?

—¿A mí? No, la quiero con locura. Las zorras maquinadoras son mi tipo favorito de persona.

Cam siente despertar dentro de él el espíritu protector, y un inesperado brote de ira:

—¡Luz roja! —espeta él—. Ella es lo más cercano que tengo a una madre.

—Más te valdría que te dejara la cigüeña.

—Para ti es fácil decirlo. Una tutelada como tú ni siquiera sabe lo que es una madre.

Risa ahoga un grito, y entonces retira

su mano y le da una bofetada con ella. El impulso necesario para asestar la bofetada le hace perder el equilibrio, y ella cae hacia atrás. Pero el enfermero está allí para cogerla. Le lanza a Cam una mirada acusadora, y después vuelve su atención a Risa.

—Basta por ahora —dice el enfermero supercachas—. Volvemos a la cama.

Ayuda a Risa a volver a la cama, mientras Cam permanece, impotente, junto a la ventana, sin saber quién es el que está loco, si él, ella, o el enfermero que se la lleva hacia la cama.

—¿Te duele la bofetada por igual,

Cam —le pregunta Risa con voz de burla—, o cada uno de los chicos que tienes en la cara la siente de manera distinta?

—¡Teflón! —dice él, negándose a dejar que su comentario le haga daño—. ¡Bozal!

No puede permitirse volver a atacarla. No puede. Respira hondo, imaginándose que el tumultuoso mar se calma hasta parecer un lago cristalino.

—Sé que me merecí esa bofetada —le dice con calma—, pero ten cuidado con lo que dices de Roberta. Yo no insulto a la gente que tú amas, ten la misma consideración conmigo.

Cam intenta no agobiar a Risa con su presencia. Sabe que este cambio en su vida debe de ser para ella tan traumático como maravilloso. Sigue sin comprender muy bien qué le ha hecho cambiar de idea a Risa con respecto a permitir la operación, pero Roberta es capaz de ser muy persuasiva. Quiere creer que algo de eso tiene que ver con él, que en el fondo, bajo su inicial repulsión, había una curiosidad, tal vez incluso admiración por el mosaico del que él había sido creado a partir de tantas partes distintas. No por lo que hicieron para montarlo, pero sí por

cómo él tomó lo que le daban e hizo que todo funcionara.

Hacen juntos una comida al día.

—Es necesario —le dice Roberta a Cam—: para que entre vosotros dos haya un vínculo, tenéis que comer juntos una vez al día. En la comida es cuando la mente resulta más vulnerable al acercamiento.

Él quisiera que las palabras de Roberta no sonaran tan clínicas. Acostumbrarse a la compañía del otro no debería consistir en la «vulnerabilidad de Risa al acercamiento».

Risa aún no sabe que está allí para

ser su compañera.

—No tengas prisa —le ha dicho Roberta a Cam—. Hay que prepararla para que pueda desempeñar su papel, y antes tenemos otras cosas preparadas para ella. Vamos a utilizar a nuestro favor su fama legendaria, dándole una fuerte presencia en los medios antes de relacionaros a los dos públicamente. Eso llevará su tiempo. Mientras tanto, tienes que ser tú mismo, tan encantador y maravilloso como realmente eres. Tienes que ganártela.

—¿Y si no me la gano?

—Tengo plena confianza en ti, Cam.

A lo largo de todo el día, haga lo

que haga Cam, Risa está en su cabeza. Ella se convierte en el hilo que teje todas las costuras de su mente, atándolas aún más fuerte. Y también ella piensa en él. Él lo sabe por el modo en que la ve observándolo a hurtadillas. Una tarde, él juega al baloncesto con un guardia fuera de servicio. Se ha quitado la camisa para mostrar no solo sus cicatrices, sino también su musculatura: una tableta de chocolate digna de un boxeador, y poderosos pectorales de un as de la natación. Impecable musculatura contenida por un cerebro motor bien diseñado para producir el gancho de baloncesto perfecto. Risa lo observa

desde una ventana, en la sala principal. Él lo sabe, pero hace como si no, y sencillamente ofrece un juego espectacular, permitiendo que su cuerpo hable por sí mismo. Solo cuando termina de jugar levanta la mirada hacia ella, para que sepa que sus miradas furtivas no han sido tan furtivas, y que él está contento de que ella lo mire. Risa se retira de la ventana y se esconde en la penumbra, pero los dos son conscientes de que ella estaba mirando, no por obligación, sino por propia voluntad. Y Cam sabe que eso es lo más importante de todo.

46. Risa

Risa sube a pie la escalera de caracol. Risa baja a pie la escalera de caracol. Risa trabaja con Kenny, el fisioterapeuta, que no para de decirle lo rápido que está recuperando las fuerzas. No oye noticias del mundo exterior: para ella es como si ya no existiera, y aquella clínica en una isla, que no es una clínica en absoluto, se va convirtiendo rápidamente en su hogar. Lo cual le resulta odioso.

Risa aborrece su comida diaria con Cam pero, por otro lado, se descubre

deseándola. Cuando el tiempo lo permite comen en la galería y, sea a la hora que sea, la comida que hacen juntos siempre es la mejor comida del día. Cam, que se alegra de haberle mostrado de lejos su extraordinario cuerpo, se muestra torpe en las comidas, y tan incómodo como ella porque los obliguen a comer juntos, como si lo suyo fuera un matrimonio concertado. No vuelven a hablar del día de la bofetada. No hablan mucho de nada. Risa lo soporta. Cam soporta que ella tenga que soportarlo. Al final él rompe el hielo.

—Siento lo de aquel día —le dice mientras comen bistec en la galería. Me

sentí ofendido. No tiene nada de malo ser un tutelado del Estado. De hecho, una parte de mí sabe lo que es eso. Tengo recuerdos de casas del Estado. De más de una.

Risa mira al plato:

—Por favor, no me hables de eso, estoy comiendo.

Pero él no se calla:

—No son los mejores sitios del mundo, ¿verdad? Tienes que luchar para que sepan que estás ahí; si no, vives una vida de mera adecuación, que es lo peor que hay.

Risa levanta la mirada. Él acaba de poner en palabras lo que siempre ha

sentido ella sobre el modo en que tuvo que criarse.

—¿Sabes en qué casas has estado? —le pregunta.

—En realidad no —dice él—. Hay imágenes, sentimientos, recuerdos determinados, pero, en su mayor parte, mi centro de lenguaje no proviene de los tutelados del Estado.

—No me sorprende —dice Risa—. Las destrezas lingüísticas no son la materia principal en las casas del Estado. —Y sonríe.

—¿Conoces tu historia? —pregunta Cam—. ¿Cómo terminaste allí? ¿Quiénes son tus padres?

A Risa se le hace un nudo en la garganta e intenta tragárselo.

—Eso no lo sabe nadie.

—Yo puedo averiguarlo para ti —le dice Cam.

Eso la deja con una sensación de horror y de impaciencia. Y esta vez está encantada de ver que el horror vence:

—Eso es algo que yo nunca he sentido la necesidad de conocer. Y tampoco ahora.

Cam baja la vista, un poco decepcionado. Tal vez un poco enamorado, y Risa se encuentra alargando la mano por encima de la mesa para cogerle la suya:

—Gracias por el ofrecimiento. Es muy amable por tu parte, pero eso es algo que tengo superado.

Solo cuando le suelta la mano se da cuenta Risa de que es la primera vez que lo toca voluntariamente. Tampoco eso le ha pasado desapercibido a Cam.

—Sé que estabas enamorada del chico al que llaman el ASP de Akron —dice Cam. Risa trata de no mostrar ninguna reacción—. Siento que muriera —añade. Risa lo mira con horror hasta que él dice—: Tuvo que ser espantoso aquel día en la Cosechadora de Happy Jack… estar allí cuando sucedió aquello.

Risa respira hondo, con un estremecimiento. O sea que Cam no sabe que está vivo. ¿Significa eso que tampoco lo sabe la Ciudadanía Proactiva? Pero eso es algo de lo que ella no puede hablar, sobre lo que no puede preguntar, pues levantaría demasiados interrogantes.

—¿Lo echas de menos? —pregunta Cam.

Ahora Risa sí puede decirle la verdad:

—Sí, mucho. Mucho.

Pasa un buen rato antes de que Cam vuelva a hablar. Y cuando lo hace, es para decir:

—Nunca pediría ocupar su lugar en tu corazón, pero espero que haya sitio para mí en él, como amigo.

—No prometo nada —dice Risa, intentando parecer menos vulnerable de lo que realmente se siente.

—¿Sigues pensando que soy feo? —le pregunta Cam—. ¿Todavía te parezco espantoso?

Risa quiere responder con sinceridad, pero le cuesta un rato encontrar las palabras adecuadas. Él se toma aquella vacilación como un intento de no herir sus sentimientos. Baja la mirada:

—Comprendo.

—No —dice Risa—, no me pareces espantoso. Es simplemente que no hay modo de medirte. Es como contemplar un Picasso y tratar de decidir si la mujer del cuadro es guapa o fea. Uno no lo sabe, pero no puede dejar de mirarla.

Cam sonríe:

—Me ves como una obra de arte. Eso me parece bien.

—Sí, bueno… pero nunca me ha gustado Picasso.

Eso le hace reír a Cam, y Risa también se ríe, contra su voluntad.

La hacienda del acantilado tiene una

rosaleda llena de setos bien recortados y flores exóticas y aromáticas.

Como se ha criado dentro de los límites de cemento de una casa del Estado de zona urbana deprimida, Risa nunca ha frecuentado jardines, pero en cuanto se le ha permitido el acceso, ha empezado a salir todos los días, aunque solo sea para intentar convencerse de que no es una prisionera. La sensación de volver a andar es aún lo bastante reciente para que cada paso en el jardín parezca un regalo.

Hoy está allí Roberta, preparando algún tipo de filmación. Hay un pequeño equipo de cámaras, y justo en el medio

del jardín se encuentra una vieja silla de ruedas. El ver la silla le trae de regreso una marea de emociones, demasiadas para hacerles frente en aquel momento.

—¿Te importaría decirme para qué es todo esto? —pregunta Risa, aunque ni siquiera está segura de que quiera saberlo.

—Ya llevas casi una semana andando —le dice Roberta—. Ha llegado el momento de cumplir con la primera de las condiciones a las que accediste.

—Gracias por decirlo de ese modo. Me siento como si me estuviera prostituyendo.

Por un instante, Roberta se pone colorada, pero se apresura a recobrar su aplomo:

—No pretendía tal cosa, pero tú tienes un don para retorcer las cosas. —Entonces le entrega a Risa un papel—: Aquí tienes tus frases: vas a grabar un anuncio de utilidad pública.

Risa tiene que reírse al oírlo:

—¿Voy a salir por la tele?

—Sí, y también en anuncios impresos, y en la red. Es el primero de muchos planes que tenemos para ti.

—¿De verdad…? ¿Y qué más tienen planeado para mí?

Roberta le dirige una sonrisa:

—Lo sabrás a su debido tiempo.

Risa lee el párrafo, y las palabras le caen directamente en el hueco del estómago.

—Si no puedes recordarlo, tenemos letreros preparados para que lo leas mientras hablas —le dice Roberta.

Risa tiene que leer aquel único párrafo dos veces para convencerse de que está viendo bien:

—¡No! ¡No diré esto, no me puede obligar a decirlo!

Arruga la hoja y la tira al suelo. Con toda tranquilidad, Roberta abre su carpeta y le entrega otra hoja:

—A estas alturas, ya deberías saber

que siempre hay otra copia.

Risa no piensa cogerla.

—¿Cómo se atreve a hacerme decir esto?

—Tu histrionismo está fuera de lugar. Aquí no hay absolutamente nada que no sea cierto.

—Eso no importa. No son las palabras, ¡es lo que implica!

Roberta se encoge de hombros:

—La verdad es la verdad. Las implicaciones son subjetivas. La gente oirá tus palabras y sacará sus propias conclusiones.

—No quiera enredarme, Roberta. Yo no soy tan tonta ni tan ingenua como le

gustaría creer.

Entonces cambia la expresión del rostro de Roberta, y se vuelve fría y directa, sin poses.

—Esto es lo que se te pide, y es lo que harás. O tal vez has olvidado nuestro acuerdo… —Es una amenaza tan transparente como la seda más fina. Entonces, como una voz caída del cielo, oyen:

—¿Qué acuerdo?

Ambas se vuelven para ver a Cam, que ha salido al jardín. Roberta le lanza a Risa una mirada de advertencia, y Risa, sin decir nada, baja la vista al papel arrugado que se ha quedado a sus

pies.

—Su columna vertebral, por supuesto —dice Roberta—. A cambio de una cirugía muy cara y de vanguardia, Risa ha accedido a formar parte de la familia de Ciudadanía Proactiva. Y todo miembro de la familia tiene un cometido que realizar. —Entonces vuelve a ofrecerle el párrafo a Risa. Risa sabe que no tiene más remedio que aceptarlo. Mira a los cámaras, que aguardan con impaciencia para realizar su trabajo, y después de nuevo a Roberta.

—¿Quiere que me quede de pie al lado de la silla de ruedas? —pregunta Risa.

—No, deberías sentarte en ella —le explica Roberta—, y a la mitad te levantas. Eso tendrá más fuerza, ¿no crees?

ANUNCIO DE UTILIDAD PÚBLICA

«Me quedé paralizada: soy una víctima del ataque de aplaudidores a la Cosechadora de Happy Jack. Antes odiaba la sola idea de la desconexión, pero de la noche a la mañana me convertí en una persona con una importante discapacidad. Sin desconexión, no podría haber conseguido una nueva columna vertebral. Sin desconexión, me habría quedado en esta silla de

ruedas el resto de mi vida. Yo era una tutelada del Estado, fui una ASP, me quedé parapléjica… Pero ahora no soy ninguna de esas cosas. Me llamo Risa Expósito, y la desconexión cambió mi vida».

Sufragado por la Sociedad Nacional de Salud Integral.

Risa siempre se ha considerado a sí misma una superviviente. Navegó por las traicioneras aguas de la Casa del Estado de Ohio número 23 hasta el día en que la convirtieron en un «recorte presupuestario» y la mandaron a desconectar. Después sobrevivió como

ASP, luego lo hizo en la Cosechadora, y por último sobrevivió incluso a la devastadora explosión que tendría que haberla matado. Su fuerza siempre ha estado en su mente despierta y en su capacidad para adaptarse.

Y ahora tiene que adaptarse a esto: a una vida de cierta fama, a todas las comodidades que uno podría desear, a un chico inteligente y encantador enamorado de una… y al abandono de todo aquello en lo que cree, además de la abdicación de la propia conciencia.

Risa está sentada en una cómoda silla plegable, en la parte de atrás de la hacienda del acantilado, contemplando

el crepúsculo tropical, pensando en estas cosas e intentando poner un poco de perspectiva y paz en su mente. Tan incesante como las olas que rompen allí abajo contra las rocas, algo choca con fuerza contra su alma, algo que le recuerda que, con el tiempo, la más fuerte de las montañas terminará erosionada hasta caer al mar, y no sabe cuánto más podrá resistirlo, o incluso si debería hacerlo.

Aquella mañana tuvo una entrevista. Intentó responder a las preguntas de tal manera que no tuviera que mentir realmente. Es cierto que su apoyo a la desconexión es «cuestión de necesidad»,

pero nadie aparte de Roberta y ella sabe en qué consiste esa «necesidad». No importa con qué fuerza se resista, salen de su boca cosas que no puede creerse que esté diciendo. La desconexión es el mal menor. ¿Alguna parte de su mente se cree eso? La manipulación constante ha hecho dar tantas vueltas a su brújula interna que teme no volver a encontrar nunca el verdadero norte.

Agotada, se duerme, y le parece que solo han pasado unos segundos cuando la despierta alguien, sacudiéndole suavemente el hombro. Ya es de noche, pero un levísimo asomo de azul en el horizonte guarda un recuerdo del

atardecer.

—Menuda locomotora —dice Cam —. No sabía que roncabas.

—No ronco —responde ella aún medio dormida—. Y no me convencerás de lo contrario.

Cam lleva una manta. Solo cuando la envuelve con ella, se da cuenta Risa de que se ha quedado fría mientras dormía. Incluso en aquel entorno tropical, el aire puede ser fresco de noche.

—Me gustaría que no pasaras tanto tiempo sola —dice—. No tienes por qué estar sola, ya lo sabes.

—Cuando uno se ha pasado la mayor parte de su vida en una casa del Estado,

la soledad es un lujo.

Él se arrodilla a su lado.

—Tenemos nuestra primera entrevista juntos la semana que viene. Vamos a salir de la isla en avión… ¿te lo ha dicho Roberta?

Risa lanza un suspiro:

—Lo sé todo.

—Se supone que somos pareja…

—Y yo sonreiré y haré mi trabajo ante la cámara. No tienes de qué preocuparte.

—Esperaba que no lo vieras como un trabajo.

En vez de mirarlo a él, Risa levanta la vista para ver el cielo cuajado de

estrellas, más cuajado aún que el cielo que se veía en el Cementerio, aunque allí ella raramente tenía el tiempo ni el interés de mirar las estrellas.

—Sé todos sus nombres —le dice Cam—. De las estrellas, me refiero.

—No seas absurdo: hay trillones de estrellas, no puedes conocerlas todas.

—Una hipérbole —dice él—. Supongo que estoy exagerando. Pero conozco todas las que importan. —Entonces empieza a señalarlas, y su voz adquiere un leve acento de Boston al acceder al planisferio celeste que tiene en la cabeza—: Esa es Alfa Centauri, que está situada en el «pie del

centauro». Es una de las estrellas más próximas a nosotros. ¿La brillante de la derecha? Es Sirius, la estrella más brillante del cielo…

Su voz comienza a resultarle hipnótica, y le trae una pizca de esa paz que tanto ansía. «¿Estoy haciendo las cosas más difíciles de lo que tendrían que ser?», se pregunta Risa. «¿Debería encontrar el modo de adaptarme?».

—Esa más apagada es Espiga, que en realidad brilla cien veces más que Sirius, solo que está mucho más lejos…

Risa tiene que recordarse a sí misma que su decisión de entrar en el programa de Ciudadanía Proactiva no fue por

egoísmo, así que ¿no debería estar más tranquila su conciencia? Y si no lo puede estar, si su conciencia es la única cosa empeñada en arrastrarla a las oscuras profundidades, entonces ¿no debería Risa poder cortar con su conciencia para sobrevivir?

—Esa es Andrómeda, que en realidad es una galaxia entera…

Hay algo de arrogancia en los alardes de Cam, pero también cierta inocencia, como si fuera un niño pequeño deseoso de demostrar lo que ha aprendido ese día en el colegio. Aunque él no ha tenido que aprender nada de eso, ¿no? El acento con el que habla

ahora deja claro que la información proviene de otro, otro al que metieron en su cabeza.

«¡Para, Risa!», se dice. Tal vez sea hora de dejar que caiga la montaña. Por eso, para fastidiar a la parte de sí misma que querría resistir, se levanta de la silla y se tumba en la hierba, al lado de él, mirando las estrellas que salpican el cielo.

—La Estrella Polar siempre es fácil de encontrar: está justo sobre el Polo Norte, así que, si sabes dónde está, siempre podrás encontrar el norte. —Oírle eso le hace ahogar un grito. Él se vuelve hacia ella—. ¿No vas a

mandarme callar?

Risa se ríe al oír eso:

—Estaba esperando que tú me hicieras dormir otra vez.

—¿Tan aburrido soy?

—No, solo un poco.

Entonces él alarga la mano y le acaricia el brazo con suavidad. Risa se aparta y se sienta:

—¡No! Ya sabes que no me gusta que me toquen.

—¿No te gusta que te toquen, o no te gusta que te toque yo?

Risa no responde, sino que señala una estrella y le pregunta:

—¿Cuál es esa? La roja…

—Betelgeuse —le dice él. Y entonces, tras unos segundos de incómodo silencio, le pregunta—: ¿Cómo era él?

—¿Quién?

—Ya sabes quién.

Risa suspira:

—Mejor que no sigas por ahí, Cam.

—Puede que quiera seguir.

Risa no tiene fuerzas para resistirse, así que se tiende de nuevo y fija los ojos en las estrellas mientras habla:

—Impulsivo, perturbador… A veces se odiaba a sí mismo.

—Una verdadera joya.

—Déjame terminar. También es

inteligente, leal, apasionado, responsable y un líder fuerte, pero es demasiado humilde para admitir todo eso.

—¿Es…?

—¡Era! —dice ella, corrigiéndose —. A veces siento como si estuviera todavía conmigo.

—Creo que me hubiera gustado conocerlo.

Risa niega con la cabeza:

—Él te odiaría.

—¿Por qué?

—Porque también era celoso.

El silencio vuelve a hacerse entre ellos, pero esta vez no resulta incómodo.

—Me alegro de que hayas compartido eso conmigo —dice Cam—. También hay algo que me gustaría a mí compartir contigo.

Risa no tiene ni idea de lo que él va a decir, pero le pica la curiosidad.

—¿Conociste a un chico llamado Samson cuando estabas en la casa estatal? —le pregunta.

Ella hace un esfuerzo por recordar.

—Sí… Iba conmigo en el autobús que nos llevaba a la Cosechadora.

—Sí, él estaba secretamente enamorado de ti.

Al principio Risa se queda atónita, sin comprender cómo lo sabe él, y

cuando comprende la verdad, una descarga de adrenalina le recorre el cuerpo y activa sus mecanismos de respuesta lucha-huida. Se levanta, dispuesta para volver a la mansión corriendo, o para saltar al vacío, o lo que sea necesario para escapar de aquella revelación, pero Cam la eclipsa como una luna ante una de sus preciosas estrellas.

—¡Algebra! —dice él—. Él era un hacha en matemáticas. Yo he recibido la parte de él relacionada con el álgebra. No es más que un trocito diminuto, pero cuando vi tu foto, bueno… supongo que fue suficiente para que me parara a

pensar… Entonces, cuando Roberta oyó que te habían capturado, empezó a mover hilos para que vinieras aquí. Lo hizo por mí. Así que es culpa mía que estés aquí.

Risa no quiere mirarlo, pero no puede refrenarse. Es como contemplar un accidente de tráfico.

—¿Cómo se supone que debo sentirme, Cam? ¡No puedo ocultar que estoy horrorizada! Estoy aquí a causa de un capricho tuyo, ¡pero ese capricho ni siquiera es tuyo, sino de aquel pobre muchacho!

—No, no es así —se apresura a explicar Cam—. Samson fue como…

como un amigo que te da una palmada en el hombro para llamarte la atención sobre algo… pero lo que yo siento por ti… eso es todo mío. No es solo álgebra sino, bueno… la ecuación entera.

Risa se vuelve hacia él, coge la manta y se tapa con ella.

—Ahora quiero que te vayas.

—Lo siento —dice él—, pero no quería que hubiera secretos entre nosotros.

—Vete, por favor.

Él guarda las distancias, pero no se va.

—Preferiría ser parcialmente grande que completamente inútil. —¿No fue eso

lo último que te dijo él? Siento que es mi obligación hacer que ese deseo se convierta en realidad.

Y entonces se va a la mansión, dejándola a ella sola, pensando en demasiados hombres.

Diez minutos después, Risa sigue envuelta en su manta, sin querer entrar en la casa, pero sus propios pensamientos son una pescadilla que se muerde la cola, y eso empieza a hartarla: «No puedo sucumbir a esto… debo sucumbir a esto… no puedo sucumbir a esto», piensa una y otra vez,

hasta que lo único que desea es desconectar.

Cuando, por fin, entra en la casa, oye música, lo cual no es inusual, solo que esta música no sale de ningún aparato. Alguien está tocando la guitarra clásica. La pieza suena a española, y si bien muchas cosas suenan a españolas cuando se tocan en una guitarra clásica de doce cuerdas, aquello tiene un inconfundible aire flamenco.

Risa sigue la melodía hasta el salón principal, donde está Cam sentado y encorvado sobre el instrumento, perdido en la música que interpreta. Ella ni siquiera sabía que supiera tocar, pero no

debería sorprenderse: ha llegado cargado de una gran cantidad de habilidades. Aun así, tocar de ese modo la guitarra requiere la combinación de muchas cosas: memoria muscular junto con memora cortical y auditiva, conectadas por medio de un tronco del encéfalo capaz de coordinarlo todo.

La música la arrulla, la desarma, la hechiza, y Risa empieza a comprender que aquello no son simplemente partes de otras personas. Alguien está juntando todas aquellas partes. Por primera vez Risa empieza a ver a Cam de verdad como un individuo único que se afana en conjuntar todos los dones que ha

recibido. Cam no pidió que le pusieran todo aquello, y tampoco hubiera podido rehusarlo. Pese al horror que él le inspiraba cinco minutos antes, aquella nueva revelación la suaviza. Siente la necesidad de sentarse al piano que hay al otro lado de la sala y empezar un simple acompañamiento.

Cuando él la oye, acerca su instrumento y se sienta al lado de ella. No se dicen nada, sino que se comunican a través de ritmos y armonías. Cam deja que ella tome el control de la pieza, deja que la música se desarrolle en sus manos, y después ella vuelve a pasarle el testigo a él de un modo perfecto.

Podrían seguir así durante horas, comprender de pronto que llevan horas tocando, y sin embargo no parar porque ninguno de los dos querría ser el primero en hacerlo.

Tal vez, piensa Risa, haya un modo de hacer que esta vida funcione. O tal vez no lo haya. Pero, en aquel momento, no hay nada más maravilloso que perderse en los sonidos de la música. Ya se le había olvidado lo delicioso que resultaba.

47. Espectadores

Al terminar los anuncios, como si los televidentes en casa se hubieran perdido algo, el público presente en el estudio aplaude (siguiendo las instrucciones).

—Para aquellos de ustedes que acaban de conectar con nosotros —dice uno de los presentadores del programa —, nuestros invitados de hoy son… ¡Camus Agrex y Risa Expósito!

El joven de los múltiples tonos de piel, que resultan exóticos y sin embargo agradables a la vista, saluda con una mano a la audiencia. Con la otra mano

agarra la de la preciosa chica que está a su lado. Parece una pareja perfecta, que es lo que se supone que son. Camus, según sabe pronto la audiencia, prefiere que lo llamen Cam. Resulta aún más interesante verlo en persona que en los muchos anuncios en los que lo han visto, anuncios que los preparaban para algo misterioso y maravilloso. Pero aquel chico no tiene nada de misterioso, se queda en puramente maravilloso, y desde luego no se quedan desagradablemente impactados ante su apariencia, tal vez porque los anuncios han convertido el impacto en embriagadora curiosidad.

La audiencia que está en el estudio, así como los telespectadores, está más que preparada, pues saben que se trata de algo especial: es la primera aparición pública importante de Cam. ¿Y qué mejor forma de darle la bienvenida a los focos que en un *Brunch con Jarvis y Holly*, en un programa matinal amable y nada amenazador? Todo el mundo adora a Jarvis y Holly, que juntos resultan tan divertidos, y se muestran tan seguros como dueños y señores de su falsa salita de estar, decorada a la última moda.

—Cam, hay cierta controversia sobre cómo tú… «llegaste a ser». Me

pregunto qué piensas tú —le dice Holly.

—No me preocupa —responde Cam —. Antes me incomodaba cuando la gente decía cosas horribles de mí, pero he llegado a comprender que solo importa lo que piensa una persona.

—Tú mismo —apunta Holly.

—No: ella —dice Cam mirando a Risa. La audiencia se ríe. Risa ofrece una sonrisa humilde. Entonces Holly y Jarvis empiezan a hacer bromas a propósito de quién lleva los pantalones en diversas parejas. Jarvis hace la siguiente pregunta:

—Risa, tú has pasado por muchas cosas en la vida: has sido una tutelada

del Estado, una ASP rehabilitada… estoy seguro de que a nuestra audiencia le encantaría saber cómo os conocisteis Cam y tú.

—Conocí a Cam después de la operación de columna —le explica Risa al mundo—. Me la hicieron en la misma clínica en la que lo montaron a él. Venía a verme cada día para hablar conmigo. Al final llegué a comprender que en Cam… —duda por un momento, tal vez abrumada por la emoción—. Llegué a comprender que en Cam el todo era más que la suma de las partes.

Eso es exactamente la clase de frases que a la gente le encanta oír. La

audiencia entera suelta un «¡oh!» colectivo. Cam sonríe a Risa y le aprieta la mano aún más fuerte.

—Todos hemos visto tus anuncios de utilidad pública —dice Holly—. A mí todavía me entra un escalofrío cuando te veo levantarte de la silla de ruedas. —Entonces se vuelve a la audiencia—. ¿No tengo razón? —Los espectadores aplauden para dejar claro que piensan que sí tiene razón, y él se vuelve hacia Risa una vez más—. Sin embargo, me imagino que cuando eras una ASP estarías muy en contra de la desconexión.

—Bueno —dice Risa—, ¿quién no

estaría en contra cuando es uno mismo el que va a ser desconectado?

—Entonces, ¿cuándo exactamente cambiaste de parecer?

A nadie se le escapa entonces que Risa tiene que respirar hondo, y Cam vuelve a apretarle la mano:

—No hace mucho… pero me encontré forzada a asumir una postura más abierta. Si no hubiera sido por la desconexión, Cam no existiría, y nosotros no estaríamos hoy aquí juntos. Siempre va a haber sufrimiento en el mundo, pero la desconexión aparta el sufrimiento de aquellos que… —vuelve a vacilar— de aquellos que tenemos

vidas con sentido.

—Entonces —pregunta Jarvis—, ¿qué les dirías a los chicos que se han hecho ASP?

Risa mira al suelo más que a Jarvis al responder:

—Les diría que si están huyendo, que huyan, porque tienen todo el derecho a intentar sobrevivir. Pero que no importa lo que les suceda, porque su vida tendrá sentido.

—¿Tal vez más sentido aún si son desconectados? —propone Jarvis.

—Tal vez.

Entonces pasan a hablar de un diseñador de moda que presenta una

nueva e innovadora colección de ropa a base de retales, inspirada en Camus Agrex. Diseños para dama y caballero, chicos y chicas.

—Lo llamamos *Chic Connection* —explica el diseñador mientras los modelos desfilan bajo exultantes aplausos.

48. Risa

Una vez acabada la aparición con Jarvis y Holly, Risa sigue cogiéndole la mano a Cam hasta que salen del estudio y de la vista del público. Entonces la suelta con disgusto. No disgusto de él, sino de sí misma.

—¿Qué pasa? —pregunta Cam—. Lo siento si hice algo mal.

—¡Cállate! ¡Cierra el pico!

Busca los aseos pero no los encuentra. Aquel plató de televisión es un laberinto, y todo el mundo, desde los jóvenes en prácticas a los trabajadores

fijos, los miran cuando pasan, como si fueran de la familia real. Esa gente debe de estar acostumbrada a los famosos, que van cada día a su programa, así pues, ¿qué los hace a ellos diferentes? Risa conoce bien la respuesta: al cabo de un tiempo, un famoso no es más que un famoso como otro cualquiera, pero solo hay un Camus Agrex. Él es el nuevo niño mimado de la humanidad, y en cuanto a Risa… bueno, ella lo es también por asociación.

Finalmente encuentra el aseo y se encierra dentro, se sienta en el váter y se tapa la cara con las manos. Tener que defender la desconexión… tener que

decir que el mundo es un lugar mejor porque ciertos chicos inocentes son desconectados, la desgarra por dentro. Ha perdido el respeto por sí misma, su integridad. En aquel momento, ella no solo desearía no haber sobrevivido a la explosión de Happy Jack, sino que desearía no haber nacido nunca.

«¿Por qué haces esto, Risa?». Es la voz de todos los jóvenes del Cementerio. «¿Por qué?». Es la voz de Connor, acusándola y con razón. Le gustaría poder explicarle sus razones, y el trato que hizo con el diablo en la persona de Roberta: una diablesa con el poder de fabricar un chico perfecto.

Perfecto, desde luego que lo es. Al menos según la definición de la sociedad. Risa no puede negar que cada día que pasa Cam se acerca más y más a su potencial. Es inteligente y fuerte, y tiene la capacidad de ser profundamente sabio cuando no es profundamente egocéntrico. El hecho de que ella empiece a verlo como un muchacho real y no como un Pinocho irregular le molesta casi tanto como las cosas que ha dicho aquel día ante las cámaras.

Llaman a la puerta del aseo de modo apremiante:

—Risa —dice Cam—, ¿estás bien? Por favor, sal, que me estás asustando.

—¡Déjame en paz! —grita Risa.

Él no dice nada más, pero cuando ella sale finalmente del aseo, cinco minutos después, él sigue allí, esperándola. Hubiera sido capaz seguramente de esperar todo el día y toda la noche. Se pregunta si tal determinación férrea le vendrá de alguna de sus partes, o si será algo que ha desarrollado él mismo.

De repente, ella se encuentra rompiendo a llorar y arrojándose en sus brazos, sin saber siquiera por qué. Querría destrozarlo en pedazos y, sin embargo, necesita que la consuele. Querría destruir todo lo que él

representa, y sin embargo quiere llorar en su hombro porque no tiene otro hombro sobre el cual hacerlo. A su alrededor, la gente se los come con los ojos, aunque tratan de hacerlo con disimulo. Se derriten al ver lo que interpretan como el abrazo de dos almas enamoradas.

—Injusto —dice él—. No deberían obligarte a estas cosas si no estás realmente preparada. —Y el hecho de que él, que es objeto de toda aquella atención, la comprenda, empatice con ella y de algún modo se ponga de su lado, no hace sino confundirla todavía más—. No siempre será así —le susurra

Cam.

Risa quisiera creerle, pero en aquel momento, lo único que puede imaginar es que será aún peor.

49. Cam

Hay cosas que Roberta no le ha dicho a Cam. Su control sobre Risa es más que mera cuestión de voluntades. No es algo tan sencillo como la gratitud que puede sentir por contar con una nueva columna vertebral, ya que, en realidad, Risa no se siente en absoluto agradecida. Es evidente que su columna vertebral es una carga que le gustaría no tener que soportar. Siendo así, ¿por qué consintió?

Cada instante que pasan juntos la cuestión pende pesadamente en el aire, pero cuando él aborda el tema, lo único

que Risa dice es: «Fue algo que tuve que hacer», y cuando Cam trata de indagar más, ella pierde la paciencia y le dice que deje de presionarla: «Mis motivos son míos».

Cam quisiera creer que él es la razón por la que ella hace todo lo que hace, todo aquello que evidentemente va contra sus principios. Pero si hay ciertas partes de él que son lo bastante ingenuas para creer que ella haría aquellas entrevistas y anuncios por él, se ven muy sobrepasadas por las partes de él que andan mejor encaminadas.

La aparición de ambos en el *Brunch con Jarvis y Holly* dejó claro que su

papel en todo aquello le causa a Risa un dolor muy intenso. El hecho de que ella le permitiera consolarla no cambia las cosas. Aquello le hizo sentir a él la necesidad de llegar al fondo del asunto. No solo por él, sino también por ella, pues ¿cómo podría haber algo auténtico entre ellos sin saberlo todo uno del otro?

Todo viene del día en que firmó el impreso de autorización. Pero preguntarle a Roberta sobre ello es un esfuerzo inútil. Entonces Cam comprende que no tiene que hacerlo… porque Roberta es la reina de las cámaras de seguridad.

En cuanto vuelven a Molokai, Cam busca al guardia de seguridad con el que está en mejores tratos, el que juega con él al baloncesto, y le dice:

—Necesito ver las grabaciones del día diecisiete de abril.

—No puedo —le responde el guardia de entrada—. Nadie ve nada de eso sin el permiso de Ya Sabes Quién. Consigue el permiso, y te dejaré ver todo lo que quieras.

—No tiene por qué enterarse.

—Da igual.

—Pero no dará igual si le digo a ella que te pillé tratando de robar en la mansión. —Eso hace tartamudear al

guardia—. Permíteme —prosigue Cam —: Tú dirás, «Hijo de puta, no puedes hacer eso», y yo digo, «Sí, claro que puedo, ¿y a quién te crees que va a creer ella, a ti o a mí?». —Entonces Cam le entrega un *pen drive* y le dice—: No tienes más que copiar aquí los archivos, y será más fácil para todos.

El guardia lo mira sin poder creérselo.

—A ti te hicieron a conciencia, ¿sabes? Y de tal palo tal astilla.

Y aunque Cam sabe bien a quién se refiere él, le dice:

—Esta astilla viene de muchos palos, tienes que especificar.

Esa tarde el *pen drive* aparece en el cajón de su escritorio, lleno de archivos de vídeo. Duda que vuelva a tener nunca más un contrincante de baloncesto, pero el que algo quiere algo le cuesta. Cuando es lo bastante tarde para estar seguro de que no entrará nadie, carga los archivos en su visionador personal, y… presencia algo que no esperaba ver…

50. Risa

17 de abril. Casi dos meses antes. Antes de las entrevistas y los anuncios de utilidad pública, antes de la operación que sustituyó la columna vertebral seccionada de Risa.

Risa está en una celda casi vacía, sentada en su silla de ruedas, sin nada en lo que ocupar el tiempo más que sus propios pensamientos. En el suelo, debajo del espejo trucado, descansa un impreso de autorización, plegado en forma de avión. Ella se pasa el tiempo pensando en sus amigos, sobre todo en

Connor. Se pregunta cómo le irá sin ella. Ojalá que mejor. ¡Si tan solo pudiera decirle que está viva, que no ha sido torturada por los de la brigada juvenil, y que ni siquiera se encuentra en manos de ellos, sino en las de otra organización de la que no sabe nada…!

Roberta entra con un nuevo impreso, tal como hizo el día anterior. Se sienta en la mesa y le acerca una vez más a Risa el impreso y un bolígrafo.

Le sonríe a Risa, pero es la sonrisa de una serpiente que se enrosca alrededor de su presa.

—¿Estás lista para firmar? —le pregunta.

—¿Está usted lista para ver cómo echo a volar otro avioncito de papel? —le responde Risa.

—¡Avioncitos! —dice Roberta muy animada—. Sí, ¿qué tal si hablamos de aviones? Podríamos hablar en especial de los que descansan en cierto terreno salvaje, en el lugar que llamáis el Cementerio. Vamos a hablar de los amigos que tienes allí.

«Por fin», piensa Risa, «va a interrogarme».

—Pregunte lo que quiera —le dice —. Pero si yo fuera usted, no confiaría en nada de lo que yo le diga.

—Yo no necesito preguntarte nada,

cielo —le dice Roberta—. Sabemos todo lo que necesitamos saber sobre el Cementerio. Ya ves, consentimos vuestro pequeño santuario ASP porque nos conviene.

—¿Que les conviene…? ¿Me está diciendo que ustedes controlan a la Autoridad Juvenil?

—Digamos que ejercemos sobre ellos una importante influencia. La Autoridad Juvenil lleva mucho tiempo queriendo entrar a saco en el Cementerio, pero nosotros los contenemos. Sin embargo, a una palabra mía dejarán el Cementerio vacío, y a todos esos chicos por los que habéis

luchado tan valientemente se los llevarán a las Cosechadoras para que los desconecten.

Risa siente como si la arrancaran del suelo:

—Se está echando un farol.

—¿Que yo me estoy echando un farol…? Supongo que conocerás a nuestro hombre en el Cementerio. Se llama Trace Neuhauser.

La noticia la pilla por sorpresa:

—¿Trace…?

—Él nos ha pasado toda la información que necesitamos para desmantelar el Cementerio de aviones de forma rápida e incruenta. —Roberta

le acerca a Risa el impreso tan solo un par de centímetros—. Sin embargo, no es necesario que ocurra tal cosa. No hay por qué desconectar a ninguno de esos ASP. ¡Por favor, Risa! Acepta una columna vertebral nueva, y haz todo lo que te pedimos. Si lo haces, yo personalmente te garantizo que todos y cada uno de tus setecientos diecinueve amigos permanecerán sanos y salvos. Ayúdame, Risa, y los salvarás.

Risa mira el papel, y lo ve a una nueva luz, una luz terrible.

—¿Qué me van a pedir que haga…?

—Lo primero, Cam. Dejarás a un lado tus sentimientos, sean los que sean,

y serás amable con él. En cuanto al resto de cosas que te vamos a pedir, ya las conocerás a su debido tiempo.

Ella espera la respuesta de Risa, pero Risa no tiene respuesta. La metralla de aquella bomba todavía tiene que terminar de caer.

El silencio de Risa parece agradar a Roberta, que se queda allí, de pie, dejándole a Risa el impreso y el bolígrafo.

—Tal como has dicho, yo no te quitaré tu libertad de elegir. Tienes todo el derecho del mundo a negarte… pero, si lo haces, espero que seas capaz de vivir cargando con las consecuencias.

Risa sostiene el bolígrafo en la mano y por cuarta vez lee el documento. Es una sola hoja rellena de embarullada jerigonza jurídica. Pero no necesita descifrar la letra pequeña, pues está muy claro qué es lo que dice: Al firmarlo, otorga expresamente su permiso para que le sustituyan la columna vertebral dañada con una nueva procedente de un desconectado anónimo.

¿Cuántas veces se ha imaginado que volvía a caminar? ¿Cuántas veces ha revivido aquel momento en que al caerse el tejado en la Cosechadora de Happy Jack quedó aplastada debajo, y

cuántas veces se ha preguntado cómo sería borrar aquel momento?

Sin embargo, en opinión de Risa, el coste de una columna vertebral nueva sería su alma. Su conciencia no se lo podría permitir, ni entonces ni nunca. O eso pensaba al menos.

Si ve las cosas de un modo teórico y se niega a firmar, hará una declaración de principios contra un mundo que ha perdido el norte… Pero nadie lo sabrá, y su declaración provocará la desconexión de cientos de amigos suyos.

Roberta asegura que Risa tiene libertad para elegir, pero ¿qué clase de libertad es aquella? Sujeta el bolígrafo

con firmeza, respira hondo, pone su nombre, y lo rubrica.

51. Cam

Roberta está rebosante de alegría por la respuesta a la aparición en el programa de Jarvis y Holly. Ya está respondiendo a docenas de peticiones de entrevistas.

—Podemos permitirnos ponernos un poco exigentes —le dice a Cam la mañana después de que este vea el vídeo de la cámara de vigilancia—. ¡Calidad frente a cantidad!

Cam no dice nada, pero Roberta está tan inmersa en sus planes que no se da cuenta de que aquel día Cam está un poco raro.

«Dejarás a un lado tus sentimientos, sean los que sean, y serás amable con él».

Se lleva su irritación consigo a la pista de baloncesto, y como el baloncesto no lo calma, decide acudir al origen del problema. Busca a Risa por toda la mansión y la encuentra en la cocina, preparándose un sándwich a última hora de la mañana.

—Me he cansado de que me sirvan siempre —le dice como quien no quiere la cosa—. A veces lo único que me apetece es un sándwich de mantequilla de cacahuete que me hago yo misma. —Le ofrece el sándwich a él—: ¿Quieres

este? Me haré otro.

Como él no lo coge, ella lo mira a los ojos y ve que parece ausente.

—¿Qué te pasa? ¿Te has peleado con mamaíta?

—Sé por qué estás aquí —le dice él —. Lo sé todo sobre tu trato con Roberta, y lo de tus amigos del Cementerio.

Ella duda un instante, y después empieza a comerse su sándwich:

—Tú has hecho tu trato con ella, yo he hecho el mío —le dice con voz embadurnada en mantequilla de cacahuete. Intenta alejarse, pero Cam la agarra. Risa se suelta rápidamente y lo

empuja contra la pared—. ¡Yo he llegado a aceptarlo —le grita—, así que tú también podrás hacerlo!

—Entonces, ¿todo ha sido fingido? ¿Te has portado bien con el monstruo solo para salvar a tus amigos?

—¡Sí! —le espeta Risa—. Al principio.

—¿Y ahora?

—¿Realmente tienes un concepto tan bajo de ti mismo? ¿Y te crees que soy tan buena actriz?

—¡Entonces demuéstramelo! —le pide—. ¡Demuéstrame que sientes algo más que desprecio por mí!

—Precisamente en este momento, no

siento nada más por ti. —Entonces se va toda enfurecida, tras tirar su sándwich a la basura.

Cinco minutos después, Cam le quita una tarjeta de pase a un guardia despistado, y la emplea para atravesar la puerta de seguridad y acceder al garaje. Entonces roba una motocicleta y se marcha por el serpenteante camino que sale de la hacienda.

No tiene destino, solo una necesidad imperiosa de acelerar. Está seguro de que hay al menos un loco por la velocidad dentro de su cabeza, tal vez más de uno. Sabe que varios de sus componentes tenían moto. Pasa muy

rápido todas las curvas, hasta llegar a la ciudad de Kualapuu, satisfaciendo cada uno de los impulsos autodestructivos que lleva dentro. Entonces toma una curva demasiado cerrada, pierde el control y sale volando de la moto para dar vueltas y vueltas sobre el pavimento.

Está herido, pero vivo. Los conductores se paran y salen del coche para ayudarle, pero él no quiere su ayuda. Se pone en pie y siente un agudo dolor en la rodilla. Tiene la espalda destrozada. La sangre que le cae por el pelo le empaña los ojos.

—Eh, tío, ¿estás bien? —le grita un turista, que acto seguido se para en seco

—: ¡Eh! ¡Eh, eres tú! ¡Tú eres el tipo ese de la reconexión! ¡Eh, mirad, es el tipo reconectado!

Se aleja de ellos a toda prisa, y vuelve a coger la moto, regresando por donde llegó. Cuando llega a la mansión, ya hay coches de policía ante la fachada. Roberta lo ve y corre hacia él.

—¡Cam! —se lamenta—. ¿Qué te has hecho? ¿Qué te has hecho? ¡Dios mío! ¡Necesitas que te vea un médico! Vendrá ahora mismo. —Entonces se vuelve furiosa hacia los guardias de la casa—: ¿Cómo habéis podido permitir que suceda esto?

—¡No es culpa de ellos! —exclama

Cam—. ¡Yo no soy un perro que se arranca la correa, así que no me trates como si lo fuera!

—Déjame que te mire las heridas…

—¡Atrás! —exclama él lo bastante fuerte para que ella obedezca. Entonces él pasa por en medio de todos, empujándolos, se sube a su habitación y cierra la puerta con llave para aislarse del mundo.

Unos minutos después, llaman suavemente a la puerta, como sabía que ocurriría. Piensa que será Roberta, intentando manejar a su inestable niño con guantes de seda. Pero no es Roberta:

—Abre, Cam: soy Risa.

Ella es la segunda persona a quien menos ganas de ver tiene en aquel momento, pero le sorprende que haya acudido. Lo menos que puede hacer es abrir la puerta.

Risa aparece en el umbral, con un botiquín en la mano.

—Es una tontería desangrarse solo por un enfado.

—No me estoy desangrando.

—Bueno, pero estás sangrando. ¿Me dejas al menos que eche un vistazo? Lo creas o no, yo era jefe del equipo médico en el Cementerio. Todo el tiempo tenía que ocuparme de heridas como esa.

Cam abre completamente la puerta para dejarla pasar. Entonces se sienta en la silla de su escritorio y le permite limpiarle la herida de la mejilla. Después de hacerlo, Risa le quita la camisa desgarrada y empieza a limpiarle las heridas de la espalda. Le escuece, pero lo soporta sin un gesto de dolor.

—Has tenido suerte —le dice ella —. Tienes heridas pero nada que necesite puntos. ¡Y tampoco te has desgarrado ninguna de las costuras!

—Menudo alivio para Roberta.

—Roberta que se vaya al infierno.

Por una vez, Cam se siente de acuerdo con ella. Risa le echa un vistazo

a la rodilla, y le dice que, le guste o no, tendrán que hacerle una radiografía. Cuando ha terminado de verle las heridas, él la contempla a sus anchas. Si Risa sigue enfadada con él por lo de antes, no se le nota.

—Lo siento. Irme de esa manera ha sido una estupidez.

—Ha sido humano —señala ella.

Cam alarga la mano y le toca la cara con suavidad. Le da igual si a cambio le da una bofetada o si le disloca un brazo.

Pero ella no hace ninguna de las dos cosas.

—Vamos —le dice—. Échate en la cama para descansar un poco.

Cam se levanta, pero descansa demasiado el peso sobre la rodilla, y está a punto de caerse. Risa lo sostiene, dejándole que se apoye en ella, igual que Cam se ofreció para que se apoyara Risa el día que dio los primeros pasos. Risa lo ayuda a ir hasta la cama, y cuando Cam se deja caer en ella, su brazo sigue rodeándola de tal modo que ella cae en la cama también.

—Perdona.

—Deja de pedir perdón por todo —le dice ella—. Ahorrátelo para cuando realmente haya que disculparse.

Entonces se quedan así, uno al lado del otro sobre la cama. La espalda le

duele aún más al apretar contra la manta. Risa podría levantarse, pero no lo hace. Por el contrario, se vuelve un poco hacia él y le pasa los dedos por una raspadura que tiene en el pecho, comprobando si necesita vendarla o no, y llegando a la conclusión de que no.

—Eres una cosa rara, Camus Agrex. Yo no me explico cómo he podido acostumbrarme, pero el caso es que lo he hecho.

—Sin embargo, sigues pensando que sería mejor que no me hubieran hecho nunca, ¿no?

—Pero te hicieron, y estás aquí, y yo estoy aquí contigo. —Entonces añade—:

Y solo te odio a ratos.

—¿Y el resto del tiempo?

Se inclina hacia él, piensa un momento en ello, y entonces lo besa. Es más que un besito de hermanos, pero solo un poquito más.

—El resto del tiempo no te odio. —Entonces ella gira hasta ponerse boca arriba, y permanece así, a su lado—. Pero no interpretes demasiado, Cam —añade—. Yo no puedo ser lo que tú quieres.

—Son muchas las cosas que yo quiero —observa él—. ¿Por qué iba a tenerlas todas?

—Porque eres el niño mimado de

Roberta. Siempre te da lo que le apetece a tu corazón reconectado.

Cam se incorpora en la cama para mirarla:

—Pues desmímame. Enséñame a ser paciente. Enséñame que hay cosas por las que vale la pena esperar.

—¿Y cosas que podrías no tener nunca?

Él piensa la respuesta, y al final dice:

—Si eso es lo que tienes que enseñarme, entonces eso será lo que yo tendré que aprender. Pero lo que yo más quiero es algo que creo que puedo tener.

—¿Y qué es?

Él le coge la mano y la sostiene.

—Este momento que estamos viviendo ahora, pero de mil maneras distintas. Si puedo tener eso, entonces el resto no importa demasiado.

Ella se incorpora también y retira su mano de la de él, pero solo para acariciarle el pelo. Parece que solo le está mirando la herida que tiene en el cuero cabelludo, pero quizá no sea solo eso.

—Si eso es realmente lo que más quieres —le dice ella con suavidad—, entonces quizá puedas tenerlo. Quizá podamos tenerlo los dos.

Cam sonríe.

—Eso me gustaría mucho.

Y por primera vez desde que lo fabricaron, siente que le afloran a los ojos unas lágrimas que son realmente suyas.

SEXTA PARTE

HUIR O PELEAR

Búsqueda en Google: «Adolescentes salvajes». Unos 12000 resultados (0,12 segundos).

Global Faultlines | World Politics, Political Economy, Contemporary…

«Adolescentes salvajes y nihilistas» los ha llamado el Daily Mail: jóvenes locos de todos los estilos de vida que corren por la calle

insensatamente y…

The Black Flag Cafe© • Ver asunto – ataque de adolescentes salvajes… 3 posts - 2 autores - Último post: 7 Jul, 2007— adolescentes salvajes atacan una vez más…» Viernes 06 Jul, 2007 10:31 pm. WEST PALM BEACH, Fla.—Dos adolescentes fueron acusados de…

Feral007's Blog—Quejas al azar sobre adolescentes salvajes» adolescentes Quejas al azar sobre adolescentes salvajes. ¡Día a día, problemas de un padre solo con

adolescentes! ¿Qué hacer?

Adolescentes salvajes en Philadelphia 18 Aug, 2011—La palabra «salvaje» alude a pandillas de adolescentes que asaltan a extranjeros por diversión y…

Adolescentes «salvajes» apalean a un hombre hasta matarlo - Noticias - Wigan Today 4 Apr, 2007—Dos adolescentes «salvajes» que sometieron a un inofensivo y profundamente vulnerable hombre de Wigan a meses de hostigamiento antes de…

Silver Spring, Singular: Codiciando el restaurante del

vecino 30 Jun, 2010— Bethesda tiene menos grupos de adolescentes salvajes, lo cual hace que la experiencia en el centro de la ciudad sea allí más placentera…

52. Lev

El agua helada en la cara despierta a Lev. Al principio piensa que está de nuevo fuera, bajo la tormenta. Estaba llegando un tornado… ¿le cayó un árbol encima? Se ha levantado. Debe seguir corriendo, corriendo.

Pero ya no está bajo la tormenta. No está a la intemperie. La vista se le ha nublado, pero ve lo suficiente para darse cuenta de que se encuentra en una especie de habitación, mirando hacia una pared sucia. No, no una pared, sino el techo. Un techo con manchas de

humedad. Y está tendido sobre una cama. Y tiene las manos atadas por encima de la cabeza. Atadas al cabecero de una cama. Tiene un gusto a electrolito en la boca, el aire huele a moho, y la cabeza le palpita, palpita, palpita. ¡Ahora recuerda! Él estaba en una furgoneta con Miracolina. El granizo aporreaba la furgoneta. Entonces les disparó una bala aletargante el…

—¿Despierto? —pregunta Nelson. Lev recuerda ahora su nombre: Nelson, el agente Nelson. Lev no había visto nunca la cara de ese hombre, pero su nombre permaneció en las noticias casi tanto tiempo como el de Lev. Ahora no

se parece nada a un policía de la brigada juvenil—. Perdona el despertador de agua. Te hubiera despertado con una llamada, pero no hay línea de teléfono aquí.

Miracolina está en otra cama junto a la de Lev, todavía inconsciente. Como él, tiene las manos atadas mediante bridas al cabecero de la cama.

Lev tose y escupe agua por la boca. Nelson está sentado a unos pasos de distancia, con las piernas cruzadas, sosteniendo su escopeta aletargante.

—¿Sabéis? Llevo días vigilando la mansión Cavenaugh. Simplemente tenía un presentimiento. Ya veis, todo

apuntaba a que había por la zona un piso franco importante, pero nadie era capaz de situarlo con certeza. Sin embargo, la mansión Cavenaugh… con esa valla que tiene para que parezca abandonada, pero que no está abandonada en absoluto… y todas esas cámaras de vigilancia de última generación colocadas en los árboles que bordean la propiedad… ¡No me podía imaginar que la resistencia tuviera tanto dinero! —Lev no dice nada, pero a Nelson no parece que le importe. Por lo visto, le satisface tener una audiencia cautiva—. ¡Así que imaginaos mi sorpresa cuando os encuentro a los dos allí, a la orilla de la

carretera, como caídos del cielo!

Nelson saca el cargador de la escopeta aletargante, quita las balas una a una, y lo vuelve a cargar y a meter en el arma. En la otra cama, Miracolina gime, empezando por fin a rebullir de su profundo sueño.

—Esto es lo que yo pienso —dice Nelson, acercándose más a Lev—. Tú estabas acompañando a esta pobre ASP a la mansión Cavenaugh para dejarla en manos de esos amigos tuyos que tan poco respeto muestran a las leyes, pero por el camino os pilló la tormenta. ¿Estoy en lo cierto?

—Ni por lo más remoto —contesta

Lev con voz ronca.

—Bueno, en realidad los detalles no importan nada. Lo importante es que estáis aquí.

—¿Y dónde es aquí?

—Como te acabo de decir —responde Nelson, agitando el arma—, los detalles no importan nada.

Lev vuelve a mirar a Miracolina. Tiene los ojos medio abiertos, pero aún no está consciente del todo:

—Suéltela —dice—. Ella no tiene nada que ver con esto.

Nelson sonríe:

—¡Qué noble de tu parte… pensar en la chica antes que en ti mismo!

¿Quién dice que la galantería ha muerto?

—¿Qué es lo que quiere? —le pregunta Lev. La cabeza le duele demasiado para andarse con rodeos—. Yo no le puedo devolver su trabajo, y no fue culpa mía si Connor lo aletargó a usted, así que ¿qué quiere de mí?

—En realidad —dice Nelson—, sí que es culpa tuya. Si Connor no te hubiera utilizado como escudo humano, ninguno de nosotros estaría hoy aquí.

Lev comprende que eso es cierto. Si él no hubiera recibido sin quererlo la bala de Nelson que iba dirigida a Connor, entonces los dos habrían sido desconectados según lo previsto.

—Entonces, ¿jugamos? —pregunta Nelson.

Lev traga, y siente la garganta como si la tuviera llena de astillas de madera.

—¿A qué juego?

—¡A la ruleta rusa! El cargador de mi escopeta está cargado con cinco balas aletargantes y un proyectil de plomo recubierto de níquel con una punta explosiva. No consigo recordar en qué posición coloqué al señor Balamala. Estaba demasiado enfrascado en la conversación contigo para fijarme. Te haré preguntas, y si no me gusta la respuesta, dispararé.

—Ese juego podría durar días si me

empeño en quedarme inconsciente.

—Sí, o podría terminar muy rápido.

Lev respira hondo e intenta no mostrar más miedo del imprescindible.

—Suena emocionante. Vamos a jugar.

—Bueno, no es exactamente la emoción que sienten los aplaudidores, pero haré todo lo posible para que no te aburras. —Quita el seguro del arma—. Pregunta uno: ¿Sigue vivo tu amigo Connor?

Lev sospechaba que podía preguntarle eso, así que hace todo lo posible por mentir con toda la sinceridad posible:

—Yo también he oído los rumores —dice—, pero no lo sé. Se lo llevaron de Happy Jack sangrando e inconsciente, mientras a mí me arrestaban. Aparte de eso, no tengo ni idea.

Nelson le sonríe, y entonces dice:

—Respuesta equivocada. —Y dirige la punta de la escopeta hacia Miracolina.

—¡No!

Nelson dispara sin dudar. Miracolina arquea la espalda al recibir la bala, ahoga un gritito, semiconsciente, y se queda en silencio. El corazón de Lev está a punto de estallarle, hasta que ve el diminuto pero significativo

indicador de proyectil aletargante que le asoma por la camisa.

Nelson se pone en pie y mira a Lev negando con la cabeza:

—Espero que me guste tu próxima respuesta —dice, y a continuación sale y cierra la puerta.

53. Nelson

Nelson decide darle a Lev bastante tiempo para pensar. Mientras tanto, permanece en una habitación adyacente de la casita, comprobando los señuelos de que ya dispone.

No son gran cosa. Ha capturado y marcado a casi una docena de ASP, haciéndoles creer que han logrado escapar de él. Algunos siguen en las calles, no lejos de donde él los capturó originalmente. Otros están en Cosechadoras, pues los ha atrapado la brigada juvenil. Uno de ellos parece que

se encuentra en Argentina, aunque sospecha que lo habrá atrapado otro pirata de partes, que lo habrán desconectado en el mercado negro, y que solamente la parte en la que estaba la identificación ha llegado a Sudamérica. También recibe dos pitidos de Arizona, procedentes del emplazamiento de una base de aviones en desuso. Esto es lo que le resulta más curioso. Cuando aún estaba en la brigada juvenil, había oído hablar de una especie de santuario ASP en el Sudoeste, pero los detalles eran vagos, y no le habían autorizado a averiguar más, ni tampoco había sentido interés en su

momento por el asunto. En cualquier caso, Arizona está demasiado lejos para acercarse. A menos, claro está, que su pequeño aplaudidor sitúe a Connor allí.

Las balas aletargantes que Nelson cargó en su escopeta son de las más leves, de muy poca duración. Cuando vuelve, unas dos horas después, se queda antes al otro lado de la puerta, escuchando. La chica está despierta pero aturdida, y Lev se disculpa porque ella se vea envuelta en aquello. No mencionan a Connor ni ningún posible refugio de ASP.

Nelson abre la puerta de una patada para asustarlos, y después se sienta

tranquilamente en su silla, entre uno y otro, blandiendo su escopeta por si acaso les quedan dudas sobre sus intenciones.

—¿Estamos listos? —pregunta Nelson—. Quedan cinco balas. Hay un veinte por ciento de posibilidades de que la próxima sea mortal.

Lev evita mirarlo a los ojos, y hace esfuerzos por controlar la respiración. Como ya conoce la sorpresa final del juego, Nelson apunta la escopeta hacia la chica, aun antes de plantear la pregunta.

—Usted piensa que yo tengo miedo de morir, pero no lo tengo —dice la

chica. Sin embargo, el temblor de su voz dice otra cosa.

—Por favor —le ruega Lev—. No lo haga.

—Me temo que no tengo más remedio —le responde Nelson con voz alegre. Se aclara la garganta—. Segunda partida. La pregunta es… ¿Dónde se esconde el ASP de Akron? Tienes tres segundos de tiempo.

—Por favor, no —vuelve a rogarle Lev.

—¡Uno!

—¡Dispáreme a mí! ¡Ella no tiene nada que ver con esto!

—¡Dos!

—¡Soy yo el que responde mal, no ella!

—¡Tres!

—¡No, espere! ¡Se lo diré! ¡Se lo diré!

Nelson amartilla la escopeta:

—Más vale que te des prisa.

Lev respira hondo, con un escalofrío:

—En las Cavernas Indias del Eco, en Pensilvania. Allí es donde se esconden los ASP de la Costa Este. Los meten en lo más hondo de las cavernas y los guardan allí hasta que cumplen los diecisiete años. Connor está ayudando en la dirección.

—Mmm —dice Nelson, pensando en ello—. Eso es una reserva india… Apuesto a que esos cochinos *maquineros* siempre han dado cobijo a los ASP.

Posa la escopeta sobre el regazo y se recuesta en la silla.

—Ahora se me plantea un dilema: de todos los ASP que tengo controlados, ninguno ha ido en esa dirección. Así que ¿a quién debo creer? ¿A ti o a mis datos?

—¿Dónde los interceptó usted? —se apresura a preguntarle Lev—. Si los encontró al oeste de Pittsburgh, seguramente han ido a otro lugar, en

caso de que los haya recogido la resistencia. ¡Y no me pregunte dónde, porque no lo sé!

Nelson sonríe:

—¿Sabes? Me alegro de que no te detonaras tú mismo el año pasado, jovencito. Porque acabas de salvarle la vida a esta chica. Suponiendo, claro está, que hayas dicho la verdad.

—Si miento —dice Lev—, puede usted volver y matarnos a los dos.

Eso le hace reír a Nelson:

—Si resulta que estás mintiendo, te aseguro que ya pensaba hacerlo, pero gracias por darme permiso.

Entonces se va, sin hacer ademán de

desatarlos.

54. Lev

—¿Le has dicho la verdad? —le pregunta Miracolina.

—Por supuesto que sí —responde Lev, por si acaso Nelson estuviera escuchando.

Poco después, oye cómo arranca y sale la furgoneta de Nelson. El caso es que no importaba lo que dijera Lev, solo importaba que Nelson se lo creyera. Lev recurrió a sus recuerdos para mencionar la localización: había estado muchos años antes con su familia en las Cavernas Indias del Eco, y recordaba

que la guía les había dicho que aquel sitio había sido refugio de proscritos. Lev no se apartó de su madre, temiendo que aquellos proscritos pudieran seguir escondidos en las grietas oscuras de la caverna y lo acecharan desde ellas. Lev no tiene ni idea de si hay algún ASP allí escondido, pero espera que no, ya que ha enviado a Nelson hacia allá.

—Entonces ¿qué hacemos? —pregunta Miracolina—. Si atrapa a tu amigo, no volverá y moriremos de hambre aquí. Y si tu amigo no está allí, volverá para matarnos.

—Creí que no te daba miedo morir.

—No me da. Pero no quiero morir

en una muerte sin sentido.

—No lo haremos. Si puedo evitarlo.

—Entonces empieza a moverse en la cama de un lado para el otro. Tiene las manos aseguradas con bridas de plástico a los dos pilares del cabecero, pero sus pies sí que le permiten cobrar un impulso de balanceo. Lanza su peso a la izquierda y después a la derecha, una y otra vez, y la cama empieza a chirriar ligeramente contra el suelo. Intenta volcar la cama, pero no lo consigue, y al final tiene que detenerse a descansar.

—No funciona —dice Miracolina, diciendo algo más que evidente.

—Entonces tal vez tendrías que

empezar a rezar. Yo ya lo estoy haciendo.

Al cabo de unos minutos de descanso, vuelve a intentarlo. Esta vez consigue deslizar la cama un poco más gracias a su balanceo, hasta que una de las patas encuentra el tope que hace una tabla levantada en el suelo irregular. Ahora, cuando él balancea la cama, las patas del otro lado se levantan ligeramente del suelo. Pierde la fuerza, y el dolor de las bridas que se le clavan en las muñecas puede con él. Tiene que parar, pero después de unos minutos vuelve a intentarlo otra vez, y otra, y cada vez está un poco más cerca de la

fuerza y de la torsión exactas que precisa. Entonces, por fin, soltando un gruñido con los dientes apretados, lanza todo su peso hacia la pared opuesta, casi descoyuntándose los brazos, y la cama se levanta.

Cómo caiga es algo que depende de la casualidad, como la moneda que puede caer de cara o de cruz. Pero al final cae boca abajo. El armazón de metal y el colchón se encuentran ahora encima de él. Los codos de Lev pegan dolorosamente contra el suelo de madera carcomida, se le clavan astillas en la carne. Con la cama encima de él, por un momento le viene a la mente la

explosión en la casa de su hermano, cuando quedó atrapado debajo del sofá. Recuerda la cara de su hermano y la del Padre Dan, pero intenta sacar fuerza del impulso en vez de dejarse hundir por la pena.

—¡Lo has conseguido! ¡Eso ha sido estupendo! —le oye decir a Miracolina, aunque no la puede ver—. ¿Y ahora qué?

—Todavía no lo tengo muy claro.

Las manos de Lev siguen dolorosamente atadas a las barras de hierro del cabecero. Ve que le sangran las muñecas, y que tiene herrumbre en las manos. Piensa en el tétanos, y en que

siempre quieren ponerle a uno la antitetánica cuando se clava una punta oxidada o algo así. Recuerda cómo la valla de hierro de la casa que su familia tiene en la playa se había deshecho de puro oxidada por la exposición al aire salino. Se había deshecho de puro oxidada… Mira hacia el lugar en que las barras del cabecero conectan con el armazón de la cama. La barra a la que tiene atada la mano izquierda está casi oxidada del todo. De nuevo, sin hacer caso del dolor, tira y tira hasta que la barra se rompe y la mano queda libre.

—¿Ocurre algo ahí abajo? —pregunta Miracolina.

En vez de responderle, Lev alarga el brazo y le coge la mano. Ella ahoga un grito de emoción.

La barra que le asegura la mano derecha no está tan endeble como la otra, pero también se encuentra áspera y herrumbrosa. Sabe que no podrá romper aquella barra como rompió la otra, así que intenta otra táctica distinta: empieza a mover la muñeca de un lado para el otro, raspando la brida contra el metal rasposo y oxidado. Poco a poco, el plástico se va desgastando, hasta que la brida se parte y la mano queda libre. Se limpia en el colchón la sangre de las muñecas, y se levanta.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta ella.

—Superpoderes —responde él.

Mira las ataduras de Miracolina, y busca debajo del colchón para encontrar el mismo metal oxidado. Separa la cama de la pared y, de pie detrás de ella, empieza a darles patadas a las barras hasta romper las dos a las que está atada Miracolina. Ella saca las manos de allí, y después se saca las bridas por los dedos.

—¿Estás bien? —le pregunta Lev, y ella asiente con la cabeza—. Bueno, vamos a salir de aquí. —Pero en el instante en que apoya el peso en el

tobillo derecho, hace una mueca y empieza a cojear.

—¿Qué pasa? —pregunta Miracolina.

—Creo que me he hecho un esguince al dar las patadas a las barras —le dice Lev.

Miracolina le permite apoyar su peso en ella, y lo ayuda a caminar. Cuando abren la puerta de la calle, descubren dónde han estado encerrados: es una casita en medio del bosque, tan aislada que podrían haber gritado a pleno pulmón durante días y nadie los habría oído.

Hay un camino de tierra que Lev

espera que lleve a una carretera importante. Intenta apoyarse en el tobillo, pero vuelve a hacer una mueca de dolor. Así que Miracolina sigue dejándole el hombro para que se apoye, y Lev acepta su ayuda agradecido.

Entonces, cuando se encuentran a buena distancia de la casita, dice Lev:

—Ahora voy a necesitar tu ayuda. Vas a tener que ayudarme a avisar a mi amigo.

Miracolina se separa un paso de él, y Lev casi se cae, pero consigue mantener el equilibrio.

—No voy a hacerlo. Tu amigo no es problema mío.

—Por favor, mírame. Apenas puedo andar. No puedo llegar allá por mí mismo.

—Te llevaré a un hospital.

Lev niega con la cabeza.

—Cuando fui a Cavenaugh, incumplí los términos de mi libertad condicional. Si me cogen, me encerrarán para siempre.

—¡Yo no tengo la culpa de eso!

—Pero te he salvado la vida —le recuerda Lev—. Espero que no me pagues destrozando la mía.

Ella lo mira casi con tanto odio como el día que se conocieron.

—Ese pirata de partes llegará a las

cavernas antes que nosotros. ¿De qué sirve intentarlo? —Entonces lo mira detenidamente por un momento, como si leyera la mente de Lev, y le dice—: Tu amigo no está en las cavernas, ¿verdad?

—Por supuesto.

Entonces ella lanza un suspiro y exclama:

—¡Por supuesto que no!

55. Miracolina

Miracolina no es una chica que sucumba a los impulsos. Todas las cosas se tienen que planear y hay que contar con tiempo suficiente para llevarlas a cabo. Ni siquiera su huida de la mansión Cavenaugh fue una escapada salvaje, sino el resultado de muchos preparativos. Así pues, ella no está lista para aquella loca posibilidad que se le presenta mientras recorre con Lev los caminos de tierra.

—Contactaré con mis padres antes de ayudarte a llegar a ningún sitio —le

dice, comprendiendo que al decir eso acepta entrar en negociación. Realmente está considerando la posibilidad de ir con él. Tal vez se trate de trastorno por estrés postraumático.

—No puedes llamar a tus padres. Si lo haces, sabrán que tu autobús del diezmo no fue atacado por piratas de partes, y eso comprometerá toda la operación Cavenaugh.

—Si ese sitio te preocupa tanto —le dice ella—, entonces, ¿por qué te escapaste?

Lev se toma un momento antes de responder, pasa el peso del cuerpo de una pierna a la otra, y vuelve a hacer una

mueca:

—Su obra está bien —dice él—. Pero es su obra, no la mía.

La desconciertan los motivos que tiene Lev para hacer lo que hace, su vaga integridad… Era fácil despreciar a Lev considerándolo «parte del problema» cuando no lo conocía, pero ahora ya no es tan fácil. Ese chico es una paradoja. Es alguien que estuvo a punto de volarse él mismo por los aires en un intento de matar a otros, y que sin embargo se ofrecía él mismo al pirata de partes para salvarle la vida a Miracolina. ¿Cómo puede pasar uno de no tener respeto ni siquiera por la

propia existencia, a entregarse en sacrificio a alguien a quien apenas conoce? Aquello choca contra las verdades que han definido la vida de Miracolina. Los malos son los malos, los buenos son los buenos, y no hay nada que realmente esté entre los dos extremos: el gris no existe.

—Contactaré con mis padres y les haré saber que estoy viva —exige ella, manteniéndose firme—. Solo con saber que estoy viva ya se pondrán contentos.

—Pueden averiguar desde dónde se hace la llamada.

—Pero vamos a movernos, ¿no? Si mis padres informan a la Autoridad

Juvenil, solo podrán averiguar dónde hemos estado, no adónde vamos. —Y después pregunta—: ¿Adónde vamos?

—Puedes ponerte en contacto con tus padres —dice Lev, cediendo—, pero no me preguntes adónde vamos. Cuanto menos sepas, mejor.

Y aunque eso hace que en la cabeza le suenen todas las alarmas, Miracolina dice:

—De acuerdo. —A continuación se lleva las manos a las caderas para añadir—: Y puedes dejar de hacer como si te doliera el tobillo. Eso solo servirá para ir más despacio.

Lev apoya todo el peso en el tobillo,

y le ofrece una sonrisita picarona. En ese momento Miracolina comprende que perdió la negociación antes de empezar. Porque incluso antes de que él le pidiera que fuera con él, una parte de ella, de la que ni siquiera ella misma tenía conocimiento, había decidido decir que sí.

56. Lev

El viaje al Cementerio es distinto para Lev que la primera vez. Aquel primer recorrido, aparte de trazar una lenta espiral descendente, no había tenido destino definido, y ocurrió cuando la herida de su espíritu estaba tan abierta, que se encontraba en las condiciones perfectas para que lo reclutaran los aplaudidores. Se había visto perdido, y sin medio de tratar con su rabia.

En primer lugar estaba CyFi, y el chico en la cabeza de CyFi que ni siquiera sabía que había sido

desconectado. Después Lev tuvo que valerse por sí mismo, presa de malvados que podían ser tan sigilosos como los mosquitos. Le ofrecían ayuda, o refugio, o comida, pero todos tenían pésimas intenciones. Un breve período en una reserva de gente del albur le infundió fuerzas, pero incluso eso terminó en un desagradable encuentro con un pirata de partes. El tiempo que Lev pasó oculto y sobreviviendo lo había vuelto espabilado e ingenioso. Se había endurecido con un brutal bautismo de experiencias vitales. Durante aquellos días sórdidos, la idea de saltar por los aires y de llevarse con él todo lo

que pudiera no le sonaba tan mal.

Pero ya no está viviendo aquellos días terribles y sabe que, no importa lo que le suceda, no volverá a vivirlos nunca.

Para satisfacer los deseos de Miracolina y que pueda llamar a su casa, Lev roba un móvil del bolsillo del abrigo de un ejecutivo. La llamada es breve, tal como ella prometió. No les ofrece más información que decirles que está viva, y corta la ráfaga de preguntas de su madre colgando enseguida.

—Bueno, ¿estás contento? —le suelta a Lev—. Breve y agradable. —Ella insiste en devolver el móvil al

mismo bolsillo del mismo abrigo del mismo ejecutivo, pero hace tiempo que se ha ido, así que Lev lo deja en el bolsillo de otro tipo parecido.

Como no tienen dinero, no les queda más remedio que robar cuanto necesitan. Lev usa versiones suavizadas de las estrategias de supervivencia que aprendió en su primera experiencia en la calle: pegar y robar, pero sin la primera parte, sin pegar; romper y allanar, pero también sin la primera parte, sin romper. Lo curioso es que Miracolina no presenta objeciones a que roben.

—Estoy haciendo una lista de todas las cosas que cogemos y de dónde las

cogemos —dice—, para devolverlo todo antes de que me desconecten.

Sin embargo, el hecho de que ella se esté dejando doblegar en su propio código personal le da a Lev esperanzas de que también pueda doblegar su fijación con el diezmo.

Sabe que esta vez se trata de algo muy serio. Nelson es el tipo de sabueso humano que no se dará por vencido, y todavía resultará más despiadado cuando se dé cuenta de que Lev le ha mentido. Tienen que avisar a Connor.

Ni Lev ni Miracolina conducen, ni parecen lo bastante mayores para pasar disimulados si supieran hacerlo, y unos

niños de su edad viajando en transporte convencional llaman tanto la atención como un mono académico. Así que viajan a escondidas del mundo: en la caja de un gran tráiler, cuando pueden colarse dentro; en el fondo de una furgoneta, cuando encuentran una lona bajo la cual esconderse. Más de una vez los pillan, pero no ponen mucho empeño en capturarlos. Afortunadamente, casi todo el mundo tiene mejores cosas que hacer que correr detrás de un par de niños.

—¡No me gusta lo que hacemos, ni cómo lo hacemos! —exclama Miracolina, después de escapar de un

camionero especialmente agresivo que los ha perseguido con un desmontador de neumáticos durante nada más y nada menos que diez metros—. ¡Me siento rastrera! ¡Me siento infrahumana!

—Eso está bien —le dice Lev—. Ahora ya sabes cómo se siente un ASP de verdad.

Lev tiene que admitir que, a él, lo de volver a encontrarse al margen de la sociedad le resulta emocionante. La primera vez que se había visto en esa situación había tenido que ver con la traición, la alienación y la supervivencia. Lo odiaba, y todavía tiene pesadillas al respecto. Pero ahora,

vivir entre instintos, impulsos y adrenalina se parece más al verdadero hogar que hacerlo en la jaula de oro de la mansión Cavenaugh. Parte de esa emoción de la supervivencia parece estársele contagiando a Miracolina, pues cada vez que salen ilesos de alguna, se relaja y sonríe.

El tramo más largo de su viaje lo hacen en el compartimento del equipaje de un autobús, tras meterse al fondo de todas las maletas cuando nadie miraba. El autobús, que sale de Tulsa, se dirige a Albuquerque, desde la cual su destino les queda a solo un Estado de distancia.

—¿Me vas a decir alguna vez dónde

termina este viaje?

—Vamos a Tucson —le dice por fin, pero no le aclara nada más.

El autobús sale a las cinco de la tarde y tiene que pasar toda la noche en ruta. Lev y Miracolina se preparan un espacio razonablemente cómodo entre las maletas. Luego, cuando llevan unas dos horas de viaje, Lev se da cuenta de que tiene un problema. Incluso en la oscuridad absoluta del abarrotado compartimento, Miracolina comprende que algo va mal, y le pregunta:

—¿Qué ocurre?

—Nada —dice Lev, pero a continuación admite—: Necesito hacer

pis.

—Bueno —dice Miracolina con un tono de superioridad que debe de haberle costado años de práctica—, yo lo pensé antes y fui a los servicios de la estación.

Al cabo de diez minutos, Lev comprende que aquello no terminará bien.

—¿Te lo vas a hacer en los pantalones? —pregunta Miracolina.

—¡No! —dice Lev—. Preferiría reventar.

—Sí, eso he oído.

—No tengo humor para bromas.

Pero cuando el autobús entra en un

tramo de carretera de firme irregular, queda claro que lo de contenerse no es posible. No quiere ensuciar el compartimento… entonces comprende que ocultar el olor es tan sencillo como abrir y cerrar una cremallera. Se aleja de Miracolina y empieza a abrir una maleta.

—¿Vas a mear en la maleta de un pasajero?

—¿Se te ocurre una solución mejor?

Y entonces Miracolina empieza a reírse por lo bajo, después le da la risita tonta, y termina carcajeándose sin poder contenerse:

—¡Va a mear en la maleta de un

pasajero!

—¡Calla! ¿Es que quieres que te oigan los que van en el autobús?

Pero Miracolina no se puede contener. Le ha entrado un ataque de risa en toda regla, de esos que le dejan a uno el estómago dolorido.

—¡Abrirán la maleta —espeta entre una risotada y otra— y se encontrarán la ropa llena de pis!

Para Lev aquello no es cosa de risa. Abre la maleta y palpa lo de dentro para asegurarse de que solo hay ropa y nada electrónico, pues eso sería aún peor, mientras Miracolina se queda sin aire:

—¡Y pensar cómo me puse cuando

se derramó la botella de champú en la mía!

—¡Champú! —dice Lev—. ¡Eres una genia!

Lev revuelve a tientas en la maleta, y después en otra maleta, hasta que da con una botella de champú de buen tamaño. Entonces vacía a toda prisa el champú en un rincón del compartimento y, sin perder un segundo, la rellena con enorme alivio. Cuando termina, cierra bien la botella. Piensa si volver a meterla en la maleta, pero decide que será mejor dejarla que ruede hasta el otro extremo del compartimento del equipaje.

Exhalando un suspiro tembloroso, Lev regresa a su sitio, junto a Miracolina.

—¿Te has lavado las manos? —pregunta ella.

—¿Que si me las he lavado? —le responde Lev—. ¡Las tengo llenas de champú!

Ahora se ríen los dos, y cuando aspiran, el olor empalagoso del champú de flores de cerezo impregna el aire que los rodea, y eso les hace reír más fuerte, hasta que no pueden más de tanto reír.

Y en el silencio que se hace a continuación, algo cambia. La tensión que ha habido entre ellos desde el

instante en que se conocieron, se relaja completamente. El movimiento del autobús los arrulla, y no tardan en adormecerse. Lev siente que Miracolina se apoya en su hombro. Él no se mueve por miedo a despertarla. Simplemente disfruta la sensación de que ella esté pegada a él, con la seguridad de que Miracolina nunca haría tal cosa si estuviera despierta.

Y luego ella dice, sin un asomo de somnolencia en la voz:

—Te perdono.

Lev siente que eso le llega adentro, tal como le pasó el día en que comprendió que sus padres no volverían

a acogerlo. Es un acceso de emoción incontenible, y no hay botella en el mundo lo bastante grande para meterla dentro. Y aunque hace un esfuerzo para que no se le oiga, el pecho empieza a acusar los sollozos, y comprende que no podrá parar de llorar, igual que Miracolina no podía parar de reír. Aunque ella debe de saber lo que está pasando, no dice nada, solo deja la cabeza en su hombro mientras las lágrimas de él le caen en el pelo.

Durante todo aquel tiempo, Lev no había comprendido nunca lo que necesitaba. No necesitaba ser adorado ni compadecido. Necesitaba que lo

perdonaran. Pero no que lo perdonara Dios, que lo perdona todo, ni que lo perdonara gente como Marcus y como el Padre Dan, que han permanecido siempre de su lado. Necesitaba ser perdonado por ese mundo que no perdona. Por alguien que de entrada lo despreciaba. Alguien como Miracolina.

Solo una vez que se detienen los mudos sollozos, ella le habla:

—Eres tan raro —le dice. Él se pregunta si se imaginará el regalo que le acaba de hacer. Está seguro de que sí.

Lev sabe que ahora su mundo es diferente. Tal vez sea el cansancio o el estrés, pero en aquel compartimiento

traqueteante, sucio y lleno de champú, la vida de pronto le parece que no podría ser mejor.

Tanto él como Miracolina cierran los ojos y se duermen, deliciosamente inconscientes de la furgoneta de color marrón con el techo abollado y el cristal de una ventana lateral roto que ha estado siguiendo al autobús desde que salieron de Tulsa.

57. Connor

—Cotorreo —le dice Hayden a Connor —. Todo tipo de cotorreo.

Hayden pasea por el estrecho espacio que hay en el avión de Connor, pegándose en el techo con la cabeza más de una vez. Connor raramente ha visto a Hayden tan agitado. Hasta aquel momento, siempre lograba poner una sonrisa entre el mundo y él.

—¿Aparece solo en la frecuencia de la policía de Tucson, o también en la de la brigada juvenil?

—Por todas partes —le responde

Hayden—. En la radio, en emails, en cada comunicación que interceptamos. Los programas de análisis nos mantienen en alerta roja.

—No son más que programas —le recuerda Connor—. Eso no significa necesariamente…

—Pero hablan particularmente sobre nosotros. Mensajes codificados en su mayor parte, pero son fáciles de descifrar.

Connor se pregunta si no le habrá contagiado a Hayden su propia paranoia.

—Tranquilízate y especifica.

—Vale —le dice Hayden, caminando y tratando de respirar más

despacio—: Ha habido tres casas incendiadas durante las últimas dos semanas. Tres casas en diferentes vecindarios de Tucson que han ardido hasta los cimientos. Y nos echan a nosotros la culpa.

La mano injertada de Connor se cierra en un puño. Tal vez ese puño de hierro del que le habló el Almirante. ¿No dijo Trace que había gente ansiosa de encontrar una disculpa para invadir el Cementerio? Si no podían encontrarla, entonces podía resultarles fácil crearla ellos mismos.

—¿Dónde está Trace? —pregunta Connor—. Si realmente pasa algo, Trace

tendría que saberlo.

Hayden se limita a mirarlo, confuso:

—¿Trace? ¿Por qué tendría que saberlo Trace?

—Eso no importa, el caso es que lo sabría. Tengo que hablar con él.

Hayden niega con la cabeza:

—Se ha ido.

—¿Qué quiere decir que «se ha ido»?

—Nadie lo ha visto desde ayer. Creí que lo habrías enviado tú a alguna misión.

—¡Mierda! —Connor golpea la pared, y abre una raja en la fibra de vidrio del avión. O sea que al final

Trace había decidido de qué lado estaba. Y sin él, no tienen plan de fuga, porque, aparte de Trace, nadie sabe pilotar el *Dreamliner*.

—Aún hay más —dice Hayden, vacilando durante el tiempo suficiente para que Connor comprenda que viene otra tanda de malas noticias—: Las tres casas albergaban desconectables. Y las tres ardieron el día antes de que los de la brigada juvenil fueran a recogerlos para llevarlos a la Cosechadora. Lo he comprobado, y los chicos estaban en nuestra lista. Y los tres eran chicos de la cigüeña.

—¿En qué demonios estabas pensando?

Connor no oculta su furia al entrar en el *Sudacientos*, donde Starkey hace ejercicio como si no hubiera nada de lo que preocuparse en el mundo.

—No sé de qué me estás hablando.

—¡Y una mierda que no lo sabes!

A su alrededor, otros chicos dejan sus aparatos para acercarse despacio, tomando posiciones amenazantes. Solo entonces Connor comprende que Starkey se ha rodeado completamente de miembros del Club de la Cigüeña. No hay un solo hijo biológico allí.

—¿Cuántos de vosotros ibais con

él? —pregunta Connor—. ¿Cuántos de vosotros estáis tan locos como él?

—Déjame que te enseñe algo, Connor. —Starkey se va hacia un chico que está sentado en un banco lateral, con aspecto al mismo tiempo irritado y asustado—. Me gustaría presentarte a Garrett Parks, el nuevo miembro del Club de la Cigüeña. Lo liberamos anoche.

Connor mira al chico. Tiene un ojo morado y un labio hinchado. Recibió una buena paliza durante su «liberación».

—Te quemaron la casa, eso lo sabes, ¿no? —le pregunta Connor.

El chico no consigue mirar a Connor a los ojos:

—Sí, ya lo sé.

—Y también sabe —añade Starkey — que los que se llamaban sus padres estaban a punto de hacerlo desconectar. Nosotros lo salvamos y mandamos un mensaje.

—Vale, enviasteis un mensaje, de acuerdo. A los de la brigada juvenil. Les dijisteis que ya es hora de acabar con todos y cada uno de nosotros. No lo habéis salvado, lo habéis condenado. ¡Nos habéis condenado a todos! ¿De verdad os creéis que van a soportar que les quememos las casas?

Starkey se cruza de brazos:

—Que intenten entrar aquí. Tenemos armas. Nos defenderemos.

—¿Cuánto te crees que podremos resistir? ¿Una hora? ¿Dos? No importa cuántas armas tengamos, porque ellos tienen más, y no pararán de venir hasta matarnos o capturarnos a todos.

Por fin Starkey empieza a mostrar una pizca de inseguridad.

—No eres más que un cobarde —le grita Bam, fulminándolo con la mirada igual que hizo el día en que Connor la despidió.

—Sí, sí, un cobarde —repiten los demás.

El coro de apoyo proporciona a Starkey lo que necesita para esconder cualquier duda debajo de su ciega confianza.

—Llevo aquí el tiempo suficiente para saber que no eres más que una canguro. Necesitamos algo más que eso. Necesitamos a alguien que no tenga miedo de llevar la lucha a la calle. Te he dado la ocasión de irte por ti mismo, pero no has querido hacerlo. Ahora no me queda más remedio que derrocarte.

—Eso no va a ocurrir.

Connor está en minoría. El círculo de chicos y chicas de la cigüeña avanza hacia él, pero Starkey no es el único que

se guarda trucos debajo de la manga. De repente, Hayden y media docena de chicos, que estaban esperando fuera, empiezan a entrar por la puerta, disparando pistolas aletargantes a cada chico de la cigüeña que se encuentran en el camino, hasta que la mitad de ellos están inconscientes en el suelo del avión, y los otros dejan caer las armas.

Connor mira a Starkey a los ojos:

—Esposadlo.

—Con mucho gusto —dice Hayden, poniéndole las manos a la espalda y esposándole la una a la otra.

Connor ha sido lo bastante estúpido para confiar en él, y para creer que la

ambición de Starkey era sana, no ciega.

—La diferencia entre tú y yo, Connor —le dice Starkey sin deponer su actitud desafiante— es que…

—…Es que tú estás esposado, y yo no. Lleváoslo de aquí.

Al oír los disparos de las pistolas aletargantes, se han reunido delante del *Sudacientos* docenas de muchachos que ven cómo sacan a Starkey y lo bajan por la escalerilla.

—Meted a este equipo de amotinados en el avión calabozo, con un par de guardias armados —dice Connor.

—¿A Starkey también? —pregunta Hayden.

Connor comprende que no puede encerrar a Starkey con sus compinches, porque eso sería dar lugar a más conspiraciones.

—No: a él encerradlo en mi avión —ordena Connor.

Uno de los chicos que lo sujetan lo tira al suelo, pero Connor lo separa de él.

—¡No! Nosotros no somos los de la brigada juvenil. ¡Tratadlo con respeto, aunque no se lo merezca!

Obedecen, pero nadie ayuda a Starkey a levantarse. Con las manos esposadas a la espalda, tiene que retorcerse para ponerse en pie por sí

mismo.

—¡Esto no quedará así! —grita Starkey.

—Bueno, eso es lo que siempre se dice cuando no se puede hacer nada.

Se llevan a Starkey, y Connor empieza a evaluar la situación. Pone el oído para escuchar conversaciones dentro del lugar. Algunos muchachos se preguntan simplemente qué demonios ha ocurrido, pero también hay otras voces. Voces recriminatorias. El Club de la Cigüeña. Se pregunta cuánto apoyo tendrá Starkey. Puede que ese apoyo alcance a un kilómetro, pero espera que solo tenga un centímetro de profundidad.

—Escuchadme todos —dice Connor, sabiendo que tiene que venderse como líder más que nunca—. Seáis chicos colados por la cigüeña, o tutelados del Estado, o hijos biológicos, ahora tenemos que permanecer unidos. Lo que hagamos ahora será una decisión a vida o muerte. Los de la brigada juvenil están a punto de dar el paso. Tenemos que trabajar juntos, a menos que prefiráis terminar a trozos.

Su discurso recibe respuestas afirmativas y un sentimiento de solidaridad hasta que alguien, desde atrás, pregunta:

—¿Y Starkey?

Entonces todo el mundo espera a ver qué dirá Connor.

—Starkey es uno de nosotros —les dice Connor—. Y no permitiré que ninguno de nosotros sea desconectado.

Como no hay nadie que pueda pilotar el *Dreamliner*, no hay plan de escape, así que Connor convoca a Hayden, a Ashley y otra media docena de chicos de confianza, algunos de los cuales pertenecen a los Interíntegros, y otros son chicos en los que sabe que puede confiar. Se reúnen en el *Bombarroba* (una sala de reunión del

alto mando para un inverosímil general), y Connor se saca de debajo de la manga el plan B.

—Tenemos dos frentes, aquí y aquí —dice indicando en un mapa del Cementerio dibujado a mano—. Los de la brigada juvenil entrarán por la cancela norte. En cuanto estén dentro, los hacemos ir por el corredor principal, y unos cincuenta de nosotros les atacamos por sorpresa por ambos lados.

—¿Con fuego real? —pregunta Hayden.

—Con todo lo que tengamos: fuego real, aletargante, con lo que sea…

—Ellos tendrán más —observa

Ashley—. No importa lo que hagamos, podrán con nosotros.

—Sí, pero solo se trata de ganar tiempo —dice Connor—. Cuando nuestra munición se vaya acabando, nos retiraremos aquí, detrás del camión del combustible, al este de los cazas.

—¿No nos acorralarán? —pregunta otro chico.

—Cuando empiecen a acercarse, haremos estallar el camión y correremos hacia el este.

—¡No lo conseguiremos! —exclama Ashley.

—Pero se trata de esto: en el mismo instante en que los cincuenta arremetan

contra los de la brigada juvenil, más de seiscientos cincuenta se esparcirán corriendo hacia el sur. Allí la valla está llena de agujeros. —Y en el mapa Connor dibuja una multitud de chicos que se dispersan en abanico hacia la distante valla sur.

Hayden asiente con la cabeza, asimilándolo todo, y señala el corredor principal:

—O sea que si los cincuenta cumplen su labor aquí, y después se llevan a los de la brigada juvenil hacia el este, manteniéndolos ocupados y distraídos, para cuando se den cuenta de que todos los demás han escapado, ya no

conseguirán alcanzarlos.

—Puede que rodeen a algunos, pero los demás escaparán. Cada uno tendrá que volver a valerse por sí mismo, pero al menos estarán vivitos y coleando.

Y entonces se plantea la gran pregunta:

—¿Y los cincuenta?

Finalmente, Connor tiene que responder:

—Nos sacrificaremos para que los demás puedan sobrevivir.

—¡Y a mí que me esperaba un gran porvenir en las ondas! —comenta Hayden.

—Aquel que no quiera hacerlo, no

está obligado —dice Connor, pero todo el mundo sabe que eso es como cuando el cura pregunta si alguien conoce algún impedimento para que se celebre la boda.

—De acuerdo entonces —dice cuando ve que nadie levanta la mano—: Cada uno de vosotros tiene que juntar un equipo con sus amigos más leales y deseosos de enfrentarse a los de la brigada juvenil, y encargarse de que los demás se enteren de que tienen que empezar a correr en cuanto suene la alarma, y no dejar de hacerlo hasta que los atrapen o cumplan los diecisiete.

—¿Por qué esperar a que suene la

alarma? —pregunta alguien—. ¿Por qué no abandonamos el Cementerio ya?

—Porque —señala Connor— ahora están vigilando cada uno de nuestros movimientos. Si ven que empezamos a darnos el piro, mandarán coches patrulla para cubrir toda la valla antes de que lleguemos siquiera a ella, y nos atraparán como a conejos. Pero si ponen toda su fuerza en un solo frente, entonces contaremos con una escapatoria.

Todos aceptan la lógica de Connor. Parece que él es el único que se da cuenta de que simplemente se está dejando guiar por el instinto.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—pregunta Ashley.

Connor deja que Hayden responda a eso:

—Si tenemos suerte, de unos días. Si no, de horas.

58. Trace

Mientras Connor celebra la reunión, Trace rebasa todos los límites de velocidad en su regreso al Cementerio. Lo habían llamado para un encuentro de emergencia con sus jefes, para que les confirmara que los ASP del Cementerio eran responsables de los incendios de casas en Tucson. Había bastantes pruebas que acusaban al Cementerio de los ataques, así que no hubiera servido de nada negarlo. Pero lo que querían saber los ejecutivos de la Ciudadanía Proactiva era por qué Trace no les había

hablado hasta el momento de aquellos ataques. Al fin y al cabo, aquel era su objetivo, ponerlos al corriente de todo antes de que ocurriera. Se negaban a creer que hubiera estado tan ciego para verlo como ellos.

—¿Tienes idea de la posición en que nos coloca esto? —le preguntan—. La Autoridad Juvenil tiene unas ganas tremendas de limpiar el lugar, y después de esos ataques a la gente de los barrios cercanos, no podremos pararlos.

—Creí que ustedes los controlaban.

Los ejecutivos se ponen tensos, todos al mismo tiempo:

—Nuestra relación con la Autoridad

Juvenil es más compleja de lo que puede entender tu simplismo de mastodonte. —Y añaden que, en aquel mismo instante, Trace ha dejado de trabajar para ellos.

Pero para Trace aquello ya no era un trabajo. Y lo de jugar a ambos lados se ha terminado.

Así, preparándose para la batalla, sale para el Cementerio a toda velocidad, como un surfista subido a lomos de un maremoto.

Al anochecer, frena con un chirrido ante la cancela cerrada y toca el claxon sin cesar hasta que los dos guardias que están de servicio salen a ver a qué viene tanto follón. Cuando reconocen a Trace,

abren la cancela.

—Por Dios, Trace, ¿es que quieres despertar a todo Tucson?

El otro guardia se ríe:

—A la ciudad de Tucson no hay nada que la despierte.

«Pobres capullos», piensa Trace. «No tienen ni idea de lo que se les viene encima». Observa los rifles que sujetan de cualquier manera, dejándolos caer, como si fueran complementos del vestuario.

—¿Esos chismes llevan balas aletargantes? —pregunta.

—Ajá —dice el primero de los dos.

—Pues cambiadlas por estas. —

Trace alarga la mano hasta el asiento del copiloto de su todoterreno y les entrega dos cajas de la munición militar más letal: proyectiles capaces de volarle la cabeza a un elefante.

Los guardias miran los proyectiles como si les acabaran de entregar a un recién nacido al que tienen miedo de dejar caer.

—Cargadlas a toda prisa, y la próxima vez que veáis a alguien que viene hacia la cancela, empezad a disparar, y no paréis hasta que os quedéis sin balas, ¿me habéis oído?

—Sí… sí, señor —dice el primer guardia. El otro muchacho se limita a

asentir con la cabeza, en silencio—. ¿Por qué, señor?

—Porque los de la brigada juvenil vienen pisándome los talones.

59. Lev

Es ese momento del anochecer en que los contornos de las cosas se van borrando cuando Lev y Miracolina llegan a la carretera que bordea el Cementerio por el norte. Van a pie. Un viejo y herrumbroso letrero de la carretera les indica que se dirigen a lo que una vez fue la Base de la Fuerza Aérea Davis. La borrosa forma de un avión se distingue en el desierto, a dos kilómetros de distancia de la valla.

—¿Una base de la Fuerza Aérea? ¿Tu amigo se esconde en una base de la

Fuerza Aérea?

—Ya no es una base —le explica Lev—, no lo ha sido desde la guerra. Ahora es un cementerio de aviones.

—¿O sea que el ASP de Akron se esconde en uno de esos aviones?

—Sí, pero no solo él, y no solo en uno de esos aviones.

La valla parece que no termine nunca. Cada pocos minutos pasa algún coche de camino a Tucson o alejándose de la ciudad. Lev sabe que los conductores los verán y se preguntarán qué hacen dos niños por allí, pero no le preocupa. Está demasiado cerca para perder el tiempo escondiéndose de los

faros.

—Sé que la cancela está por aquí. Siempre hay guardias, pero me reconocerán y nos dejarán entrar.

—¿Estás seguro? No todo el mundo es como esos diezmos que te adoraban.

Al final, la cancela aparece ante sus ojos, y Lev acelera el paso.

—¡Más despacio! —exclama Miracolina.

—¡No te quedes atrás! —le grita Lev a su vez.

Cuando se aproxima a la cancela, ve que uno de los chicos que están de guardia se acerca a saludarlo. El chico tiene algo en las manos, pero está

demasiado oscuro para ver de qué se trata hasta que ya es demasiado tarde. Un único disparo sale desde un rifle para atravesar el mortecino cielo.

60. Starkey

Desde el momento en que tiene las esposas en las muñecas, Starkey pone en marcha su plan de fuga. No tiene ninguna llave secreta, ni navaja en el zapato con la que forzar la cerradura, pero un verdadero maestro sabe improvisar.

Está muy atento cuando lo llevan al avión de Connor, conteniendo su rabia por la humillación de ser apresado delante del Cementerio entero. ¡Aquella arrogancia de Connor! Impedir que «le falten al respeto» fue un acto al que se puede calificar de cualquier cosa, menos

respetuoso. Starkey preferiría que lo hubiera arrastrado por la tierra mientras él se resistía. Eso le hubiera dado dignidad, pero ¿tratarlo con aquella piedad empalagosa? Eso era el colmo del insulto.

Los dos chicos a los que les han mandado cuidarlo son más grandes que él y están armados. Una vez dentro del avión, le pasan las esposas alrededor de una riostra de acero para que no se mueva del sitio. Satisfechos, los dos chicos se van, uno de ellos poniéndole la llave delante de las narices para burlarse de él antes de metérsela en el bolsillo. Cierran la puerta, y Starkey se

encuentra convertido en un prisionero de guerra con todas las de la ley.

Observa a los dos guardias por la ventanilla del avión, estudiándolos bien. Están charlando uno con el otro, probablemente son amigos. Por supuesto, ninguno de ellos es un chico de la cigüeña, de eso Connor está seguro. Ahora los de la cigüeña son el enemigo. Pues bien: si Starkey encuentra el modo, Connor descubrirá que son un enemigo formidable.

Aquel es el momento crucial de su vida, comprende Starkey. No su huida de los de la brigada juvenil, ni su llegada al Cementerio, sino aquel momento en que

se encuentra solo, esposado a un avión. Todo depende de cómo salga de aquel avión, y no puede cometer errores. Si va a liderar a los de la cigüeña en su camino hacia la gloria, es importante que deje deslumbrado a todo el mundo con su huida.

Starkey se agacha, poniendo los pies en la cadena que une las esposas. Sabe que son de acero templado. Ni siquiera un cortapernos podría separarlas. En cuanto a la riostra, forma parte del armazón del avión, y es imposible doblarla ni soltarla. Aquí los elementos más débiles son la carne y el hueso.

Starkey respira hondo varias veces

para cobrar seguridad. Todo artista de la fuga tiene que enfrentarse un día a una fuga imposible. Sin embargo, el verdadero artista sabe que no hay nada imposible si uno está empeñado en hacer lo impensable.

Haciendo palanca consigo mismo y apretando la mandíbula para no gritar, Starkey coloca el tacón de la bota en la mano izquierda. El dolor es atroz, pero se traga el grito. Vuelve a bajar el pie, esta vez sintiendo que los finos huesos de la mano empiezan a romperse. El dolor lo debilita. Su cuerpo se resiste, pero la voluntad da la contraorden de aquella orden biológica, y vuelve a

empujar hacia abajo el tacón.

Rápidamente, antes de que la sangre fluya a la zona y provoque la hinchazón, corre ligeramente la esposa y hace descender el tacón desde la muñeca. Los huesos de la muñeca se le rompen contra el metal de la esposa. Siente que la visión se le empieza a oscurecer como si le hubieran disparado una bala aletargante, pero se sobrepone con gran fuerza de voluntad al mareo y la náusea, respirando despacio, hondo, obligándose a permanecer consciente y a transformar el dolor en acción. Se ha mordido la lengua. La sangre le llena la boca, pero la escupe. El trabajo está

terminado. Con la mano derecha, gira la esposa izquierda. Esta vez es incapaz de contener el gemido de dolor al pasar la mano destrozada por el pequeño agujero.

61. Noah

Vigilar a un chico que está esposado y encerrado dentro de un avión no parece un trabajo difícil precisamente pero, bueno, si Connor piensa que Starkey necesita dos guardias, ¿quién es Noah Falkowski para discutirlo? Aquella es la primera misión que Connor le encomienda directamente a Noah desde que fue rescatado de su desconexión, hace casi cuatro meses, y no tiene ningún deseo de hacerlo mal. Dentro del avión, Starkey exhala un grito gutural.

—¿Qué demonios? —pregunta el

otro chico que vigila a Starkey.

—Ese tipo parece muy cabreado —dice Noah.

Justo entonces, llega hasta ellos un todoterreno a toda velocidad, y sus faros hacen que el crepúsculo parezca más oscuro.

—¿Qué demonios? —dice el otro chico. Está claro que es su expresión favorita.

El todoterreno frena con un chirrido, y Trace sale de él. Se va directo hacia el avión de Connor.

—Alto, Trace, no sigas. Connor no está ahí —dice Noah.

—¿Dónde está?

Noah no está muy seguro. Lo único que sabe es que Connor ha convocado al resto de los Interíntegros a una reunión tras el incidente con Starkey.

—Ha salido del corredor principal. Puede que esté en uno de los aviones de suministro.

—¡Eres un inútil! —Trace vuelve a entrar en su todoterreno de un salto, y se dirige a toda prisa a los aviones del final. Solo cuando ya se ha ido, Noah oye un golpe fuerte procedente del interior del avión de Connor. Pero no es el tipo de ruido que esperaría que hiciera Starkey. La salida de emergencia que hay por encima del ala empieza a

abrirse.

—¿Qué demonios? ¿Cómo se ha podido soltar?

—¡Shhh! —Noah amartilla su pistola. Jamás la ha disparado, y sabe que no lleva más que una bala aletargante, pero le servirá. Nunca le ha caído bien Starkey, y no le importará ser él quien lo aletargue cuando intente huir del avión. La puerta de emergencia cae hacia dentro. Ambos chicos preparan sus armas, pero Starkey no sale. Con cautela, los dos se aproximan, y cuando Noah mira adentro, ve, a través del avión, el desierto que se va oscureciendo al otro lado. Mientras

ellos vigilaban aquella salida de emergencia, Starkey había salido por la otra, situada al lado opuesto del avión, y se había fugado.

—¡Mierda!

A Noah le preocupa menos Starkey que tener que decirle a Connor que lo ha hecho mal en su primera misión.

62. Starkey

Para ocultar la cara, lleva una chaqueta con capucha que ha sacado del armario de Connor. La mano izquierda la siente como si fuera un peso de diez kilos al final de la muñeca. Con cada latido del corazón el dolor es tan grande que las rodillas le tiemblan, pero consigue no detenerse. Sabe que Trace ha regresado, y eso cambia el juego. Connor todavía no lo sabe, lo cual quiere decir que Starkey puede usar a su favor el regreso de Trace.

El Cementerio anda revuelto. Hay

chicos que corren en todas direcciones. En el corredor siguiente, una multitud se congrega ante el arsenal. Hayden les entrega armas, y no solo una o dos, sino todas. Nadie se fija en Starkey.

Pasa un miembro del Club de la Cigüeña cargado de armas, y Starkey lo agarra con la mano buena. Cuando el chico ve de quién se trata, está a punto de gritar su nombre, pero Starkey se lo impide.

—¡Calla y escucha! Llévales un mensaje a los nuestros: a mi señal, entraremos todos a saco en el avión de huida.

—Pero… ese no era el plan.

—Eses es mi plan, ¿has entendido?

—Sí, sí, claro, Starkey. —Entonces le mira la mano, y está a punto de preguntarle por ella, pero decide no hacerlo—. ¿Cuál será la señal?

Starkey mira las armas que lleva el muchacho, y le coge una que sirve para lanzar bengalas:

—Esta —le dice—. ¡Ahora vete!

El muchacho echa a correr para llevar el mensaje.

Starkey ve el todoterreno de Trace, que vuelve a toda velocidad al corredor principal desde los aviones de suministro, porque los idiotas que lo vigilaban a él le han dado una

información incorrecta. Starkey no está seguro de dónde estará Connor, tal vez en el *Bombarroba*, que seguramente será el siguiente lugar en el que mirará Trace.

Entonces Starkey ve a Ashley, que sale corriendo del arsenal con una ametralladora de feo aspecto, y la intercepta. Al reconocerlo, Ashley pone los ojos como platos.

—¿Qué demonios haces suelto? ¿Lo sabe Connor?

—¡Lo sabrá si no bajas la voz!

Ashley se acerca a él:

—Olvídalo, Starkey. ¿Por qué no te limitas a escapar? A Connor no le importará, siempre y cuando no estés en

medio de su camino cuando lleguen los de la brigada juvenil.

—¿Tú eres de la cigüeña, Ashley, o eres uno de los lacayos de Connor?

Cuando lo plantea de esa forma, solo hay una respuesta que el agente secreto de Starkey pueda dar:

—¿Qué quieres que haga?

63. Trace

Incapaz de encontrar a Connor, Trace se vuelve a toda velocidad al corredor principal, encabezado por el *Bombarroba*, dispuesto a hacer sonar él mismo la alarma. Ve muchachos que se llevan armas del arsenal, pero no lo bastante rápido.

Está tan distraído que casi atropella a Ashley, que está justo en su camino. El todoterreno frena con un chirrido.

—¡Trace! ¡Estás ahí!

—¿Dónde está Connor? Viene para acá un gran contingente de la brigada

juvenil a tomar todo esto.

—Ya lo sabemos, Hayden oyó las conversaciones —le dice Ashley—. Connor quería que encendieras los motores del avión de fuga.

—¿Sabe que he vuelto?

—Por supuesto… te vio salir aterrorizado de los aviones de suministro.

—Yo no estaba aterrorizado —dice Trace, aunque sabe que sí—. Prepararé el *Dreamliner* para salir volando. Si nos damos bastante prisa, quizá no tengamos que presentar batalla. Dile a Connor que empiecen a subir los chicos al avión.

—Desde luego, Trace. —Pero no

hace tal cosa. Ella observa a Trace mientras este corre hacia el *Dreamliner* y sube la escalerilla. A continuación, acude a decirle a Starkey que ha cumplido su misión.

64. Lev

La bala sale del rifle por la cancela del Cementerio, y le pasa a Lev rozándole la oreja.

—¡A tierra! —grita—. ¡Nos están disparando!

Pero Miracolina ya se ha agachado. Y no solo agachado, sino encogido. Yace inmóvil en la tierra, al borde de la carretera.

—¡No! —Lev cae de rodillas a su lado, sin atreverse a mirar ni a tocarla —. ¡Por favor, Dios! ¡No! —Aquello no puede estar ocurriendo, ¡otra vez no!

Todo aquel con quien Lev entabla relación resulta muerto o mutilado, ¡no puede suceder una vez más! Implora lo imposible, implora que no sea cierto…

Entonces le da vuelta a Miracolina y ve que no tiene ningún agujero de bala en el pecho, aunque sí un poco de sangre en el hombro… Y la banderita de una bala aletargante. No sabe si sentirse aliviado u horrorizado.

—Parece que tienes problemas por ambos lados, Lev —dice Nelson desde algún punto de la oscuridad que se cierne detrás de él—. ¿Qué hacer… qué hacer?

Entonces, desde la cancela, oye una

voz temblorosa que dice:

—¡Apartaos, quienquiera que seáis, o volveremos a disparar!

Pero antes de que el guardia adolescente pueda siquiera apuntarle con el rifle, Nelson dispara una segunda bala aletargante desde la oscuridad, y derriba al guardia, que cae a través de la valla.

—Solucionado —dice Nelson con calma—. ¿Qué estábamos diciendo?

Lev sigue sin ver a Nelson. Pero este sí puede verlo a él con claridad, como demuestra el elocuente zumbido del dardo aletargante. El dardo le da en la pernera del pantalón, se lleva consigo un

remache de los vaqueros, y va a caer en la grava del suelo. Lev sabe que no tiene defensa contra Nelson, así que, pensando con rapidez, coge el dardo aletargante, se lo clava en la tela del pantalón, con cuidado de no llegar a la piel, y se deja caer encima de Miracolina. Cierra los ojos. Oye los gritos de pánico del segundo guardia, junto a la valla, y también los pasos de Nelson, que se acerca por la grava, desde el otro lado. El corazón de Lev late como si le fuera a estallar, pero se mantiene quieto, haciéndose el dormido para salvar la vida, e implora que ocurra el segundo milagro en menos de

dos minutos: implora que Nelson se lo crea.

65. Nelson

No llegó a ir a las Cavernas Indias del Eco. Nelson solo llegó con la furgoneta hasta un café a la orilla de la carretera, a unos kilómetros de distancia, y después observó su portátil y esperó a que los nanorrobots de seguimiento que había introducido en la sangre de Lev y Miracolina le mostraran que estaban abandonando la cabaña. Entonces los siguió. No había sido casual que el armazón de las camas estuviera casi deshecho de puro oxidado, pues Nelson quería que se escaparan. Durante un rato

le preocupó que Lev fuera demasiado tonto para averiguar cómo liberarse, pero al final el chico supo estar a la altura de las circunstancias.

Lev no reveló aquel día el paradero de Connor Lassiter, pero Nelson oyó lo suficiente para saber que pretendían ir a prevenirlo contra el malísimo pirata de partes. Lo único que tenía que hacer Nelson era dejarlos sueltos para que le indicaran el camino.

Ahora que sabe que Lassiter está en la antigua base de la fuerza aérea, ya no necesita a aquellos dos, pero matarlos requeriría demasiado tiempo. Además, saber que Lev despertará y tendrá que

vivir sabiendo que fue responsable de que desconectaran a Connor en el mercado negro es una venganza mucho más dulce que el lánguido silencio de la muerte.

A Nelson no le preocupa gran cosa el asustadizo ASP que sigue en la cancela. El primero había disparado a lo loco, y espera que el segundo tampoco sepa cómo usar un rifle con munición real. Lo más probable es que hayan entrenado con balas aletargantes, que no producen retroceso y disparan más bajo. Nelson, que sabe usar ambas, está mejor armado para su misión. De hecho, tiene la romántica idea de que, por esta

captura, se convertirá en una especie de pistolero a la antigua, e imagina su singular propósito materializado en un impresionante tiroteo. Tiene tres pistolas preparadas y un rifle semiautomático colgado a la espalda. Todas las armas, salvo una de las pistolas, están cargadas con balas aletargantes de acción rápida, que son mucho más efectivas que las balas normales. Una bala puede rozar el blanco, pegar en un brazo o una pierna, incluso entrar en el cuerpo, sin impedir que el blanco devuelva el disparo. Pero con una bala aletargante la víctima queda al instante fuera de combate, no importa dónde sea el impacto. En cuanto

a la pistola de munición real, bueno, Nelson la ve como una póliza de seguros.

Está a punto de comprobar el cuerpo de Lev para asegurarse de que le ha disparado bien, cuando la situación da un giro inesperado que no habría previsto ningún pistolero.

66. El guardia de la cancela

El chico que queda en la cancela no tiene ni idea de qué es lo que ha derribado a su compañero. Su trabajo consiste normalmente en indicar el camino a los que se pierden, dado que nadie se acerca al Cementerio de noche intencionadamente. Trace ha metido el terror de Dios en el cuerpo de los dos, sin embargo, y ahora su amigo está tendido en el suelo, delante de la cancela, tal vez muerto.

Corre hacia él, temiendo morir en el

camino. Aunque ha oído voces al otro lado de la cancela, ahora están calladas. Nadie le dispara. Y le alivia descubrir que su amigo sigue respirando.

La única advertencia que recibe es la aceleración repentina de un motor que se acerca. Entonces, de repente, un ariete de la policía, con los faros apagados, pega contra la cancela a tal velocidad que las puertas saltan de sus goznes. Justo a tiempo se aparta del camino, y cuando vuelve a mirar, ve a su amigo inconsciente atropellado por las ruedas del ariete. Detrás del ariete viene una marea de coches patrulla de la brigada juvenil, y vehículos

antidisturbios blindados, seguidos por la escalofriante presencia de los vehículos de transporte de desconectables. Es tal como Trace anunció: ¡un ejército en toda regla!

Solo después de llevarse la cancela por delante, encienden los faros, iluminando el desierto ante ellos, y haciendo brillar los aviones en la distancia. Tras el último vehículo de transporte de desconectables, pasa por la desvencijada cancela, a toda velocidad, una furgoneta marrón, y después un chico que corre detrás de la furgoneta.

«¿Quién más falta por pasar?»,

piensa el guardia. «¿Un elefante?».

Cuando el chico que va corriendo comprende que no tiene ninguna posibilidad de alcanzar a pie a los demás, ve al guardia y corre hacia él. De modo reflejo, el guardia levanta el rifle, pero se da cuenta de que, como un idiota, lo ha cogido al revés. Cuando por fin lo coloca en la posición correcta, el chico ya está allí y se lo arranca.

—No seas tonto, yo no soy el enemigo —le dice. Hay algo familiar en su rostro. Como si lo hubiera visto antes, pero con el pelo más corto—. ¿Tienes un todoterreno o algo así?

—Detrás del remolque…

—Bien. Dame las llaves.

Y la voz de aquel jovencito es tan firme que el guardia obedece, se lleva la mano al bolsillo y le entrega las llaves.

—Escúchame —le dice el muchachito—. Hay una chica al otro lado de la cancela. Ha recibido un dardo aletargante. Quiero que la cojas y eches a correr con ella. Llévatela a algún lugar seguro, ¿me has entendido?

El guardia asiente con la cabeza.

—Claro: a algún lugar seguro.

—Prométeme que lo harás.

—Sí, sí, lo prometo.

Satisfecho, el muchacho se sube al todoterreno y se va hacia el corredor

principal, donde ya se oyen los disparos. Está claro que no sabe conducir, pero eso realmente no importa mucho cuando no hay carretera, tan solo un desierto de tierra dura.

Cuando se ha ido, el guardia se toma un instante para observar los restos de su compañero caído, y después echa a correr. En algún lugar, entre los arbustos, fuera de la cancela, hay una chica aletargada. Le da igual. En medio de un ataque de la brigada juvenil, cada uno tendrá que cuidar de sí mismo. Así que, en vez de buscarla, echa a correr lo más aprisa que puede, y deja a la chica a merced de los policías. O de los

coyotes, quien llegue primero.

67. Connor

Disponiendo de su ejército de voluntarios plenamente armados, unos sesenta en total, Connor manda a la mitad de ellos que se escondan detrás del *RIP*, el mayor de los dormitorios de los chicos. Es un avión de carga C-130, con las alas arrancadas y el vientre tan cercano al suelo que se puede esconder tras él una pequeña milicia.

—Vosotros sois el flanco izquierdo —les dice—. Haced lo que podáis para atraer los disparos de los de la brigada juvenil y mantenerlos en el extremo

norte del corredor principal.

—Tal vez tengamos suerte por una vez —dice uno—. Tal vez los de la brigada juvenil no vengan.

Connor intenta ofrecerle una sonrisa tranquilizadora. No sabe cómo se llama el muchacho. Ha intentado memorizar todos los nombres que pudiera, pero no ha conseguido aprendérselos todos. Si aquel chico muere o, aún peor, si lo desconectan, ¿quién lo recordará? ¿Quién recordará a ninguno de ellos? Lamenta que no se le haya ocurrido hacer que cada muchacho o muchacha grave su nombre en el acero del viejo avión presidencial, como testigo del

hecho de que ha existido. Incluso aunque nadie lo viera, al menos quedaría allí. Pero ya es demasiado tarde.

Connor se lleva al resto de sus guerreros al avión recreativo, justo al otro lado del corredor principal, enfrente del *RIP*.

—Haremos una barricada debajo de las alas —les dice—, y dispararemos por detrás.

—¿Dónde estarás tú? —le pregunta una chica.

—Justo a tu lado, Casey —le dice Connor, contento de recordar su nombre.

—No —dice otro chico—. El rey no debe ponerse nunca en la fila de delante.

Ya lo ves en el ajedrez.

—Esto no es el ajedrez —observa Connor—. Es nuestra vida.

—Ya —dice—, pero a mí me gusta imaginarme como una torre.

—Bueno, la cara más bien la tienes de caballo —dice Casey, y todo el mundo se ríe. Que sean capaces de reír con la que les viene encima dice mucho a su favor.

Connor y sus guerreros del flanco izquierdo se apresuran a sumar sofás, mesas y videoconsolas a la barricada. Entonces, mientras Connor pone en vertical una mesa de billar, la voz de Hayden le retumba en el auricular que

lleva puesto:

—¡Connor, algo va mal! No puedo ponerme en contacto con los guardias de la cancela. No me responden.

—¡No puede ser! ¡No estamos preparados!

Entonces el chico de cara de caballo dice:

—Nunca estaremos preparados. Así que estamos ahora tan preparados como podamos estarlo después.

Connor trepa hasta la escotilla del avión recreativo y mira hacia el norte, a través del oscuro desierto, para ver la marea de faros que se acerca, desplegándose, más amplia cada vez.

—¡Da la alarma! —le dice a Hayden —. ¡Vamos allá!

68. Aviones

Al mirar a un avión de frente, uno podría tener la extraña sensación de que tiene ojos. Sin duda los aviones del Cementerio han presenciado muchas cosas, y tal vez sean los únicos que cuentan con una clara perspectiva del pandemonio que se forma allí el día de la invasión de la Autoridad Juvenil.

Sudacientos, el avión que se halla más al norte en el corredor principal, disfruta de la mejor vista del ejército que se acerca. Su fuselaje reverbera el monótono estruendo de la alarma

general. En el suelo, a su alrededor, los chicos que habían estado intentando salvar lo que podían del Cementerio dejan lo que estaban haciendo y corren hacia el sur, tal como les han indicado. Lo que era una organización aparentemente caótica se convierte ahora en un pánico en toda regla.

El avión enfermería disfruta de una clara vista del *Dreamliner* y sus motores, que están calentándose, disponiéndose para el vuelo. Si Connor pudiera ver lo que está viendo el avión enfermería, podría cambiar su plan y gritarle a todo el mundo que suba a bordo antes de que lleguen los de la

brigada juvenil, pero no tiene ni idea de que el avión de fuga está volviendo a funcionar.

El *Dreamliner* disfruta de una vista sin restricciones de Starkey, que ya no se preocupa de ocultar el rostro mientras se dispone a ordenar a los chicos de la cigüeña que abandonen el plan de Connor y sigan el suyo. Pero Trace, en la cabina del piloto, está demasiado afanado estudiando los mandos como para compartir la visión del avión.

Hacia el extremo sur del corredor principal, el *Cachorro Silencioso*, el bombardero invisible, contempla cómo los aterrorizados íntegros que corren

bajo sus alas y su vientre se detienen al oír encenderse los motores del *Dreamliner*. «¿Qué sucede?», van gritando. «¿Vamos a escapar en el avión después de todo?». Y en vez de correr hacia el sur, dudan, sin saber a qué carta quedarse.

En cuanto a *Dolores*, el bombardero de la guerra de Corea, mira a Connor sin comprender, incapaz de prevenirle sobre el motín que se prepara contra él. Aunque está en contacto por radio con Hayden en el *Bombarroba*, que observa las cámaras de vídeo colocadas por todo el Cementerio, ninguna de esas cámaras puede ver lo que ya saben los

aviones: que aquel cementerio de aeronaves destripadas y desmanteladas está a punto de convertirse también en un cementerio humano.

Los coches patrulla de la brigada juvenil se van unos hacia la izquierda y otros hacia la derecha al acercarse al corredor principal, dejando ver tras ellos los cuatro camiones blindados antidisturbios, negros y angulosos como motores diésel. Se detienen al comienzo del corredor, y de ellos salen docenas de agentes armados con equipo antidisturbios.

En el *Bombarroba*, Hayden pasa de una cámara a la otra, esperando que alguna de ellas muestre una situación menos funesta.

—¿Estás viendo esto, Connor? —dice al micrófono que lleva sujeto a la cabeza—. No son solo de la brigada juvenil… ¡Se han traído con ellos a un equipo de élite!

—Ya lo veo. Los coches patrulla se separan. ¿Adónde van?

—Espera… —Hayden pasa a otra cámara distinta—. Van hacia los corredores que tenéis a ambos lados. Están tratando de rodearos.

Connor ordena a un puñado de

chicos de los flancos izquierdo y derecho que intercepten los coches patrulla antes de que puedan pasar, pero mantiene la mayor parte de sus guerreros escondidos, esperando para abalanzarse contra el equipo antidisturbios en cuanto lleguen lo bastante lejos por el corredor principal.

—No tenemos que vencerlos —le recuerda Connor a todo el mundo—. Es suficiente con que los mantengamos luchando contra nosotros en vez de siguiendo a los demás.

Justo entonces, un muchacho aterrorizado sale corriendo de la oscuridad y entra en el corredor

principal, tratando por todos los medios de escapar. Un policía antidisturbios levanta la pistola y le dispara una bala aletargante. Cuando el muchacho cae a tierra, Connor da la orden de atacar.

Los chicos de Connor atacan desde ambos lados a la brigada antidisturbios con todo lo que tienen a su disposición. Los policías se ponen a cubierto y contestan a los disparos.

Mientras tanto, por ambos corredores laterales, los chicos que ha enviado Connor para enfrentarse a los coches patrulla disparan bala tras bala, pinchando los neumáticos y rompiendo los parabrisas. Uno de los coches se

desvía, va a empotrarse contra el tren de aterrizaje de un viejo caza y se prende fuego.

—¡Bien! —grita Hayden—. Ningún coche patrulla ha pasado más allá del tercer avión del corredor, a ninguno de los lados —le dice a Connor—. Están saliendo de los coches y disparan a la oscuridad. ¿Connor…? ¿Estás ahí, Connor…?

Connor está allí, pero no tiene la cabeza como para pronunciar palabras. A su lado, Casey yace colgada de una pata de la mesa de billar levantada, con una bala aletargante en el cuello. Pero peor que eso es lo del chico de cara de

caballo: ha recibido en la frente una bala de verdad.

—¡Dios mío! —grita uno de los otros—. ¡No solo nos disparan balas aletargantes, también disparan a matar!

Y el terror de aquel chico, el terror del propio Connor, es la razón. Por supuesto, la Autoridad Juvenil quiere reservarlos para la desconexión, pero una bala que atraviesa la cabeza del chico que está a tu lado es motivo suficiente para que te aterrorices y eches a correr. Sin embargo Connor encuentra reservas de fortaleza, y se arma del valor suficiente para aguantar donde está. Siguiendo su ejemplo, los demás

también permanecen en sus puestos.

Al pie de la escalerilla delantera del *Dreamliner*, Starkey se inyecta él mismo una jeringuilla de morfina que le ha llevado un médico que da la casualidad de que también es un chico de la cigüeña. En unos segundos empieza a sentirse mareado y distante, pero se sobrepone. Sube la escalerilla y aguarda ante la puerta abierta del avión. Su mano ya está entumecida por la morfina, y aunque el potente analgésico quiere dejarlo durmiendo, su propia descarga de adrenalina le permite resistir al

sueño. Lo que queda es una calma en medio del caos que resulta casi trascendente. Es inalcanzable. Levanta el lanzabengalas y dispara, iluminando el cielo con temblores de rosa. Los chicos de la cigüeña, que habían permanecido escondidos en vez de correr hacia el sur, salen de sus escondites, corren hacia el *Dreamliner* y suben a él por las dos escalerillas.

Más al sur, muchos que han llegado a los últimos aviones del Cementerio ven la marea de íntegros que corre hacia el avión de fuga.

—¡Eh, hay alguien ahí! ¡Alguien lo va a pilotar! ¡Vamos!

Se dan la vuelta, y corren hacia el *Dreamliner* en vez de hacerlo hacia el sur, y cuando otros los ven cambiando de dirección, la mentalidad de la masa se apodera de ellos: todos corren hacia el avión que los aguarda.

En el frente de batalla, el pequeño ejército de Connor se ve sobrepasado por los antidisturbios en número y en destreza en el manejo de las armas. Pero eso era de esperar. Todo aquello forma parte del plan. En ambos flancos ha

caído aproximadamente un tercio de los chicos de Connor. Él prefiere no saber quién está aletargado y quién está muerto.

—Tienes el camino despejado hacia la fase dos —le indica Hayden, y Connor se prepara para ordenar al flanco derecho que abandone la posición que ocupa y retroceda hacia los tanques de combustible, distrayendo a los invasores de los chicos que huyen hacia el sur.

—No… no, espera —le dice Hayden—. ¡Algo no encaja!

De repente, el equipo antidisturbios deja de mostrarse interesado en Connor

y su ejército. Van hacia delante, corriendo por el corredor principal, y solo en aquel momento, cuando cesan los ensordecedores disparos, oye Connor el rugir de los motores. Se vuelve para ver a los chicos que corren hacia el avión de fuga.

—¡No! ¿Qué están haciendo?

Entonces lo ve Connor. Es Starkey. Está en lo alto de la escalerilla delantera, conduciendo hacia el interior del avión a su bandada de cigüeñas. Pero no son solo chicos de la cigüeña los que tratan de entrar. En aquel momento hay una enorme masa de chicos que, sumidos en el pánico, abarrotan la

base de ambas escalerillas. Tal vez sea la población entera del Cementerio, que se pegan unos con otros por acceder a los estrechos peldaños.

Aun antes de que los antidisturbios vayan hacia ellos, los de la brigada juvenil llegan por ambos lados y, como en una barraca de tiro, empiezan a derribar chicos a base de aletargantes. Connor no puede hacer más que contemplar cómo su plan, y todas sus esperanzas, se desmoronan en el polvo del desierto.

Por una vez, los chicos de la cigüeña

van delante. Por una vez, los de la cigüeña serán los vencedores. ¡Y al diablo con todos los demás! El mundo de los hijos biológicos nunca hizo nada por Starkey. Bueno, ahora lo hará. Aquellos chicos criados por sus padres biológicos serán los blancos en que irán a dar los disparos de los de la brigada juvenil, mientras los chicos de la cigüeña acceden al avión.

Los fugados no se mueven tan rápido ni con tanta facilidad como él quisiera, pero al menos se mueven. La policía antidisturbios se encuentra todavía a distancia, pero los de la brigada juvenil han alcanzado posiciones mucho más

cercanas al avión y han empezado a derribar al enjambre de chicos que forcejean por alcanzar las escalerillas. La mayoría de los de la cigüeña, sin embargo, ya están a bordo.

Entonces un policía dispara a uno de los chicos de la escalerilla, que queda aletargado y cae, frenando a los chicos de la cigüeña que van detrás de él. Estos lo pisotean, y da la impresión de que desaparece bajo los pies de la masa.

Ashley, el arma secreta de los chicos de la cigüeña, es la última de ellos en subir la escalerilla. Sonríe a Starkey.

—¡Lo hemos conseguido! —le dice, estirando la mano hacia él para que este

la ayude a salvar los últimos escalones.

Pero justo entonces uno de los de la brigada juvenil que está abajo mira a Starkey a los ojos y le apunta. Reaccionando a toda prisa, Starkey coge a Ashley y la desplaza un poco para situarla donde debe estar. La bala aletargante se hunde en la espalda de ella y no en el pecho de él. Ella lo mira, anonadada.

—Lo siento, Ashley.

Y antes de que ella se desplome en sus brazos, él la empuja estratégicamente para que caiga por la escalerilla, causando un efecto dominó en los chicos que están subiendo. Eso le

proporciona a Starkey tiempo suficiente para cerrar la puerta.

Los que se encuentran dentro están al mismo tiempo emocionados y aterrados. Viendo que se ha cerrado la puerta de delante, cierran también la de atrás. Como han quitado los asientos del avión, nadie sabe muy bien qué hacer. Algunos chicos se sientan, otros permanecen de pie y otros miran por las ventanillas.

Starkey se va derecho a la cabina, donde encuentra a Trace, concentrado, con una sola cosa en la cabeza.

—¿Han subido todos? —pregunta Trace.

—Sí, sí, ya han subido todos —dice Starkey—. ¡Vamonos!

Solo entonces se da cuenta de que es Starkey el que está al mando:

—¿Tú…? ¿Dónde está Connor?

—No ha podido llegar, ahora ¡salgamos de aquí!

Pero Trace se pone en pie, mira por la ventanilla, y ve el pánico que tiene lugar fuera. Los chicos siguen invadiendo la escalerilla pese a que las puertas están cerradas, y le basta con mirar a la cabina para comprender qué chicos han sido salvados, y cuáles no.

—¡Hijo de puta!

No es el momento de ponerse a

discutir. Starkey saca una pistola, pero guarda las distancias, para que Trace no pueda usar una de sus estrambóticas maniobras de desarme aprendidas con los mastodontes.

—Salvarías a los chicos de Connor, pero no salvarás a los de la cigüeña, ¿verdad? Ponte a pilotar este avión, o te disparo.

—Mátame y nadie saldrá de aquí.

Pero Starkey no baja el arma, porque no va de farol, y Trace lo sabe.

La mirada de Trace podría derretir el hierro. Se recuesta en su asiento y acciona el acelerador.

—Cuando aterricemos —le dice

Trace—, te mataré con mis propias manos.

Starkey está seguro de que Trace tampoco va de farol.

El *Dreamliner* avanza derribando las dos escalerillas de metal. Chicos y policías corren para apartarse de delante de las ruedas del enorme avión mientras coge velocidad, rodando a casi cincuenta kilómetros por hora. Connor lo había mandado colocar delante de un camino despejado hacia la pista de aterrizaje, y los de la brigada juvenil intentan sin éxito cortarle el paso.

En tierra, los chicos a los que les han dado con la puerta en las narices intentan abrirse camino para retomar el viejo plan de escapar hacia el sur, pero ahora están rodeados. Policías de la brigada juvenil y antidisturbios se dedican a aletargarlos. Ni siquiera necesitan apuntar: basta con disparar a la multitud, y siempre cae uno.

Connor observa con espanto que todo ha salido mal. Uno de la brigada juvenil le dispara, y Connor desvía la bala aletargante con su rifle. Antes de que el hombre pueda volver a disparar,

Connor carga contra él, derribándolo con un simple golpe de la culata del rifle. Cuando Connor levanta la vista, ve que el *Dreamliner* cargado de chicos de la cigüeña empieza a tomar carrera por la pista de despegue. Pero no tarda en ver que hay un problema.

En la pista de despegue, lejos, bastante lejos, apenas visible en la noche, se encuentra una forma oscura y rectangular. Está como a kilómetro y medio de ellos, pero cuando el avión cobra velocidad y reduce la distancia, sus faros iluminan una camioneta blindada de los antidisturbios que se ha colocado justo en el camino del avión,

jugando a ver quién es el más gallito contra un avión de ciento doce toneladas.

Trace la ve desde la cabina del piloto, pero ya es demasiado tarde para abortar el despegue.

En la camioneta, ya es demasiado tarde cuando el conductor comprende que va a perder aquella partida.

Mientras el avión alza el morro del suelo, la camioneta gira bruscamente para apartarse del camino, pero no es lo bastante rápida. El tren de aterrizaje de estribor pega contra la camioneta, y la manda dando vueltas como una pelota. Un enorme trozo del tren de aterrizaje se

desprende por el impacto justo en el momento en que el avión despega del suelo. El *Dreamliner* se eleva peligrosamente de un lado, amenazando con caer del cielo, pero después se estabiliza. El tren de aterrizaje roto, retorcido e inútil, se retrae para meterse en el compartimento de las ruedas.

En tierra, cientos de chicos que no han podido despegar son aletargados y retirados por la brigada juvenil, y no encuentran santuario en los aviones incapaces de volar que los rodean, mientras en lo alto, el único avión que ha resucitado nunca después de llegar al Cementerio transporta hasta el cielo a

ciento sesenta y nueve almas. Ciento sesenta y nueve almas que no tienen posibilidad de aterrizar.

69. Lev

Lev tiene la ventaja de hallarse detrás de la acción. Puede ver dónde está el frente, puede ver las tácticas del pequeño ejército de la brigada juvenil, y como todavía a nadie le han implantado ojos en la parte de atrás de la espalda, Lev puede moverse por detrás de la batalla sin que lo atrapen.

Y Nelson lo mismo.

Ocurre antes de que el avión de fuga adquiera velocidad, cuando toda la atención sigue concentrada en los ASP armados que se encuentran al norte del

corredor principal. Lev ve a Nelson dejando su furgoneta en los corredores del oeste del Cementerio, y moviéndose a pie. El pirata de partes lleva ahora un uniforme que debe de haberle quitado a un policía de la brigada juvenil al que habrá aletargado. Le queda bien, pasará por uno de ellos, mientras que Lev por lo único que puede pasar es por un ASP, y eso no le va a servir de mucho, solo para que le disparen. Sabe que tiene que andarse con mucho cuidado.

Lev intenta averiguar dónde podría estar Connor en esta zona de guerra, y de repente cae en la cuenta de que ni siquiera conoce al nuevo Connor. El

viejo Connor no se preocupaba más que de salvarse él mismo, y eso se le daba bien. Pero ¿seguirá siendo así, ahora que es responsable de todos los chicos que hay allí? Connor salvó una vez a un bebé. También salvó a Lev. No, ahora Connor no estará corriendo ni escondiéndose. Estará allí hasta que caiga el último ASP, y ese último muy bien podría ser él.

Eso no lo sabe Nelson. Él ve a Connor en una sola dimensión, para él no es más que un ASP. No buscará a Connor en el frente de batalla, lo buscará por los alrededores y, claro está, Lev ve que Nelson merodea por las

orillas del tumulto, por los sitios en los que hay chicos perdidos y aletargados. Como un buitre picoteando la carroña, Nelson les levanta la cabeza de la tierra, comprueba cada uno de los rostros, y lo deja caer de nuevo para pasar al siguiente.

Lev da un rodeo en la oscuridad, detrás de Nelson, eludiéndolo, y se acerca más a la zona de peligro, donde la policía lucha contra los ASP armados. Allí es donde estará Connor, pero ¿cómo podrá salvarlo Lev, tanto de Nelson como de los de la brigada juvenil?

Cuando Lev encuentra la solución, sonríe pese a la funesta batalla que se

libra a su alrededor. La solución es sencilla, da pavor, parece imposible… ¡Pero podría funcionar!

Lev se acerca al corredor principal justo cuando el *Dreamliner* empieza a moverse y la policía antidisturbios avanza aplastando a los chicos que no llegaron a subir al avión.

Cien metros más allá, en la deshecha línea del frente, Lev ve una figura vestida de camuflaje descolorido, que arremete sin miedo contra un policía que le dispara. El chico deja fuera de combate al policía, no con una bala, sino

con la culata de su rifle. Y algo en la manera en que se mueve aquel chico le resulta familiar.

Lev se enfrenta a una estampida de chicos que corren despavoridos hacia él, ignorando el sonido de los disparos, el bramido de los motores del avión y el estrépito del metal que choca con el metal cuando el *Dreamliner* embiste contra la camioneta antidisturbios en pleno despegue.

La camioneta cae y se prende fuego mientras el avión se eleva hacia el cielo, y la luz de la explosión ilumina el rostro del muchacho que lleva el traje de camuflaje. Lev ha dado con él.

—¡Connor!

Pero los ojos de Connor están fijos en el avión que huye.

—¡No te quedes ahí, corre! —le dice Connor—. ¡Teníais que haber echado todos a correr!

—Connor, soy yo, soy Lev.

Aun cuando Connor mira a Lev, al principio no parece reconocerlo, y Lev sabe que no se trata solo del pelo. Ninguno de los dos es el niño que era un año antes.

—¿Lev? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Se ha vuelto loco el mundo o me he vuelto loco yo?

—Estoy seguro de que ambas cosas,

pero yo estoy aquí de verdad. —Lev se agacha y coge la pistola aletargante del policía que Connor acaba de dejar inconsciente—. He venido a salvarte.

—¡Esa es la mayor tontería que he oído en mi vida!

—Eso seguramente también es verdad, pero tengo que avisarte: hay un pirata de partes que va detrás de ti.

—¡Ahora mismo ese es el menor de mis problemas!

Otro chico con un rifle automático corre hacia Connor:

—¡No nos queda munición! ¿Qué hacemos…?

—¡Usar palos y piedras y lo que se

pueda arrancar de los aviones! —contesta Connor—. ¡O bien arriesgaros y echar a correr! Starkey no nos ha dejado muchas opciones.

—¡Ese bastardo de Starkey! —El chico suelta su arma sin munición—. Buena suerte, Connor —le dice, y escapa corriendo, tratando de perderse en la noche.

Más allá, la multitud que había intentado llegar al *Dreamliner* es ahora iluminada por los focos de un helicóptero de la policía, y queda completamente rodeada. Tal vez haya cuatrocientos chicos acorralados e indefensos, y los enormes vehículos de

transporte de los desconectables bajan por el corredor para cargarlos y llevárselos.

—Ya no puedes hacer nada por ellos —le dice Lev a Connor.

—No los dejaré solos.

—Por eso es por lo que no te voy a dar la oportunidad.

Entonces Lev levanta la pistola aletargante que le había cogido al policía inconsciente, y le dispara a Connor en el brazo.

Connor gira por la fuerza del disparo y cae, pues el aletargante hace efecto en pocos segundos. Lev lo coge en la caída, y Connor lo mira con ojos

medio abiertos que van perdiendo la visión.

—No funcionó, Lev —le dice con debilidad—. Mi plan no funcionó.

—Lo sé —le dice Lev a un Connor que pierde ya la conciencia—, pero el mío quizá sí funcione.

70. Nelson

No tiene ni idea de cuántos chicos habrá allí, de hasta dónde alcanzará el cementerio de aviones, ni de dónde podría encontrar a quien busca en medio de todo aquel caos. No importa. Si los de la brigada juvenil hacen su trabajo, y parece que lo van a hacer, el nido entero de aquellos ASP será rodeado, aletargado y puesto a buen recaudo. Lassiter estará entre ellos. Nelson solo necesita mantener los ojos bien abiertos y la cabeza bien gacha, porque algunos de esos muchachos portan armas y, a

juzgar por el ruido que hacen, son armas letales.

Comprueba metódicamente los ASP que ya han sido aletargados, y él mismo se encarga de aletargar a otros cuantos, solo para dar la impresión de que efectivamente es un poli de la brigada juvenil que cumple con su cometido. Guarda una distancia prudencial del meollo de la refriega, suponiendo que el ASP de Akron hará otro tanto.

Uno de los policías de la brigada juvenil lo ve escudriñando los rostros de los ASP derribados.

—No pierdas el tiempo —le dice—. Nos van a echar la culpa si alguno de

estos chicos se nos escapa y se esconde en el desierto.

—Yo estoy buscando a un ASP vecino mío —le dice Nelson sin inmutarse—. Un favor para la parienta.

—Pero el policía está receloso:

—¿Te conozco? ¿De qué unidad eres?

—De la unidad dieciséis de Phoenix.

—No hay unidad dieciséis en Phoenix.

Decidiendo que la cosa ya ha llegado demasiado lejos, Nelson lo aletarga, y después aletarga a un ASP que lo vio hacerlo mientras se daba a la

fuga. Y entonces regresa a su tarea de buscar al ASP de Akron.

Solo cuando ve despegar el *Dreamliner* empieza a preocuparse. ¿Qué posibilidades hay de que Lassiter vaya en aquel avión? Entonces se da cuenta de que los antidisturbios no se están dedicando solo a aletargar y recoger a los ASP, sino que incumplen el protocolo, cargando a parte de los muchachos en los vehículos sin aletargarlos primero. Si cargan en un camión a Lassiter antes de que Nelson pueda hacerse con él, se acabó.

Entonces se preocupa. Se acerca más adonde están los antidisturbios

haciendo su labor, y saca los prismáticos para examinar los rostros: un montón de adolescentes asustados. Lassiter no. Desde luego, podría estar entre todo aquel barullo, pero si está, Nelson no consigue verlo. Deja caer los prismáticos:

—¡Mierda!

Sabe que a cada segundo que pasa sus posibilidades son menores. A su alrededor, los que eran o demasiado lentos para llegar allí o lo bastante listos para mantenerse apartados de la acorralada multitud, corren en todas direcciones intentando escapar. Algunos reciben proyectiles aletargantes mientras

corren, pero cuanto más lejos llegan del meollo de la refriega, más probable es que puedan escapar.

Allá delante, Nelson ve la silueta oscura de un chico más pequeño que se afana en llevar a otro mayor que ha cargado a la espalda. A Nelson le recuerda el modo en que las hormigas cargan con sus heridos. Pero, aparentemente, aquel muchacho tiene más seso que una hormiga, porque renuncia, deja caer al chico grande en la tierra, y corre a refugiarse en la oscuridad.

Nelson está a punto de no comprobar el rostro del chico caído. Casi lo deja

atrás, pues no quiere perderse ni un solo rostro de los que pasan huyendo. Pero es bastante concienzudo, y termina cogiendo por el pelo al chico inconsciente, levantándole la cabeza de la tierra, y gritando casi de puro júbilo. ¡Es él! ¡Es Lassiter! ¡Se lo han llevado hasta allí como un regalo! ¡Lo han dejado a sus pies!

No pierde el tiempo: se lo echa a la espalda, emplea un instante en orientarse, y se va zigzagueando entre los aviones, dirigiéndose hacia la furgoneta que lo espera. Cuando cruza un corredor exterior, otro policía lo ve:

—Déjalo —le dice—. Déjaselo a

los de Higiene y Transporte. Nuestras órdenes son derribar a los que tratan de escapar. —Y para dar más énfasis a lo que dice, dispara a una chica que corre entre dos cazas, aletargándola y derribándola.

—Hay órdenes especiales para este —le dice Nelson intentando pasar, pero el otro policía no ceja.

—¿Por qué? ¿Es el que ha prendido los incendios en la ciudad?

—Sí —dice Nelson—. El mismo.

Entonces, detrás de ellos, tres chicos intentan cruzar hasta los corredores exteriores, y su intento de fuga atrae la atención del policía lo bastante para que

Nelson pueda irse.

Cuanto más lejos se encuentran del corredor principal, menos ASP hay, y también menos policías. Los vehículos de transporte sanitario están ya allí, en la periferia, recogiendo a todos los aletargados que encuentran antes de entrar en la zona de alta densidad. Los transportistas de Higiene y Transporte tratan a los chicos caídos con mucho más cuidado que los de la brigada juvenil, metiéndolos en bolsas de transporte acolchadas, de color azul pastel o rosa, una especie de sacos de dormir que les impedirán moverse y les tapa todo menos la cara, de manera que

todos sus preciados órganos harán el viaje bien protegidos.

Nelson llega a su furgoneta, deja caer a Connor en la parte de atrás, y se vuelve por donde llegó. Se encamina hacia la cancela norte sabiendo que todavía no está fuera de peligro.

Se acerca a la cancela, en la que hay algunos coches patrulla de la brigada juvenil, como si alguno de los ASP fuera a ser lo bastante tonto para intentar escapar por la cancela principal. Detienen a Nelson, y él les muestra una insignia robada.

—Tengo órdenes de llevar esta furgoneta al cuartel general. Ha sido

incautada como prueba.

—¿Qué, me estás tomando el pelo? ¡El lugar entero ha sido incautado como prueba! —¿No podían esperar al camión grúa?

—¿Cuándo han podido esperar por algo?

El policía niega con la cabeza:

—¡Increíble! —Y le hace seña a Nelson de que pase.

Cuando Nelson deja atrás el Cementerio, pone la radio, busca por las ondas hasta encontrar una canción que conoce, y se pone a cantar con inusitada alegría.

Divan, el tratante del mercado negro

al que le lleva cuanto encuentra, le pagará una fortuna. Y el símbolo del dólar que ahora se representa Nelson no tardará en verlo a través de los ojos del ASP de Akron. Esa será la verdadera recompensa, mucho más importante que el dinero. Nelson ni siquiera recuerda cómo son los ojos de aquel chico, pero eso es lo de menos. Cualquiera que sea su color, o su agudeza visual, será el último par de ojos que Nelson necesitará. ¡Le irán perfectos!

Sigue pensando en los ojos de Connor cuando oye el zumbido agudo de una pistola aletargante, y nota una punzada en la pierna, y después otra, y

otra más.

Las manos, que de repente se le vuelven pesadas como el plomo, se le caen del volante. Emplea sus últimas fuerzas en girar la cabeza para ver a su atacante.

De detrás de él, en la furgoneta, se alza Lev, ofreciéndole una sonrisa tan amplia como el desierto que tienen a su alrededor.

—Aletargado con tu propia arma —le dice Lev—. ¡Qué vergüenza!

71. Lev

Nelson había usado a Lev para que lo ayudara a encontrar a Connor, y ahora Lev le había devuelto el favor. Con tantos policías de la brigada juvenil y tantos antidisturbios, hubiera sido un milagro que él pudiera sacar a alguien del Cementerio. Y por eso Lev había comprendido que, al menos por el momento, Nelson podía ser su principal aliado, dado que, tanto Nelson como él tenían el mismo objetivo: sacar a Connor vivo de las fauces de la brigada juvenil y alejarlo del Cementerio. Por

eso Lev había acarreado a Connor, inconsciente, hasta plantárselo a Nelson delante de las narices. Lev se arriesgaba a que Nelson descubriera quién era, pero con tantos chicos que corrían, y con la única luz que daban los faros y focos, era fácil mantener el rostro en la oscuridad, y echar a correr en cuanto posara a Connor, dejando en manos de Nelson el duro trabajo de sacar a Connor de allí.

Mientras Nelson se llevaba a Connor, Lev corría por delante de ellos y se metía dentro de la furgoneta, agachado, esperando que Nelson estuviera demasiado distraído con todo

lo que sucedía a su alrededor, y demasiado eufórico con su captura, para darse cuenta de que Lev se había escondido en el asiento de atrás.

Ahora, a casi un kilómetro del Cementerio, Nelson se desploma en su asiento, inconsciente, y Lev se apresura a coger el volante, evitando que la furgoneta se salga de la carretera. Entonces, apartando a Nelson hacia un lado, pisa el freno, y la furgoneta se detiene.

Solo le queda una cosa por hacer:

Dejando la furgoneta, Lev regresa a la cancela a pie. Desde su posición en el suelo de la camioneta, no había podido

ver cuántos policías de la brigada juvenil había allí. Pero ahora, al acercarse, ve que no hay más que un puñado: el resto están en el campo de batalla. El ralo matorral del desierto no ofrece la suficiente cobertura para que él pueda esconderse, pero no tiene más remedio que acercarse más.

Le había dicho al guardia de la cancela que cogiera a Miracolina y se la llevara a algún lugar seguro. El chico dijo que lo haría, pero Lev tiene que asegurarse.

Hay un coche patrulla justo delante del lugar en que había quedado Miracolina tendida, y un policía de la

brigada juvenil está apoyado en ese coche, hablando por la radio. En cuanto el policía aparta la mirada, Lev corre a esconderse detrás del coche, agachado, y mira detrás de los secos arbustos.

Ella no está allí.

Lanza un mudo suspiro de alivio, y a continuación se vuelve y corre de nuevo a la furgoneta. Una vez en ella, saca a Nelson del vehículo y lo deja en la cuneta, inconsciente. Entonces Lev hace lo que puede por conducir la furgoneta por la estrecha carretera de dos carriles, que es algo muy distinto a conducir un todoterreno campo a través.

«Qué absurdo sería», piensa, «si

despues de todo esto Connor y yo nos matáramos en un accidente de tráfico solo porque yo no sé conducir». Da gracias a Dios porque la carretera sea recta.

Por una vez, todo ha salido perfecto, y aunque sabe que tal vez no vuelva a ver nunca a Miracolina y que, de hecho, ella podría someterse finalmente al sacrificio del diezmo, comprende que ha hecho todo lo que estaba en su mano por salvarla. Por liberarla.

«Espero que estés a salvo, Miracolina», se dice, esperando que, por el mero hecho de decirlo, su deseo se haga realidad, sin saber que el

guardia de la cancela solo estaba interesado en salvarse a sí mismo, y que Miracolina sigue inconsciente a solo unos metros de donde Lev estuvo buscando… porque no se le ocurrió mirar en el asiento de atrás del coche patrulla.

72. Starkey

—Bueno, Starkey, ¿qué hacemos ahora?

—Si me lo preguntas otra vez, te arranco esa cochina cabeza.

Bam se va toda irritada.

—¡Al menos hemos salido de allí! —grita Starkey a su espalda—. ¡Seguramente somos los únicos que lo hemos conseguido!

Aunque eso no será cosa de echar cohetes, si se estrellan.

Los muchachos se sientan en el suelo de la cabina sin asientos, algunos de ellos llorando a causa de la terrible

experiencia por la que han pasado, y por los amigos que han quedado atrás.

—¡No seáis blandengues! —les grita —. Nosotros somos chicos de la cigüeña, valemos más que todo eso. — Entonces levanta su mano destrozada, que está tan hinchada y amoratada que apenas recuerda una mano en absoluto —. ¿Me veis llorando a mí? Aquella herida de guerra, comprende, se ha convertido ya en un símbolo de su fuerza y en un talismán de respeto.

Los lloriqueos disminuyen, pero no del todo. La verdad es que, pese a la morfina afanada del avión médico, todavía le duele demasiado la mano

como para tener paciencia con nada ni nadie.

—¿Adónde vamos? —pregunta alguien.

—A un lugar mejor —dice Starkey, y a continuación se da cuenta de que eso es lo que se dice cuando alguien muere.

Se dirige con paso furioso a la cabina del piloto, y los chicos se apartan de su camino. Trace está sentado ante los mandos, sin copiloto, y Starkey empieza con una amenaza:

—Como se te ocurra tocar siquiera esa radio…

Trace lo mira con disgusto, y vuelve a fijar su atención en el panel de control.

—Solo porque tú seas el jefe de esos chicos, no voy a desear que los desconecten. Ni deseo tal cosa, ni voy a dar parte a nadie.

—Bien. Cuéntame el plan. Dime qué era lo que habíais pensado hacer Connor y tú.

Trace agarra los controles para mantener la estabilidad al entrar en una zona de turbulencias. Más lloriqueos procedentes de la cabina. En cuanto termina la turbulencia, dice Trace:

—Estaremos sobrevolando México dentro de unos minutos, cosa que nos dará unos minutos de ventaja, porque nuestros militares no nos pueden

perseguir allí sin permiso, y los de ellos no lo harán hasta que nos vean como una amenaza. Después volaremos a una milla de distancia de otro avión que vaya al norte, haremos que se confundan las firmas de radar, y cuando ese otro avión entre en el espacio aéreo estadounidense, creerán que somos nosotros.

—¿Podemos hacer eso…?

Trace ni siquiera responde a la pregunta:

—El plan era volver a Estados Unidos por el mismo camino, y aterrizar en un campo de aviación abandonado que hay en el desierto de Anza-Borrego,

al este de San Diego. Pero tenemos un problema con el tren de aterrizaje.

Eso ya lo sabe Starkey. Todos notaron la colisión cuando el avión embistió a la camioneta que se había cruzado en su camino. Todo el mundo oyó cómo se desprendía algo. No cabe duda de que se produjeron daños, pero no hay modo de conocer su gravedad. Lo único que tienen es una luz de aviso en el panel de control que dice «TREN DE ATERRIZAJE AVERIADO».

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Morir. —Trace deja que Starkey asimile la idea, y después dice—: Puedo intentar posar el avión en el agua. Estoy

pensando en el Lago Saltón.

—¿En Utah?

—No, capullo: ese es el Gran Lago Salado. El Lago Saltón es un enorme lago sin vida que se encuentra al sur de Palm Springs. Hay allí una ciudad que es el agujero del culo más infecto del mundo. Tú estarías bien allí.

Starkey le gruñe, y después decide que Trace no se merece ni eso.

—¿A qué distancia?

—Primero tengo que encontrar un avión que pase para confundir con él las firmas de radar. Calculo una hora y media hasta que lleguemos

—Bien, se lo diré a los demás. —Se

vuelve para irse, y entonces se para en la puerta de la cabina, volviéndose hacia Trace—. Y si me vuelves a llamar capullo, te levantaré la tapa de los sesos.

Trace se vuelve hacia él y sonríe:

—En ese caso amerizarás tú con este avión… capullo.

73. Risa

Risa está sentada en un camerino de televisión, mirando el monitor. La última edición del telediario en la que están a punto de aparecer Cam y ella acaba de dar una noticia de apertura: un ataque contra un enorme escondite de ASP en Arizona. Ni más ni menos que su cementerio de aviones. A los chicos ya los llevan a las Cosechadoras.

Se cree que estos mismos desconectables ASP son responsables de actos violentos en la ciudad de Tucson —dice el locutor—. *La*

Autoridad Juvenil confía en que esta intervención permitirá a los ciudadanos de Tucson volver a descansar en paz.

¿Cómo podía suceder aquello? Después de todas las cosas horribles que Risa ha hecho durante los dos últimos meses para evitar aquel ataque… para lograr que Connor y Hayden y todos los demás que estaban allí siguieran sanos y salvos, ahora resulta que la brigada juvenil ha arrasado el lugar de todas formas. Puede que ya estuviera previsto, y que el trato de Roberta fuera un engaño desde el comienzo. ¿Cómo podía haber sido tan

idiota como para confiar en lo que le dijera aquella mujer?

Un encargado del plató asoma la cabeza por la puerta:

—Tres minutos, señorita Expósito.

Risa no se ha considerado nunca una chica violenta. Desde luego, siempre ha sido capaz de defenderse, pero nunca ha sido el tipo de chica que puede provocar la brutalidad o disfrutar de ella. Sin embargo, en aquel momento mataría a Roberta si pudiera.

Entonces comprende que no tiene que hacerlo. En menos de tres minutos Risa estará hablando en directo ante una audiencia nacional. No necesita matar a

Roberta. Puede desconectarla…

Una luz brillante, nada natural. Un plató de televisión sin audiencia. Un locutor bien conocido, vestido con traje y corbata, que parece más pequeño y más viejo en persona que en la tele. Tres cámaras: una fija en él, otra en Risa y otra en Cam. Mientras esperan que acaben los anuncios, el hombre de las noticias les da instrucciones:

—Os voy a hacer varias preguntas. Primero sobre la decisión de Risa de apoyar la desconexión, luego sobre el proceso de reconexión que parece que

llevó al «nacimiento» de Cam, si os parece bien, y finalmente os preguntaré sobre vuestra relación y cómo os conocisteis. Ya sé que son preguntas que habéis respondido antes, pero espero que podáis decir algo nuevo.

—Bueno, haremos todo lo que podamos —dice Risa con una sonrisa que parece demasiado amable.

Cam se inclina hacia ella y le susurra:

—Deberíamos cogernos de la mano.

—No hay plano general —le responde ella—. Nadie sabrá si nos cogemos de la mano o no.

—Deberíamos hacerlo, de todos

modos.

Pero esta vez Cam no se saldrá con la suya.

El encargado del plató cuenta hacia atrás, de cinco a cero. Se enciende la luz roja de la cámara.

—Bienvenidos de nuevo —dice el locutor—. Teniendo en cuenta la actuación policial que acaba de tener lugar en Arizona, la presencia de nuestros invitados de hoy tiene una especial… resonancia. Una ASP militante convertida en abogada de la desconexión, y un joven que, de no ser por la desconexión, ni siquiera existiría: Risa Expósito y Camus Agrex.

Tras un instante de cálido recibimiento, empieza, tal como prometió, preguntándole a Risa, pero le ataca con algo pensado para que pierda la compostura:

—Señorita Expósito, como antigua ASP que fue, ¿cuál es su opinión sobre el ataque que ha tenido lugar en Arizona? ¿Apoya la desconexión de esos fugados?

Nada que pregunte puede aturullarla, porque ya sabe qué es lo que va a decir exactamente. Risa se vuelve para mirar directamente a la cámara número dos, que acaba de encenderse.

—Quiero dejar las cosas claras: no

estoy a favor de la desconexión ahora, ni lo he estado nunca…

74. Roberta

Si Roberta hubiera estado prestando atención, las cosas habrían ido de manera muy distinta. Vamos, que no se habrían ido al carajo. Dicho sea en su honor, el trato que había hecho con Risa era sincero aunque muy manipulador. Había hecho algunas llamadas, había movido algunos hilos, y había podido confirmar con la Autoridad Juvenil que no estaba planeado ningún ataque inminente al cementerio de aviones. Si eso cambiara, a Roberta la avisarían con antelación, lo que significaría que le

darían tiempo suficiente para mover otros hilos que impidieran semejante ataque. Roberta nunca ha querido engañar a nadie: lo que siempre ha buscado es obtener resultados.

Sin embargo, se ha visto tan envuelta en la campaña de los medios para convertir a Cam en el ídolo de los tiempos modernos, que no se ha enterado de las casas que se han incendiado en Tucson, ni ha oído hablar del descarado joven que ha prendido los fuegos, reclamando para sí el papel de vengador de los desconectables colados por la cigüeña. Sí: la Autoridad Juvenil habría tenido que notificar el ataque a

Roberta a través de sus asociados en Ciudadanía Proactiva. Pero, como ocurre siempre en cualquier organización que se parezca a una araña, una pata de la Ciudadanía Proactiva no sabe lo que hace la otra. En cuanto las noticias llegaron a las ondas, por supuesto, su teléfono empezó a sonar como loco, pero estaba demasiado harta de toda la gente que no la dejaba en paz para responder.

Por eso Roberta no se entera del ataque hasta que empieza la entrevista con Risa y Cam. Y entonces ya es demasiado tarde.

Roberta está sentada en la antesala del plató, una agradable y pequeña salita repleta de café flojo y panes de Viena revenidos, mirando el monitor que retransmite desde el estudio, al otro lado de la puerta. Su expresión de horror podría cortar la leche desnatada y sin lactosa que le echa al café.

«No estoy a favor de la desconexión ahora ni lo he estado nunca», dice Risa. «La desconexión es seguramente el acto más malvado permitido por la especie humana».

El locutor, famoso por conservar la sangre fría en cualquier circunstancia, titubea un instante:

«Pero todos esos anuncios de utilidad pública que hizo usted…».

«Son mentira. Los hice porque me estaban chantajeando».

Roberta sale de repente corriendo de la salita de espera al salón, y se va furiosa a la puerta del estudio. La luz roja está encendida. Se supone que es una advertencia para que nadie entre, ya que las cámaras retransmiten en directo, pero es una advertencia que no tiene intención de respetar.

En el corredor, a su alrededor, hay un una serie de monitores que ofrecen la invectiva de Risa. Su rostro está en cada pantalla, mirando a Roberta desde

media docena de direcciones distintas.

«He sufrido amenazas y chantaje por parte de un grupo llamado Ciudadanía Proactiva. Claro que tienen muchos otros nombres, como Consorcio de Contribuyentes Preocupados y la Sociedad Nacional de Salud Integral, pero eso no son más que tapaderas».

«Sí, conocemos a la Ciudadanía Proactiva», dice el locutor, «pero ¿no se trata de un grupo filantrópico? ¿De una organización caritativa?».

«¿Caritativa para quién?».

Cuando Roberta se acerca a la puerta del plató, le echa el alto un guardia de seguridad.

—Lo siento, señora, no puede entrar en estos momentos.

—Déjeme pasar o le prometo que mañana por la mañana se habrá quedado sin empleo.

La respuesta del guardia consiste en permanecer firme y pedir apoyo, así que Roberta se dirige a la cabina de control.

«Aseguran que controlan a la Autoridad Juvenil», prosigue Risa. «Aseguran que controlan un montón de cosas. Tal vez lo hagan o tal vez no pero, créame, Ciudadania Proactiva no tiene más intereses en realidad que los suyos propios».

La imagen corta a Cam, que parece

anonadado, o tal vez solo mudo. Entonces regresa al locutor.

«Así que su relación con Camus…».

«No es más que un ardid publicitario», dice Risa. «Un ardid publicitario cuidadosamente planeado por la Ciudadanía Proactiva para ayudar a que Cam sea aceptado y adorado».

Roberta entra de sopetón en la cabina de control, donde un técnico opera en la mesa de edición, y el productor del programa se recuesta en su silla, muy contento.

—Esto mola —le está diciendo al técnico—. ¡La princesa de la desconexión muerde la mano que le da

de comer! ¡No podría haber nada mejor!

—¡Detengan la entrevista! —ordena Roberta—. ¡Deténganla ahora, o les haré responsables a ustedes y a su cadena de televisión de todo lo que diga!

El productor ni se inmuta:

—Perdone, ¿quién es usted?

—Yo soy… su gerente, y ella no está autorizada a decir lo que está diciendo.

—Bueno, señora, si a usted no le gusta lo que su cliente tiene que decir, ese no es problema nuestro.

«Los telespectadores tienen que preguntarse algo ellos mismos», dice Risa. «¿Quién es el que más se beneficia de la desconexión? Respondan a esa

pregunta, y creo que sabremos quién está detrás de Ciudadanía Proactiva».

Entonces el guardia de seguridad llega tras Roberta y la saca de allí a la fuerza.

A Roberta la dejan en la antesala del plató hasta que la entrevista se acaba y pasan a emitir anuncios.

El guardia, que sigue en modo «alerta, intrusos», no la deja pasar.

—Tengo órdenes de mantenerla fuera del estudio.

—¡Quiero ir al servicio!

Pasa por delante de él y echa a

correr hacia la puerta del estudio. Tanto Cam como Risa se han ido, y a los siguientes invitados les están colocando los micrófonos.

Evitando al guardia, que Roberta sabe que está completamente dispuesto a dispararle una bala aletargante, se mete por el pasillo lateral que lleva a los camerinos. El camerino de Risa está vacío, pero Cam está en el suyo. La chaqueta y la corbata están tiradas por el suelo, como si se los hubiera quitado a toda prisa. Está sentado delante del tocador con la cabeza apoyada en las manos.

—¿Has oído lo que ha dicho sobre

mí? ¿Lo has oído?

—¿Dónde está?

—¡Cabeza en la arena! ¡Tortuga en la concha! ¡Déjame en paz!

—¡Céntrate, Cam! Estaba en el plató contigo, ¿dónde ha ido?

—Se ha marchado corriendo. Dijo que había terminado, que ella era historia, y bajó la escalera de emergencia corriendo.

—Será historia cuando yo acabe con ella.

Roberta baja también por la escalera de emergencia. Están en la segunda planta, y el único lugar al que ha podido ir Risa es al garaje, que a aquellas horas

de la noche está casi vacío. No puede ir más de quince segundos por delante de ella, y sin embargo no se la ve. La única persona que está por allí es el chófer, que se apoya en su limusina zampándose un bocadillo.

—¿La ha visto? —le pregunta Roberta.

—¿A quién? —dice él.

Y el teléfono de Roberta empieza a sonar como si no fuera a parar nunca.

75. Cam

Roberta regresa tras buscar a Risa sin éxito. Cam la espera en la antesala del plató, donde aguardan dos guardias de seguridad, deseosos de acompañar a Roberta a la salida. Ella habla por teléfono, tratando ya de poner remedio al desaguisado.

—Antártida —dice Cam—. Debería haber dicho algo ante las cámaras, pero me quedé congelado.

—Lo hecho, hecho está —dice ella, y entonces lanza un gruñido porque la comunicación se ha cortado de repente

—. Vámonos de aquí.

—Espérame en el coche —le dice Cam—. Todavía tengo mis cosas en el camerino.

Los guardias escoltan solemnemente a Roberta hasta la salida del edificio, mientras Cam regresa al camerino. Se pone su chaqueta de sport y enrolla con cuidado la corbata para metérsela en el bolsillo. Entonces, cuando está seguro de que Roberta ha salido del edificio, dice:

—Está bien, ya se ha ido.

Se abre la puerta del armario, y sale Risa.

—Gracias, Cam.

Cam se encoge de hombros:

—Se lo merece. —Se vuelve hacia Risa, que tiene la respiración agitada, como si hubiera estado corriendo, aunque él sabe que lo único que ha estado corriendo es su cabeza—. ¿Los desconectarán a todos? ¿A todos tus amigos ASP?

—No de inmediato —contesta ella —, pero sí, los desconectarán.

—Lo siento.

—No es culpa tuya —le responde Risa, aunque al decirlo no lo mira, como si en realidad pensara que sí lo es, en cierto modo. Como si su mera existencia lo convirtiera en culpable.

—Yo no puedo elegir lo que soy —le dice él.

—Lo sé… Pero hoy me has mostrado que puedes elegir lo que haces.

Y entonces se inclina y le da un beso en la mejilla. Él siente como una descarga eléctrica en todas las costuras del rostro. Risa se vuelve para marcharse, pero él no puede dejarla. Aún no. No sin decirle:

—Te quiero, Risa.

Ella vuelve a mirarlo y le ofrece tan solo una sonrisa de disculpa:

—Adiós, Cam.

Y se va.

Solo cuando Risa ya se ha ido, empieza a despertar la rabia en Cam. Y no es un asomo de rabia, sino una erupción de lava que no tiene lugar por el que salir a la superficie. Coge la silla y la estampa contra el espejo del tocador, haciéndolo trizas. Tira contra las paredes todo aquello que se puede romper, y no para hasta que los guardias de seguridad se arrojan a él. Hacen falta tres guardias para sujetarlo, y aún así él es más fuerte, pues tiene en él todo lo mejor de los mejores: cada grupo de músculos, cada reflejo sináptico… Se libera de los guardias, corre hacia la escalera de emergencia, y ve a Roberta

dentro de la limusina.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Soledad —dice él—. Necesitaba un poco de soledad.

—Eso está bien, Cam —le dice ella mientras salen del garaje—. Tendremos que superarlo.

—Sí, sé que lo superaremos.

Pero se guarda para sí sus verdaderos sentimientos. Cam no aceptará nunca la despedida de Risa. No dejará que desaparezca de su vida. Hará todo lo que haga falta para tenerla, para retenerla, para guardarla. Se conoce al dedillo todos los recursos de Roberta para tener lo que quiera, y está dispuesto

a emplearlos.

Entre una llamada de teléfono y otra, Roberta le sonríe para animarlo, y él le sonríe a su vez. Desde aquel momento, Cam seguirá las reglas del juego. Será el niño bueno reconectado que Roberta quiere que sea, pero tendrá sus propios planes. Hará que el sueño de Risa se convierta en realidad y desmontará pieza a pieza a la maldita Ciudadanía Proactiva.

Y entonces ella no tendrá más remedio que quererlo.

SÉPTIMA PARTE

ATERRIZAJES

Nuestro país se enfrenta a retos fuera y dentro de sus fronteras (...) Es nuestra voluntad lo que se está poniendo a prueba, no nuestra fuerza.

El Presidente JOHNSON
A propósito de Vietnam y las protestas universitarias de 1968.

Tengo plena fe en que este devastador conflicto nacional se resolverá, y en que el acuerdo entre ambas partes servirá también como solución final al problema de los adolescentes salvajes. Pero hasta que llegue ese día glorioso, habrá toque de queda a las ocho de la tarde para cualquier joven menor de dieciocho años.

El Presidente Moss
A propósito de la Guerra
Interna, dos semanas antes de
ser asesinado por separatistas
de Nueva Jersey.

76. El *Dreamliner*

Al sur de California, bastante al sur de las lentejuelas de Hollywood y bastante al este de la extensión metropolitana de San Diego, se encuentra un mar interior tan olvidado y tan poco querido como un tutelado del Estado que se haya hecho ASP, o como un chico de la cigüeña en una Cosechadora. Hace cientos de miles de años, ese mar interior era el tramo norte del Mar de Cortés, antes de que nadie le pusiera nombre. Pero ahora es poco más que un lago gigante de agua salada sin salida al océano, que se va

secando poco a poco para convertirse en un desierto. Demasiado salino para que los vertebrados puedan vivir en él, todos sus peces han muerto, y las espinas de esos peces cubren las orillas a modo de arena.

Diez minutos antes de las doce de la noche, un avión que en otro tiempo había sido considerado el sueño de la aviación, antes de ser reemplazado por otros sueños posteriores, desciende sobre el Lago Saltón. Está a cargo del avión un joven piloto militar con más confianza que experiencia. Salvando a duras penas las montañas que circundan el lago, el avión desciende para realizar

lo que algunos llaman absurdamente «aterrizar en el agua».

Pero la cosa no sale bien.

77. Starkey

Sin cinturones de seguridad, sin siquiera asientos… No hay modo de sujetarse ante la inminencia de un aterrizaje accidentado.

—¡Entrelazad los codos! ¡Enganchaos unos a otros con las piernas! —les dice Starkey—. ¡Actuaremos de cinturón de seguridad unos para otros!

Los jóvenes de la cigüeña obedecen: se apiñan, entrelazan brazos y piernas, se convierten en una colonia enmarañada de carne y huesos. Como

están sentados en el suelo, no pueden mirar por la ventana para ver a qué distancia se encuentra todavía el lago. Pero entonces se oye la voz de Trace, que habla desde su cabina:

—Faltan unos veinte segundos —les dice.

Entonces cambia la inclinación del descenso, al elevarse el morro del avión.

—Nos vemos al otro lado —dice Starkey, y solo después de decirlo se da cuenta de que, de nuevo, esa es una frase que se pronuncia cuando uno está a punto de morir.

Starkey cuenta en su cabeza los

últimos veinte segundos, pero no sucede nada. ¿Ha contado demasiado rápido? ¿Calculó mal Trace? Si aquello son veinte segundos, entonces son los veinte segundos más largos de toda su vida. Y entonces llega, por fin: una sacudida tremenda, seguida por la calma.

—¿Eso era todo? —pregunta alguien —. ¿Ya ha terminado?

Pero hay otra sacudida, y después otra, y otra más, cada una de las cuales los acerca más unos a otros, y Starkey comprende que el avión está rebotando en el agua como una piedra que hace cabrillas. Al quinto rebote, un ala se hunde, actuando como un timón que hace

pivotar el avión hasta la diagonal, y de repente es el fin del mundo: el *Dreamliner* empieza a dar volteretas laterales sobre la implacable superficie del lago.

Dentro, la multitud de muchachos se ve lanzada del suelo y separada por la fuerza centrífuga, arrojada en dos grupos separados a cada extremo de la cabina de los pasajeros. El hecho de haber entrelazado los brazos realmente salva a muchos de ellos, amortiguando los impactos de unos con los cuerpos de otros, pero aquellos que se encuentran al borde del meollo de muchachos, aquellos que actúan de almohada para

los otros, sufren la peor parte. Muchos mueren al ser propulsados contra las duras superficies del *Dreamliner*.

Las armas, que habían quedado depositadas en los compartimentos superiores, vuelan libres también, pues los compartimentos se abren de golpe: pistolas, rifles, ametralladoras y granadas se vuelven peligrosas, y causan graves heridas sin ser siquiera disparadas.

Envuelto en el retorcimiento de cuerpos, Starkey siente que su cabeza golpea contra algo duro y le abre un corte en la frente, pero eso no es nada comparado con el dolor insoportable de

su maltrecha mano.

Finalmente, el avión se detiene. Los gritos y lamentos parecen silencio tras el estrépito del impacto. Entonces, en algún lugar, hacia la parte de atrás de la cabina, tiene lugar una explosión: una granada que ha perdido la argolla. La explosión abre un agujero en un lateral del avión, y el agua empieza a penetrar por él. Es entonces cuando falla el sistema eléctrico y se quedan sumidos en la oscuridad.

—¡Por aquí! —grita Bam.

Tira de una enorme palanca y abre la escotilla frontal de la cabina. Automáticamente, se infla y desprende

una balsa salvavidas que a continuación cae al agua, y diciendo «¡Sayonara!», Bam salta detrás de ella.

El instinto de Starkey es salir en aquel momento… pero si quiere que lo vean como el protector de los chicos de la cigüeña, entonces tiene que serlo con acciones, no solo con palabras. Espera, haciendo salir a los chicos por la puerta, y haciendo muy ostensible que él no va el primero… aunque tampoco tiene intención de ser el último.

Más atrás, en el avión que se va hundiendo, los chicos abren las salidas que hay sobre el ala, y la escotilla de la parte central, pero solo en el lado

izquierdo. A la derecha, un charco de combustible se ha prendido sobre la superficie del agua, y las llamas sobrepasan las ventanillas.

—¡Las armas! —grita Starkey—. ¡Coged las armas! ¡Todavía tendremos que defendernos!

Y entonces los chicos cogen todas las armas que encuentran, y las echan a las balsas antes de saltar ellos mismos.

Fuera, el fuego ilumina lo suficiente para que Starkey pueda ver el fondo de la cabina de pasajeros. Preferiría no haber mirado: los cadáveres están por todas partes; la sangre, espesa y pegajosa, embadurna cada superficie.

Pero hay más vivos que muertos, y más chicos corriendo que arrastrándose. Starkey decide allí mismo salvar solo a los que puedan salir por sí mismos, pues los que están gravemente heridos no serían más que un estorbo.

La inclinación del suelo ha cambiado rápidamente, y el avión empieza a hundirse por la cola. La cabina trasera ya está sumergida, y el nivel del agua asciende de manera firme e implacable, sobrepasando el mamparo central. Entonces Starkey oye una voz apagada que llega de la parte delantera del avión.

—¡Necesito ayuda aquí!

Starkey se dirige a la puerta de la cabina del piloto y la abre. El parabrisas está hecho añicos, y la cabina entera es un revoltijo de indicadores rotos, paneles abiertos y cables al aire. La silla del piloto está empotrada contra la parte de delante, y Trace está inmovilizado.

Lo cual deja a Starkey en una posición interesante.

—¡Starkey! —dice Trace, aliviado —. Necesito que me ayudes a salir de aquí. No puedo hacerlo yo solo.

—Sí, ese es un problema —dice Starkey. Pero ¿es su problema? Necesitaban a Trace para que los

llevara hasta allí, pero ya no necesitan ningún piloto. Y ¿no había amenazado ya Trace con matarlo? Si Trace sobreviviera, desde aquel momento no sería más que una amenaza. Y una amenaza realmente peligrosa.

—Yo nunca he tenido agallas para intentar la gran proeza de escapar bajo el agua de una caja cerrada —explica Starkey—. El gran Houdini murió intentándolo, pero seguro que a un mastodonte como tú no le cuesta trabajo conseguirlo. —Entonces vuelve a salir de la cabina del piloto y cierra la puerta.

—¡Starkey! —grita Trace—. ¡Starkey, eres un hijo de puta!

Pero Starkey ya ha tomado su decisión, y cuando vuelve a la escotilla principal, la voz apagada de Trace queda ahogada por el griterío de los chicos aterrorizados. Queda allí una docena de chicos: los lentos, los heridos, aquellos que tienen miedo de saltar porque no saben nadar…

—¿Qué es ese olor tan espantoso? —dice uno de ellos lloriqueando—. ¿Qué hay ahí fuera?

Tiene razón: hay un hedor en aquel lago, como un tanque de pescado que se hubiera dejado pudrir, pero ese es el menor de todos sus problemas. El agua ya les sube por los pies, y el suelo está

inclinado treinta grados.

Starkey empuja a los últimos para pasar él:

—Saltad o ahogaos, no tenéis otra opción. Yo no voy a esperar a los rezagados.

Entonces se tira desde la puerta a las apestosas aguas del Lago Saltón.

78. Trace

Las llamadas de socorro de Trace quedan sin respuesta y, presa de la furia, aporrea el panel de controles y empuja la silla, que no cede. Está tan apretado por la prensada cabina del piloto, que ni siquiera un mastodonte con su fuerza puede salir. Hace un esfuerzo por tranquilizarse y examinar las opciones que se le presentan. Lo único que oye ahora son los gemidos y lamentos cada vez más flojos de los que estaban demasiado heridos para escapar, y por supuesto el vaivén implacable del agua.

Entonces comprende que no le queda ninguna posibilidad. Starkey puede estar seguro de eso.

El lago empieza a verter el agua por el parabrisas roto, tan rápidamente que no tiene tiempo de prepararse. Trace gira el cuello, intentando mantener la cabeza por encima del agua todo el tiempo que pueda. Entonces se llena los pulmones, aguanta el aire, y de repente ya se encuentra bajo el agua. Todo ha quedado sumido en un silencio solo quebrado por los metálicos lamentos del avión que se hunde.

El cuerpo le arde con la última bocanada de oxígeno; entonces,

resignado a su destino, Trace exhala esa última bocanada, que asciende en burbujas, alejándose de él hacia la oscuridad. Su cuerpo emprende entonces la tarea de morir. Resulta tan espantoso que jamás hubiera podido imaginárselo, pero sabe que no durará mucho. Cinco segundos. Diez. Entonces la injusticia de todo ello ya no parece importar. Mientras pierde el último asomo de conciencia, Trace se aferra a la esperanza de que la decisión de luchar del lado de los ASP en vez del de la Autoridad Juvenil baste para pagar su pasaje a un lugar mejor.

79. Starkey

El agua sabe a goma y podredumbre, y no está ni fría ni caliente, sino tibia, como esa taza de té que ha quedado olvidada durante una hora. El último trozo del avión desaparece bajo la superficie, sin dejar nada más que blancas burbujas que ascienden a través de la capa de podredumbre y combustible, que casi ha ardido del todo. Starkey mira a su alrededor para ver a chicos en el agua, a chicos en las balsas, y a otros que se han alejado demasiado para poder verlos y piden

socorro.

Hay una playa desierta a solo unos cientos de metros. Trace, que en paz descanse, fue lo bastante inteligente para acercarlos a la orilla no poblada del enorme lago. Aun así, habrá gente que haya visto el amerizaje y que se acercará a husmear. Tienen que alejarse del avión lo antes posible: la curiosidad de los vecinos es lo último que necesitan.

—¡Por aquí! —les dice Starkey, y empieza a nadar, propulsándose con la mano buena. Los que están en las balsas reman, los que están en el agua nadan, y en unos minutos salen de las fétidas

aguas a una playa mullida de espinas pulverizadas.

Starkey manda a Bam hacer recuento, y ella le informa de que son ciento veintiocho. Han perdido a cuarenta y uno en el amerizaje. A su alrededor, los supervivientes intentan averiguar quién falta, cosa que pone furioso a Starkey. Quedarse allí sentados no les servirá más que para que los capturen. Sabe que es lo bastante astuto para valerse por sí mismo; pero ahora tiene que extender sus dotes de supervivencia a todos ellos.

—¡Todo el mundo en pie! ¡No podemos perder tiempo lamiéndonos las

heridas y llorando a los muertos! ¡Tenemos que salir de aquí!

—¿Dónde propones que vayamos? —le pregunta Bam.

—A cualquier sitio que no sea este.

Starkey sabe que necesita darles a aquellos muchachos una dirección y un objetivo. Ahora que están libres del redil del Cementerio, tienen que cambiar sus prioridades. Connor podría conformarse con mantener vivos a sus muchachos, pero Starkey tiene que sacar de aquello algo más que la mera supervivencia. Bajo su liderazgo, los chicos de la cigüeña pueden convertirse en una fuerza a la que habrá que tener en

cuenta.

Se acerca a los que tiene más cerca y que están quejándose de su cansancio, y los levanta agarrándolos por el cuello.

—¡En marcha! ¡Ya descansaremos cuando estemos a salvo!

—¿Es que vamos a estar a salvo alguna vez? —pregunta alguien. Starkey no responde, porque sabe que seguramente no, nunca estarán a salvo. Pero eso está bien. Ya han vivido mucho tiempo satisfechos. Ahora, vivir al filo de la supervivencia los mantendrá despiertos y en la brecha.

Mientras los chicos de la cigüeña hacen acopio de fuerzas para emprender

un incierto viaje a pie, Starkey busca entre ellos hasta que encuentra a Jeevan, y se alegra de que sea uno de los supervivientes.

—Jeevan, necesitaremos el mismo tipo de instalación que tenías en el *Bombarroba*, solo que móvil. Tienes que ser nuestros ojos y oídos y averiguar todo lo que puedas de la Autoridad Juvenil.

Jeevan se limita a negar con la cabeza, asustado y sin poderse creer lo que le pide:

—Todo aquello era material militar de calidad superior. Eso ya no lo vamos a tener. ¡No tenemos ni un ordenador!

—Requisaremos todos los ordenadores que necesites —le dice Starkey—. Y tú harás que funcionen.

Jeevan asiente con la cabeza, nervioso:

—Sí, señor.

Antes incluso de que abandonen la orilla del lago, los grandiosos planes de Starkey empiezan a cobrar forma. Intensificará la campaña de venganza que empezó en Tucson, solo que esta vez no se tratará solo de un puñado de chicos de la cigüeña vengativos, sino que serán todos ellos: un ejército de ciento veintiocho guerreros que impondrán castigos a todos aquellos que

pretendan desconectar a alguien colado por la cigüeña. Su número crecerá con cada chico al que rescaten. No duda de que con el tiempo podrán tomar al asalto Cosechadoras enteras. Y entonces el ASP de Akron no será más que una triste nota al pie de página de su propio legado.

Sacando fuerzas de su ambición, Starkey los lleva a las montañas, al este del Lago Saltón. Su primer truco consistirá en hacerlos desaparecer a todos, pero eso no será más que el comienzo. De allí en adelante, no habrá límites para su magia.

80. Miracolina

Al despertar, la cabeza le da vueltas a Miracolina. Por eso sabe que la han aletargado. Aquella es la cuarta vez que la aletargan, y ya sabe cómo es la cosa. Va recordando todo lo que ocurrió antes de aquello, pero lo hace despacio y sin orden. Reprime la náusea, tratando de comprender cuáles son sus circunstancias en aquel momento y de poner orden en su mente.

Se está moviendo. Está en un vehículo. Estaba viajando con Lev. ¿Va en la parte de atrás de una camioneta?

No. ¿Va en el compartimento del equipaje de un autobús? No. Es de noche. Va en el asiento trasero de un coche. ¿Va Lev con ella? No.

Cuando ella perdió la conciencia no iba en un vehículo, ¿verdad? Lev y ella iban andando. Estaban junto a una valla. Se dirigían hacia una vieja base de las fuerzas aéreas. ¿Hay más? Tiene que haber más, pero por mucho que lo intenta no consigue recordar nada, solo que caminaban hacia la cancela.

Aunque sospecha que eso le hará sentir como si el cerebro se le quisiera escapar por las orejas, se incorpora en el asiento. Hay una gruesa barrera de

cristal entre ella y los asientos delanteros. ¿Un coche de policía? Sí: dos policías están en el asiento de delante. Eso deberían ser buenas noticias para ella, significa que por fin ha salido a la superficie desde el mundo subterráneo por el que la ha arrastrado Lev. Sin embargo, no le da la sensación de nada bueno, y no se trata solo del efecto del aletargante. El que ella esté en un coche patrulla no presagia nada bueno para Lev. Y ya no puede seguir negándose que, a pesar de sí misma, le importa lo que le suceda a aquel chico.

El policía que está al volante mira por el retrovisor y ve que ella lo está

mirando.

—Bueno, fíjate quién ha despertado —dice en tono agradable.

—¿Pueden decirme qué ha ocurrido? —El sonido de su propia voz hace que le estalle la cabeza.

—Intervención policial en el cementerio de aviones —explica él—. Pero eso ya lo sabes, ¿no?

—No. Me aletargaron fuera de la cancela. —Y entonces añade—. Había salido a dar un paseo. —Eso resulta una explicación bastante tonta, considerando lo aislada que está la carretera.

—Ya sabemos quién eres, Miracolina —dice el policía que va en

el asiento del acompañante. Esta noticia le hace tener que recostarse de nuevo contra el pegajoso cuero del asiento, pero se inclina del lado equivocado y termina cayendo contra la puerta.

—¿Se lo ha dicho él? —pregunta. No se puede imaginar que Lev les haya dado su nombre voluntariamente a los de la brigada juvenil.

—No nos lo ha dicho nadie —explica él, levantando un pequeño aparato electrónico—. Esto es un analizador de ADN. Lo llevamos todos los policías de la brigada juvenil desde que pasó lo de Happy Jack.

—Me gustaría saber a qué «él» se

refiere —dice el que va al volante.

Bueno, si no lo saben, ella no se lo va a decir. Si no han cogido a Lev, quiere decir que él no estaba con ella cuando la capturaron. Pero ¿es posible que él la abandonara? Lev es una mezcla tal de ética contradictoria que Miracolina no puede estar segura. Pero no, eso es una mentira, es el tipo de mentira que solía decirse a sí misma para demonizarlo. En el fondo, ella sabe que él no la abandonaría por voluntad propia. Si lo hizo, será que no tenía más remedio. Sin embargo, aún no sabe si está libre o lo han capturado.

—Lo que me gustaría saber —

pregunta el policía del asiento del acompañante— es por qué estabas fuera de la cancela, y no dentro como los demás.

Miracolina decide contarles una versión corregida de la verdad, ya que de todas formas no se la van a creer:

—Me escapé de un pirata de partes con un amigo —les dice—. Estábamos buscando un lugar seguro.

Los dos policías se miran uno al otro:

—¿Así que no tenías ni idea de que el cementerio de aviones era un bastión de los ASP?

—Solo nos habían aconsejado que

fuéramos allí. Nos habían dicho que allí estaríamos a resguardo de los piratas de partes.

—¿Quién os dijo eso?

—Uno… —responde ella, lo cual parece una contestación muy propia de una niña, e invita a desistir de indagar más.

—¿Quién te aletargó?

Como Miracolina no responde, el conductor mira a su compañero y dice:

—Seguramente algún novato de gatillo fácil.

Su compañero se limita a encogerse de hombros.

—Bueno, estás aquí y estás a salvo.

¿Tu amigo también era un diezmo?

Miracolina tiene que reprimir una sonrisa:

—Sí —dice—, lo era. —Le encanta poder mentirles diciendo la verdad, que siempre es la mejor estrategia.

—Bueno, no se ha entregado ningún diezmo —dice el del asiento del acompañante—. A lo mejor lo sacaron con los demás.

—¿Los demás?

—Ya te lo hemos dicho, ha habido una intervención policial. Hemos hecho una redada en un enorme refugio de ASP. Hemos cogido a varios cientos por lo menos.

De nuevo, ella suspira aliviada, y los policías suponen que el suspiro se debe al cansancio provocado por el aletargante.

—Échate ahí, cielo. No tienes de qué preocuparte. El pirata de partes ya no te puede atrapar.

Pero ella permanece erguida, pues no quiere volver a amodorrarse con los últimos efectos de la sustancia aletargante. Hay algo raro en la manera tan amable con que la están tratando los policías. Al fin y al cabo, ella es una desconectable con una historia muy sospechosa, y aunque sea un diezmo, no ha conocido nunca a policías que fueran

tan amables con alguien que está a punto de ser desconectado. Tal como han dicho, ven a los desconectables como insignificancias. Y uno no llama «cielo» ni «cariño» a las insignificancias.

Cuando el coche entra en el cuartel local de la brigada juvenil, Miracolina empieza a preguntarse qué va a pasar.

—Se supone que yo iba a la Cosechadora de Wood Hollow —les dice—. ¿Aún voy a ir allí, o a alguna Cosechadora de Arizona?

—Ni una cosa ni la otra —responde el conductor.

—¿Cómo dice?

El policía aparca el coche y se

vuelve hacia ella:

—Por lo que tengo entendido, tus padres no llegaron a firmar la orden de desconexión.

Miracolina se queda sin habla.

«Nunca la firmaron». Ahora se acuerda de que se lo dijeron cuando estaba en la puerta, pero ella les respondió que se iba a la Cosechadora por propia voluntad, y por eso entró en la furgoneta.

—Aunque hubieras llegado a Wood Hollow, te habrían vuelto a mandar a casa en cuanto comprobaran los impresos. No se puede desconectar a nadie sin una orden.

Ella se ríe porque todo parece irónico. Todo aquel tiempo peleándose por ser finalmente desconectada, y eso no solo no sucederá ya, sino que no tenía posibilidades de suceder antes. Quiere enfurecerse, pero ¿cómo puede acusar a sus padres de que la quieran demasiado para dejarla ir? Se pregunta en qué habrían cambiado las cosas si lo hubiera sabido. ¿Habría de todos modos emprendido el viaje hacia el oeste con Lev, después de escapar del pirata de partes? ¿Habría permanecido con él el tiempo suficiente para perdonarlo, concediéndole esa absolución que él tanto necesitaba?

Para su propio asombro, la respuesta es no.

Si ella hubiera sabido que no iba a ser desconectada, aquella llamada que hizo a sus padres no habría sido solo para decirles que estaba viva, sino también para pedirles que fueran a recogerla. Habría dejado que Lev concluyera su viaje por sí mismo, a solas y sin su perdón.

—Ya sé cómo son los diezmos —dice en tono compasivo el policía que no va conduciendo. Si es eso lo que quieres realmente, puedes hablarlo con tus padres cuando estés en casa.

Y aunque eso es lo que ella quiere,

está empezando a reconciliarse con la decepción de permanecer entera.

—Gracias —les dice—. Muchas gracias. —Pero no es a ellos a los que les está dando las gracias.

Las cosas o bien suceden por un motivo, o bien suceden sin motivo alguno. O la vida de uno es un hilo de un glorioso tapiz, o la humanidad es solo un nudo inextricablemente enmarañado. Miracolina siempre ha creído en el tapiz, y ahora se alegra de haberle echado un vistazo a la última esquina. Comprende que su deseo de ser sacrificada como diezmo no tenía como finalidad el ser dividida, sino colocarla

en el lugar adecuado en el momento adecuado para contribuir a la redención del muchacho que había querido volarse él mismo por los aires.

¿Quién hubiera pensado que su perdón entero y verdadero fuera un regalo más valioso que cien órganos suyos?

Así que ella volverá a los brazos de sus cariñosísimos padres y vivirá la vida que ellos sueñan para ella hasta que pueda encontrar sus propios sueños. Ella no tuvo fiesta del diezmo, pero en aquel preciso instante decide que hará una gran celebración algún día, tal vez una especie de puesta de largo al

cumplir los dieciséis. Y encontrará a Lev, dondequiera que esté, le pedirá que asista, y no aceptará un no por respuesta. Y entonces, por fin, bailará con él.

81. Hayden

Según piensa Hayden, ellos son los últimos que quedan. Hay otros catorce con él en el *Bombarroba*, todos pertenecientes a los distintos turnos del equipo de comunicaciones, los cuales pusieron más fe en él que en ningún otro, cosa que sorprende a Hayden. No tenía ni idea de que hubiera nadie que lo admirara. La ausencia de uno de los chicos resulta muy llamativa. Antes de que las cámaras se quedaran sin electricidad, Hayden vio que Jeevan entraba en el *Dreamliner* junto a los

demás chicos de la cigüeña y con los brazos llenos de armas robadas.

Connor había dejado de responder en mitad de la batalla, y los de la brigada juvenil habían desconectado uno a uno todos los generadores eléctricos, sumiendo al *Bombarroba*, y a todos los demás aviones, en la oscuridad.

Hacia la medianoche, todo ha acabado. A través de las ventanillas del *Bombarroba*, Hayden ve salir, con la misión cumplida, los pesados vehículos, el ariete, los camiones antidisturbios y los coches patrulla.

Hayden piensa que quizá los hayan olvidado, que podrán permanecer allí

unas horas más y después huir en busca de la libertad. Pero la Autoridad Juvenil es más lista de lo que él se cree.

—¡Sabemos que estáis ahí! —gritan por un megáfono—. ¡Salid y os prometemos que nadie resultará herido!

—¿Qué hacemos? —le preguntan los chicos que lo rodean.

—Nada —dice Hayden—. No hacemos nada. —Como el *Bombarroba* era el centro de comunicaciones y el cerebro del Cementerio, es uno de los pocos aviones que tiene todas las puertas exteriores en su sitio y cerrando bien. También es uno de los pocos aviones que solo se pueden abrir desde

dentro. Al empezar la batalla, Hayden había sellado la hermética escotilla, dejándolos dentro tan aislados como si estuvieran en un submarino. Su única defensa es su aislamiento, y una ametralladora que Connor se había empeñado en que tuvieran. Hayden ni siquiera sabe cómo se dispara aquel chisme.

—Estáis en una situación desesperada —les gritan los de la brigada juvenil por el megáfono—. No estáis haciendo más que empeorar las cosas.

—¿Qué puede ser peor que mandarnos a desconectar? —pregunta

Lizbeth.

Entonces Tad, que desde el principio ha estado tan pegado a Hayden como si estuvieran unidos por la cadera, le dice:

—A ti no te desconectarán, Hayden: tú ya tienes los diecisiete.

—Detalles, detalles —dice Hayden —. No me incordies ahora con detalles.

—Tomarán el avión al asalto — advierte Nasim—. Lo he visto en la tele: volarán la puerta, y echarán gas, ¡y los antidisturbios de la policía nos sacarán de aquí!

Los otros miran nerviosos a Hayden para ver qué dice.

—Los antidisturbios ya se han ido

—puntualiza este—. Y no somos lo bastante importantes para que tomen este avión al asalto. No somos más que los restos que han quedado. Me apuesto a que dejarán que esos bobos gordinflones de la brigada juvenil esperen a que salgamos. —Y los demás se ríen. Él se alegra de que todavía sean capaces de reírse.

Pero, pese a su coeficiente intelectual y su masa corporal, los de la brigada juvenil siguen allí.

—¡Muy bien —anuncian—, podemos esperar todo el tiempo que queráis!

Y lo hacen.

Al alba siguen allí. No son más que tres coches patrulla y una pequeña camioneta gris de transporte. Los medios de comunicación, a los que la policía mantuvo apartados durante la invasión del Cementerio, están ahora acampados a solo cincuenta metros de distancia con todo tipo de antenas en alto.

Hayden y sus íntegros resistentes han pasado la noche dormitando a ratos. En aquel momento, la visión de los medios de comunicación da a algunos de ellos una esperanza absurda.

—Si salimos ahí —dice Tad—, estaremos en las noticias. Nos verán

nuestros padres. Puede que hagan algo.

—¿Como qué? —pregunta Lizbeth —. ¿Firmar una segunda orden de desconexión? Solo necesitamos una.

A las siete y cuarto, el sol asciende por encima de las montañas anunciando otro día abrasador, y el *Bombarroba* empieza a caldearse. Tienen algunas botellas de agua, pero no suficientes para quince chicos que ya están empezando a sudar más de lo que pueden beber. A las ocho en punto, la temperatura ronda los treinta y ocho grados, y Hayden sabe que no podrán aguantar mucho. Así que plantea su pregunta favorita, solo que esta vez no

es retórica:

—Quiero que todos me escuchéis y penséis en lo que vais a responder —les dice. Espera hasta estar seguro de que capta toda su atención, y entonces pregunta—: ¿Qué preferís: morir… o ser desconectados?

Se miran todos unos a otros. Algunos se llevan las manos a la cabeza. Otros sollozan sin lágrimas, pues están demasiado deshidratados para llorar. En silencio, Hayden cuenta hasta veinte, vuelve a hacer la pregunta y aguarda las respuestas:

Esme, su mejor revientacontraseñas, es la primera en romper el cortafuegos

de silencio:

—Morir —dice—. Sin duda.

Y Nasim dice:

—Morir.

Y Lizbeth dice:

—Morir.

Y las respuestas empiezan a sonar más aprisa:

—Morir.

—Morir.

—Morir.

Todo el mundo responde, y ni uno solo elige la desconexión.

—Aunque hubiera algo así como «una vida en estado diviso» —comenta Esme—, si nos desconectan será una

victoria para la brigada juvenil. Y no podemos concederles esa victoria.

Y así, mientras la temperatura supera los cuarenta y tres grados, Hayden se apoya contra el mamparo y hace algo que no había hecho desde que era pequeño: reza el padrenuestro. Es curioso que algunas cosas no se olviden nunca.

—«Padre nuestro, que estás en los cielos…».

Tad y algunos otros se apresuran a sumársele:

—«Santificado sea tu nombre…».

Nasim empieza a recitar una oración islámica, y Lizbeth se tapa los ojos para

salmodiar en hebreo la shemá. La muerte, según dicen, no solo emparenta a todos los seres, sino que hace una de todas las religiones.

—¿Creéis que nos dejarán morir? —pregunta Tad—. ¿No intentarán salvarnos?

Hayden no quiere responderle, porque sabe que la respuesta es no. Desde el punto de vista de los de la brigada juvenil, son todos chicos a los que nadie quería, así que no les importará que mueran. Lo único que sentirán será que se pierdan los órganos.

—Teniendo aquí esas unidades móviles de los telediarios —sugiere

Lizbeth—, quizá nuestra muerte sirva para algo. La gente recordará que preferimos la muerte a la desconexión.

—Tal vez —dice Hayden—. Esa es una buena idea, Lizbeth. Saca fuerzas de ella.

Cuarenta y cinco grados de temperatura, y solo son las 8:40 de la mañana. A Hayden le resulta cada vez más difícil respirar, y comprende que quizá no sea el calor lo que acabe con ellos, sino la falta de oxígeno. Se pregunta qué es peor.

—Me siento fatal —dice una chica que tiene enfrente. Hayden conocía su nombre cinco minutos antes, pero no

tiene la cabeza en condiciones de recordarlo en aquel momento. Sabe que ya todo es cuestión de minutos.

A su lado, Tad, con los ojos medio abiertos, empieza a balbucear. Algo sobre vacaciones, playas de arena, piscinas…

—Mi padre perdió los pasaportes y, ah, mi madre se puso como loca. —Hayden lo rodea con su brazo, y lo abraza como a un hermano pequeño—. Sin pasaportes… —dice Tad—. Sin pasaportes… no podemos volver a casa.

—Ni siquiera lo intentes, Tad —dice Hayden—. Dondequiera que estés, quédate ahí. Parece un buen sitio.

Enseguida Hayden siente que la vista empieza a nublársele, y también él viaja a otros lugares. A una casa en la que vivió de niño, antes de que sus padres empezaran a pelearse. Sube en bici por una rampa que no consigue vencer y se rompe el brazo. «¿En qué estabas pensando, hijo?». Después, viaja a una pelea que, en el fragor del divorcio, tienen sus padres por la custodia. «¡Te quedarás tú con él, que te lo has creído! ¡Por encima de mi cadáver!», y Hayden riendo y riendo, porque es su única defensa ante la perspectiva de la familia que se rompe en torno a él. Y luego oyendo por casualidad su decisión de

desconectarlo, algo que ambos prefieren antes que permitir que el otro se quede con la custodia. Lo cual no es tanto una decisión como un punto muerto.

«¡Está bien!».

«¡Pues vale!».

«¡Si eso es lo que quieres…!».

«¡Si eso es lo que quieres tú!».

«¡No me cargues a mí con la culpa!».

Firmaron la orden de desconexión solo por fastidiarse el uno al otro, pero él se ríe, se ríe, se ríe, Hayden, porque si alguna vez dejara de reírse, eso lo podría desgarrar en pedazos, peor que una chatarrería.

Ahora está lejos de allí, flotando en las nubes, jugando al *scrabble* con el Dalai Lama, pero ¿no te das cuenta?, si pones «tibetano» utilizas todas las fichas. Entonces, por un momento, se le aclara la visión y regresa al aquí y ahora. Está lo bastante despierto para comprender que está en el *Bombarroba*, donde la temperatura es más alta de lo que uno podría imaginar. Mira a su alrededor. Los demás están despiertos, pero apenas. Se han desplomado por los rincones, o tendido en el suelo.

—Estabas hablando de cosas —dice alguien con voz débil—. Sigue hablando, Hayden. Nos gustaba.

Entonces Esme alarga la mano y toca a Tad en el cuello. Le palpa el pulso. Tiene los ojos medio abiertos, pero ya no balbucea sobre playas tropicales.

—Tad ha muerto, Hayden.

Hayden le cierra los ojos. En cuanto uno se ha ido, sabe que el resto no tardará mucho en hacerlo. Mira la ametralladora que está junto a él. Es pesada. Está cargada. Ni siquiera sabe si puede levantarla ya, pero lo hace, y aunque no la ha usado nunca, no se necesita ser un genio para adivinar cómo funciona. Hay un seguro que es fácil de quitar. Hay un gatillo. Mira a los chicos que están sufriendo a su alrededor, y se

pregunta qué posición ocupará el fuego de ametralladora entre las peores maneras de morir. Ciertamente, una muerte rápida es mejor que una lenta. Considera sus opciones un instante más, y luego dice:

—Lo siento, amigos. Siento fallaros… pero no puedo hacerlo.

Entonces dirige la ametralladora hacia la cabina del piloto y dispara al parabrisas, inundando el *Bombarroba* de aire fresco.

82. Connor

Despierta en una cama confortable, dentro de una habitación confortable, con un ordenador, un televisor último modelo, y pósteres deportivos en las paredes. Está lo bastante aturdido para pensar que podría hallarse en el cielo, pero siente tantas náuseas que sabe que no.

—Sé que estarás molesto conmigo, Connor, pero tenía que hacerlo.

Se vuelve y ve a Lev sentado en un rincón, en una silla que está pintada con pelotas de tenis y con balones de fútbol

americano y del otro, lo cual combina con la decoración de la habitación.

—¿Dónde estamos?

—En las casas «Sierra del Anochecer», modelo piloto número tres: «Bahamas».

—¿Me has traído a una casa piloto?

—Pensé que los dos nos merecíamos una cama cómoda, al menos por una noche. Es un truco que aprendí en mi época callejera: los guardias de seguridad buscan ladrones, no ocupas. Pasan por al lado, pero nunca entran en las casas piloto a menos que vean u oigan algo sospechoso. Así que mientras no ronques demasiado fuerte, no pasará

nada. —A continuación añade—: Naturalmente, tenemos que irnos antes de las diez, que es cuando abren. Una vez me retrasé en salir de una casa piloto, y al de la inmobiliaria casi lo mato del susto.

Connor se sienta al borde de la cama. En la televisión están dando las noticias: análisis y repercusiones del asalto al cementerio de aviones de los ASP.

—Lo han estado dando en las noticias desde anoche —le dice Lev—. No le dan tanta importancia como para ponerlo por delante de los publirreportajes y tal, pero al menos los

de la brigada juvenil no lo ocultan.

—¿Por qué iban a ocultarlo? —dice Connor—. Este es su momento de gloria.

En televisión, un portavoz de la Autoridad Juvenil anuncia que los ASP fallecidos ascienden a treinta y tres. El número de los que han atrapado vivos es cuatrocientos sesenta y siete.

«Siendo tantos, no tendremos más remedio que separarlos en varias Cosechadoras diferentes», explica el hombre, sin siquiera darse cuenta de lo poco afortunado que resulta emplear la palabra «separar».

Connor cierra los ojos, y siente que le escuecen. Treinta y tres muertos,

cuatrocientos sesenta y siete capturados. Si Starkey escapó con unos ciento cincuenta, eso deja quizá unos sesenta y cinco que han logrado huir a pie. No gran cosa.

—No deberías haberme sacado de allí, Lev.

—¿Por qué? ¿Preferirías ser un trofeo que sumarían a su colección de desconectables? Si averiguaran que el ASP de Akron sigue vivo, te crucificarían. Créeme, sé de lo que hablo.

—Se supone que el capitán se hunde con el barco.

—A menos que el contramaestre lo

deje inconsciente y lo meta en un salvavidas en contra de su voluntad.

Connor lo fulmina con la mirada.

—Está bien —dice Lev—. ¿Quieres pegarme un puñetazo?

Connor se ríe al oír eso, y se mira el brazo derecho.

—Ten cuidado con lo que ofreces, Lev… Últimamente pego muy fuerte. —Entonces le muestra el tatuaje a Lev.

—Sí, ya lo vi. Tiene que haber toda una historia ahí. Quiero decir, tu odiabas a Roland, ¿no? ¿Por qué te hiciste el mismo tatuaje?

Ahora Connor se ríe a carcajadas. Es difícil hacerse a la idea de que Lev

ni siquiera sabe… pero, bueno, ¿cómo iba a saberlo?

—Sí, toda una historia —dice—. Recuérdame que te la cuente un día.

En la pantalla, han conectado en directo con el Cementerio, donde tiene lugar en aquellos momentos un suceso muy emocionante: los últimos ASP resisten contra la brigada juvenil escondiéndose dentro de un viejo bombardero de la Segunda Guerra Mundial.

—¡Es el *Bombarroba!* ¡Hayden ha resistido toda la noche! —Para Connor aquello es casi una victoria.

La puerta del *Bombarroba* se abre, y

sale Hayden, llevando en brazos a un muchacho muerto. Lo sigue un puñado de chicos, ninguno de los cuales parece encontrarse bien. Los policías se acercan, y también los periodistas.

«Estamos presenciando la captura de los últimos desconectables ASP…».

Los periodistas no se acercan lo suficiente para meterle el micrófono a Hayden en la boca, pero tampoco necesitan hacerlo. A pesar del intento de la brigada juvenil de meterlo en el vehículo de transporte, Hayden grita lo bastante alto para que lo oiga todo el mundo.

«¡Nosotros no somos solo ASP! ¡No

somos solo órganos aprovechables! ¡Somos seres humanos, y la historia sentirá vergüenza cuando mire atrás y recuerde estos tiempos!».

Lo empujan a él y a los otros para que entren en la furgoneta, pero antes de que cierren la puerta, Hayden vuelve a gritar:

«¡Por el nuevo levantamiento juvenil!».

Entonces la furgoneta se los lleva.

—Falta poco, Hayden —dice Connor—. ¡Ya falta poco!

El telediario informa brevemente sobre el avión que escapó, pero como eso no deja en buen lugar a la brigada

juvenil, no hablan mucho de él. Al principio habían obligado a un avión a aterrizar en Dallas, pensando que era el *Dreamliner* de los ASP, pero resultó ser un vuelo de pasajeros procedente de la ciudad de México. Ha habido informaciones no confirmadas de un avión que descendió sobre un lago de California, pero no se dice nada más. Connor sospecha que ese avión que amerizó allí es el *Dreamliner*, y pese a lo mucho que le gustaría ver a Starkey en el fondo de un lago, espera que los chicos de la cigüeña sobrevivieran al impacto. Eso supondría más ASP que los que consiguieron escapar de la

brigada juvenil.

¡Maldito Starkey! Él les echó encima a la brigada juvenil, después les robó la mitad de las armas, se apoderó de su único medio de fuga, y dejó a todos los demás en la estacada. Y, sin embargo, pese a que quiere culpar de todo a Starkey, no puede evitar sentir él mismo el dolor de la culpa. Él fue el que confió en Starkey, para empezar, permitiéndole que acumulara poder entre los chicos de la cigüeña.

Cuando queda claro que en la televisión ya han pasado a otras noticias, como el mal tiempo y los famosos que se portan mal, Connor

apaga la televisión.

—Las nueve y media. Ya casi es hora de irse.

—En realidad, hay otra cosa que quiero enseñarte antes de que nos vayamos. —Lev va hasta el ordenador de la habitación y accede en él a una página de tubos.

—Eh… perdona, Lev, no estoy pensando en cambiar la tubería de mi casa.

Lev se queda un momento sin comprender, hasta que Connor se da cuenta del error:

—YouTube termina en «e».

—¡Ah! —Lev vuelve a escribirlo—.

Nunca se me ha dado muy bien la mecanografía.

Vuelve a intentarlo, y esta vez le sale bien. Lev hace clic en un vídeo, y a Connor le da un vuelco el corazón: es otra entrevista que le han hecho a Risa.

—No me gusta verla. —Connor alarga la mano para apagar el ordenador, pero Lev le sujeta la muñeca.

—Sí, te gustará.

Y aunque lo último que Connor desea ver es otro anuncio de desconexión, se resigna y se prepara para lo que sea.

Por la cara de Risa, se da cuenta enseguida de que ella tenía una clara

determinación que no mostraba en la otra entrevista que ha visto.

Connor observa sorprendido mientras, en menos de dos minutos, Risa arremete contra Ciudadanía Proactiva, la brigada juvenil, y la desconexión tan rotundamente que no queda ninguna duda sobre el bando en que está. El presentador del programa trata a duras penas de arreglar las cosas.

—¡Le estaban haciendo chantaje! —Connor siente que se le humedecen los ojos. Sabía que tenía que haber una explicación, pero había llegado a sentirse tan hastiado de todos y de todo, que estaba dispuesto a creer que Risa

había elegido curarse ella a costa de todo el mundo. En aquel momento, se avergüenza de haber pensado tal cosa.

—Ciudadanía Proactiva ya ha emitido un comunicado negándolo todo —le dice Lev—. Aseguran que es ella quien los ha utilizado.

—Bueno, bien. Esperemos que no haya nadie tan tonto como para creerles.

—Hay gente que sí se lo cree, hay gente que no.

Connor mira a Lev y sonríe, comprendiendo que el hecho de haber sido aletargado por él ha estropeado un poco el reencuentro, y le dice:

—Me alegro de volver a verte, Lev.

—Lo mismo digo.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo?

Lev se encoge de hombros:

—Es mi nuevo *look*.

Oyen un coche que entra en el aparcamiento de la oficina: hora de irse.

—Entonces ¿qué hacemos? —pregunta Lev—. Yo soy una especie de ASP de la Resistencia Anti División…

—La RAD se ha vuelto inútil. Si lo mejor que saben hacer es enviar a los ASP a rediles a disposición de la brigada juvenil, entonces hay algo que no funciona. Alguien tiene que volver a diseñar las cosas.

—¿Por qué no tú? —le sugiere Lev.

—¿Por qué no nosotros? —contraataca Connor.

Lev piensa en ello:

—Bueno… tú eres un mártir y yo soy un santo patrón… ¡no se me ocurre a nadie mejor! ¿Por dónde empezamos?

Es una buena pregunta. ¿Por dónde empieza uno a cambiar el mundo? Connor cree que podría conocer la respuesta:

—¿Has oído hablar de Janson Rheinschild?

83. Nelson

Aun antes de recobrar completamente el sentido, sabe que algo ha ido muy, muy mal. Abre los ojos a la abrasadora luz del sol. Está tendido en una cuneta. Le duele el cuerpo. Le arde un lado del rostro.

Lo han aletargado. Y no una vez, sino varias, ¡y con su propia puñetera pistola! Con sedantes suficientes para dejarlo inconsciente unas doce horas. Es un milagro que no se lo hayan comido vivo las alimañas. Pero, a juzgar por el dolor de la pierna izquierda y los

agujeros ensangrentados del uniforme robado, no cabe duda de que alguna de ellas lo ha intentado. Nelson se pregunta cuánto tiempo habrá permanecido al sol. El suficiente para que se le haya hinchado la mitad del rostro y le escueza a causa de una quemadura de segundo grado.

¡Lo tenía! ¡Había atrapado a Connor Lassiter, y ahora no le queda más que lo que lleva puesto! ¡Fue el diezmo! ¿Cómo pudo ser tan descuidado? Debería haber matado a Lev cuando tuvo la oportunidad, pero por culpa de la bondad de su corazón, lo había dejado vivir.

Y allí tiene el resultado de su bondad.

Los dos estarán ya lejos de allí, y se habrán ido sin dejar rastro. En su ordenador tenía el código que necesita para seguir a Lev. Sin él, no tiene nada que hacer. Pero no se rendirá. Los encontrará. Encontrar rastros ha sido siempre su especialidad. Este contratiempo no será nada, no conseguirá más que afianzar su determinación, volverlo más implacable en la persecución de su objetivo.

Sale de la cuneta y camina hacia Tucson como un zombie, con debilidad en las piernas pero una determinación

férrea. Cogerá al ASP de Akron, se lo entregará a Divan, y se quedará allí para presenciar su desconexión. Pero el diezmo no tendrá un final tan piadoso. Cuando Nelson lo encuentre, descargará tal ira sobre el muchacho que hará temblar la tierra a sus pies. De eso Nelson está seguro. Solo pensar en ello lo embarga de alegría, y ese propósito lo lleva ligero por la larga carretera que va a la ciudad de Tucson, y a otros oscuros destinos más allá de ella.

84. Connor

—Flagstaff no parece el sur de Arizona —dice Lev—. Se parece más a Denver o algo así.

—Pues Denver no parece Denver —le responde Connor—. Yo estuve allí una vez. No tiene vistas de montañas espectaculares como se imaginaría uno. Las vistas son mejores aquí. —Tras pasar tanto tiempo en el desierto del sur de Arizona, Connor agradece el impresionante cambio de paisaje. Viendo al norte aquellas montañas coronadas de blanco y aquella

abundancia de pinos, sabe que no pueden encontrarse demasiado lejos de la ciudad de Happy Jack y de la Cosechadora siniestrada, pero intenta no pensar en ello. Lo pasado, pasado está.

Se han parado en una cafetería de la histórica Ruta 66 y, resistiéndose a la paranoia que el último año les ha creado, cenan allí a la vista de cualquiera que quiera mirar para ellos. Nadie lo hace.

Su coche es un Honda beis bastante insulso al que Connor le hizo el puente en Phoenix, después de abandonar el Ford al que le hizo el puente en Tucson, después de abandonar la furgoneta de

Nelson. Cualquiera que intentara perseguirlos se las vería y desearía para hacerlo a través de todos aquellos cambalaches de vehículo.

La Cafetería del Valle de la Lluvia alardea de «las Mejores Hamburguesas del Sudoeste». Connor no había comido tan bien desde antes de que sus padres firmaran la orden de desconexión y su vida quedara patas arriba. En su opinión, la Cafetería del Valle de la Lluvia tiene las mejores hamburguesas del mundo.

Con una mano se come su hamburguesa, y con la otra recaba información en el ordenador de Nelson,

que el pirata de partes tuvo la bondad de dejarles en la furgoneta.

—¿Has averiguado algo nuevo? —le pregunta Lev.

—Parece que Risa desapareció después de la emisión de la otra noche, y Ciudadanía Proactiva reclama su cabeza. No desconectada, simplemente su cabeza, para ponerla en una estaca.

—¡Uf!

—Y a Hayden lo acusan de todo lo que se les ocurre.

—Al menos no pueden desconectarlo.

—Pero pueden desconectar a todos los demás que han cogido.

La idea de los íntegros capturados renueva en Connor accesos de ira, seguida por una tristeza que amenaza con arrastrarlo hasta los lugares más oscuros de su interior.

—Debería haber sido capaz de salvarlos…

—Mira, tú hiciste todo lo que podías. Y, además, aún no los han desconectado —le recuerda Lev—. Tal vez podamos ayudarlos.

Connor cierra el portátil.

—Tal vez… ¿pero qué es lo que vamos a hacer ahora?

Se quedan inmersos en un largo e incómodo silencio, sin hacer nada más

que comer, que es algo más fácil que responder a la pregunta. No tienen planes, ni destino, ni idea de qué dirección tomar, y solo saben que quieren alejarse de allí.

El primer impulso de Connor es encontrar a Risa, pero sabe que, como él mismo, Risa estará tratando de resultar invisible. Ni siquiera sabría por dónde empezar a buscar.

—Podría llevarte a la mansión Cavenaugh —sugiere Lev—. Allí estarías seguro.

—Por una vez, la seguridad estaría bien, pero eso no va a suceder. Además, ¿no te escapaste tú de allí?

—Sí, bueno… Pero creo que si regreso con el auténtico y único ASP de Akron, me perdonarán.

—¡Baja la voz! —Connor mira a su alrededor: han elegido una mesa de esquina que está relativamente apartada, pero no es una cafetería tan grande, y las paredes oyen.

—Tal vez deberíamos meternos por un tubo de esos de la página de YouTubo de antes al otro extremo del mundo. Nos merecemos un poco de tranquilidad.

Sabe que Lev está bromeando. Sin embargo, hay algo en lo que dice que le hace pensar. Al principio se trata de un asomo de idea, pero que crece

rápidamente. Un presentimiento se convierte en una impresión, la impresión se convierte en una idea, la idea en una revelación, y al final Connor vuelve a abrir el ordenador y teclea y maneja el ratón furiosamente.

—Cuéntame —le pide Lev.

—¡Janson Rheinschild!

—Pero ya me dijiste que ese señor había sido borrado de la existencia digital, así que ¿de qué sirve mirar?

Connor prosigue manejando motores de búsqueda, llenando el teclado de grasa de las patatas fritas.

—Me has dado una idea.

—¿Yo?

—El modo en que llegaste a la página de los tubos. La tipografía.

—¿Vas a cachondearte otra vez de mis habilidades de mecanógrafo?

—No. No tienes ninguna habilidad de mecanógrafo de la que pueda cachondearme —le dice Connor—. Bueno, el caso es que Hayden se imaginaba que habría un gusano devoracódigos en la red que hacía desaparecer toda referencia a Janson Rheinschild. De acuerdo, pero solo hemos comprobado la ausencia de ese señor buscando su nombre correctamente escrito… Así que voy a introducir todas las maneras posibles de

escribirlo mal.

Lev sonríe:

—Te dejo a ti que conviertas en oro las pifias ajenas.

Connor pide una segunda hamburguesa y se pasa veinte minutos escribiendo el nombre con faltas de ortografía. Cuando le da el último mordisco a la hamburguesa, está dispuesto a abandonar todas las esperanzas… pero entonces, de pronto, ve un reflejo de aquel oro del que hablaba Lev, y que resulta ser el comienzo de la gran veta.

—Lev… ¡mira esto!

Lev se sienta del mismo lado de la

mesa en que está Connor, y los dos leen juntos un artículo con fecha de más de treinta años antes. El artículo proviene de un pequeño periódico local, de algún sitio de Montana en el que vivió alguna vez Rheinschild. Por lo visto, en la localidad tenían mucho cariño al que era uno de sus hijos favoritos, pero escribieron su nombre todas las veces como «Reignchild».

Connor y Lev leen el artículo sin podérselo creer. Rheinschild, un inventor e investigador científico, era lo bastante importante como para hacerse un nombre, hasta que ese nombre fue borrado como podría serlo un faraón

repudiado de un obelisco egipcio.

—¡Dios mío! —dice Connor—. Ese tipo fue el pionero de la vinculación neural y la regeneración… ¡nada más y nada menos que la tecnología que hizo posible la desconexión! ¡Sin Rheinschild, los transplantes e injertos seguirían en la Edad de Piedra!

—¡O sea que fue el monstruo que empezó todo esto!

—No, esto fue al comienzo de la guerra… antes de que nadie pensara en la desconexión.

Connor hace clic en un vídeo insertado en el artículo, y los dos ven una entrevista que le hacen a

Rheinschild, un hombre de mediana edad, con gafas y pelo ralo, dos claros indicios de que aquello tuvo lugar antes de la desconexión.

«Ni siquiera podemos empezar a imaginar los usos de esta tecnología», dice Rheinschild con una emoción mucho más juvenil que propia de su edad. «Imagínese un mundo en el que las pobres personas que tienen la desgracia de morir jóvenes no llegan a morir del todo, porque cada órgano de ellos puede ser donado para aliviar el sufrimiento de otro. Una cosa es ser donante de un órgano, y otra saber que cada uno de tus órganos salvará la vida de otra persona.

Me gustaría vivir en ese mundo».

Connor siente un escalofrío, notando por primera vez el aire helado que sale del aparato de aire acondicionado de la cafetería. En el mundo descrito por Rheinschild también Connor querría vivir… pero no es ese el mundo que terminaron creando.

«Por supuesto que habrá problemas éticos», sigue diciendo Rheinschild, «y por eso he fundado una organización que tiene que estudiar las implicaciones éticas inherentes a este avance de la medicina. Ciudadanía Proactiva, como yo la llamo, tiene que ser un perro guardián que asegure que no se cometen

abusos con esta tecnología. Una conciencia que asegure que no se hacen mal las cosas».

Connor para el vídeo, intentando asimilarlo todo:

—¡La hostia! ¡O sea que fundó la Ciudadanía Proactiva para proteger al mundo de lo que él creaba!

—Y la Ciudadanía Proactiva se convirtió en el monstruo que pretendía combatir.

Connor recuerda algo que estudió en el colegio: Oppenheimer, el hombre que creó la primera bomba atómica… se terminó volviendo contra ella y llegó a ser el mayor opositor a la bomba. ¿Y si

Rheinschild había hecho igual, había empezado a hablar contra la desconexión, y por eso lo silenciaron, o aún peor, lo silenciaron antes incluso de que empezara a hablar? Ni siquiera el Almirante recordaba su nombre, lo que quiere decir que Rheinschild o bien había muerto ya, o bien se le impidió hablar contra el Acuerdo de Desconexión.

Lev le da otra vez al vídeo, para que continúe: son solo unos segundos más del alegre e ingenuo entusiasmo de Rheinschild a propósito del futuro que vislumbraba:

«Esto no es más que el comienzo. Si

somos capaces de regenerar el tejido nervioso, entonces podremos regenerarlo todo… es solo cuestión de tiempo».

La entrevista queda congelada en un plano de su rostro sonriente, y Connor no puede evitar sentir una pena tremenda por aquel hombre: el padre secreto de la desconexión, que con sus buenas intenciones pavimentó el camino que llevaba al infierno.

—Esto es tremendo —dice Lev—, pero el hecho de conocer todo esto ¿cómo puede ayudarnos a luchar contra la desconexión? ¿No es eso lo que dijiste, que averiguar cosas de ese tipo

cambiaría la vida tal como la conocemos? Aunque todo el mundo lo conociera, eso no cambiaría nada.

Connor niega con la cabeza, irritado.

—Creo que nos falta algo.

Llegan al final del artículo, donde hay una foto de Rheinschild y su mujer en un laboratorio… por lo visto, debían de trabajar juntos. Cuando Connor lee el pie de foto, el estómago le da tal retortijón que teme perder a la vez las dos mejores hamburguesas del Sudoeste.

—No puede ser…

—¿El qué…?

Connor tarda un momento en poder hablar. Vuelve a leer el pie de foto:

—Su mujer. ¡Se llama Sonia!

Lev no lo pilla. ¿Y cómo iba a pillarlo? Él no estuvo nunca en aquel primer piso franco al que llegaron Connor y Risa. Sonia era el nombre de la anciana que lo dirigía. Al cabo de los años, ella debía de haber rescatado a cientos, tal vez a miles de ASP desconectables.

Connor aumenta la foto en la pantalla, y cuanto más mira a la señora Rheinschild, más seguro está.

—¡Es la misma Sonia!

¿Qué era aquello que le había dicho ella? «Nos pasamos la vida entrando y saliendo de la oscuridad y de la luz.

Precisamente ahora, estoy encantada de hallarme en la luz». Connor no se imaginaba la carga de oscuridad que debía de haber soportado todos aquellos años.

—Conozco a esa mujer —le dice a Lev—. Y ahora ya sé dónde tenemos que ir. Volvemos a Ohio.

Lev se queda pálido al oírlo:

—¿Ohio?

La idea de volver a su tierra conlleva envenenadas emociones para las que ninguno de los dos está preparado, pero la tienda de antigüedades de Sonia está en Akron. Si hay algo más en aquella foto, ella es la

única que se lo podrá proporcionar.

La campanilla de la puerta de la cafetería suena, y entra lentamente el ayudante del *sheriff* de la localidad, un tipo de cara de mármol cuyos ojos repasan de inmediato la sala. Mientras Connor y Lev estaban absortos en el artículo, dos coches patrulla se han parado delante de la cafetería, y los agentes rodean en aquellos momentos el Honda robado.

—Pareces un ciervo delante de los faros de un coche —le susurra Connor a Lev—. Disimula.

—No puedo. —Lev baja la cabeza para que el pelo largo le oculte la cara,

pero eso llama tanto la atención como los ojos del ciervo.

Por supuesto, el ayudante del *sheriff* se fija en ellos y se va derechito hacia allá pero, para sorpresa de Connor, la camarera que los ha atendido llega antes a la mesa y dice:

—¡Tommy, te has tragado las dos hamburguesas en un santiamén! Si sigues comiendo de esa manera, vas a reventar los pantalones.

Connor se ha quedado con la boca abierta al ver al ayudante del *sheriff*, pero Lev abandona aquella mirada de pasmado y dice:

—Sí, Tommy, comes como un cerdo.

Te vas a poner más gordo que tu padre.

—Lo lleva en los genes —dice la camarera como si tal cosa—. ¡Más valdría que tuvieras cuidado!

El ayudante del *sheriff* se vuelve hacia la camarera:

—¿Conoces a estos chicos, Karla?

—Sí, son mi sobrino Tommy y su amigo Evan.

—Ethan —corrige Lev—. Siempre te confundes con mi nombre.

—Bueno, al menos sabía que empezaba por «E».

Connor saluda educadamente al ayudante del *sheriff* y mira a la camarera:

—Tus hamburguesas están tan ricas, tía Karla, que si engordo será por culpa tuya.

Satisfecho, el ayudante del *sheriff* se vuelve hacia Karla, decidiendo que Connor y Lev no son problema suyo.

—¿Sabes algo del coche que está ahí fuera? —le pregunta.

Karla mira por la luna y dice:

—Un par de chicos la aparcaron ahí hace como una hora. Un chico y una chica. Me llamó la atención, porque parecía que tenían mucha prisa.

—¿Entraron?

—No, se fueron corriendo.

—No me sorprende: robaron el

coche en Phoenix.

—¿Por pura diversión?

—Tal vez. Pero podrían ser ASP. Unos cuantos escaparon de esa vieja base de la aviación en Tucson. —Apunta el testimonio de ella en su libreta —. Si recuerdas algo más, dínoslo.

En cuanto se ha ido el ayudante del *sheriff*, Karla les guiña un ojo a Connor y a Lev.

—Bueno, Tommy y Ethan, hoy os invita la casa.

—Gracias —dice Connor—. Por todo.

Ella le guiña un ojo.

—Es lo menos que puedo hacer por

mi sobrino favorito. —Entonces se mete la mano en el bolsillo y, para sorpresa de Connor, saca un llavero que deja delante de él, con su pata de conejo y todo—. ¿Por qué no me hacéis un favor y me lleváis el coche a casa hoy? Está ahí atrás.

Lev mira a Connor, atónito, casi con la misma cara que había puesto antes, la del ciervo delante de los faros. Por un momento, Connor piensa que ella puede haberlos reconocido, pero después comprende que no se trata de eso, sino del gesto bondadoso que puede tenerse con un extraño, porque sí.

—No puedo cogerlas —susurra

Connor.

Karla baja la voz para ponerla al nivel de la de él:

—Sí que puedes. Y, además, me estarías haciendo un favor quitándome ese trasto de delante. Aún mejor, ¿por qué no lo estrelláis cuando acabéis con él? De ese modo, podría pedir el dinero del seguro.

Connor coge las llaves de la mesa. Ni siquiera sabe cómo darle las gracias por una cosa así. Hace mucho tiempo que nadie iba tan lejos tratando de ayudarle.

—Tenéis que saber que nadie es enemigo vuestro —dice Karla—. Las

cosas están cambiando. La gente está cambiando. Puede que no se note mucho, pero está cambiando, y lo veo cada día. Por ejemplo, la semana pasada mismo llegó un camionero que estuvo alardeando de que había cogido al ASP de Akron en un área de servicio y le había llevado un trecho del camino. Al pobre lo arrestaron, pero él seguía alardeando de lo que había hecho, porque sabía que era lo correcto.

Connor contiene una sonrisa. Se acuerda del camionero del que ella le habla: Josias Aldridge, el del brazo injertado que hacía trucos de cartas. Connor tiene que morderse la lengua

para no contarlo todo.

—Hay gente ordinaria que hace cosas extraordinarias —concluye ella, y vuelve a guiñarles un ojo—. Y ahora me habéis dado la ocasión de ser una de esas personas ordinarias/extraordinarias, así que tendría que ser yo quien os diera las gracias.

Connor frota la pata de conejo entre los dedos, esperando que su propia suerte haya cambiado por fin.

—Será muy sospechoso si no informas de que te lo han robado.

—Lo haré —dice Karla—. Al final. Entonces se pone de pie y empieza a

apilar sus platos vacíos—. Os lo digo, las cosas están cambiando —repite—. Es como un melocotón ya maduro y bien gordito que está listo para caer del árbol. —Entonces les ofrece a los dos una cálida sonrisa antes de volver a las mesas que tiene que atender—. Ahora, id con cuidado.

Connor y Lev se toman un instante para poner en orden sus ideas. Entonces salen y bordean la cafetería para llegar a la parte de atrás, donde encuentran un Charger clásico de color rojo con abolladuras en los guardabarros. No es exactamente un coche de exposición, pero tampoco un trasto como decía ella.

Entran en él, Connor lo arranca, y el motor ruge como un león al despertar. El coche huele a ambientador de rosas, y por todas partes hay accesorios de mujer de mediana edad, pero eso está bien. A Connor no le importa que todo le vaya a recordar a la ordinaria/extraordinaria Karla.

Cuando entran en la carretera, Lev mira a Connor:

—¿Ohio? —dice Lev—. ¿De verdad tenemos que ir a Ohio?

Connor le sonríe:

—Sí, y cuando lleguemos allí, lo primero que voy a hacer es llevarte a la peluquería.

Entonces cogen la Ruta 66 en dirección este, hacia un mundo que está preparado para el cambio.

Agradecimientos

No era mi intención convertir *Desconexión* en una trilogía, pero no he podido escapar al extraño mundo que abarca.

Tengo una continua deuda de gratitud con David Gale, Navah Wolfe, Justin Chanda, Anne Zafian, y con todos los integrantes del departamento editorial de Simon & Schuster. También con Paul Crichton y con Lydia Finn por organizar la publicidad y las giras, con Michelle Fadlalla y Venessa Williams por su trabajo con las conferencias en centros educativos y bibliotecas, con Katrina

Groover como jefa de edición, con Chava Wolin en la producción, y con Chloë Foglia en el diseño.

Les doy las gracias a mis hijos por la ilimitada paciencia de la que hacen gala mientras papá se sumerge en las profundidades de su cabeza; y a Marcia Blanco, mi extraordinaria ayudante, que me mantiene organizado y cuerdo, no me explico cómo. Muchas gracias a Wendy Doyle y a Heidi Stoll por su incansable trabajo con los boletines de Shustermania. Y quiero enviarle otro gesto de reconocimiento a Wendy, y a mi hijo Jarrod, por transcribir los jeroglíficos que produzco cuando me

encuentro en plena dictadura digital. Gracias a mi grupo de crítica, los Fictionaires, por guiar mis palabras, y en especial a Michelle Knowlden, por su valiosísima colaboración en el cuento *UnStrung*. Y a mi «hermanita mayor», Patricia, por recogerme cuando me desplomo.

Me siento en deuda con los incontables educadores que andan buscando modos de emplear mis libros en el aula; y con los muchos fans que me explican cómo afectan mis libros a su vida, fans como Veronica Knysh, cuyo e-mail hizo que me afloraran las lágrimas, además de recordarme por qué escribo.

Gracias a Andrea Brown, a Trevor Engelson, a Shep Rosenman, a Lee Rosenbaum, a Steve Fisher y a Debbie Deuble-Hill: mi «gente» por excelencia, que dirige mi obra con mano colectivamente clarificadora y no me deja que la eche a perder. Mi gratitud también va dirigida a Marc Benardout, Catherine Kimmel, Julian Stone y Charlotte Stout, cuya inquebrantable fe en *Desconexión* y *Reconexión* darán lugar, sin duda, ¡a un increíble film!

Y, finalmente, gracias a mis padres, Milton y Charlotte Shusterman, por estar siempre ahí. Incluso cuando ya no pueden estar.

Notas

[1] Referencia a *El Señor de los anillos*.

<<

[2] Protagonista de *El guardián entre el centeno,* la famosa y muy recomendable novela de J. D. Salinger (1951). <<

[3] Concretamente, al poeta romántico inglés William Wordsworth (1770 - 1850). <<